BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 312

VALERIO MÁXIMO

HECHOS Y DICHOS MEMORABLES

LIBROS VII-IX. EPÍTOMES

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

SANTIAGO LÓPEZ MOREDA, M.ª LUISA HARTO TRUJILLO
Y JOAQUÍN VILLALBA ÁLVAREZ



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Eugenio Lázaro García.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2003.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 27252-2003.
ISBN 84-249-2388-X. Obra completa.
ISBN 84-249-2390-1. Tomo II.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2003.
Encuadernación Ramos.

SINOPSIS

Libro VII

1. Sobre la felicidad.
2. Dichos y hechos llenos de sabiduría.
3. Dichos y hechos llenos de astucia.
4. Estratagemas.
5. Sobre fracasos electorales.
6. Sobre la necesidad.
7. Sobre testamentos que fueron anulados.
8. Sobre testamentos que siguieron siendo válidos, aunque hubieran podido ser anuladas. Sobre testamentos que nombraron herederos diferentes a los que todos creían.

Libro VIII

1. Sobre los motivos por los que acusados de delitos infamantes fueron absueltos o condenados.
2. Sobre juicios privados célebres.
3. Sobre mujeres que se defendieron a sí mismas, o defendieron a otras personas, ante los magistrados.
4. Sobre interrogatorios.
5. Sobre testigos.
6. Sobre los que cometieron los mismos delitos que habían condenado en otros.

Libro IX

LIBRO VII

CAPÍTULO 1

Sobre la felicidad

Diversos son los ejemplos que de la volubilidad de la fortuna hemos expuesto; muy pocos son, en cambio, los que pueden aducirse de su favor constante. De lo cual se infiere que de buen grado acarrea desgracias y sólo en contadas ocasiones concede alegrías. Esta misma fortuna, cuando se ha propuesto dejar a un lado su mezquindad, atesora bienes no sólo cuantiosos y espléndidos, sino también imperecederos.

Veamos, pues, por cuántos grados de beneficios la for- 1, 1
tuna, sin perder jamás su magnanimidad, llevó a Quinto Metelo[1] a las más altas cotas de felicidad, desde el primer día de su vida hasta el instante mismo de su muerte. Quiso

[1] En efecto, Q. Cecilio Metelo Macedónico fue tribuno en torno al 150, pretor en 148, cónsul en 143, censor en 131. Fue el primer personaje en alcanzar como pretor el *agnomen* de vencedor después de derrotar a Andrisco y pacificar la provincia de Macedonia. Murió en 115. Cf. II 7, 10, etc. Sobre este particular, cf., por ejemplo, CICERÓN, *Del supremo bien y del supremo mal* V 82; VELEYO PATÉRCULO, I 11.

la fortuna que Metelo naciese en la capital del mundo; le otorgó los padres más nobles; le confirió, además, unas excepcionales cualidades espirituales y una fortaleza física capaz de soportar las fatigas; le procuró una esposa célebre por su honestidad y fecundidad; le brindó el honor del consulado, la potestad generalicia y el lustre de un grandioso triunfo; le permitió ver al mismo tiempo a tres de sus hijos cónsules (uno de ellos incluso había sido censor y había recibido los honores del triunfo) y a un cuarto pretor; hizo que entregara en matrimonio a sus tres hijas y acogiera en su mismo regazo a la descendencia de éstas. Tantos partos, tantas cunas, tantas togas viriles, tan gran número de teas nupciales, tantos cargos civiles y militares; en definitiva, tantos y tantos motivos de alegría; y en todo este tiempo, ningún duelo, ningún llanto, ningún motivo de tristeza. Contempla las moradas celestiales y difícilmente podrás encontrar allí un estado de dicha semejante, pues vemos que los más insignes poetas atribuyen penas y dolor también a los corazones de los dioses. Y a este género de vida correspondió un final acorde con él: en efecto, Metelo falleció a una edad muy avanzada y de muerte natural, entre los besos y abrazos de sus seres más queridos, y fue llevado por toda la Ciudad a hombros de sus hijos y yernos hasta ser depositado sobre la pira funeraria.

2 Si renombrada fue aquella felicidad, más desconocida fue, en cambio, esta otra, aunque preferida al esplendor de los dioses. Pues cuando Giges[2], ensoberbecido por el trono de Lidia y tan plagado de armas y riquezas, había recurrido a Apolo Pitio[3] para preguntarle si había algún mortal más

[2] Rey de Lidia, en Asia Menor (c. 680-645 a. C.), fundador de la dinastía Mermnad. Cf. PLINIO, *Historia natural* VII 151.

[3] Sobrenombre de Apolo por ser el vencedor sobre la serpiente Pitón.

feliz que él, la divinidad, emitiendo sus palabras desde lo más oculto de la gruta, prefirió a Aglao de Psófide[4] antes que a él. Era éste el más pobre de los arcadios, y aun a pesar de su avanzada edad, nunca había salido de los límites de su pequeña heredad, feliz como era con el fruto de su exigua parcela. Y no cabía duda de que, con la agudeza de su oráculo, Apolo daba a entender el fin último y sin sombras de una vida feliz. Y por esta razón respondió a Giges, que se vanagloriaba insolentemente del oropel de su fortuna, que apreciaba más una choza sonriente de calma que un palacio atormentado por cuidados e inquietudes; un puñado de tierra libre de temores que los riquísimos campos de Lidia, repletos de angustias; una o dos yuntas de bueyes fáciles de sustentar que los ejércitos, las armas y la caballería, tan ruinosos por sus excesivos gastos; y un pequeño granero que nadie ansíe, para lo imprescindible, antes que tesoros expuestos a las insidias y la codicia de todo el mundo. Y así fue como Giges, que deseaba contar con la aquiescencia de la divinidad a propósito de su vana convicción, aprendió dónde radica la estable y auténtica felicidad.

CAPÍTULO 2

Dichos y hechos llenos de sabiduría

Hablaré ahora de aquel tipo de felicidad que tiene que ver íntegramente con la disposición del espíritu y que no se pretende con ruegos, sino que, connatural a los corazones provistos de sabiduría, reluce por medio de dichos y hechos juiciosos.

[4] Ciudad de Arcadia (hoy *Tripotamo)*, al sur del monte Erimanto.

2, 1 Hemos oído que Apio Claudio[5] a menudo solía manifestar que era preferible que el pueblo romano permaneciera en acción antes que inactivo, no porque ignorase cuán placentero es estar tranquilo, sino porque advertía que el estado de agitación incita a los imperios muy poderosos a tratar de alcanzar la virtud, en tanto que el excesivo descanso viene a dar en desidia. Y es que la palabra *negotium,* por muy estridente que resulte, mantuvo en su condición las costumbres de nuestra ciudad, mientras que *quies,* un término bastante agradable al oído, la salpicó de innumerables vicios.

2 Afirmaba Escipión Africano[6] que, en temas militares, era indecoroso decir «no lo había pensado», ya que, en su opinión, las acciones armadas había que ejecutarlas después de haber sopesado y ensayado el plan correspondiente. Y con toda la razón, pues un error no admite enmienda cuando se abandona a la violencia de Marte. El propio Escipión aseguraba que no debía entablarse combate con el enemigo si la ocasión no se presentaba o no había necesidad. Y también aquí discurrió sabiamente, pues del mismo modo que dejar pasar la oportunidad de lograr un triunfo es la mayor de las locuras, así también abstenerse de luchar cuando las circunstancias obligan a ello viene a desembocar en una perniciosa indolencia. Y de quienes obran de esta manera, unos no saben aprovechar las ventajas de la fortuna, otros no saben hacer frente al agravio.

[5] Apio Claudio «el Ciego», censor en 312 a. C, cónsul en 307 y 296, pretor en 295. Célebre por su gran personalidad y sus valores morales, rechazó la propuesta de paz que le había hecho Pirro. Cf. I 1, 17.

[6] El vencedor de Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. Séneca *(Sobre la ira* II 31) atribuye este dicho a Fabio Máximo.

Tan razonables como sobresalientes fueron asimismo las 3
palabras que en el Senado pronunció Quinto Metelo[7]. Éste, tras la derrota de Cartago, aseguró que no sabía si aquella victoria había acarreado más beneficios o más perjuicios a la república, pues igual que había sido ventajosa por haberse restablecido la paz, así también causaba cierto daño por haber alejado de nosotros a Aníbal. En efecto, la entrada de éste en Italia había despertado el valor del pueblo romano, entonces adormecido, y era de temer que dicho valor, libre de tan implacable rival, volviera a su antiguo estado de indolencia. Y es que consideraba que quemar las casas, devastar los campos o empobrecerse el erario público no eran menos nocivos que el enervamiento del valor romano primitivo.

¿Y qué decir de aquella acción del consular Lucio Fim- 4
bria[8]? ¡Qué sabio! Tras ser designado juez en un proceso contra el ilustre caballero romano Marco Lutacio Píncia, por un compromiso verbal que éste había contraído con su adversario aduciendo como única garantía la de ser una persona honrada, no quiso jamás pronunciar una sentencia definitiva. De este modo, no privaría a un hombre íntegro de su reputación, en caso de que el veredicto fuera desfavorable, ni tampoco tendría que jurar que era un hombre bueno, puesto que tal condición encierra en sí misma un sinfín de alabanzas.

[7] Q. Cecilio Metelo, cónsul en 206, se enfrentó a Aníbal en el sur de Italia, junto con su colega M. Livio Salinátor. Célebre fue su polémica con el poeta Nevio.

[8] La anécdota aparece en Cicerón, *Sobre los deberes* III 77. Fimbria fue cónsul en 104, junto a Gayo Mario. A pesar de que en todos los manuscritos aparece el *praenomen* Lucio, se trataba en realidad de Gayo Fimbria, tal y como aparece varias veces en Cicerón y en el propio Valerio Máximo (VIII 5, 2).

5 El ejemplo de prudencia que acabamos de ver pertenece al mundo de la política, este otro se muestra en el ámbito militar. Durante el asedio a Aquilonia, el cónsul Papirio Cúrsor[9] se aprestaba a atacar la ciudad. Pese a que las aves no se mostraban favorables, el augur que guardaba los pollos sagrados le anunció el mejor de los auspicios. Al percatarse el cónsul de este engaño, tomó aquello como un augurio propicio para él y su ejército, e inició la batalla, no sin antes colocar al mentiroso en primera línea. De este modo los dioses, en caso de enojarse, tendrían una víctima que aplacara su resentimiento. Ya sea por casualidad o por divina providencia, la primera flecha arrojada desde el bando contrario vino a clavarse en el pecho del augur, que cayó al suelo sin vida. Cuando el cónsul recibió la noticia, se lanzó confiado al asalto de Aquilonia y la tomó. Así, de pronto advirtió de qué manera debía vengarse el agravio cometido contra un general, cómo había que castigar la violación de los ritos sagrados y de qué forma se podía alcanzar la victoria. Actuó como hombre austero, como cónsul respetuoso y como general esforzado, fijando de una sola vez un límite al temor, una forma de castigo y un camino a la esperanza.

6 Pasaré ahora a los hechos ocurridos en el senado. Cuando éste envió contra Aníbal a los cónsules Claudio Nerón y Livio Salinátor[10], después de comprobar que eran tan pare-

[9] Cónsul en 293, derrotó a los samnitas en Aquilonia (cf. LIVIO, X 38 ss.) y, durante su segundo consulado (272 a. C.), puso fin a la guerra contra Pirro.

[10] Acusado de concusión, M. Livio Salinátor se vio obligado a abandonar Roma. Durante la Segunda Guerra Púnica, los cónsules le pidieron que volviera y, después de ser nombrado cónsul por segunda vez (207), el Senado lo reconcilió públicamente con su colega C. Claudio Nerón, que había testificado contra él en el juicio. Juntos derrotaron a Asdrúbal en la batalla de Metauro. Más adelante, cuando ambos desempeñaban el

jos en virtud como incompatibles por culpa de una acérrima enemistad, los reconcilió a toda costa, no fuera que, a causa de sus diferencias personales, administraran los asuntos públicos con nulo provecho. Y es que si no hay acuerdo en el poder de ambos cónsules, surge entre ellos más afán por entorpecer la labor del otro que por realizar la propia. Cuando además se interpone entre ellos un odio obstinado, el uno se enfrenta al otro con una hostilidad más terminante que la que ambos han de mostrar ante las tropas enemigas.

Después que el tribuno de la plebe Gneo Bebio[11] los acusara ante la asamblea por haber desempeñado el cargo de censor con excesiva dureza, un decreto del Senado los eximió de tener que defenderse. Fue así como el Senado libró del temor ante cualquier juicio a esta magistratura, cuya obligación era pedir cuentas, no rendirlas.

Similar fue este otro ejemplo de sabiduría del Senado. Después de condenar a muerte al tribuno de la plebe Tiberio Graco[12], por haberse atrevido a promulgar su ley agraria, con gran acierto decretó que, en virtud de la ley promulgada por el propio Graco, los triúnviros repartieran las tierras públicas entre el pueblo de forma individual. Y así, se eliminó de un golpe al causante y al origen de tan grave sedición.

cargo de censor (204), su enemistad se recrudecería. Cf. LIVIO, XXVII 35.

[11] Además de tribuno de la plebe, Cn. Bebio Tánfilo desempeñó el cargo de edil de la plebe en 200 y pretor en 199 (LIVIO, XXIX 37). Alcanzó eventualmente el consulado en 182.

[12] La ley agraria promulgada por los tribunos de la plebe Gayo y Tiberio Sempronio Graco en 133 a. C. resultaba cuando menos revolucionaria, ya que prohibía la posesión de más de 500 yugadas de tierra por persona, además de decretar que la tierra sobrante se repartiera entre los ciudadanos pobres.

¡Con qué prudencia obró el senado en el caso del rey Masinisa![13]. Tras servirse de su cooperación siempre solícita y fiel en la lucha contra los cartagineses, y al verlo cada vez más ansioso por extender los dominios de su reino, presentó al pueblo una proposición de ley por la cual se concedía a Masinisa la libertad absoluta con respecto al poder del pueblo romano. Con esta actuación, el senado no sólo preservó el afecto al que Masinisa se había hecho sobradamente acreedor, sino que además alejó de sus puertas la agresividad de Mauritania, Numidia y el resto de pueblos de aquella región, agresividad que nunca una paz firme pudo aplacar.

Ejemplos extranjeros

2, 1 No habría tiempo suficiente si tuviera que seguir narrando hechos de nuestra patria, dado que nuestro imperio creció y se mantuvo no tanto con la fuerza física como con el vigor espiritual. Así pues, mantengamos una callada admiración hacia la mayor parte de ejemplos romanos de prudencia y demos paso a algunos extranjeros sobre este mismo punto.

El filósofo Sócrates, una especie de oráculo de la humana sabiduría sobre la faz de la tierra, juzgaba que, de los dioses inmortales, sólo había que pedir que nos otorgaran el bien, pues sólo ellos saben, al fin y al cabo, lo que conviene a cada uno. Nosotros, en cambio, casi siempre solemos implorar lo que habría sido mejor no obtener. Y es que, ¡oh mente mortal, envuelta en tinieblas tan espesas, con qué

[13] Rey de Numidia, enemigo primero y luego amigo del pueblo romano. Cf. I 1, ext. 2 y LIVIO, XXVIII 16; XXXI 11; XXXIV 62. Los hechos que aquí se narran sucedieron en 151 a. C.

evidente confusión arrojas aquí y allá tus desatinadas imprecaciones! Anhelas riquezas, que para muchos fueron su perdición; codicias honores, que a muchos causaron su ruina; en tu mente concibes reinos, cuyas consecuencias a menudo se revelan lamentables; ofreces tu mano a espléndidos casorios, pero éstos, así como unas veces enaltecen a las familias, otras las destruyen a ras de suelo. Deja, pues, de desear, neciamente boquiabierta, lo que será el origen de tus males futuros, como si fuese la cosa más dichosa, y abandónate por completo al arbitrio de los dioses, pues quienes suelen conceder bienes con facilidad, pueden también elegirlos convenientemente.

El mismo Sócrates decía que quienes alcanzan la gloria por el camino más rápido y más corto son aquéllos que en sus actos procuran aparentar lo que son. Y con semejante afirmación recomendaba abiertamente que los hombres deberían adentrarse en la misma virtud antes que perseguir su sombra[14].

También Sócrates, preguntado por un joven sobre si debería tomar esposa o, por el contrario, renunciar al matrimonio, le respondió que, hiciese lo que hiciese, terminaría arrepintiéndose. «Si no te casas —le dijo—, te embargará la soledad, la falta de hijos, el fin de tu estirpe, y un extraño será tu heredero; si te casas, tu angustia será perpetua, continua la sucesión de disputas, se te reprochará la dote, conocerás el ceño fruncido de tus nuevos parientes, la lengua parlera de tu suegra, los codiciosos de esposas ajenas, la incertidumbre de cómo te saldrán tus hijos». No permitió Só-

[14] Sobre este punto, cf. PLATÓN, *Alcibíades* II 142d y, sobre todo, CICERÓN, *Sobre los deberes* II 43.

crates que, en cuestión tan escabrosa, aquel joven tomara una decisión como si fuese materia de broma [15].

Asimismo, después que la locura criminal de los atenienses lo había condenado tristemente a muerte y, con gran fortaleza de ánimo y rostro impasible, había recibido el brebaje envenenado de manos del verdugo, acercando ya la copa a sus labios, se dirigió a su esposa Jantipa, que entre sollozos y lamentos proclamaba que moría un inocente, y le dijo: «¿Y qué, entonces? ¿Preferirías acaso que muriera siendo culpable?» [16]. ¡Inmensa sabiduría la suya, que ni siquiera en el momento mismo de la muerte pudo olvidarse de su condición!

2 Mira también con qué prudencia pensaba Solón que a nadie se le debe llamar dichoso mientras esté vivo, dado que hasta el último día de nuestra existencia estamos sujetos a la incierta fortuna. En efecto, es la pira funeraria la que consuma la felicidad de los hombres, ella es la que se enfrenta al ataque de los males.

El propio Solón, al ver a uno de sus amigos profundamente entristecido, lo llevó hasta la acrópolis y le animó a que volviera su mirada sobre todos los edificios que tenía a sus pies. Cuando comprobó que lo había hecho, añadió: «Piensa ahora contigo mismo cuánto duelo ha existido, existe hoy y existirá en siglos venideros bajo estos techos, y deja de lamentar las desgracias de los mortales como si fuesen tuyas solamente» [17]. Con este consuelo le hizo ver que las ciudades no son más que miserables recintos para las calamidades humanas.

[15] Cf. Diógenes Laercio, *Sócrates* XV 33.

[16] Diógenes Laercio, *Sócrates* XV 35.

[17] Cf. Plutarco, *Solón* 27.

También Solón solía decir que si todo el mundo reuniera sus males en un solo lugar, preferiría llevarse a casa los suyos propios en vez de tomar la parte que les correspondiese del montón de miserias comunes. De lo que deducía que no debemos considerar como amargura peculiar e intolerable aquello que nos sucede por azar.

Después que Priene, la patria de Biante, fue tomada por 3
los enemigos, todos aquellos que pudieron escapar de la barbarie de la guerra sanos y salvos y huían llevando sus bienes más preciados le preguntaron por qué no llevaba consigo ninguno de sus bienes. A lo que él respondió: «Yo llevo conmigo todos mis bienes» [18]. Cierto, pues los llevaba en su pecho, no sobre sus hombros ni a la vista, sino apreciables únicamente con el espíritu. Ocultos en la sede del pensamiento, ni las manos de los mortales ni las de los dioses pueden perturbarlos. Y de igual modo que están a nuestro alcance si permanecemos en nuestros hogares, no nos abandonan tampoco si tenemos que huir.

Y ahora, un pensamiento de Platón, tan escueto en pala- 4
bras como valioso por su significado. Proclamaba él que el mundo sólo alcanzará la dicha cuando los filósofos comiencen a reinar o los reyes a ser filósofos [19].

También fue sutil el juicio de aquel rey del que cuentan 5
que, antes de colocarse en la cabeza la diadema que le habían entregado, la examinó largo tiempo entre sus manos y a

[18] Cf. Cicerón, *Paradojas* I 8, 6. Séneca *(Diálogos* II 5, 6) atribuye el dicho al filósofo Estilbón. Bías era uno de los siete sabios de la Antigua Grecia, junto con Tales de Mileto, Cleóbulo de Lindo, Pítaco de Mitilene, Solón de Atenas, Quilón de Esparta y Periandro de Corinto. Priene era una ciudad de Jonia.

[19] Cf. Platón, *Epístolas* VII 326b; Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto* I 1, 29.

continuación dijo: «¡Oh, trapo[20] más insigne que venturoso! Si alguien supiera de verdad cuántas angustias, peligros y desdichas encierra, ni siquiera se agacharía a cogerlo del suelo».

6 ¿Y qué decir de la famosa respuesta de Jenócrates[21], tan digna de alabanza? Mientras asistía en profundo silencio a una conversación llena de maledicencia, uno de los presentes le preguntó por qué era el único que refrenaba su lengua. A lo que él respondió: «Porque alguna vez me he arrepentido de haber hablado, pero nunca de haber callado».

7 También revela una profunda sabiduría el precepto de Aristófanes. En una de sus comedias[22] introdujo al ateniense Pericles, quien, tras regresar de los infiernos, profetizó que no es conveniente criar a un león en la ciudad, pero que, en caso de haberlo criado, había que satisfacer sus deseos. Aconseja, por tanto, que refrenemos a los jóvenes de distinguida nobleza y vehemente carácter, pero sin impedirles que accedan al poder, después que se les ha educado en un ambiente de excesivo consentimiento y desmedida permisividad, dado que sería necio e inútil ir contra unas fuerzas que tú mismo has alentado.

8 También habló de forma maravillosa Tales[23], pues cuando le preguntaron si las acciones humanas pasan inadvertidas a los dioses, él respondió: «Ni siquiera los pensamientos». Por tanto, tratemos de tener limpias no sólo nuestras

[20] Las diademas solían ser una banda lisa de tela blanca, atada por detrás de la cabeza. Junto con el cetro y la púrpura, constituía el distintivo de los reyes helenísticos. Alejandro Magno fue el primero en llevarla, tal vez para indicar su conquista de Asia.

[21] Jenócrates de Calcedonia, hijo de Agatenor, discípulo de Platón y seguidor de sus ideas (406-314 a. C.). Plutarco atribuye estas palabras a Simónides (Plutarco, *Consejos para conservar la salud* 125D).

[22] Se trata de *Ranas* 1431 ss.

[23] Cf. Diógenes Laercio, *Tales* IX 36.

manos, sino también nuestras mentes, una vez sabido que los dioses celestiales están presentes en nuestros pensamientos más íntimos.

No fue menos sabia la respuesta que sigue. El padre de una hija única consultó a Temístocles[24] si debía entregarla en matrimonio a un pobre aunque bien considerado, o por el contrario a un rico de poco aprecio. Temístocles le respondió: «Prefiero a un hombre sin dinero que dinero sin un hombre». Con estas palabras aconsejó a aquel necio que eligiera a un yerno y no las riquezas del yerno. 9

Mira cuán digna de elogio es la epístola de Filipo[25], en la que recriminó a Alejandro, por pretender atraerse mediante dádivas el afecto de ciertos macedonios, con las siguientes palabras: «¿Qué razón te movió, hijo mío, para albergar la vana esperanza de creer que han de serte siempre fieles aquéllos a los que te hubieras ganado con dinero?» Eso le dijo como padre desde el cariño que por su hijo sentía, como Filipo desde la experiencia, él que había traficado con Grecia más que haberla vencido. 10

También Aristóteles, cuando envió a su discípulo Calístenes[26] junto a Alejandro, le aconsejó que o bien hablara con él lo menos posible, o bien lo hiciera sobre temas alegres, de forma que, ante los oídos del rey, estuviera más seguro por su silencio o mejor considerado por su conversación. Pero Calístenes, tras censurar a Alejandro porque, sien- 11

[24] Político y general ateniense (524-459 a. C.). Durante la invasión de los persas, estuvo al frente de las tropas atenienses que formaban parte de las fuerzas griegas. Cf. Cicerón, *Sobre los deberes* II 71, 4.

[25] Filipo II de Macedonia (382-336 a. C.), padre de Alejandro Magno. Cf. Cicerón, *Sobre los deberes* II 53.

[26] Calístenes de Olinto, filósofo griego, sobrino y discípulo de Aristóteles. Amigo de juventud de Alejandro, fue obligado a suicidarse en 327. Sobre este episodio, cf. IX 3, Ext. 1; Curcio Rufo, *Historia de Alejandro* VIII 8, 21.

do macedonio, gustaba de los agasajos propios de los persas, e invitarlo reiterada y amablemente, contra su voluntad, a abrazar de nuevo las costumbres macedonias, recibió la orden de darse muerte, por lo que se arrepintió demasiado tarde de haber descuidado aquel saludable consejo.

El propio Aristóteles proclamaba que no había que hablar ni bien ni mal de uno mismo, ya que alabarse es propio de vanidosos, y criticarse de necios. También suyo es aquel precepto sumamente provechoso de que consideremos los placeres como algo pasajero. Y les restó su importancia por medio de la siguiente demostración: cuando se suministran a nuestro espíritu cansado y plenamente arrepentido, mengua en nosotros el deseo de perseguirlos[27].

12 No estuvo exenta de prudencia la respuesta que Anaxágoras[28] dio a uno que le preguntó si había alguien feliz: «Ninguno —le dijo— de los que tú consideras felices. Antes lo encontrarás entre aquéllos que tú estimes que son desdichados. Y no poseerá abundantes riquezas y honores, sino que cultivará con fe y perseverancia una pequeña heredad o una doctrina en absoluto intrigante; será más dichoso consigo mismo que ante los demás».

13 También sabio fue el dicho de Demades[29]. A los atenienses que se negaban a tributar honores divinos a Alejandro, les respondió: «Cuidaos de no perder la tierra mientras defendéis el cielo».

[27] Cf. Plutarco, *Alejandro* 52 ss.

[28] Anaxágoras de Clazomenes (500-428 a. C.), hijo de Hegesibulo. Se le considera el primer filósofo asentado en Atenas. Cf. V 10, Ext. 3.

[29] Orador ateniense, contemporáneo de Demóstenes (c. 380-319 a. C.). No nos ha llegado ningún escrito suyo (cf. Cicerón, *Bruto* 36; Quintiliano, *Inst. orat.* XII 10, 49). Esta propuesta de otorgar honores divinos a Alejandro le supuso una multa de diez talentos.

¡Con qué ingenio comparaba Anacarsis[30] las leyes a las telarañas! En efecto, de igual modo que los animales más débiles quedan retenidos en ellas y los más fuertes las atraviesan, así también las leyes oprimen a los humildes y menesterosos y son incapaces de enredar a los opulentos y poderosos. 14

Nada más juicioso que la maniobra de Agesilao[31]: habiendo conocido que durante la noche se maquinaba una conspiración contra la república lacedemonia, abolió inmediatamente las leyes de Licurgo, por las que se prohibía castigar a alguien sin haber sido juzgado y condenado. Después que los culpables fueron arrestados y ejecutados, volvió a restituir las leyes, y así evitó dos cosas al mismo tiempo: que fuese injusto un castigo que era necesario, y que fuese impedido por ley. De este modo, las leyes dejaron momentáneamente de existir para que pudieran seguir siempre vigentes. 15

Y no sé si este consejo de Hannón[32] fue de una notabilísima prudencia. Cuando Magón anunciaba ante el senado cartaginés el final de la batalla de Cannas y, como testimonio de tan enorme triunfo, había esparcido por el suelo tres modios[33] repletos de anillos de oro arrebatados a nuestros conciudadanos muertos, Hannón le preguntó si alguno de los aliados romanos había desertado después de aquel tremendo desastre. Cuando oyó que nadie se había pasado a 16

[30] Filósofo escita del s. vi a. C. Cf. Herodoto IV 76 ss.

[31] Rey de Esparta entre 399 y 360 a. C. Venció a los persas en Asia y fue vencido en Mantinea por Epaminondas. Sobre este episodio, ocurrido en torno al 370, cf. Plutarco, *Máximas, Agesilao* 73 (214A).

[32] Senador cartaginés que se convirtió en uno de los más encarnizados rivales que tuvo Aníbal en su política de conquista. Sobre esta anécdota, ocurrida en 216 a. C., cf. Livio, XXIII 12, 1 ss.

[33] Medida de capacidad para áridos que equivalía, más o menos, a 8'75 litros.

Aníbal, aconsejó que al instante se enviaran legados a Roma para negociar la paz. Si su opinión se hubiese tenido en cuenta, Cartago no habría caído derrotada en la Segunda Guerra Púnica, ni habría sido asolada en la tercera.

17 No fue menor el castigo que los samnitas sufrieron por un error similar: haber desatendido el saludable consejo de Herennio Poncio[34]. A él, que aventajaba al resto en consideración y prudencia, le pidió consejo el ejército con su general al frente, que a la sazón era su propio hijo, sobre qué debía hacerse con las legiones romanas que se hallaban acorraladas en las Horcas Caudinas. Respondió Herennio que había que dejarlas marchar intactas. Preguntado al día siguiente acerca de la misma cuestión, contestó que había que exterminarlas, para ganarse el reconocimiento del enemigo gracias a un favor tan grande, o bien para que sus fuerzas quedaran rotas con un estrago tan considerable. Pero la irreflexiva temeridad de los vencedores, al desestimar esas dos salidas ventajosas, encendió para su perdición a las legiones que habían sometido bajo su yugo.

18 A tantos y tan grandes ejemplos de sabiduría añadiré otro de menor importancia. Los cretenses, cuando quieren expresar la maldición más cruel contra aquéllos a los que odian encarnizadamente, les desean que se deleiten con malas costumbres. Con esta forma de juramento tan comedida, hallan una salida sumamente eficaz a su venganza, ya que desear en vano una cosa e insistir obstinadamente en ello constituye un placer rayano en la perdición.

[34] En 321, los samnitas vencieron a los romanos tras atraparlos y obligarlos a rendirse en las Horcas Caudinas, un desfiladero próximo a la ciudad de Caudio (hoy *Arpaia)*. El general que ideó aquella célebre emboscada era Gavio Poncio, hijo de Herennio Poncio. Sobre este último, cf. Livio, IX 3; Cicerón, *Sobre la vejez* 41.

CAPÍTULO 3

Dichos y hechos llenos de astucia

Existe otro tipo de hechos y dichos que, aun hallándose muy cercanos a la sabiduría, son afines al concepto de astucia. Ésta, si no viene acompañada de cierta sagacidad, no alcanza el fin que se propone y antes procura la gloria por una oculta senda que por un camino despejado.

Durante el reinado de Servio Tulio, a un padre de fami- 3, 1
lia de la región sabina le nació una vaca de extraordinarias dimensiones y singular belleza. Consultados sobre la cuestión, los más infalibles adivinos respondieron que los dioses inmortales la habían engendrado para que la patria de aquél que la inmolase en honor de Diana sobre el Aventino alcanzara la hegemonía en el mundo entero. Alegre por tales presagios, el dueño del animal lo llevó a toda prisa hasta Roma y lo colocó en el Aventino, ante el altar de Diana, con la intención de sacrificarlo y otorgar a los sabinos la supremacía sobre la raza humana. Cuando tuvo conocimiento de ello, el sacerdote del templo, alegando un pretexto religioso, no permitió al extranjero sacrificar su víctima sin antes purificarse en las aguas del río cercano. Cuando aquél se dirigía al cauce del Tíber, el propio sacerdote inmoló la vaca y, por medio del piadoso engaño de este sacrificio, convirtió a nuestra ciudad en dueña y señora de tantas ciudades y naciones[35].

[35] Cf., al respecto, Livio, I 45.

2 Pero, a la cabeza de este tipo de trucos, debemos situar a Junio Bruto[36]. Cuando tuvo noticia de que el rey Tarquinio, su tío materno, se deshacía de todos los que eran de naturaleza noble y que había mandado asesinar, entre otros, a su hermano por ser de ingenio muy agudo, fingió ser de corta inteligencia, y por medio de esta artimaña encubrió sus excepcionales virtudes. Partió luego a Delfos junto con los hijos de Tarquinio, a los que éste había enviado para honrar a Apolo Pitio con regalos y sacrificios. Como ofrenda a la divinidad llevaba Bruto un báculo hueco relleno de oro, pues temía que venerar al dios con tan franca largueza no fuese seguro para él. Cumplido el encargo de su padre, los jóvenes consultaron a Apolo sobre quién de ellos creía él que habría de reinar en Roma. La divinidad respondió que el poder supremo de nuestra ciudad recaería sobre aquél que, antes que ninguno, le hubiera dado un beso a su madre. Entonces Bruto, como si se hubiese resbalado casualmente, se echó al suelo con picardía y besó la tierra, al considerar que ella es la madre común de todos nosotros. Ese beso que con tanta astucia dio a la madre Tierra otorgó a Roma su libertad y al propio Bruto el primer lugar en los fastos[37].

3 También Escipión el Mayor[38] conquistó el favor de la astucia. Cuando se dirigía a África desde Sicilia, quiso completar el número de trescientos caballeros con los más esforzados soldados romanos de infantería. Al no poder equiparlos en tan poco tiempo, consiguió con la agudeza de su inteligencia lo que la urgencia del momento le negaba: de entre los sicilianos que tenía de su lado eligió a los trescientos jóvenes más nobles y acaudalados y, como estaban desarmados, les ordenó que se equiparan cuanto antes con vistosas armas y caballos escogidos, como si fuese a llevárselos consigo a asaltar Cartago. Después que éstos habían obedecido la orden con tanta celeridad como inquietud (habida cuenta de lo prolongada y peligrosa que resultaba ya aquella guerra), Escipión declaró que los eximiría de aquella expedición si quisiesen entregar armas y caballos a sus soldados. Aquellos jóvenes, ajenos a la guerra y completamente atemorizados, aprovecharon las condiciones y gustosamente cedieron sus bagajes a los nuestros. Y así fue como la destreza del general procuró que aquella orden perentoria, tan molesta un poco antes, se convirtiera luego, una vez disipado el temor a la milicia, en el mayor de los beneficios.

Lo que sigue es digno de ser narrado. Quinto Fabio La- 4
beón[39], tras ser nombrado por el senado mediador para fijar las fronteras entre los habitantes de Nola y de Nápoles y realizar una primera inspección sobre el terreno, aconsejó por separado a unos y otros que pusieran freno a su codicia y optaran por retroceder un poco en la controversia antes que seguir adelante. Así obraron ambas partes, persuadidas por la autoridad de aquel hombre, y dejaron en medio de ambos territorios un trozo de terreno sin dueño. Estableci-

---

[36] Se trata de Lucio Junio Bruto (cf. IV 4, 1; etc.), responsable de la expulsión de su tío Tarquinio el Soberbio y uno de los dos primeros cónsules de Roma, en 509. Sobre esta anécdota, cf. Livio, I 56.

[37] Los fastos romanos eran el calendario elaborado por el Sumo Pontífice, en el que se incluían los hechos más notables del año, el nombre de los cónsules y demás magistrados, las fiestas, etc. Al ser considerado el artífice de la implantación de la república en Roma y convertirse en el primer cónsul, Bruto ocupaba el primer lugar en los fastos.

[38] P. Cornelio Escipión Africano, el héroe de la segunda guerra púnica. Sobre esta historia, ocurrida en torno al 205 a. C., cf. Livio, XXIX 1.

[39] Cuestor urbano en 196, pretor en 189. Tras no alcanzar el consulado en 184, lo consigue por fin en 183, junto a M. Claudio Marcelo. Con toda probabilidad murió en torno al 167. Cicerón *(Sobre los deberes* I 33) no tiene claro si fue él el árbitro designado para establecer los límites entre nolanos y napolitanos en 184 a. C. Sobre Labeón y el rey Antíoco III de Siria, cf. Livio, XXXVIII 39.

dos por fin los límites tal y como ellos mismos habían determinado, Labeón adjudicó al pueblo romano el espacio intermedio. Por lo demás, aunque con tal maniobra nolanos y napolitanos no pudieron protestar, puesto que se había dictado sentencia conforme a sus propias condiciones, lo cierto es que aquella nueva posesión se había incorporado a nuestros dominios por medio de un sutil fraude.

Cuentan del propio Labeón que, tras vencer en combate al rey Antíoco y obligarle por medio de un tratado a entregar la mitad de sus naves, las partió todas por la mitad para despojarlo de toda su flota.

5 Debemos rechazar las críticas vertidas contra Marco Antonio cuando dijo que no ponía por escrito ninguno de sus discursos para así poder asegurar, en caso de haber ofendido en un proceso previo a alguien que tuviera que defender después, que él no había dicho tal cosa. Para este comportamiento poco honesto tenía él una excusa razonable, y era que, en favor de los reos de muerte, estaba dispuesto no sólo a usar su elocuencia, sino también a abusar de su decencia[40].

6 Sertorio[41], al que la bondad de la naturaleza había dotado por igual de fuerza física y de cordura, obligado por culpa de las proscripciones de Sila a convertirse en jefe de los lusitanos, al no poder convencerlos con palabras de que desistieran de enfrentarse a los romanos en una batalla campal, los volvió de su misma opinión por medio de una aguda ar-

[40] Cf. Cicerón, *En defensa de Cluencio* 140, 1.

[41] General romano partidario de Mario. Tras el triunfo de Sila, se refugió en Hispania, donde formó un auténtico reino independiente, resistiendo a los generales romanos durante bastante tiempo, hasta que fue finalmente asesinado por Perpenna, su lugarteniente. Sobre esta anécdota (año 78), cf. Plutarco, *Sertorio* 16; Frontino, *Estratagemas* I 10, 1; IV 7, 6.

timaña: colocó a la vista de ellos dos caballos, uno muy impetuoso, el otro sumamente débil. A continuación ordenó a un endeble anciano que arrancara poco a poco la cola del caballo robusto, y a un joven de extraordinaria fuerza que de un solo golpe arrancara la cola del débil. Ambos obedecieron sus órdenes. Sin embargo, mientras los brazos del joven quedaban exhaustos ante aquel esfuerzo inútil, la frágil mano del viejo cumplió su cometido. Entonces Sertorio, ante aquella asamblea de bárbaros que ansiaba saber a qué venía aquella demostración, explicó que el ejército romano era similar a la cola de un caballo, cuyas partes cualquiera puede vencerlas si las acomete por separado; sin embargo, quien intente derrotarlo en su totalidad, antes tendría que ceder la victoria que poderla obtener. Así fue como aquellos bárbaros, desabridos y difíciles de gobernar, que estaban a punto de precipitarse a su perdición, pudieron comprobar con sus propios ojos los beneficios que sus oídos no habían querido escuchar.

Por su parte, Fabio Máximo[42], cuya táctica para vencer 7
consistía en no luchar, contaba entre sus ejércitos con un soldado nolano de infantería dotado de extraordinaria fortaleza, pero cuya dudosa lealtad levantaba sospechas, y otro lucano de caballería, de gran valor, aunque perdidamente enamorado de una prostituta. Para valerse de las buenas condiciones de ambos soldados, en vez de imponerles un castigo, disimuló las sospechas que tenía del primero y, con respecto al segundo, mitigó un poco la rigidez de la disciplina militar. Efectivamente, elogiando cumplidamente a

[42] Quinto Fabio Máximo, participante en la Segunda Guerra Púnica, fue apodado «Cunctátor» por la táctica dilatoria y de desgaste que empleaba ante sus rivales. Si bien Livio, XXIII 15 atribuye esta acción a Claudio Marcelo, Valerio Máximo parece seguir a Plutarco *(Fabio* XX 2 ss.; *Máximas, Fabio* IV 195 E), que sí lo asigna a Fabio Máximo.

aquél desde su estrado y rindiéndole todo tipo de honores le forzó a volver sus simpatías desde los cartagineses nuevamente hacia los romanos; en cuanto al segundo, permitiendo que rescatara ocultamente a la meretriz, lo convirtió en uno de nuestros mejores exploradores.

8 Me ocuparé ahora de aquéllos que hallaron en la astucia su propia salvación. El edil de la plebe Marco Volusio[43], después de ser declarado proscrito, se atavió como un sacerdote de Isis y se puso a pedir limosna por caminos y vías públicas, sin permitir que ningún caminante supiese quién era en realidad. Oculto tras este mañoso disfraz, logró llegar al campamento de Marco Bruto[44]. ¿Qué hay más triste que aquella situación? ¡Todo un magistrado del pueblo romano se veía forzado a renunciar al honor de su cargo y marchar por la ciudad disfrazado con el atuendo de una religión extraña!

¡Oh, qué codiciosos de su propia vida los unos, de la muerte del prójimo los otros! Aquéllos tuvieron que soportar estas vicisitudes, éstos obligaron a otros a padecerlas.

9 Un poco más lúcido fue el remedio que, en un trance similar, encontró Sencio Saturnino Vetulón[45] para librarse de la muerte. Nada más enterarse de que los triúnviros habían añadido su nombre a las listas de proscritos, cogió inmediatamente las insignias de pretor y, haciéndose preceder de una falsa escolta de lictores, subalternos y esclavos públicos, se adueñó de vehículos, ocupó hospedajes y apartó a cuantos le salían al paso. Mediante esta abusiva usurpación del cargo, a plena luz del día cubrió los ojos de sus adversarios de las más espesas tinieblas. Más adelante, después de arribar a Pozzuoli[46], como si desempeñase una misión de estado, se apropió con el mayor descaro de unas cuantas naves y llegó hasta Sicilia, que por aquel entonces era el refugio más seguro para los proscritos.

[43] Cf. Apiano, *Guerra civil* IV 47.

[44] Marco Junio Bruto, el famoso asesino de Julio César.

[45] Cn. Sencio Saturnino Vetulón, padre de C. Sencio Saturnino, cónsul en 19 a. C. Apiano, *Guerra civil* IV 45, atribuye esta acción a Pomponio.

A estos ejemplos añadiré otro de menor importancia, para luego pasar a ejemplos extranjeros. Uno que quería muchísimo a su hijo, al verlo inflamado de un amor inmoral y peligroso, como quisiera apartarlo de aquella malsana pasión, atemperó su condescendencia de padre por medio de un saludable consejo: le pidió que, antes de ir junto a la que amaba, gozase del amor de una vulgar ramera. El joven accedió a los ruegos del padre y, tras satisfacer los impulsos de su ánimo afligido por medio de aquella unión aceptada, fue postergando y entibiando cada vez más aquella ilícita pasión hasta que terminó por desaparecer. 10

Ejemplos extranjeros

Cuando Alejandro, el rey de los macedonios, fue adver- 3, 1
tido mediante un oráculo de que mandara matar al primero que le saliese al encuentro en cuanto cruzara las puertas de la ciudad, ordenó que se diese muerte al arriero, que casualmente se había topado con él antes que nadie. El mozo le preguntó por qué era condenado a la pena capital sin merecerlo y siendo inocente. Entonces Alejandro alegó como excusa lo dispuesto en el oráculo, a lo que el arriero respondió: «Si es así, oh rey, entonces el destino asignó a otro esta muerte, dado que el asno que yo llevaba delante de mí fue el

[46] Ciudad marítima en la Campania.

primero que te encontraste». Complacido Alejandro por aquellas ocurrentes palabras y por haberle hecho rectificar de su error, aprovechó la ocasión para expiar el oráculo con un animal de escaso valor. Enorme fue en éste la indulgencia, como también fue enorme la astucia del palafrenero de otro rey.

2 Después de ser reprimida la infame opresión de los magos[47], Darío hizo llamar a los seis colaboradores, todos de su misma dignidad, que le habían ayudado en tan noble hazaña, y concertó con ellos un acuerdo: montados a caballo tenían que dirigirse, al salir el sol, hacia un determinado lugar, de forma que tomaría posesión del reino aquél cuyo caballo relinchase el primero en dicho lugar. Por lo demás, y mientras sus competidores, para lograr tan alta recompensa, esperaban el favor de la fortuna, Darío, con la sola ayuda de su palafrenero Ébaris, logró su ansiado propósito. En efecto, Ébaris metió la mano en las partes genitales de una yegua y, al llegar al lugar prescrito, la acercó a los ollares del caballo. Incitado por aquel olor, el animal soltó un relincho antes que ningún otro. Al oírlo, los otros seis aspirantes al poder supremo se apearon inmediatamente de sus monturas y, como es costumbre entre los persas, se postraron en el suelo y saludaron a Darío como su rey. ¡Con qué poca astucia fue conquistado aquel vasto imperio!

3 En cuanto a Biante, cuya sabiduría ha perdurado más en la memoria de los hombres que su patria Priene (pues si la primera sigue hoy viva, de la segunda, de derruida que está, no quedan más que unos cuantos vestigios), afirmaba que los hombres deben cultivar la amistad de tal modo que tengan siempre presente que puede trocarse en la más encarnizada enemistad. Dicha regla, si bien a primera vista puede parecer demasiado maliciosa y contraria al candor que posee esencialmente la cordialidad, si la grabamos profundamente en nuestro pensamiento, nos será de mucha utilidad[48].

La ciudad de Lámpsaco[49] logró salvarse gracias a una sola artimaña. En efecto, cuando Alejandro con enconado afán se disponía a devastarla, pudo ver a Anaxímenes[50], su preceptor, saliendo de sus murallas. Como intuía Alejandro que ante su cólera aquél opondría sus súplicas, le juró que no haría lo que le pidiese. Entonces Anaxímenes dijo: «Te ruego que destruyas Lámpsaco». Esta vivaz muestra de astucia libró a aquella ciudad célebre por su rancia nobleza de la ruina a la que se veía abocada. 4

La astucia de Demóstenes también sirvió a una viejecita de providencial ayuda. Ésta había recibido de dos huéspedes suyos una cantidad en depósito, con la condición de que la reintegrara a ambos a la vez. Pasado un tiempo, uno de ellos se presentó con traje de luto, como si su socio hubiese fallecido, y se llevó todo el dinero de la embaucada anciana. Vino más adelante el otro y se puso a reclamar la suma depositada. La pobre mujer se quedó perpleja y, ante la falta de tanta cantidad de dinero e indefensa, ya pensaba en coger una soga y ahorcarse. Pero en ese momento apareció oportuno Demóstenes con la intención de defenderla. Nada más presentarse en el tribunal, dijo: «Esta mujer está dispuesta a 5

[47] Sabios sacerdotes de Zoroastro, entre los persas. Se trata de los tiranos que usurparon el reino de Persia antes de la llegada al poder de Darío, el hijo de Histaspes (521). Cf. Heródoto, III 85 ss.; Justino, I 10.

[48] Cf. Cicerón, *Sobre la amistad* 59. Gelio, I 3, 30, atribuye esta sentencia a Quilón.

[49] Ciudad de Misia, en el Helesponto (modernamente *Lamsaki).*

[50] Anaxímenes de Lámpsaco (c. 380-320 a. C.), historiador y retórico, discípulo de Zoilo y autor de obras historiográficas como *Helénicas* o *Filípicas*. Sobre este episodio, cf. Pausanias, *Descripción de Grecia* VI 18, 2 ss.

cumplir su palabra en torno al depósito. Pero si no traes contigo a tu socio, no podrá hacer tal, dado que, como tú mismo vas pregonando, la condición estipulada era que no se entregara a uno el dinero sin que el otro estuviera presente».

6 Y tampoco pareció poco juicioso el ejemplo que sigue. Un ateniense, al que todo el pueblo odiaba, fue citado ante la asamblea para responder de una acusación so pena de muerte. De repente, comenzó a reclamar para sí el más alto cargo público, no porque él creyese que podía alcanzarlo, sino para que aquellos hombres tuviesen un motivo sobre el que descargar los primeros accesos de cólera, que suelen ser los más violentos. Y no le falló aquella artimaña suya tan astuta: a pesar de ser agraviado en la asamblea, entre los hostiles abucheos y los incesantes silbidos de todos los presentes, a pesar de recibir la afrenta de denegársele el cargo solicitado, de esta misma chusma recibiría poco después, cuando se discutió acerca de su propia vida, una sentencia bastante clemente. Y es que si en un primer momento hubiese ofrecido al pueblo, sediento entonces de venganza, su cabeza en peligro de muerte, aquellos oídos, insensibles por el odio, ni siquiera habrían escuchado a la defensa.

7 Semejante a esta muestra de sutileza fue esta otra estratagema. Tras ser vencido en combate naval por el cónsul Duilio[51], y temiendo el castigo que habría de sufrir por la pérdida de la flota, Aníbal eludió semejante menoscabo con una admirable astucia: después de aquella desafortunada batalla, y antes de que llegase a su patria noticia alguna del desastre, envió a Cartago a un amigo suyo convenientemente predispuesto y aleccionado. Nada más entrar en el

[51] En 260 a. C., el cónsul Gayo Duilio derrotó al cartaginés Aníbal cerca de Milas. Cf. Polibio, I 23, 7 ss.

senado cartaginés, éste dijo: «Os consulta Aníbal si debe enfrentarse a un almirante romano que se ha presentado llevando tras de sí un gran contingente de fuerzas navales». El senado en pleno gritó que sin duda debía entablar combate. Entonces el emisario replicó: «Pues ya lo ha hecho y ha sido derrotado». De este modo, no pudieron condenar una acción que ellos mismos habían considerado que debía llevarse a cabo.

También Aníbal[52], con el fin de levantar alguna sospecha sobre la estrategia dilatoria de Fabio Máximo, quien se burlaba de los invictos ejércitos cartagineses por medio de su provechosa táctica de retardo, comenzó a devastar a hierro y fuego los campos de toda Italia y únicamente dejó intactas unas tierras de Fabio con el fin de calumniarlo. Y esta insidiosa simulación del cartaginés habría obtenido algún provecho si la ciudad de Roma no hubiese conocido a la perfección el afecto de Fabio por su patria y las taimadas usanzas de Aníbal. 8

Asimismo, los tusculanos[53] hallaron su salvación gracias a la agudeza de su ingenio. Por culpa de sus reiteradas rebeliones, habían hecho méritos para que los romanos desearan destruir su ciudad hasta los cimientos. Para tal menester se había puesto el magnífico general Furio Camilo al frente de un ejército poderosísimo. Todos los ciudadanos de Túsculo salieron a su encuentro ataviados con togas[54] y le ofrecieron 9

[52] Cf. Livio, XXII 23; Frontino, *Estratagemas* I 8, 2; Silio Itálico, VII 260 ss. Valerio Máximo aquí comete un error de consideración, al identificar al Aníbal del ejemplo anterior con su homónimo protagonista de la segunda guerra púnica.

[53] Túsculo fue la primera ciudad latina en obtener la ciudadanía romana, en 381 a. C. Furio Camilo fue el artífice de esa anexión a Roma. Cf. Livio, VI 26.

[54] La toga era un símbolo de paz, como lo demuestra el dicho romano *cedant arma togae* («cedan las armas ante la toga»).

profusamente víveres y todas las demás garantías de paz. Accedieron incluso a que franqueara armado las murallas de la ciudad, sin alterar el gesto y la compostura. Con esta perseverante voluntad de tranquilidad lograron no sólo nuestra amistad, sino también el derecho de ciudadanía, haciendo gala de una sencillez ingeniosa, por Hércules. Ciertamente, comprendieron que era más apropiado disimular el miedo con muestras de cortesía que protegerlo por medio de las armas.

10 Execrable fue, por el contrario, la determinación de Tulo, el cabecilla de los volscos. Movido por un ardiente deseo de entrar en guerra con los romanos, y después de advertir que los ánimos de los suyos decaían tras unos cuantos combates perdidos y que, por ello mismo, eran más proclives a la paz, los empujó a donde él quería por medio de una insidiosa artimaña. Efectivamente, en cierta ocasión en que una gran muchedumbre de volscos había acudido a Roma con motivo de unos espectáculos públicos, Tulo confesó a los cónsules sus vivas sospechas de que sus paisanos estuvieran maquinando alguna hostilidad imprevista, por lo que les aconsejaba que fuesen tremendamente cautos. Acto seguido, abandonó la ciudad. Los cónsules llevaron este asunto hasta el senado, el cual, pese a que no existían fundadas sospechas, se dejó llevar por la autoridad de Tulo y decretó que los volscos salieran de la ciudad antes de que llegara la noche. Indignados por aquel ultraje, los volscos pudieron lanzarse fácilmente a la rebelión. Y así fue como la falsedad de un taimado general, disfrazada de fingida benevolencia, engañó al mismo tiempo a dos pueblos: al romano por hacerle incriminar a unos inocentes, al volsco por enojarlos contra quienes habían sido engañados[55].

[55] Este episodio, ocurrido en 489 a. C., aparece en LIVIO, II 47, aunque narrado de forma diferente.

CAPÍTULO 4

Estratagemas

Existe un tipo peculiar de astucia, completamente exenta de cualquier reproche, y es aquél que, por no poder expresarse convenientemente con una palabra romana, se designa con el término griego de *estratagema*.

Después que Tulo Hostilio invadiera con todas sus tro- 4, 1
pas la ciudad de Fidenas (una ciudad que con sus continuas revueltas no sólo impidió que los orígenes de nuestro naciente imperio quedasen eclipsados, sino que también nos enseñó que un valor alimentado con trofeos y victorias sobre los pueblos limítrofes hacía albergar grandes esperanzas en el futuro), Metio Fufecio[56], jefe de los albanos, reveló de pronto y en el mismo campo de batalla las dudas y sospechas que siempre había despertado su lealtad de aliado. En efecto, tras abandonar un flanco del ejército romano, se situó en una colina cercana con la intención más de observar la batalla que de intervenir en ella. De este modo, si caíamos derrotados, se burlaría de nosotros, y si resultábamos vencedores, nos atacaría cuando estuviéramos cansados. Y no había duda de que esta conducta iba a debilitar el ánimo de nuestros soldados, dado que verían al mismo tiempo que los enemigos atacaban y los aliados desertaban. Así pues, Tulo tomó precauciones para que esto no sucediera: picó espuelas a su caballo y recorrió todos los contingentes de soldados,

[56] Metio Fufecio era rey o tal vez dictador de los albanos. Esta traición, ocurrida en torno al 663 a. C., ya aparece en LIVIO, I 27 y 28, así como en SERVIO, *Comentario a la Eneida* VIII 642. Fidenas era una ciudad cercana a Roma, a orillas del Tíber (hoy *Castel Giubileo)*.

pregonando que, por orden suya, Metio se había apartado hasta la colina y que, cuando él mismo diese la señal, atacaría a los fidenates por la retaguardia. Con aquella artimaña nacida de sus conocimientos militares, transformó el temor en confianza, y colmó los corazones de los suyos de entusiasmo, en lugar de inquietud.

2 Y por continuar aún con nuestros reyes, proseguiré con Sexto Tarquinio, el hijo de Tarquinio[57]. Indignado el joven porque las fuerzas de su padre no eran capaces de someter Gabios[58], ideó un plan más efectivo que las propias armas, por el cual conquistaría aquella ciudad y la incorporaría al poder de Roma. De repente, se pasó al bando de los gabinos, como si huyera de la crueldad y los azotes de su padre (azotes que se había infligido voluntariamente). Por medio de falsas y premeditadas lisonjas comenzó poco a poco a atraerse la benevolencia de todos los ciudadanos. Cuando gozó de gran influencia entre todos ellos, envió a un amigo suyo junto a su padre para que le informara de que lo tenía todo controlado y le preguntase qué quería que hiciese. A la sutileza del joven respondió la astucia del viejo. Por más que aquella noticia le colmaba de alegría, Tarquinio no quiso fiarse del mensajero y no dio ninguna contestación, sino que lo llevó con él hasta un jardín y con un bastón arrancó las cabezas más grandes y crecidas de las adormideras. Cuando el joven Sexto tuvo conocimiento del silencio y la conducta de su padre, comprendió el motivo de aquél y el significado de ésta, y supo que le ordenaba relegar al exilio a los gabinos más notables o bien darles muerte. De este

[57] Sexto Tarquinio era hijo de Tarquinio el Soberbio, el último de los reyes de Roma. Cf. Livio, I 53; Frontino, *Estratagemas* I 1, 4.

[58] Antigua ciudad del Lacio, situada entre Roma y Preneste.

modo, una vez privada la ciudad de sus más valiosos defensores, se la entregó prácticamente con las manos atadas[59].

También el siguiente ejemplo de nuestros antepasados 3
fue concebido de manera juiciosa y concluyó felizmente. Cuando los galos, después de conquistar la ciudad de Roma, asediaban el Capitolio[60], comprendieron que la única esperanza de tomarlo se fundaba en el hambre de los sitiados. Fue entonces cuando los romanos, valiéndose de un plan sumamente astuto, privaron a los vencedores de lo único que los animaba a continuar: comenzaron a lanzar panes desde diversas posiciones. Estupefactos ante semejante espectáculo, y pensando que los nuestros disponían de cantidades de trigo hasta sobrarles, los galos se vieron empujados a levantar el asedio. Ciertamente Júpiter se apiadó entonces del valor de aquellos romanos que hallaban un remedio en la astucia, cuando contempló que, ante tan gran escasez de alimentos, derrochaban el remedio para dicha escasez. Así pues, concedió un exitoso final para aquel plan tan astuto como arriesgado.

El propio Júpiter inspiró luego las sagaces determinacio- 4
nes de nuestros generales más aguerridos. En efecto, mientras Aníbal diezmaba una parte de Italia y su hermano Asdrúbal había invadido la otra[61], el penetrante arrojo de Claudio Nerón, por un lado, y la afamada prudencia de Livio Salinátor, por el otro, lograron que las tropas reunidas de ambos her-

[59] Cf. Livio, I 54, 1 ss.

[60] El asedio a Roma por parte de los galos senones tuvo lugar en 390 a. C. Los romanos se vieron obligados a refugiarse en el Capitolio y pagar con oro su libertad al general Breno. Cf. Livio, V 48; Ovidio, *Fastos* IV 349 ss.

[61] Cf. Livio, XXVII 45 y 46; Silio Itálico, XV 525 ss. La victoria de Claudio Nerón y Livio Salinátor sobre Asdrúbal en Metauro tuvo lugar en el año 207.

manos no abrumaran nuestra delicada situación con una carga insostenible. Una vez cercado Aníbal en territorio lucano, Nerón engañó a su rival haciéndole creer que se hallaba allí presente (así lo exigía la operación militar), mientras recorría a marchas forzadas un largo trecho para prestar ayuda a su colega Salinátor. Éste, cuya intención era entrar en combate al día siguiente junto al río Metauro, en Umbría, acogió de noche a Nerón en su campamento con gran disimulo. En efecto, dispuso que los tribunos albergasen a los tribunos, los centuriones a los centuriones, los de caballería a los de caballería y los de infantería a los de infantería. Y así, sin ningún tumulto, introdujo dos ejércitos en el espacio en que apenas cabía uno solo. De este modo sucedió que Asdrúbal ignoraba que tendría que enfrentarse a los dos cónsules antes de caer abatido por el valor de ambos. Y fue así como la astucia cartaginesa, lamentablemente famosa en todo el mundo, fue burlada por la prudencia romana: Nerón engañó a Aníbal y Salinátor a Asdrúbal.

5 Memorable por su determinación fue también Quinto Metelo[62]. Cuando se encontraba como procónsul en Hispania haciendo la guerra contra los celtíberos, al no ser capaz de tomar con sus fuerzas Contrebia[63], capital de aquel territorio, encontró al fin, después de mucho meditar consigo mismo y durante bastante tiempo, la manera de llevar a cabo su objetivo. Tomaba con gran ímpetu un determinado rumbo y luego cambiaba repentinamente de dirección: ahora ocupaba estos montes, poco después atravesaba aquellos otros y, en todo ese tiempo, ni sus hombres ni los enemigos

[62] Se trata de Quinto Metelo Macedónico. Cf. VII 1, 1. Sobre esta anécdota, fechada en el 142 a. C., cf. FLORO, *Epítome* I 33, 40, y el propio VALERIO MÁXIMO, II 7, 10.

[63] Ciudad de la Tarraconense, capital del territorio celtíbero. Fue conquistada por Sertorio en el 77 a. C.

acertaban a comprender el motivo de aquel inesperado y repentino ir y venir. Al preguntarle un íntimo amigo suyo por qué razón seguía una estrategia tan errática y vacilante, él respondió: «No me hagas este tipo de preguntas, pues si yo me llegase a enterar de que la parte interior de mi túnica conoce mi plan, al instante haría que la quemaran». Así pues, ¿en qué acabaron tantas reservas y cuál fue su resultado? Después de mantener en la incertidumbre a su ejército y sembrar la duda en toda Celtiberia, cuando había emprendido su marcha en una dirección, de repente regresó a Contrebia y la tomó por sorpresa y ante el desconcierto general. De este modo, si no hubiese apremiado a su mente a idear un ardid, se habría visto obligado a permanecer armado junto a las murallas de Contrebia hasta su más avanzada edad.

Ejemplos extranjeros

Agatocles[64], tirano de Siracusa, fue un hombre de atrevida astucia. Después de que los cartagineses habían ocupa- 4, 1
do la mayor parte de su ciudad, hizo pasar sus ejércitos hasta África para así conjurar el miedo con miedo y la violencia con violencia. Y no sin resultado, puesto que los cartagineses, desconcertados ante su llegada imprevista, recobraron de buen grado su propia seguridad a cambio de la salvación de sus enemigos y acordaron que al mismo tiempo África quedara libre de sicilianos y Sicilia de cartagineses. Pues

[64] Agatocles, tirano de Siracusa y posterior rey de toda Sicilia (360-289 a. C.). Fueron célebres sus enfrentamientos con los cartagineses por el dominio de Sicilia. Murió envenenado. Cf. SILIO ITÁLICO, XIV 652; JUSTINO, XXII 4; DIODORO, XX 3. Año 296.

bien, ¿qué habría sucedido si hubiese persistido en proteger las murallas de Siracusa? Sicilia se habría visto acosada por los males de la guerra y habría dejado que Cartago, libre de cuidados, disfrutara de las ventajas de la paz. Ahora bien, al infligir el mismo daño que él padecía, al atacar las fuerzas ajenas en vez de defender las propias, cuanto más serenamente abandonó su reino, tanto más seguro lo recuperó.

2 Y es más, ¿acaso Aníbal, antes de entablar combate en Cannas, no tuvo enredado al ejército romano en los múltiples lazos de su astucia, hasta abocarlo a aquel resultado tan aciago? En primer lugar, se las arregló para que los romanos tuviesen el sol de cara, así como el polvo, que en aquella región el viento suele levantar en grandes cantidades[65]. En segundo lugar, ordenó a una parte de sus tropas que, en mitad del combate, se diera adrede a la fuga. Con ello Aníbal pretendía que una legión romana que se había desgajado del resto del ejército para ir tras aquel grupo, fuese aniquilada a manos de unos cuantos de los suyos que previamente había dispuesto en una emboscada. Por último, sobornó a cuatrocientos caballeros que, tras fingir que habían desertado, se presentaron ante el cónsul. Éste, como suele hacerse con los desertores, ordenó que depusieran las armas y se retiraran hasta las últimas filas. Y fue en ese momento cuando desenvainaron las espadas que llevaban ocultas entre la túnica y la coraza y cercenaron las corvas de los guerreros romanos. En esto estribaba la gallardía de los cartagineses, cimentada sobre artimañas, insidias y mentiras. Y ésta es la excusa más acertada para nuestro valor burlado, que resultamos engañados más que vencidos[66].

[65] Lo mismo en FRONTINO, *Estratagemas* II 2, 7.

[66] En este ejemplo se atisba un arraigado sentimiento nacionalista por parte de Valerio Máximo. Sobre la batalla de Cannas, llevada a cabo en 216 a. C., cf. LIVIO, XXII 48; SILIO ITÁLICO, IX y X.

CAPÍTULO 5

Sobre fracasos electorales

También los ejemplos concernientes al ámbito electoral han de servir a quienes emprendan la profesión política para afrontar con mejor ánimo los resultados adversos en los comicios. En efecto, al tener muy presentes los reveses sufridos por las personalidades más notables, aspirarán a los distintos cargos no sólo con mayor esperanza de éxito, sino también con un juicio más sensato. Además, recordarán que es lícito que todos puedan negar alguna cosa a uno solo, del mismo modo que muchas veces uno solo puede oponerse a la voluntad de todos. E, incluso, sabrán que hay que lograr con paciencia aquello que no se pudo conseguir con favores.

Cuando Quinto Fabio Máximo[67] ofreció un banquete en 5, 1
honor de su tío paterno Publio Africano, pidió a Quinto Elio Tuberón que preparase los triclinios. Éste cubrió los lechos de estilo cartaginés con pieles de cabritilla, y dispuso vajilla de Samos en lugar de vajilla de plata[68]. Aquel ultrajante gesto ofendió hasta tal punto a la opinión pública que cuando Tuberón, considerado por lo demás una persona distinguida, se presentó como candidato a la pretura, pese a con-

[67] Se trata de Quinto Fabio Máximo Alobrógico, pretor en Hispania (*ca.* 124), cónsul en 121 a. C. Era hijo de Quinto Fabio Máximo Emiliano (cf. II 2, 1; 7, 11) y sobrino de Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano el Menor. Los acontecimientos que narra Valerio Máximo datan de 129 a. C.

[68] El *lectulus Punicanus* era una especie de pequeño potro de madera sin almohadillas. La vajilla de Samos era de barro vidriado. Cf. CICERÓN, *En defensa de Murena* 75, 9.

tar con los apoyos de su abuelo Lucio Paulo y su tío materno Publio Africano, acabó sufriendo un fracaso. Pues de igual manera que se elogiaba siempre la moderación en lo privado, así también se tenía en la más alta consideración la generosidad en el ámbito público. Y es que la ciudadanía creía que sobre aquellas míseras pieles no yacían sólo los invitados al banquete, sino todos y cada uno de ellos, por lo que vengaron en las urnas la afrenta de aquel festín.

2 Por su parte Publio Escipión Nasica[69], celebérrima lumbrera del poder político (aquél que, durante su consulado, declaró la guerra a Yugurta; que recibió en sus sacrosantas manos a la Madre del Ida cuando emigró desde tierras frigias hasta nuestros altares y fuegos sagrados; que reprimió muchas y muy perniciosas sediciones con el poder de su autoridad; aquél, en suma, de quien el senado se vanaglorió de tenerlo como su máximo representante durante unos cuantos años), siendo muy joven, presentó su candidatura a edil curul. Cuando, conforme a las costumbres de los candidatos, estrechó con fuerza la mano de uno, endurecida por las labores del campo, le preguntó en tono de broma si solía

[69] Publio Cornelio Escipión Nasica, hijo de Cornelio Escipión Calvo, fue el encargado de recibir la estatua sagrada de Cibeles a su llegada a Italia desde Pesinunte (204 a. C.). Fue edil curul en 197, pretor en Hispania en 194, cónsul en 191. Cf. Livio, XXIX 10 y 11; Cicerón, *En defensa de Plancio* 21, 51; Plinio, *Historia natural* VII 34; XVIII 3. Aquí Valerio atribuye a un solo miembro de la familia de los Escipiones diversas acciones que abarcan casi un siglo y fueron realizadas por, al menos, cuatro personajes diferentes: P. Cornelio Escipión Nasica (cónsul en 191) fue el elegido para recibir la piedra sagrada de Cibeles, a su llegada a Italia desde Pesinunte, en 204; P. Cornelio Escipión Nasica Córculo, hijo del anterior, fue cónsul en 162 y 155, *princeps senatus* en 147 y 142; P. Cornelio Escipión Nasica Serapión, hijo del anterior, fue cónsul en 138, acabó con la revuelta de su primo Tiberio Graco en 133; por último, otro Nasica, hijo del precedente, declaró la guerra a Jugurta en 111.

caminar sobre sus manos. Los presentes escucharon aquellas palabras, que llegaron a oídos del pueblo, y fueron la causa de que la candidatura de Escipión fracasara. Todas las tribus rurales estimaron que les echaba en cara su pobreza, y descargaron toda su cólera contra aquella afrentosa galantería. Así pues nuestro pueblo, al refrenar la arrogancia de los jóvenes nobles, los convirtió en unos ciudadanos ilustres y de provecho; y al no permitir que los petulantes accedieran a los cargos públicos, confirió a éstos el debido respeto.

No se observó ningún error de ese tipo en Lucio Emilio 3
Paulo[70] y, sin embargo, aspiró varias veces al consulado sin éxito. Cuando tenía ya aburrido al Campo de Marte con sus propios fracasos electorales, alcanzó la más eminente dignidad al ser elegido cónsul por dos veces y censor. Y todos los reveses sufridos no pudieron quebrantar su virtud; más bien la estimularon, pues el propio fracaso acrecentaba aún más su deseo de presentarse al más alto cargo, para, de este modo, vencer al pueblo con su perseverancia, dado que ni el esplendor de su nobleza ni sus cualidades morales habían podido conmoverlo.

En cambio, fueron unos pocos y apenados amigos los 4
que acompañaron a su casa a Quinto Cecilio Metelo[71], afligido y abochornado tras ser rechazado para el consulado. Y, sin embargo, el senado en pleno lo acompañó al Capitolio cuando, alegre y contento, se disponía a celebrar el triunfo

[70] En efecto, Lucio Emilio Paulo aspiró repetidas veces sin éxito al consulado, hasta que finalmente lo obtuvo en 182 y en 168 a. C., cuando puso fin a la Tercera Guerra Macedónica, lo que le valió el sobrenombre de Macedónico. Fue censor en 164 y murió en 160. Cf. Livio, XXXIX 56; XLIV 17.

[71] Quinto Cecilio Metelo Macedónico. Cf. II 7, 10, etc.

sobre el Pseudofilipo[72]. Él constituyó una parte muy importante en la guerra llevada a cabo contra la Liga Aquea, guerra a la que Lucio Mumio[73] acabó dándole la última mano. ¿Y acaso el pueblo sería capaz de negar el consulado a quien poco después daría o debería dos provincias tan magníficas como Acaya y Macedonia? No cabe duda de que este hecho lo convirtió en un mejor ciudadano, pues Metelo comprendió cuánta destreza es necesaria para ejercer el consulado, sobre todo consciente como era del trabajo que le había costado alcanzarlo.

5 ¿Y quién hubo más descollante y más espléndido que Lucio Sila?[74]. Él, que repartió riquezas y mandos, que derogó leyes obsoletas y dictó otras nuevas, también sufrió el desdén de ser rechazado para la pretura en ese mismo Campo de Marte del que poco después se haría dueño y señor; precisamente Sila, que podría conseguir todos los peldaños del cargo que pretendía[75] sólo con que uno de los dioses hubiese prefigurado ante los ojos del pueblo romano la imagen y la traza de su futura autoridad.

6 Referiré ahora el mayor crimen cometido en unos comicios. Marco Porcio Catón[76], quien con sus costumbres otor-

[72] *Pseudophilippus* era el sobrenombre de Andrisco, pretendiente al trono de Macedonia que decía ser Filipo, el hijo de Perseo. Metelo lo derrotó en 148 a. C. Cf. Diodoro, XXXII 96; Floro, *Epítome* I 30.

[73] Pretor y procónsul en 153, derrotó a los lusitanos. Como cónsul en 146, sucedió a Metelo en Macedonia y logró sofocar la rebelión de la Liga Aquea. Cf. Livio, *Períocas* 52; Veleyo Patérculo, I 12; Floro, *Epítome* I 32.

[74] Se trata de Lucio Cornelio Sila Félix, el acérrimo enemigo de Mario. Fracasó en su intento de acceder a la pretura en 98 a. C. Sin embargo, fue nombrado *praetor urbanus* en 97. Cf. Plutarco, *Sila* 5.

[75] En el año 81 a. C. Sila elevó de seis a ocho el número de pretores.

[76] Marco Porcio Catón de Útica, descendiente de Catón el Censor. En el año 55 a. C. fue vencido por P. Vatinio en las citadas elecciones a la pretura, merced a un soborno. Sin embargo, alcanzó eventualmente la pretura en el año 54. Cf. Livio, *Períocas* 105; Plutarco, *Catón* 42; Séneca, *Consolación a Helvia* 13, 5.

garía a la pretura más dignidad que gloria personal alcanzaría él, no pudo conseguir del pueblo dicho cargo en cierta ocasión. Fueron aquéllas unas elecciones que rayaron en la locura, y los votantes pagaron un castigo bastante grave por su error, ya que se vieron obligados a conceder a Vatinio el cargo que habían negado a Catón. Por tanto, si pretendemos valorar lo que sucedió realmente, no es que negaran la pretura a Catón, sino Catón a la pretura.

CAPÍTULO 6

Sobre la necesidad

También la abominable necesidad, con sus durísimas leyes y con los dictados más terribles, obligó tanto a nuestra ciudad como a naciones extranjeras a sufrir muchos trances duros no sólo de entender, sino también de escuchar.

Durante la Segunda Guerra Púnica, cuando los jóvenes 6, 1
soldados romanos se hallaban exhaustos después de tantos combates adversos, el senado, a propuesta del cónsul Tiberio Graco[77], decidió que se comprasen, con cargo al erario, esclavos con los que rechazar a las tropas enemigas. Por este motivo, y después que los tribunos de la plebe presentaran una propuesta de ley ante el pueblo, se nombró a tres personas que lograron reunir veinticuatro mil esclavos. Una vez que les hicieron jurar que se aplicarían a la tarea con

[77] Tiberio Sempronio Graco, edil curul en el año de la derrota de Cannas (216 a. C.), fue nombrado *magister equitum* después de aquel desastre y, finalmente, cónsul en 215 y nuevamente en 213.

valor y coraje mientras los cartagineses estuvieran en Italia, los enviaron a los campamentos a prestar su servicio como soldados. Asimismo, de Apulia y de los pedículos[78] compraron doscientos setenta esclavos para reforzar la caballería. ¡Con qué violencia golpea una amarga desgracia! Una ciudad como Roma, que hasta entonces había tenido reparo en censar soldados incluso entre los pobres de origen libre, reclutaba ahora efectivos sacándolos de las celdas de los esclavos y recogiéndolos de las cabañas de los pastores, y los sumaba a sus ejércitos como si fueran su principal refuerzo. Y es que la nobleza de espíritu cede muchas veces ante las circunstancias y sucumbe ante los azares de la fortuna, porque, si no tomas el camino más seguro, acabas muriendo a fuerza de seguir las apariencias.

El desastre de Cannas sumió a nuestra ciudad en un desconcierto tan tremendo que, hallándose Marco Junio Pera[79] al frente de la república en calidad de dictador, los despojos enemigos, que permanecían clavados en los templos como ofrenda a los dioses, fueron arrancados para emplearlos en la inminente batalla; niños vestidos con la pretexta[80] empuñaron las armas e, incluso, se alistaron seis mil soldados entre esclavos por deudas y condenados por delitos capitales. Estas medidas, si se consideran en sí mismas, causan un cierto rubor; en cambio, si se miran teniendo en cuenta la fuerza de la necesidad, parecen remedios en consonancia con la crudeza del momento.

[78] Pueblo de Apulia que habitaba en torno a la actual Bari. Sobre este episodio, cf. LIVIO, XXII 57, 11 y 12; XXIII 14, 2.

[79] M. Junio Pera, cónsul en 230 a. C., fue nombrado dictador por acuerdo del senado, en 215. Cf. LIVIO, XXII 57, 9; XXIII 14.

[80] Toga blanca con una franja de púrpura que llevaban los hijos de los nobles hasta los dieciséis años.

Como consecuencia de este mismo desastre, y ante las quejas de Otacilio y Cornelio Mámula[81] (propretores de Sicilia y Cerdeña, respectivamente), que aseguraban que los aliados no suministraban la soldada y el trigo para su flota y sus tropas, y que tampoco ellos tenían de dónde poder facilitarlos, el senado respondió por escrito que el erario no podía permitirse ningún gasto en tierras lejanas y que, por tanto, ellos mismos vieran de qué modo podían remediar tan enorme escasez. Con aquella carta, el senado no hizo otra cosa que soltar de sus manos el timón de su poder, y dejar escapar Sicilia y Cerdeña, los más fértiles graneros de Roma, posiciones y apoyos privilegiados en tiempos de guerra, que tanto sudor y tanta sangre habían costado conquistar. Y en pocas palabras, todo fue por tu capricho, ¡oh Necesidad!

También tú, Necesidad, quisiste que los habitantes de 2
Casilino[82], oprimidos por el asedio de Aníbal y desprovistos de cualquier tipo de alimento, privasen de su uso normal las correas que empleaban como riendas y arrancasen las pieles de sus escudos para comérselas, tras reblandecerlas en agua hirviendo. ¿Qué hay más desventurado que aquellos hombres, si tenemos en cuenta su terrible desgracia? ¿Qué más fiel, si consideramos su perseverancia? Por no separarse de Roma, accedieron a tomar tal clase de alimento, cuando podían ver, a los pies de sus propias murallas, los campos más fértiles y las más prolíficas llanuras. Y así fue como Casilino, célebre por su valor, vapuleó con su inflexible lealtad

[81] Tito Otacilio Craso fue pretor en 217 a. C. y, posteriormente, en 212. Aspiró sin éxito al consulado. Aulo Cornelio Mámula aparece en varias ocasiones citado en Livio. Sobre este episodio concreto, cf. LIVIO, XXIII 21.

[82] Ciudad de Campania a orillas del Vulturno. Tras resistir con coraje el asedio de Aníbal, sucumbió finalmente.

los pérfidos ojos de aquella ciudad de Campania[83] que con su molicie alentó gustosa la fiereza de los cartagineses.

3 En aquella ocasión[84] en que trescientos prenestinos resistían con coraje el asedio de su ciudad, sucedió que uno de ellos prefirió vender por doscientos denarios un ratón que había cazado antes que comérselo y calmar así su hambre. Pero fue la providencia divina, en mi opinión, la que procuró a vendedor y comprador el final que ambos merecían: el avaro murió de hambre y no pudo disfrutar del dinero obtenido merced a su mezquindad; el otro, más sensato, siguió vivo, gracias al beneficioso gasto que había realizado, ciertamente caro, pero necesario.

Durante el consulado de Gayo Mario y Gneo Carbón[85], enfrentados en guerra civil a Lucio Sila (una época en la que no se pretendía la victoria para la república, sino que era la propia república la recompensa a la victoria), mediante un decreto del senado se mandó fundir todo el oro y la plata que adornaban los templos para que no faltase la soldada a la tropa. ¡Qué justa causa, la de expoliar a los dioses inmortales, cuando, de lo que se trataba en realidad, era de saber si serían unos u otros quienes saciarían su crueldad por medio de la proscripción de ciudadanos! Así pues, no fue la voluntad de los senadores, sino la implacable mano de

[83] Se está refiriendo de forma velada a Capua, ciudad aliada que dio cobijo a Aníbal. Cf. Livio, XXIII 19.

[84] Se trata del asedio a la ciudad durante la segunda guerra púnica (216 a. C.). Cf. Livio, XXIII 19; Frontino, *Estratagemas* IV 5, 20.

[85] Año 82 a. C. Gayo Mario era hijo del famoso rival de Sila. Lucrecio Afela lo capturó en Preneste y envió a Sila su cabeza. Cn. Papirio Carbón ya había sido cónsul en 85 y 84 junto a L. Cornelio Cinna. Al no poder socorrer a su colega Mario, huyó a África, donde finalmente lo capturó Pompeyo, que lo ejecutaría más tarde en Lilibeo.

la Necesidad infame la que hundió su punzón para grabar aquel decreto.

El ejército del divino Julio (esto es, la diestra invicta de aquel invicto general), tras haber sitiado la ciudad de Munda[86], y ante la escasez de materiales con los que levantar un parapeto, erigió la altura que deseaba amontonando cadáveres de enemigos; y a falta de estacas de madera, valló aquel terraplén con lanzas y jabalinas. La necesidad fue, por tanto, la que le mostró cómo erigir aquella insólita fortificación[87]. 5

Y para continuar el recuerdo de aquel padre celestial con la mención a su divino hijo, evocaré cierta ocasión en que parecía que Fraates[88], rey de los partos, iba a lanzarse sobre nuestras provincias. Los territorios contiguos a sus dominios se hallaban desconcertados ante el anuncio inminente del conflicto. Y fue tal la carestía de víveres que sobrevino en la región del Bósforo que cada vasija de aceite costaba seis mil denarios, y un esclavo podía canjearse por otros tantos modios de trigo. Pero fue el celo de Augusto, consagrado en aquellos momentos a salvaguardar el mundo, el que ahuyentó aquella desagradable tempestad. 6

Ejemplos extranjeros

No pudieron los cretenses disfrutar de una ayuda semejante: abocados a la más absoluta penuria por culpa del ase- 6, 1

[86] Ciudad de la Bética, cerca de Córdoba, en la que César derrotó a Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo Magno, en el año 45 a. C.

[87] Sobre este episodio, cf. el anónimo *Bellum Hispaniense* 32.

[88] Fraates IV, rey de Partia en tiempos de Augusto. Derrotó a Marco Antonio en torno al 36. En el 20, Augusto pudo por fin recuperar los estandartes y a los prisioneros de guerra.

dio de Metelo, más que apagar su sed, diría yo que la atormentaron bebiendo su propia orina y la de sus bestias. Sin duda el temor a ser vencidos les empujó a padecer algo a lo que sus vencedores ni siquiera les habrían obligado[89].

2 Los numantinos, por su parte, sitiados por Escipión[90] por medio de una empalizada y un terraplén, cuando se había agotado todo aquello que podía saciar su hambre, acabaron recurriendo a la carne humana como alimento. Por ello, después que su ciudad fue tomada, se encontraron muchos que llevaban bajo sus vestiduras restos y miembros de cadáveres. Y no puede alegarse como excusa para tal comportamiento la necesidad, pues quienes tenían libertad para morir no tenían necesidad de seguir viviendo de aquella manera.

3 La macabra contumacia de los numantinos fue superada, en una situación similar, por la abominable impiedad de los calagurritanos. Éstos, para seguir demostrando su lealtad a las cenizas del difunto Sertorio, frustrando así el asedio de Gneo Pompeyo[91], y puesto que ya no quedaban animales en la ciudad, convirtieron a sus mujeres e hijos en un infame alimento. Y para alimentar por más tiempo sus propias vísceras con las de los suyos, aquellos jóvenes armados no dudaron en salar los pobres restos de sus muertos. ¡A ellos podría alguien exhortarles a luchar con coraje en el frente por la vida de sus esposas e hijos! Lo cierto es que, de un enemigo como aquél, un general tan ilustre como Pompeyo debió reclamar antes un castigo que la victoria: era mayor la gloria que podía reportarle su venganza que no la victoria sobre un adversario que, con su ferocidad, había superado a todo tipo de serpientes y fieras. En efecto, lo que para éstas constituye las dulces prendas de su existir, más queridas que su propia vida, para los calagurritanos fue su almuerzo y su cena[92].

[89] Se trata de Quinto Cecilio Metelo Crético, cónsul en 69 a. C. y procónsul en Creta, donde derrotó a los piratas y se apoderó de numerosas ciudades. Cf. Livio, *Períocas* 98 y 99; Floro, *Epítome* I 42.

[90] Se refiere al famoso episodio de resistencia protagonizado por los habitantes de Numancia. Tras un asedio de más de ocho meses, los numantinos acabaron rindiéndose a P. Cornelio Escipión Emiliano, en 133 a. C.

[91] En 77 a. C., Gneo Pompeyo Magno había sido enviado como procónsul a Hispania para reforzar el asedio de Q. Cecilio Metelo Pío a Sertorio.

CAPÍTULO 7

Sobre testamentos que fueron anulados[93]

Pasemos ahora a un asunto que es de suma importancia y que constituye una de las últimas cosas que hacen los hombres: consideremos los testamentos que, o bien fueron anulados pese a ser redactados conforme a la ley, o bien siguieron siendo válidos cuando merecían haberse anulado. Por último, examinaremos aquellos testamentos en que la herencia se transmitió a otras personas distintas a las que los esperaban. Abordaré, además, la cuestión en el orden que acabo de exponer.

El padre de cierto soldado, tras recibir del campamento 7, 1
la noticia falsa de la muerte de su hijo, nombró herederos a otros y al poco tiempo falleció. Después de terminar su servicio militar, el joven regresó a su casa y, por el error de su padre y la desvergüenza de unos extraños, se encontró con que le negaban la entrada. ¿Hay algo más descarado que

[92] Salustio, *Historias, frg.* 86 y 87; Livio, *Períocas* 97; Juvenal, XV 93, atribuye esta práctica a los vascones en general.

[93] También Plinio el Joven aborda la cuestión de los testamentos, principalmente en algunas de sus cartas (cf. *Epístolas* II 20; VIII 18, etc.).

aquellos individuos? Había consumido la flor de su juventud en pro de la república, había soportado las mayores fatigas, innumerables peligros, mostraba cicatrices recibidas luchando de frente y, encima, pretendían que los lares de sus ancestros fuesen ocupados por personas ociosas que constituían una carga para la propia ciudad. De este modo, tras deponer las armas se vio obligado a ejercer la milicia como civil en el foro. Y su lucha fue realmente dura, ya que litigó ante los centúnviros por los bienes de su padre y en contra de aquellos herederos de la peor calaña. Y acabó venciendo no sólo ante la opinión de todos, sino, además, con el veredicto unánime[94].

2 Asimismo, el hijo del muy honorable caballero romano Marco Anneyo Carseolano, tras ser adoptado por Sufenate, un tío suyo materno, anuló ante los centúnviros el testamento de su padre natural, en el que había sido excluido. En efecto, se había nombrado heredero a un familiar de Pompeyo Magno, Tuliano, y con la firma del propio Pompeyo[95]. Así pues, su labor en aquel juicio tuvo que ver con el prestigio de un personaje tan notable más que con las cenizas de su padre. Por lo demás, y a pesar de tener ambas cosas en su contra, acabó obteniendo los bienes de su padre. En efecto, Lucio Sextilio y Publio Popilio, a los que Marco Anneyo había nombrado herederos en calidad de parientes y a partes iguales con Tuliano, no se atrevieron a litigar contra el joven por el pago previo de un depósito[96], y ello pese a que la influencia (entonces preeminente) de Pompeyo Magno les

[94] Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* I 175.

[95] Los testamentos debían estar firmados por siete testigos.

[96] Los litigantes en un juicio estaban obligados a pagar un depósito *(sacramentum)* que quedaba en manos de los pontífices. El depósito del que perdía pasaba a las arcas del estado (VARRÓN, *La lengua latina* V 180).

habría podido exhortar a defender lo que fijaba el testamento. Y por si fuera poco, a favor de los herederos estaba también el que Marco Anneyo se había incorporado a la familia y a los cultos religiosos de Sufenate. Pero el vínculo de la sangre, el más estrecho entre los hombres, pudo más que la voluntad del padre y la influencia del personaje más ilustre.

Gayo Tetio fue desheredado por su padre cuando toda- 3
vía era un niño. Era hijo de Petronia, a la que Tetio había tenido por esposa hasta que murió, y el divino Augusto ordenó por medio de un decreto que tomara posesión de los bienes de su padre, demostrando de esta manera que era el padre de la patria. Y es que Tetio, después que su hijo naciera en el seno de su propio hogar, se había negado a darle su nombre con la mayor iniquidad.

También Septicia, madre de los dos Trácalos de Rímini, 4
disgustada con sus hijos, para humillarlos se casó con el anciano Publicio cuando ya no podía engendrar más hijos, y además los excluyó de su testamento. Después que ambos hijos recurrieron al divino Augusto, éste condenó tanto el casamiento como la última voluntad de aquella mujer. En efecto, ordenó que los hijos recibieran la herencia de su madre y prohibió al marido que conservara la dote, habida cuenta de que el matrimonio no se había celebrado con el fin de engendrar hijos. Si la Justicia en persona se hubiese visto obligada a instruir este proceso, ¿acaso habría podido pronunciarse de un modo más justo y más riguroso? Desprecias a quienes has parido, te casas cuando eres ya infértil, trastocas enfurecida el orden de tu testamento y ni te sonrojas después de ceder todo tu patrimonio a aquél bajo cuyo cuerpo ya casi amortajado pusiste el tuyo marchito y decrépito. Así pues, por comportarte de esta manera, un rayo venido del cielo te arrojó hasta los infiernos.

5 Magnífica fue asimismo la disposición del pretor urbano Gayo Calpurnio Pisón[97] después que Terencio presentó una queja ante él. De los ocho hijos que había criado hasta la adolescencia, uno de ellos, entregado en adopción, lo había desheredado. Pisón otorgó al padre la posesión de los bienes del joven y no permitió que los herederos reclamaran ante los tribunales. Lo que impulsó al pretor a actuar de esa manera fue, sin duda, la dignidad del padre, el haberle dado a su hijo la vida y una educación, pero también tuvo algo que ver el número de hijos que tenía a su lado, pues veía que, junto con el padre, había siete hermanos impíamente desheredados.

6 ¿Y qué decir de aquel decreto tan riguroso del cónsul Mamerco Emilio Lépido? Un tal Genucio, sacerdote de la Gran Madre[98], había obtenido del pretor urbano Gneo Orestes que se le entregasen los bienes de Nevio Anio, bienes que había recibido del propio Nevio según los términos del testamento. Tras la reclamación de Surdino, cuyo liberto era el que había nombrado heredero a Genucio, Mamerco anuló el dictamen del pretor, basándose en que Genucio, tras amputarse deliberadamente los genitales, no debía considerarse ni hombre ni mujer. Decreto, pues, acorde a Mamerco, acorde al senador más ilustre, mediante el cual se evitó que los tribunales de los magistrados se vieran manchados por la presencia obscena de Genucio y su voz descarada, bajo la apariencia de afán de justicia.

[97] Pretor urbano en 72 a. C., cónsul en 67 junto a Manio Acilio Glabrión. Al volver de su proconsulado en la Galia Narbonense, fue acusado de concusión por parte de César. Cicerón fue su defensor y resultó absuelto.

[98] El original *Gallus* hace referencia a un sacerdote castrado de la diosa Cibeles, también conocida como *Magna Mater*.

Mucho más severo de lo que había sido Orestes en el ejercicio de la pretura urbana fue Quinto Metelo[99]. No consintió que los bienes de Vibieno pasaran a manos del rufián Vecilo, quien los reclamaba en virtud de los términos del testamento. En efecto, como hombre sumamente honorable y riguroso, consideró Metelo que había que diferenciar entre la condición del foro y la de un burdel, y no quiso ni confirmar la acción de quien había tirado su fortuna a una sucia pocilga, ni tampoco juzgar, como si de un ciudadano cabal se tratase, a quien se había desligado de todo régimen de vida honesto. 7

CAPÍTULO 8

Sobre testamentos que siguieron siendo válidos, aunque hubieran podido ser anulados

Tras ocuparnos de ejemplos concernientes a testamentos anulados, pasemos ahora a aquellos otros que siguieron teniendo validez pese a existir motivos por los que podrían haber sido anulados.

¡Qué manifiestas y notorias muestras de locura exhibió 8, 1
Tuditano! No en vano se había puesto a repartir monedas entre el pueblo, se le había visto en el foro, en medio de la carcajada general, arrastrando su toga como si fuesen ropajes propios de una tragedia, y otras muchas cosas por el estilo. Pues bien, en su testamento nombró heredero a su hijo, algo que Tiberio Longo, pariente suyo muy cercano, trató

[99] Se trata de Quinto Cecilio Metelo Céler. Fue pretor urbano y augur durante el año 63.

sin éxito de revocar en el tribunal de los centúnviros[100]. Creyeron éstos que debían tener más en cuenta lo que aparecía escrito en el testamento que la persona que lo había redactado.

2 Si trastornado fue el comportamiento de Tuditano, el testamento de Ebucia, la que había sido esposa de Lucio Menenio Agripa, estaba lleno de disparates. A pesar de tener dos hijas idénticas en virtud, Pletonia y Afronia, se dejó llevar más por su propio antojo que por la animadversión o el afecto que sintiera por una u otra, y designó a Pletonia como su única heredera. Asimismo, de su inmenso patrimonio, a los hijos de Afronia sólo legó veinte mil sestercios. No obstante, Afronia no quiso querellarse con su hermana previo pago del depósito, y consideró que era más apropiado respetar con resignación el testamento de su madre que impugnarlo ante los tribunales, demostrando con esta actitud que era tan poco digna de aquella afrenta cuanto mayor era la dignidad con que la sobrellevaba.

3 Quinto Metelo[101] logró que el error de aquella mujer causara menos asombro. Pese a haber en Roma muchos y muy notables miembros de su misma familia, pese a hallarse en todo su esplendor la familia Claudia, a la que le unía un estrecho vínculo de sangre, dejó como único heredero a Carrinate y, con todo, nadie se atrevió a tocar su testamento.

4 También Pompeyo Regino, natural de la región transalpina, fue excluido del testamento de su hermano. A fin de demostrar la injusticia que se había cometido contra él, leyó ante una gran afluencia de miembros de uno y otro orden las

[100] El original presenta *hastae iudicio*. Los centunviros poseían una lanza que era el símbolo de su autoridad como jueces. Sobre Tuditano, cf. Cicerón, *Filípicas* III 16.

[101] Q. Cecilio Metelo Nepote, legado de Pompeyo entre el 67 y el 63 a. C., tribuno en 62, pretor en 60 y finalmente cónsul en 57.

dos tablas con su testamento, esculpidas en el comicio, en las que su hermano era nombrado heredero de gran parte de su patrimonio, y le legaba de antemano[102] un total de quince millones de sestercios. Durante mucho tiempo se quejó amargamente junto con sus amigos, que participaban de su misma indignación. Sin embargo, por lo que se refería a celebrar el juicio ante los centúnviros, permitió que las cenizas de su hermano descansaran en paz. Los que habían sido nombrados beneficiarios no eran ni consanguíneos de Regino ni tampoco allegados a él, sino unos extraños de baja condición, por lo que no sólo su silencio podría parecer escandaloso, sino injuriosa la preferencia.

Los testamentos de los que ahora hablaré también quedaron felizmente sin castigo, aunque no sé yo si constituían un delito aún más detestable. 5

Sobre testamentos que nombraron herederos diferentes a los que todos creían

Quinto Cecilio[103], gracias al solícito interés e infinita generosidad de Lucio Luculo, había logrado un honorable grado de dignidad y un inmenso patrimonio. A pesar de que en reiteradas ocasiones lo había señalado como su único heredero e, incluso, le había entregado sus anillos justo antes

[102] Es decir, con anterioridad a la ejecución del testamento.

[103] En efecto, Tito Pomponio Ático, el célebre amigo de Cicerón, había sido adoptado por su acaudalado tío materno, Quinto Cecilio, que al morir le dejó todos sus bienes. En cuanto a Lucio Licinio Luculo, sirvió en la Guerra Social a las órdenes de Sila. Fue pretor en 78 y cónsul en 74 a. C. Cf. Cicerón, *Cartas a Ático* III 20; Varrón, *Sobre la agricultura* II 2; Nepote, *Ático* V 2.

de morir, según su testamento había adoptado a Pomponio Ático y lo había dejado como heredero de todos sus bienes. Sin embargo, el pueblo romano arrastró el cadáver de aquel mentiroso y perjuro por todas las calles con una soga amarrada al cuello. Así fue como aquel individuo infame tuvo el hijo y el heredero que quiso, pero también los funerales y exequias que mereció.

6 Y no fue digno de otro entierro Tito Mario, natural de Urbino[104], quien desde la más baja categoría militar ascendió, merced a los favores del divino emperador Augusto, hasta los más altos honores castrenses. Tras haberse enriquecido gracias a aquellos profusos beneficios, no sólo pregonó durante el resto de sus días que legaría su fortuna a aquél de quien la había recibido, sino que incluso el día antes de morir dijo esto mismo al propio Augusto, cuando lo cierto fue que ni siquiera mencionó su nombre en el testamento.

7 Lucio Valerio, apodado el «Sietecuerdas», después de sufrir en la vida civil la enemistad de Cornelio Balbo, quien lo había acosado de obra y de pensamiento en reiteradas causas civiles e, incluso, lo había acabado acusando de un delito capital por medio de un falso acusador, desoyó a todos sus abogados y defensores y lo dejó como su único heredero. Sin duda, algún tipo de locura trastornó su entendimiento, ya que se recreó en su desgracia, se decantó por los peligros y llegó a suplicar que le condenaran, tratando con cariño al causante de sus males y con odio a sus protectores.

8 En su lecho de muerte, Tito Barro entregó a Léntulo Espínter, de cuyo amabilísimo corazón y desinteresada amistad había disfrutado, sus anillos, como si fuese su único heredero, cuando en realidad no le dejaba nada en herencia. ¡Qué inmensa pesadumbre tenía que haberle causado en aquel mismo momento la conciencia a un hombre tan despreciable, si es que realmente la conciencia atesora las fuerzas que se le suponen! Pues en el preciso instante en que meditaba sobre su delito insidioso y desagradecido, exhaló su último aliento, como si un verdugo martirizara su mente por dentro. Se daba perfecta cuenta de que su tránsito de la vida a la muerte era odioso a los dioses del cielo y sería detestable para los infernales.

[104] Ciudad de Umbría, junto al Metauro. Municipio romano desde 90 a. C.

En su lecho de muerte, Marco Popilio, del orden senato- 9
rial, miró con semblante amable, en razón de su vieja amistad, a Opio Galo, íntimo suyo desde la más tierna infancia. Le dirigió luego unas cuantas palabras en las que resaltaba el gran afecto que sentía por él, llegó a considerar que, de todos los presentes, era el único que merecía un último abrazo y un beso y, por si fuera poco, le entregó también sus anillos, obviamente, para que no perdiera nada de una herencia que no iba a recibir. Opio, hombre despierto, pero víctima absoluta del escarnio de un amigo moribundo, volvió a poner los anillos en un cofrecillo, hizo que los presentes los marcaran cuanto antes y, al hallarse desheredado, los mandó a los herederos. ¿Hay algo más deshonroso y fuera de sazón que una chanza como ésta? Aquel senador que abandonaba la curia del pueblo romano, aquel hombre que estaba a punto de verse privado del goce de vivir, cuando la misma muerte volvía pesados sus ojos y su alma exhalaba el último aliento, tuvo el antojo de mofarse de los sacrosantos derechos de la amistad, por medio de una broma grotesca.

LIBRO VIII

CAPÍTULO 1

Sobre los motivos por los que acusados de delitos infamantes fueron absueltos o condenados

A fin de sobrellevar con mayor ecuanimidad los inciertos resultados de los juicios, recordemos ahora por qué motivos fueron absueltas o condenadas algunas personas que eran el blanco de las envidias.

Absueltos

Después de haber sido condenado por el rey Tulo bajo 1, 1
la acusación de haber dado muerte a su propia hermana, Marco Horacio[1] apeló ante el pueblo y fue absuelto. De ambos, rey y pueblo, a uno lo movía la atrocidad del crimen, al otro el motivo que le indujo a cometerlo, ya que consideraba

[1] Esta historia constituye un precedente del llamado derecho de apelación *(provocatio)*. Este Marco Horacio, único superviviente de los tres que se enfrentaron a los Curiacios, mató a su hermana por lamentar la muerte de uno de sus rivales. Cf. LIVIO, I 26, y VALERIO MÁXIMO, VI 3, 6.

el pueblo que el indecoroso amor de la muchacha había sido castigado antes con severidad que con impiedad. Así pues, al quedar exculpada de un grave castigo, la diestra de aquel hermano pudo saborear tanta gloria derramando la sangre de un familiar como antes derramando la de sus enemigos.

2 Si en aquella ocasión el pueblo romano se comportó como celoso defensor del pudor, más adelante se comportó como un juez más indulgente de lo debido. El tribuno de la plebe Libón había acusado duramente ante la asamblea a Servio Galba, ya que siendo pretor en Hispania había exterminado a un gran número de lusitanos, faltando así a su palabra. Marco Catón, ya entonces de edad muy avanzada, había respaldado la acción del tribuno por medio de un discurso, que después introdujo en sus *Orígenes*. El acusado nada adujo en su favor y, entre lágrimas, encomendó al pueblo a sus hijos pequeños y al hijo de Galo, pariente suyo. Aquella acción tranquilizó a la asamblea, y quien poco antes iba a ser condenado unánimemente, apenas tuvo luego un voto en contra. Así pues, fue la compasión y no la justicia la que presidió aquel juicio, dado que la absolución que no había podido concederse a su inocencia, fue finalmente otorgada a la consideración que suscitaban sus hijos[2].

3 Muy parecido es el ejemplo que sigue. Cuando más vivo era el desprestigio que sufría Aulo Gabinio, fue sometido a votación ante el pueblo por parte de su acusador, Gayo Memio. No parecía que hubiera esperanza de salvación, pues la acusación aportaba pruebas contundentes, en tanto que la defensa se apoyaba en unos argumentos de muy poco peso. A ello había que sumar que los jueces, furiosos de cólera, deseaban fervientemente que aquel hombre fuera condenado.

[2] Cf. sobre todo Cicerón, *Bruto* 89 y 90, y Gelio, I 12, 17 y XIII 25, 15.

Ya tenía ante sus ojos al ujier y la prisión, cuando la intervención de la propicia fortuna ahuyentó todos sus recelos. En un arrebato de desconsuelo, Sisenna, hijo de Gabinio, se postró suplicante a los pies de Memio, tratando de hallar un refugio en medio de aquella zozobra, precisamente de donde había partido toda aquella tempestad. El arrogante vencedor le lanzó una mirada siniestra y lo apartó de sí, dejándolo con el anillo fuera de su mano y tirado unos momentos en el suelo[3]. Aquel acto llevó al tribuno de la plebe Lelio a decretar, con el beneplácito de todos los presentes, el perdón para Gabinio, y a pedir que quedara constancia de que no conviene abusar insolentemente de los momentos de prosperidad, como tampoco rendirse antes de tiempo ante la adversidad. Algo que resulta igual de evidente en el ejemplo que viene a continuación.

Apio Claudio[4], una deshonra no sé si mayor para la religión o para la patria (pues si de aquélla menospreció un antiquísimo ritual, de ésta perdió una hermosísima flota), 4
fue expuesto a las iras del pueblo, y cuando ya se creía que de ninguna manera podría escapar al castigo que merecía, se libró de la condena gracias a un inesperado aguacero. En efecto, tras interrumpirse la causa como por intervención divina, no se creyó conveniente reanudarla. Así pues, de igual modo que aquella inclemencia del mar le había origi-

[3] Arrojar los anillos al suelo era un síntoma de dolor y humildad. Sobre Gabinio, cf. IV 2, 4.

[4] Se trata en realidad de Publio (no Apio) Claudio Pulcro, cónsul en 249 a. C., y del suceso que aparece en el epítome de Paris (I 4, 3). Claudio estaba ansioso por entablar combate naval, y ante los malos presagios que auguraban los pollos sagrados (se negaban a comer), los tiró al agua, para que así, al menos, bebieran. El resultado fue desastroso para la armada romana, que sucumbió en Drépano. Cf. Livio, XXII 42, 9; Polibio, I 49 ss.

nado su condición de reo, otra inclemencia venida del cielo le trajo la salvación.

5 Por una suerte similar, la castidad de la vestal Tuccia[5], oscurecida por el nubarrón de la infamia, se libró de la acusación de incesto. La virgen, absolutamente convencida de su inocencia, probó a buscar esperanza de salvación en un argumento muy arriesgado. Cogió una criba y dijo: «Oh Vesta, si es cierto que he llegado siempre hasta tus sagrados altares con mis manos puras, haz que con este utensilio pueda sacar agua del Tíber y llevarla hasta tu santuario». La propia naturaleza cedió ante aquellas súplicas de la vestal, expresadas con tanta audacia y temeridad.

6 También Lucio Pisón[6], acusado por Lucio Clodio Pulcro de haber infligido graves e intolerables ofensas a los aliados, se libró del trance de una muerte segura gracias a un hecho fortuito. En efecto, en el momento mismo en que se le iba a comunicar la triste sentencia, cayó una repentina tromba de agua. Pisón, que se hallaba postrado en el suelo besando los pies de los jueces, se llenó el rostro de barro. Aquella escena tornó en clemencia y magnanimidad la severidad que había presidido todo aquel proceso. Ciertamente consideraron los jueces que bastante resarcidos estaban ya los aliados con el grave castigo al que se había visto humillado Pisón: agacharse de una manera tan lastimosa y levantarse con un aspecto tan bochornoso.

7 Añadiré el ejemplo de dos que fueron absueltos por culpa de sus propios acusadores. Quinto Flavio, acusado ante el pueblo por el edil Gayo Valerio, por más que el voto de

[5] Cf. Livio, *Períocas* 20.

[6] Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en 58 a. C., fue duramente atacado en sendos discursos de Cicerón, *Sobre las provincias consulares* e *Contra Pisón*. Publio (y no Lucio) Clodio Pulcro, tribuno de la plebe en 58 a. C., es el famoso adversario de Cicerón.

catorce tribus lo había declarado culpable, seguía proclamando que lo condenaban pese a ser inocente. Entonces Valerio le replicó en voz alta que nada le importaba si iba a morir siendo culpable o inocente, con tal de que muriera. La dureza de aquellas palabras llevó al resto de tribus a votar a favor de su adversario. Valerio se había deshecho ya de su enemigo, y cuando daba por seguro que lo había hundido, él mismo lo levantó y malogró la victoria cuando ya la cantaba.

También Gayo Cosconio, acusado de acuerdo con la ley 8
Servilia[7] y culpable sin duda alguna de muchos y muy evidentes crímenes, pudo salvarse tras declamar en el juicio un poema compuesto por su acusador Valerio Valentino, en el que, sirviéndose de la ficción poética, mostraba a un adolescente y a una joven virgen de condición libre a la que había violado. Ciertamente, los jueces consideraron injusto dar como vencedor a quien no merecía llevarse la victoria, sino entregarla. De este modo, la absolución de Cosconio en el proceso que contra él se seguía fue más una condena de Valerio que una exculpación del propio Cosconio.

Trataré ahora también sobre aquéllos que, aun abruma- 9
dos por sus propios delitos, se salvaron merced al ilustre linaje de sus parientes más cercanos. Aulo Atilio Calatino[8], acusado de deshonor por haber entregado a traición la ciu-

[7] La *Lex Servilia Glaucia repetundarum*, promulgada en torno al 101 ó 100 a. C., por Gayo Servilio Glaucia (cf. Cicerón, *Bruto* 224). Esta ley favorecía a los caballeros, pues les atribuía el derecho de formar parte del jurado en los procesos. Gayo Cosconio fue pretor en 63 a. C. (cf. Cicerón, *En defensa de Sila* 42 y *En defensa de Cluencio* 97. Sobre Valerio Valentino, poeta satírico, cf. Lucilio, *apud Fest.* 363.

[8] Cónsul en 258 y 254 a. C., censor en 246. Tal vez aquí Valerio Máximo se confunde de personaje.

dad de Sora[9], escapó de una inminente condena gracias a unas cuantas palabras de su suegro, Quinto Máximo, en las que aseguraba que, si él mismo lo hubiera hallado culpable del citado crimen, habría roto inmediatamente sus lazos de afinidad con él. Al instante, el pueblo desechó una sentencia que estaba ya casi dictada, y todo por las palabras de un solo hombre. Consideraba el pueblo que no se debía desconfiar del testimonio de aquél a quien recordaba haber confiado los ejércitos cuando la situación de la república era realmente difícil.

10 Marco Emilio Escauro[10], acusado de concusión, presentó ante el tribunal una defensa tan desesperada y lamentable que, cuando el abogado de la acusación le dijo que, según ley, podía llamar a declarar a ciento veinte testigos, y que no se opondría a su absolución si era capaz de nombrar a otras tantas personas a las que no hubiera quitado nada durante su administración de la provincia, no pudo beneficiarse de tan inmejorable condición. Con todo, fue absuelto en atención a su antiquísima nobleza y al recuerdo aún vivo de su padre.

11 Sin embargo, así como la reputación de los personajes ilustres influyó muchísimo a la hora de amparar a los acusados, otras veces nada pudo hacer para condenarlos. Antes al contrario: cuanto más duramente acusaban a aquéllos cuya culpabilidad era manifiesta, tanto más beneficiados salían éstos. Publio Escipión Emiliano[11] acusó a Cota ante el tribunal del pueblo. Por más que en este proceso confluían

---

[9] Ciudad del Lacio, al sudeste de Roma. Fue tomada por los romanos en 345 a. C., se rebeló en 315 y fue ocupada por los samnitas en 313.

[10] Cf. VALERIO MÁXIMO, III 2, 18. Fue gobernador de Cerdeña en 55. Acusado de concusión en 54, fue defendido, entre otros, por Cicerón.

[11] Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano el Menor, el vencedor en la tercera guerra púnica. Cf. CICERÓN, *En defensa de Murena* 58, 11. Lucio Aurelio Cota fue cónsul en 143 a. C. El hecho data del 131 a. C.

gravísimas acusaciones, fue aplazado por siete veces. Al octavo intento, finalmente, se determinó la absolución del acusado, pues temían los jueces que una sentencia condenatoria sería considerada como una deferencia al extraordinario prestigio del acusador. Éste sería, en mi opinión, el razonamiento que siguieron: «No queremos que quien pide la cabeza de otro traiga hasta este tribunal sus triunfos y sus trofeos, sus despojos y los espolones de los navíos vencidos. Que se muestre terrible con tales argumentos ante el enemigo, pero que no aceche la vida de un ciudadano sirviéndose del ruido de una gloria tan grande».

Ante un eminentísimo acusador, los jueces son tan seve- 12
ros como benévolos ante un reo de condición mucho más baja. Calidio de Bolonia, tras ser sorprendido de noche en el dormitorio de un hombre casado, fue acusado de adulterio por este motivo. Y sin embargo, logró salir a flote de los mayores y más graves embates de la infamia, agarrándose a un endeble argumento de defensa como el que se agarra a los restos de un naufragio. En efecto, afirmó que era el amor de un joven esclavo el que lo había llevado hasta aquella alcoba. Levantaban sospechas el lugar, el momento, la manera de ser de la esposa e incluso la sospechosa juventud del propio acusado. Sin embargo, la confesión de su propia incontinencia le libró del delito de adulterio.

Si bastante trivial era la inmoralidad mostrada en el 13
ejemplo anterior, el que sigue trata una cuestión un tanto más grave. Los hermanos Celio, miembros de una ilustre familia de Terracina, fueron acusados de parricidio porque su padre, Tito Celio, había sido asesinado mientras descansaba en su habitación, donde también dormían ellos, en un lecho contiguo. Al no encontrarse esclavo alguno o libre sobre quien pudiera recaer la sospecha del homicidio, fueron exculpados por la simple razón de que los jueces considera-

ban un hecho probado que, cuando abrieron la puerta, se les había encontrado durmiendo. El sueño, indicio innegable de una plácida inocencia, sirvió de ayuda a aquellos desgraciados. Se estimó, en efecto, que la naturaleza no concibe que pudieran conciliar el sueño teniendo a su lado aquel cadáver lleno de heridas y de sangre.

Condenados

1, 1 Pasemos ahora a aquéllos en cuyo proceso hubo cuestiones extrajudiciales que les causaron mayor daño que provecho les acarreó su inocencia. Después de celebrar el brillantísimo triunfo sobre el rey Antíoco, Lucio Escipión[12] fue condenado por haber recibido dinero de aquél. Yo no creo que se hubiera dejado corromper por dinero después de haber alejado hasta más allá del monte Tauro[13] a quien dominaba ya toda Asia y lanzaba sus manos victoriosas sobre Europa. Más bien sería que aquel hombre, de una vida por lo demás intachable y ajeno a una sospecha de aquella clase, no pudo combatir la envidia, que por aquel entonces se cernía sobre los insignes apellidos de aquellos dos hermanos.

2 Y si a Escipión fue el enorme esplendor de su fortuna el que le causó la perdición, a Gayo Deciano[14], hombre célebre por su integridad, serían sus declaraciones. En efecto, cuando acusó ante la tribuna del foro a Publio Furio, un personaje de vida sumamente desenfrenada, se aventuró en una parte de su alegato a lamentar la muerte de Lucio Saturnino, por lo que no sólo fracasó en su intento de condenar al reo, sino que además sufrió la pena que pedía para Furio.

Una fatalidad similar recayó sobre Sexto Ticio[15]. Era 3
inocente y se había ganado las simpatías del pueblo por haber presentado una propuesta de ley agraria. Sin embargo, porque había tenido en su casa una imagen de Saturnino, la asamblea lo condenó por unanimidad.

Añádase a los casos anteriores el de Claudia. Inocente 4
del crimen que se le imputaba, fue una imprecación sacrílega la que la condenó. En cierta ocasión en que volvía a casa después de asistir a unos juegos, la gente empezó a vilipendiarla. Ella deseó que su hermano, principal causante del desastre de nuestras fuerzas navales, volviera al mundo de los vivos y fuese nombrado varias veces cónsul, para que bajo su lamentable mandato se redujera la población, excesivamente numerosa, de Roma[16].

Podemos también hacer una breve digresión y hablar de 5
aquellos a quienes arrastró su desmedido deseo de condenar por un leve motivo. Los triúnviros Marco Mulvio, Gneo Lolio y Lucio Sextilio fueron citados a juicio ante el tribunal del pueblo y fueron condenados por los tribunos de la plebe. Y todo porque habían llegado tarde a apagar un incendio que se había provocado en la Vía Sacra.

---

[12] Se trata de Lucio Cornelio Escipión *Asiagenes,* hermano del Africano, edil curul en 195 a. C., pretor en Sicilia en 193 y finalmente cónsul en 190. Su victoria sobre Antíoco III de Siria tuvo lugar en la batalla de Magnesia (190). Cf. VALERIO MÁXIMO, III 5, 1; LIVIO, XXXVIII 32.

[13] Montaña de Asia Menor.

[14] Gayo Apuleyo Deciano, tribuno en 99 a. C., había sido adoptado por un pariente de Lucio Apuleyo Saturnino, hombre sumamente conspirador y elocuente. Por sus declaraciones acabó siendo condenado al exilio. Publio Furio, liberto, llegó a ser tribuno en el año 100. Cf. CICERÓN, *En defensa de Rabirio* 24; *En defensa de Flaco* 29 ss.

[15] Acerca de Sexto Ticio, cf. CICERÓN, *En defensa de Rabirio* 24; *Sobre el orador* II 265; *Bruto* 225. Y de la Ley Ticia, cf. CICERÓN, *Sobre las leyes* II 14; II 31.

[16] Claudia era hermana de P. Claudio Pulcro (cf. VALERIO MÁXIMO, VIII 1, abs. 4). Cf. GELIO, X 6, 2; LIVIO, *Períocas* 19.

6 Asimismo, el triúnviro nocturno Publio Vilio[17], tras ser acusado por el tribuno de la plebe Publio Aquilio, fue condenado a juicio del pueblo por haber hecho su guardia negligentemente.

7 También fue bastante severo el veredicto del pueblo, cuando impuso una fuerte multa a Marco Emilio Porcina[18], acusado por Lucio Casio de haber construido una casa de campo excesivamente elevada en los alrededores de Alsio[19].

8 Y tampoco debemos olvidar la condena de uno que, perdidamente enamorado de su joven esclavo, dispuso, por capricho de aquél, que se le sirviera en el campo tripas de buey para cenar. Como no había posibilidad alguna de comprar tal clase de carne por aquellos contornos, satisfizo los deseos del joven matando un buey de labranza. Por semejante falta tuvo que enfrentarse a un juicio público, él, que habría resultado inocente de no haber nacido en aquellos tiempos tan remotos[20].

Ni absueltos ni condenados

1, 1 Hablemos también de aquéllos que, inculpados por un delito que implicaba la pena capital, no fueron ni absueltos

[17] Los *tresviri nocturni* o *capitales* (cf. el ejemplo anterior) eran una especie de policía que velaba de noche por las calles.

[18] Sobre Marco Emilio Lépido Porcina, cónsul en 137 a. C., cf. CICERÓN, *Bruto* 95; *Sobre el orador* I 40. Sobre Lucio Casio, cf. *Retórica a Herenio* IV 47.

[19] Ciudad de Etruria, junto al Tirreno (hoy *Palo).*

[20] Alusión proverbial a la austeridad de costumbres de los antiguos romanos. VARRÓN *(Sobre la agricultura* II 5, 4) atestigua que matar un buey de labranza era un delito bastante grave. Cf. también COLUMELA, *Sobre la agricultura* 6, pr. 7.

ni condenados. Una mujer que había matado a su madre golpeándola con un bastón fue llevada ante el pretor Marco Popilio Lenate. Y no se dictó sentencia ni en un sentido ni en otro, pues estaba suficientemente probado que aquella mujer, enajenada de dolor por la muerte de sus hijos, a los que su propia abuela había envenenado en razón del odio que sentía hacia su hija, había vengado un parricidio con otro. De ambos crímenes, se estimó que si uno no merecía ser vengado, el otro tampoco merecía la absolución.

En la misma disyuntiva se agitaba la conciencia de Pu- 2
blio Dolabela, cuando desempeñaba el proconsulado en Asia. Una madre de familia de Esmirna asesinó a su marido y a su hijo, al enterarse de que entre ambos habían matado a otro hijo de condiciones excelentes que aquélla había concebido en un matrimonio anterior. Una vez llevado el caso ante Dolabela, éste remitió la instrucción del mismo al Areópago, en Atenas, dado que personalmente no se aventuraba ni a perdonar a aquella mujer que había cometido dos crímenes, ni tampoco a castigar a quien había obrado forzada por un dolor más que razonable. Si el magistrado del pueblo romano había mostrado gran consideración e indulgencia, no fueron menos juiciosos los areopagitas. En efecto, una vez examinaron la causa, y movidos por los mismos sentimientos que Dolabela, determinaron que acusador y acusada volvieran a presentarse ante ellos cien años después. Tanto Dolabela, remitiendo a otros el proceso, como los jueces del Areópago, posponiéndolo, evitaron el indescifrable dilema de condenar o absolver a aquella mujer[21].

[21] GELIO, XII 7, refiere esta misma anécdota.

CAPÍTULO 2

Sobre juicios privados célebres

A estos ejemplos de juicios públicos añadiré otros privados. Un número prudente de ellos podrá deleitar al lector más de lo que puede hastiarlo una interminable retahíla.

2, 1 Los augures ordenaron a Claudio Centumalo que redujera la altura de una casa suya que se alzaba en el monte Celio[22], dado que les molestaba a la hora de tomar los augurios desde la colina del Capitolio. Claudio, sin embargo, se la vendió a Calpurnio Lanario, sin indicarle las prescripciones del colegio de los augures, quienes acabaron obligando a Calpurnio a derribar su casa. Como árbitro entre él mismo y Claudio, Calpurnio recurrió a Marco Porcio Catón, padre del célebre Catón. Como fórmula[23] se adujo que «cualquier cosa que se le tuviera que dar, convenía que fuese de buena fe». Catón, en cuanto tuvo conocimiento de que Claudio había callado a sabiendas la imposición de los sacerdotes, lo condenó en favor de Calpurnio, y con bastante equidad por cierto, pues es conveniente que el vendedor de buena fe no acreciente sus esperanzas de lucro, ni tampoco aparente desconocer el perjuicio[24].

2 Si el juicio que acabo de mencionar fue conocido en su época, tampoco quedó relegado al silencio el que me dispongo a referir ahora. Aquejado de una grave enfermedad, Gayo Viselio Varrón permitió que en su cuenta de deudas se viera reflejada la cantidad de trescientos mil sestercios que debía entregarse a Otacilia, esposa de Laterense, con la que había tenido comercio carnal. Su intención era que, si moría, pudiera ella reclamar dicha suma a sus herederos, suma que él pretendía que fuese una especie de legado. De este modo, podía encubrir bajo el nombre de deuda aquella liberalidad para con su amante. Sin embargo, Viselio logró curarse de su mal, en contra de los deseos de Otacilia. Contrariada ésta por no haber alcanzado la presa que esperaba obtener cuando aquél muriera, de pronto pasó de ser una amante sumisa a hacer de usurera implacable, reclamando el dinero que se había agenciado con un descaro tan insolente como nulo era el compromiso. Asistió como juez en aquel litigio Gayo Aquilio[25], hombre de gran influencia, que descollaba por sus conocimientos de derecho civil. Después de consultar a los ciudadanos más principales, con su prudencia y sentido de la moral rechazó la petición de aquella mujer. Ahora bien, si con la misma fórmula Varrón hubiese acabado condenado y la parte contraria absuelta, no me cabe ninguna duda de que, en su calidad de juez, habría castigado aquel innoble e injustificado error con mucho gusto. En aquel caso, el propio juez atajó la falsedad que encerraba aquella causa privada, delegando en los tribunales públicos para que castigaran el delito de adulterio.

Con mucha más animosidad, como correspondía a su condición militar, se comportó Gayo Mario[26] en un juicio bastante similar. Gayo Titinio de Minturnas pretendía quitar 3

[22] Una de las siete colinas de Roma, situada al sudoeste de la ciudad, al sur del Esquilino y al este del Palatino.

[23] Se refiere a la fórmula que el pretor entregaba al árbitro, conforme a la cual éste debía resolver el litigio.

[24] Valerio Máximo toma esta anécdota de CICERÓN, *Sobre los deberes* III 66.

[25] Sobre Gayo Viselio Varrón, cf. CICERÓN, *Bruto* 264. Sobre Gayo Aquilio Galo, pretor en 66 junto con Cicerón, cf. CICERÓN, *Bruto* 154; *En defensa de Cecilio* 77, 7.

[26] Cf. VALERIO MÁXIMO, I 5, 5; LIVIO, *Períocas* 77; VELEYO, II 19, 2 ss.

la dote a su esposa, Fannia, con la que se había casado aun a sabiendas de su indecencia, motivo por el cual la había repudiado. Tras ser designado como juez entre ellos, y una vez instruida la causa en presencia de ambos litigantes, Mario llamó aparte a Titinio y le aconsejó que desistiera de sus pretensiones y devolviera la dote a su mujer. Después de intentarlo varias veces sin éxito, se vio forzado a dictar sentencia: condenó a la esposa a pagar un sestercio por su conducta inmoral; a Titinio, en cambio, le obligó a abonar la dote entera, no sin antes señalar que dictaminaba de aquella manera porque le resultaba evidente que Titinio había proyectado aquel matrimonio con la impúdica Fannia de forma dolosa, con el único fin de llevarse su patrimonio. Esta Fannia es la misma que, más adelante, cuando Mario fue declarado enemigo público por el Senado, le ayudó todo cuanto pudo y se lo llevó hasta su casa para custodiarlo ella misma, manchado como estaba de barro del pantano del que lo habían sacado. Sin duda, Fannia era consciente de que su condena por indecente se debía a sus propias costumbres; en cambio, el que conservara la dote había que atribuirlo a la integridad moral de Mario.

4 Mucho dio también que hablar aquel juicio en que uno resultó condenado de hurto porque había contratado los servicios de un caballo para ir hasta Aricia[27] y, sin embargo, siguió cabalgando hasta una colina situada más allá de este municipio. ¿Qué otra cosa cabe alabar aquí sino la decencia de aquellos tiempos en que eran castigadas tan leves transgresiones al pudor?

[27] Ciudad del Lacio, al sudeste de Roma, junto a la Vía Apia y al pie de los Montes Albanos (hoy *Ariccia)*.

CAPÍTULO 3

Sobre mujeres que se defendieron a sí mismas o defendieron a otras personas, ante los magistrados

Tampoco conviene pasar por alto a aquellas mujeres a las que, ni la condición de su sexo, ni el reparo de llevar ropas femeninas, pudieron impedirles hablar en el foro y en los juicios.

La acusada Mesia de Sentino[28] defendió su propia causa 3, 1
en el juicio presidido por el pretor Lucio Ticio, en medio de una gran afluencia de público. Y no sólo siguió minuciosamente todos los puntos y las partes de su defensa, sino que además lo hizo con determinación, por lo que fue absuelta tras el primer juicio y casi por unanimidad. Por ocultar bajo su cuerpo de mujer el genio propio de un varón, la apodaron la «Andrógina».

Gaya Afrania, esposa del senador Licinio Bucón, tan 2
presta como era a mezclarse en litigios, se defendía siempre a sí misma delante del pretor, y no porque le faltasen abogados, sino porque le sobraba desvergüenza. Así, revolucionando una y otra vez los tribunales con aquellos ladridos tan inusuales en el foro, acabó convirtiéndose en un claro ejemplo de maquinación mujeril, hasta el punto de que a las mujeres de malas costumbres se les asignó el injurioso apodo de «Gaya Afrania». Alargó ésta sus días hasta el año en que Gayo César fue cónsul por segunda vez, junto a Publio Servilio[29]: de un monstruo como aquél, trae más cuenta trans-

[28] Sentino se hallaba en Umbría.

[29] Año 48 a. C.

mitir a la posteridad la fecha de su muerte que la de su nacimiento.

3 Por su parte Hortensia, la hija de Quinto Hortensio[30], en vista de que los triúnviros habían impuesto un oneroso tributo a las matronas y ningún varón se atrevía a asumir su defensa en juicio, accedió a defender a las mujeres con firmeza y éxito ante los triúnviros. Con una elocuencia calcada de la de su padre, logró que la mayor parte de las cargas impuestas a las mujeres les fueran devueltas. Volvía por tanto Quinto Hortensio a la vida en la persona de su hija y le infundía su verbo. Si sus descendientes varones hubiesen procurado continuar aquel vigor, el gran legado de la elocuencia de Hortensio no habría perecido con este solitario alegato de una mujer.

CAPÍTULO 4

Sobre interrogatorios

Y para que pasemos revista a todas las partes de un juicio, hablaremos ahora de aquellos interrogatorios a los que, o bien no se dio crédito, o bien se aceptaron de forma imprudente.

4, 1 Alejandro, esclavo del banquero Marco Agrio, fue acusado de haber asesinado a un esclavo de Aulo Fannio. Por este motivo, su amo lo sometió a tortura hasta que, con enorme entereza, confesó que había cometido aquel crimen. Entregado de este modo a Fannio, fue condenado al suplicio. Poco tiempo después, el esclavo al que se creía muerto volvió a su casa.

[30] Quinto Hortensio Hórtalo, el orador al que Cicerón derrotó en el proceso contra Verres. Sobre Hortensia, cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* I 1, 6.

Por el contrario, Alejandro, esclavo de Publio Atinio, 2
sobre el que recaían sospechas de haber dado muerte al caballero romano Gayo Flavio, fue torturado seis veces y aun así siguió negando su participación en aquel crimen. Sin embargo, los jueces lo condenaron como si hubiese confesado su culpa, y el triúnviro Lucio Calpurnio lo mandó crucificar.

Asimismo, en el proceso abierto contra Fulvio Flaco, un 3
esclavo suyo llamado Filipo, de quien dependía la resolución de la causa, no articuló palabra alguna que pudiera implicar a su amo, pese a ser torturado ocho veces. Con todo, el reo fue condenado, por más que torturar ocho veces a un solo esclavo constituyera una prueba de inocencia más evidente que torturar a ocho esclavos al mismo tiempo.

CAPÍTULO 5

Sobre testigos

A continuación recordaré unos cuantos ejemplos con- 5, 1
cernientes a testigos. Los hermanos Gneo y Quinto Servilio Cepión, que alcanzaron la más alta dignidad tras ejercer todos y cada uno de los cargos públicos, y con ellos los hermanos Quinto y Lucio Metelo, que habían sido ya cónsules y censores (uno de ellos incluso había obtenido los honores del triunfo), presentaron un testimonio bastante duro contra Quinto Pompeyo, hijo de Aulo, acusado de concusión. Sin embargo, Pompeyo fue absuelto, y no porque se revocaran aquellos testimonios, sino para que no diera la impresión de

que el acusado era vejado por la prepotencia de sus enemigos[31].

2 Marco Emilio Escauro, el primero entre los senadores, acosó con su enérgico testimonio a Gayo Memio, acusado de concusión, y también como testigo arruinó a Gayo Flavio, procesado por el mismo delito. Incluso procuró acabar terminantemente con Gayo Norbano, sometido a un juicio público por una acusación de lesa majestad. No obstante, a pesar de la autoridad que había adquirido, y a pesar de su moralidad, que nadie ponía en duda, no pudo hundir a ninguno de ellos[32].

3 Lucio Craso[33], que gozaba de tanta influencia entre los jueces como Emilio Escauro entre los senadores (pues orientaba los votos de aquéllos valiéndose de su poderosa y profusa elocuencia, y era el príncipe del foro, de igual manera que Escauro lo era del Senado), arrojó en cierta ocasión el vehemente rayo de su testimonio contra el acusado Marco Marcelo. Pese a mostrarse duro en sus ataques, no tuvo éxito.

4 En cuanto a Quinto Metelo Pío, Lucio y Marco Luculo, Quinto Hortensio y Manio Lépido, ¡de qué manera arremeterían contra Gayo Cornelio, acusado de lesa majestad, que

[31] Quinto Servilio Cepión fue cónsul en 140 a. C. (cf. IX 6, 4). Quinto Cecilio Metelo Macedónico, cónsul en 143 y censor en 131, obtuvo los honores del triunfo tras apaciguar la región de Macedonia, hecho que le valió el *agnomen*. Su hermano Lucio Cecilio Metelo Calvo fue cónsul en 142. Quinto Pompeyo, *homo novus*, sucedió a Macedónico al frente de las tropas que se hallaban en torno a Numancia y fue censor con él en 131. Cf. Cicerón, *En defensa de Fonteyo* 23.

[32] Sobre Escauro, cf. III 2, 18; sobre Gayo Flavio Fimbria, cf. VII 2, 4. Gayo Norbano fue nombrado tribuno de la plebe en 105 a. C. Cf. Cicerón, *En defensa de Fonteyo* 24, 4; *Sobre el orador* II 283.

[33] Se trata de Lucio Licinio Craso, orador yerno de Escévola. Cf. IV 5, 4; etc.

no se limitaron a complicar con su testimonio la salvación del reo, sino que llegaron incluso a pedir su muerte, aduciendo que con él vivo la república no estaba segura. Sin embargo, estas lumbreras de la ciudadanía —vergüenza me da decirlo—, fueron repelidas por el escudo de la justicia[34].

¿Y qué decir de Marco Cicerón? Después de obtener en 5 las lides del foro los más altos honores y la más insigne dignidad, ¿acaso no se rechazó su testimonio en el ámbito mismo en que desarrollaba su elocuencia, cuando juró que Publio Clodio había estado con él en Roma, mientras el otro se defendía de la acusación de sacrilegio valiéndose de su ausencia como única prueba? Bien es cierto que los jueces prefirieron eximir a Clodio de la acusación de incesto antes que librar a Cicerón de la infamia de perjurio[35].

Después de todos estos testimonios revocados, hablaré 6 de uno cuya autoridad vino refrendada por una presencia singular en un proceso. Publio Servilio[36], ex cónsul y ex censor que había obtenido los honores del triunfo y había añadido a los títulos de sus ancestros el sobrenombre de *Isáurico,* paseaba en cierta ocasión por el foro cuando vio que se testificaba contra un acusado. Se colocó entre los testigos y, en medio del más absoluto asombro de abogados defensores y acusadores, comenzó a hablar de esta manera: «De éste que aquí se defiende, jueces, no sé ni de dónde es, ni qué vida ha llevado, ni si se le acusa merecidamente o no.

[34] Gayo Cornelio fue acusado de lesa majestad en 65 a. C., y defendido por Cicerón con gran éxito. Cf. Asconio Pediano, *En defensa de Cornelio* 53, 10 ss.; 70, 27 ss.

[35] Sobre este juicio por incesto, celebrado en el año 55 a. C., cf. Cicerón, *Sobre su casa* 79 ss.; *En defensa de Milón* 46; Valerio Máximo, IX 1, 7.

[36] Publio Servilio Vatia Isáurico fue cónsul en 79 a. C. y censor en 55. Como procónsul en Cilicia, obtuvo el triunfo en Isauria, lo que le valió el *agnomen* de Isáurico.

Lo único que sé es que cuando me crucé con él en la Vía Laurentina, en un punto en que el camino se vuelve muy estrecho, no quiso apearse del caballo[37]. Si ello atañe de algún modo a vuestra consideración, juzgadlo vosotros mismos. Yo simplemente creí que no debía pasarlo por alto». Los jueces, apenas oyeron al resto de los testigos, condenaron al acusado. Sin duda influyó en ellos la autoridad de aquel hombre, así como el grave menosprecio cometido contra su dignidad. Consideraron, por tanto, que quienes no saben respetar a los ciudadanos más principales, podrían incurrir en cualquier delito.

CAPÍTULO 6

Sobre los que cometieron los mismos delitos que habían condenado en otros

No dejaremos tampoco en el olvido a quienes cometieron los mismos delitos que ellos mismos habían condenado en otros.

6, 1 Gayo Licinio, apodado el *Gladiador,* rogó al pretor que prohibiera a su padre administrar sus bienes so pretexto de que los estaba disipando. Y por cierto que logró lo que pretendía, pero poco tiempo después, muerto ya el anciano, el propio Licinio despilfarró de forma febril la gran suma de dinero que su padre le había dejado. Así fue como él se libró de sufrir la misma pena, ya que prefirió dilapidar la herencia antes que nombrar a un heredero.

[37] Al tratarse de una autoridad, el entonces acusado debió apearse del caballo, descubrirse y cederle el paso. Cf. SÉNECA, *Epístolas* 64, 10, y VALERIO MÁXIMO, II 2, 4.

Gayo Mario, por su parte, se había revelado como un 2
ciudadano noble y beneficioso para la república, por haber sometido a Lucio Saturnino cuando éste mostró el gorro frigio[38] a los esclavos, a modo de estandarte, para que tomaran las armas. Pero también Mario recurrió a los esclavos y se colocó un gorro frigio cuando Lucio Sila irrumpió con su ejército en la ciudad. Y así, al imitar el delito que él mismo había castigado, encontró otro Mario que lo persiguiera a él.

Gayo Licinio Estolón[39], aquel que ofreciera a la plebe la 3
oportunidad de aspirar al consulado, después que hubo dispuesto por ley que nadie tuviera más de quinientas yugadas de tierra, compró él mismo mil y, para encubrir su delito, enajenó la mitad en su hijo. Por esta razón lo acusó Marco Popilio Lenate y acabó siendo el primero en sucumbir ante su propia ley, confirmando así que no se debe imponer a otros nada que uno no se haya impuesto previamente a sí mismo.

Quinto Vario, que fuera apodado «Híbrido» por haber 4
alcanzado de manera un tanto oscura el derecho de ciudadanía[40], hizo promulgar, como tribuno de la plebe, una ley contra el derecho de veto de sus colegas. Dicha ley ordenaba que se investigara quiénes, con sus malas artes, habían obligado a los aliados a alzarse en armas, con gran menoscabo de la república. Con ello consiguió que se declarara primeramente la Guerra Social, y más tarde la Guerra Civil. Sin embargo, por comportarse como un pernicioso tribuno

[38] El píleo era un gorro que llevaban los ciudadanos libres y los esclavos cuando eran emancipados. Sobre la anécdota en cuestión, cf. LIVIO, *Periocas* 69; FLORO, *Epítome* II 4.

[39] Gayo Licinio Estolón, tribuno de la plebe entre 376 y 367 a. C., presentó la ley Licinia-Sextia. Cf. GELIO, VI 3, 37.

[40] Con el nombre de «híbrido» (lat. *hybrida)* se designaba al hijo de padres de diversos países o diversa condición.

de la plebe antes que como un ciudadano cabal, fue su propia ley la que lo destruyó, enredándolo en unos lazos que él conocía a la perfección[41].

CAPÍTULO 7

Sobre el entusiasmo y la dedicación constante

¿A qué espero para rememorar la importancia de la dedicación constante, cuyo ferviente impulso fortalece las acciones militares, enardece el prestigio del foro, alimenta todas las pasiones que acoge en su seguro seno y conduce hasta la gloria más alta cualquier acción portentosa que pueda realizarse con el espíritu, las manos o la lengua? Ciertamente esta virtud, pese a ser absolutamente perfecta, se consolida mediante el esfuerzo.

7, 1 Aún seguía Catón a los ochenta y cinco años velando por la república con un entusiasmo juvenil, cuando sus rivales lo acusaron de un crimen capital. Asumió el propio Catón su defensa, y nadie notó que su memoria fuese más torpe, sus pulmones se viesen aquejados por alguna enfermedad o su voz pareciese entrecortada, puesto que mantenía todas sus facultades en su lugar y con la misma actividad de siempre. Tal es así, que, al final de su dilatada existencia, se enfrentó a la acusación del grandísimo orador Galba, pronunciando su discurso en defensa de Hispania. Puso también gran empeño en aprender la lengua griega, lo que hizo

[41] La *Lex Varia,* del año 90 a. C., estaba dirigida contra quienes eran favorables a extender el derecho de ciudadanía, y provocó la Guerra Social (90-87). Cf. Cicerón, *Bruto* 305; Valerio Máximo, III 7, 8; IX 2, 2. En efecto, Quinto Vario Severo fue condenado en 89 por su propia ley y moriría poco después, en el exilio.

bastante tarde, si tenemos en cuenta que no se consagró al aprendizaje del latín hasta casi alcanzar la vejez. Por más que su elocuencia ya le había proporcionado una inmensa gloria, lo hizo para llegar a ser también el mayor entendido en derecho civil[42].

Un prodigioso descendiente suyo, Catón, que vivió en 2
una época más cercana a la nuestra, tenía tal deseo de adquirir conocimientos, que ni siquiera en la curia, mientras se reunía el Senado, perdía la ocasión para leer y releer textos griegos[43]. Con aquella dedicación suya demostró que a algunos les falta tiempo, otros en cambio lo dejan escapar.

Terencio Varrón sobrepasó los límites de la vida huma- 3
na, no tanto por sus años (llegó a alcanzar el siglo de vida) como por su pluma: en su mismo lecho de muerte su vida se apagó al tiempo que concluía su destacada obra literaria[44].

Muy similar fue la perseverancia de Livio Druso. Aun- 4
que había perdido las fuerzas y la vista, explicó el derecho civil al pueblo con sumo placer, y compuso obras utilísimas para quienes quisieran aprender esta materia. Y es que, por mucho que la naturaleza lo pudo volver viejo y la fortuna ciego, ni la una ni la otra fueron capaces de impedirle que su espíritu viese y tuviese vigor[45].

El senador Publilio y el caballero romano Lupo Poncio, 5
abogados célebres en su época, pudieron continuar su labor en el foro con la misma dedicación, pese a quedar privados

[42] Cf. Valerio Máximo, VIII 1, Absueltos 2.

[43] Se trata de Marco Porcio Catón de Útica, bisnieto de Marco Porcio Catón el Censor. Cf. Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal* III 2, 6; Plutarco, *Catón* 19.

[44] Marco Terencio Varrón Reatino, autor de *La lengua latina,* entre otras muchas obras. Livio, *Períocas* 120; Cicerón, *Académicos* I 3; Gelio, III 10, 17.

[45] Cf. Cicerón, *Tusculanas* V 112; *Bruto* 109.

de la vista. Tal es así, que su auditorio era cada vez más numeroso. Unos acudían a oírlos porque les encandilaba su talento; otros, porque admiraban su constancia. Ciertamente, aquéllos que, afectados por la misma desgracia que estos dos, optan por el retiro, no hacen sino redoblar sus tinieblas, al añadir una ceguera voluntaria a la que les sobreviene fortuitamente.

6 Publio Craso, después de llegar a Asia como cónsul con la misión de derrotar al rey Aristonico[46], se consagró al estudio de la lengua griega con tanta aplicación que llegó a dominar perfectamente cinco dialectos con todas sus particularidades y características. Este hecho le brindó el más profundo afecto por parte de nuestros aliados, dado que le permitía pronunciar sentencia en el dialecto en que cada uno acudía a su tribunal.

7 Tampoco pasaremos por alto a Roscio[47], conocidísima figura de las artes escénicas que jamás se atrevió a exteriorizar un gesto ante su público sin haberlo ensayado previamente en su casa. Por esta razón, no fue el teatro el que enalteció a Roscio, sino Roscio al teatro. Y no sólo se granjeó las simpatías del vulgo, sino también la amistad de los personajes más influyentes. Tales son las recompensas que recibe la dedicación atenta, afanosa e incesante, merced a las cuales incluso la persona de un actor pudo participar sin escándalos de las alabanzas de personajes tan señalados.

[46] Publio Licinio Craso Dives Muciano fue cónsul y pontífice máximo. Cf. III 2, 12; LIVIO, *Periocas* 59; FLORO, *Epítome* II 20; CICERÓN, *Bruto* 98 y 127; QUINTILIANO, *Inst. orat.* XI 2, 50. Cayó a manos de Aristonico, quien había usurpado el trono de Pérgamo tras la muerte de Átalo III.

[47] Se trata de Quinto Roscio Galo, el famoso actor amigo de Cicerón, Q. Lutacio Cátulo o Sila, entre otros. Cf. CICERÓN, *En defensa de Roscio el cómico* 6 ss.; *En defensa del poeta Arquías* 17.

Ejemplos extranjeros

Reciba también su merecido premio en lengua latina la 7, 1
dedicación constante de los griegos, que tan útil fue para la nuestra.

Demóstenes, cuya sola mención sugiere a la mente del oyente la culminación de la más sublime elocuencia, no podía pronunciar en su juventud la primera letra del arte que pretendía dominar[48]. Sin embargo, logró atajar aquel defecto de su habla con tanto empeño, que nadie era capaz de pronunciarla con mayor expresividad que él. Más adelante, por medio de la práctica continuada, consiguió que su voz, un tanto molesta al oído por ser excesivamente atiplada, adquiriera un tono grave y agradable de escuchar.

A sus pulmones también les faltaban las fuerzas, por lo que con mucho esfuerzo se procuró aquello que su constitución física le había negado. En efecto, hilvanaba gran cantidad de versos con un solo impulso de aire, y podía recitarlos al tiempo que subía a todo correr por lugares empinados. A veces solía adentrarse en las costas poco profundas y proferir sus declamaciones ante el fragor de las olas, para así habituar sus oídos a soportar pacientemente el griterío de las exaltadas asambleas del pueblo.

Se cuenta incluso que se metía piedrecitas en la boca y solía hablar así mucho y sin parar, de forma que, al vaciar su boca, hablaba con más agilidad y soltura. Se enfrentó a la naturaleza y ciertamente salió vencedor, superando con su perseverante fuerza de voluntad todas las arbitrariedades de

[48] Esto es, la *rho* de la palabra *rhetorica*. Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* I 11, 5.

aquélla. Tal es así, que su madre dio a luz a un primer Demóstenes, y su propio entusiasmo a un segundo[49].

2 Para pasar a un modelo más antiguo de perseverancia, hablaré de Pitágoras[50]. Ya desde muy joven se consagró a la más elevada doctrina filosófica, al tiempo que aspiraba a alcanzar la mayor honestidad; y no cabe duda de que cualquier cosa que deba llegar a su fin último ha de abordarse a su debido tiempo y con buena disposición. Se marchó a Egipto, y después de entrar en contacto con la cultura de aquella nación y profundizar en los textos de sacerdotes del pasado, llegó a conocer las costumbres de innumerables generaciones. Desde allí siguió hasta el país de los persas, donde se entregó al estudio de la infalible ciencia de los magos, de quienes aprendió con gran interés los movimientos de los astros y el curso de las estrellas, así como el poder, las particularidades y la influencia de todos ellos, ampliamente contrastados. Navegó luego hasta Creta y Esparta, cuyas leyes y costumbres investigó, para después acudir a los Juegos Olímpicos. Y tras haber dado muestras de su vastísima cultura y haber suscitado la más absoluta admiración en toda Grecia, en cierta ocasión en que le preguntaron cómo quería que lo llamasen, declaró que no pretendía el nombre de *sabio* (puesto que ya se lo habían adjudicado aquellos siete excelentes varones), sino el de «amante de la sabiduría», lo que en griego se denomina «filósofo»[51]. Prosiguió luego hasta la parte de Italia que por aquel entonces tenía el nombre de Magna Grecia, donde exhibió el fruto de sus estudios por

[49] Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* I 260 ss.; *Sobre la adivinación* II 96; *Sobre el supremo bien y el supremo mal* V 5.

[50] Tanto de Pitágoras como del resto de filósofos que aparecen en los capítulos siguientes, habla en un tono muy similar CICERÓN, *Sobre el supremo bien y el supremo mal* V 87.

[51] Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* XII 1, 19.

muchas y muy opulentas ciudades. Finalmente, los habitantes de Metaponto[52] asistieron, con ojos llenos de veneración, a su cremación en la pira funeraria, hasta el punto de que el recuerdo de Pitágoras es más claro y notorio que el de las propias cenizas de la ciudad.

A Platón le cayó en suerte una patria como Atenas y un 3
maestro como Sócrates, una ciudad y un hombre plenos de sabiduría; y por si fuera poco, estaba provisto de un talento enorme, propio de dioses. Cuando ya era tenido por el más sabio de todos los mortales —hasta el punto de que, si el propio Júpiter hubiera bajado del cielo, no parecería que pudiese emplear una elocuencia más elegante y exquisita—, recorrió todo Egipto con tal de aprender de los sacerdotes de aquel pueblo complicadas nociones de geometría y el método de observación de los astros. Y al mismo tiempo que muchos jóvenes estudiosos marchaban a porfía hasta Atenas con el deseo de que Platón fuese su maestro, recorría él como discípulo de los ancianos egipcios las inextricables orillas y las vastísimas llanuras del río Nilo, sus inmensas zonas selváticas y los sinuosos meandros de sus canales. No es de extrañar que de allí pasara a Italia, donde aprendió los preceptos y normas pitagóricas de manos de Arquitas en Tarento, y de Timeo, Arión y Equécrates en Locros[53]. Tal era la trascendencia y la cantidad de conocimientos que debía acopiar, para a su vez poderlos transmitir y divulgar por todo el mundo. Cuando murió, a los ochenta y un años de edad, se cuenta que bajo su almohada tenía los *Mimos* de

[52] Ciudad de Lucania, cerca de Tarento.

[53] Todos ellos son filósofos pitagóricos: Arquitas de Tarento (c. 400-350 a. C.); Timeo de Locros, el que da nombre al diálogo platónico; Arión, del que habla CICERÓN *(Del supremo bien y del supremo mal* V 87); Equécrates de Fliunte, que aparece en el *Fedón.* Sofrón era un escritor de mimos de Siracusa (cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* I 10, 17).

Sofrón. Ni siquiera en sus últimos momentos perdió su afán por aprender.

4 Demócrito, por su parte, era conocido por las riquezas que poseía. Tantas tenía que su padre había podido ofrecer tranquilamente un banquete al ejército de Jerjes. A fin de poder enfrascarse con mayor libertad en sus estudios, se quedó con una pequeña cantidad de sus bienes y donó el resto a su patria. Permaneció durante muchos años en Atenas, entregándose en todo ese tiempo a aprender y enseñar la doctrina filosófica, y viviendo como un total desconocido en aquella ciudad, como él mismo afirma en una de sus obras. La mente queda atónita al admirar su profunda dedicación. Pasamos ya a otro ejemplo.

5 Carnéades fue un laborioso y tenaz soldado del saber, ya que hasta después de haber cumplido los noventa años no puso fin a su existencia y a su actividad filosófica. Y se consagró a su labor intelectual de manera tan asombrosa, que cuando se sentaba a la mesa para comer, se olvidaba de acercar su mano a la comida, de tan abstraído como se hallaba en sus pensamientos. No obstante, la que era su mujer, Melisa, con su paciente cuidado por no interferir en sus estudios y por impedir que muriera de hambre, le servía con sus propias manos. Así pues, Carnéades vivía sola y exclusivamente para su mente; el cuerpo le resultaba una envoltura extraña e inútil. Cada vez que se preparaba para discutir con Crisipo, se purgaba antes con eléboro[54], para así expresar sus pensamientos de manera más sutil y refutar con mayor agudeza los de su contrario. ¡Y con qué esmero hizo que

[54] Planta de la familia de las ranunculáceas, cuya raíz es fétida, algo amarga y muy purgante.

quienes pretendían la auténtica gloria codiciaran aquellos brebajes![55].

¿Y con qué pasión por el estudio no se enardecería Anaxágoras? Después de regresar a su patria tras un largo peregrinar y encontrarse sus posesiones abandonadas, exclamó: «No me habría salvado yo si éstas no se hubiesen perdido». ¡Qué palabras más llenas de la codiciada sabiduría! Pues si se hubiese consagrado a cultivar sus campos en vez de cultivar su inteligencia, habría acabado siendo el propietario de unos bienes, encerrado en su casa, en lugar de volver a ella convertido en el gran Anaxágoras. 6

También diría que fue de provecho la constancia de Arquímedes, si no fuese porque le había dado la vida y también se la había quitado. Después que Marcelo conquistara Siracusa, y aun a sabiendas de que los aparatos ideados por Arquímedes le habían retardado mucho tiempo su victoria, ordenó que se le preservara de morir, maravillado como estaba por la extraordinaria sabiduría de aquel hombre. Consideraba Marcelo que cobraría casi tanta gloria salvando a Arquímedes como tomando Siracusa. Mientras éste se hallaba trazando figuras, con la mente y la vista clavadas en el suelo, un soldado que había irrumpido en su casa con objeto de saquearla, desenvainó su espada y, colocándola sobre su cabeza, le preguntó quién era. Por culpa de su empedernido deseo de hallar la solución a lo que andaba cavilando, no fue capaz de decirle su nombre, sino que protegió con sus manos lo que había dibujado en el suelo y respondió: «No borres esto, te lo ruego». Y como si hubiese desobedecido la 7

[55] Carnéades de Cirene fue un filósofo escéptico del siglo II a. C. (c. 214-129). Crisipo de Solos vivió un siglo antes (c. 280-c. 208), por lo que aquí Valerio Máximo se equivoca. Gelio (XVII 15, 1 ss.) y Plinio (*Historia natural* XXV 52) dicen que Carnéades tomaba eléboro blanco cuando discutía sobre los libros del estoico Zenón.

orden del vencedor, acabó decapitado y con su sangre regó los trazos de su investigación. Así, sucedió que la misma pasión que le daba la vida, acabó también quitándosela[56].

8 Sabido es también que Sócrates comenzó a tocar la lira cuando ya había alcanzado una avanzada edad[57], considerando que más valía aprender tarde aquel arte que no aprenderlo jamás. ¿Y en qué medida iba a aumentar los conocimientos de Sócrates aquel aprendizaje? Con todo, la firme determinación de aquel hombre quiso añadir a la riqueza de su cultura los triviales principios de la música. Y fue precisamente por creerse en todo momento un negado para el aprendizaje por lo que llegó a ser el más pródigo en enseñanzas.

9 Y como si redujéramos a un solo bloque los ejemplos de continua y prolífica dedicación, me referiré ahora a Isócrates. Como él mismo nos dice, contaba noventa y tres años cuando escribió el conocidísimo libro que lleva por título *Panatenaico,* una obra rebosante de su ardiente espíritu. De lo que se deduce que el genio de los eruditos, a pesar del envejecimiento del cuerpo, sigue atesorando la flor de la juventud por mor de la dedicación constante. Y no fue ésta la obra que coronó sus días, pues disfrutó otros cinco años más de la admiración por ella[58].

10 Más corta fue la vida de Crisipo[59], aunque su duración tampoco fue nada despreciable. Ciertamente nos dejó treinta

[56] Marco Claudio Marcelo comenzó el asedio a Siracusa en 213 a. C., y acabó conquistando la ciudad un año después. Cf. LIVIO, XXV 31, 9; CICERÓN, *Del supremo bien y del supremo mal* V 50.

[57] Cf. CICERÓN, *Sobre la vejez* 26; QUINTILIANO, *Inst. orat.* I 10, 13.

[58] CICERÓN, *Sobre la vejez* 13.

[59] Crisipo de Solos (c. 280-207 a. C.), filósofo estoico, sucesor de Cleantes al frente de la Stoa.

y nueve volúmenes de *Lógica,* obra de la más minuciosa agudeza que empezó a componer a los ochenta años. Su afán por dejar evidencia escrita de su talento hizo que se aplicara al trabajo y a su obra de tal manera, que haría falta una larga vida para llegar a conocer en profundidad todo lo que nos dejó escrito.

A ti también, Cleantes[60], que con tanto esmero bebiste 11 de la sabiduría y con tanta perseverancia la transmitiste, la esencia misma de la constancia volvió sus ojos. Y pudo ella ver cómo de joven te ganabas la vida sacando por las noches agua de los pozos, mientras que de día te dedicabas a aprender los preceptos de Crisipo, para luego enseñarlos con solícito afán a tus alumnos hasta los noventa y nueve años. Consumiste el espacio de un siglo en esta doble labor, y no quedó claro si fuiste más notable como discípulo o como maestro.

Sófocles libró también una célebre pugna con la natura- 12 leza, pues al mismo tiempo que él se mostró generoso obsequiándola con sus maravillosas obras, ella le brindó una larga existencia para poder escribirlas. Alcanzó casi los cien años y, justo antes de morir, acabó de componer *Edipo en Colono,* tragedia que por sí sola le valió para arrebatar la gloria al resto de poetas de su mismo género. No quiso Yofonte, su hijo, que las generaciones posteriores ignorasen tal hecho, y por eso grabó lo que acabo de decir en el sepulcro de su padre.

El poeta Simónides[61] presume de haber dado a conocer 13 poemas suyos y haber intervenido en certámenes poéticos a la edad de ochenta años. Y no fue indecoroso que se jacta-

[60] Cleantes de Asos (331-232 a. C.), filósofo estoico que siguió las enseñanzas de Zenón y lo sustituyó al frente de la *Stoa.*

[61] Cf. I 7, ext. 3. Sobre este episodio, cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* XI 2, 11 ss.

se tanto tiempo de su propio talento, puesto que habría de transmitir su ingente obra a la eternidad para que la disfrutásemos.

14 Cuán grande era la dedicación que inspiraba a Solón, es algo que no sólo se ve en sus versos, en los que confiesa que se hizo viejo sin dejar de aprender algo cada día[62], sino que queda también confirmado el último día de su vida. Se hallaba rodeado de sus amigos, que discutían entre ellos sobre una cuestión, cuando, consciente de la cercanía de su muerte, levantó la cabeza. Al preguntarle por qué hacía aquello, él contestó: «Porque cuando acabe de escuchar esto que discutís, moriré». No hay duda de que la pereza desaparecería de los hombres si se tomaran la vida con el mismo ánimo con que Solón salió de ella.

15 Cuánto más laborioso no sería Temístocles, que, aunque estaba abrumado por asuntos de vital importancia, se aprendió de memoria los nombres de todos sus conciudadanos[63]. Más adelante, y como consecuencia de una terrible injusticia, fue expulsado de su patria y obligado a asilarse junto a Jerjes, a quien poco antes había vencido. Y antes de acudir a su presencia, se familiarizó con la lengua persa para, de este modo, procurarse con su propio esfuerzo una recomendación y pronunciar palabras que fuesen conocidas y habituales a los oídos de aquel rey.

16 El célebre ejemplo de laboriosidad que acabamos de exponer se la reparten entre sí dos reyes: Ciro, que se aprendió de memoria los nombres de todos sus soldados, y Mitridates, que aprendió las lenguas de los veintidós pueblos que conformaban su reino. Aquél, para poder saludar a su ejér-

[62] Cf. CICERÓN, *Sobre la vejez* 26.

[63] CICERÓN, *Sobre la vejez* 21; *Sobre el orador* II 299.

cito sin necesidad de un subalterno; éste, para poder dirigirse sin intérprete a sus subordinados[64].

CAPÍTULO 8

Sobre el ocio

Pese a parecer en principio la cosa más opuesta a la laboriosidad y la dedicación constante, el ocio es, sin embargo, lo que más estrecha relación guarda con ellas. Y no me refiero al ocio por el que mengua la virtud, sino a aquel otro que la restablece. El primero, deben evitarlo también los indolentes; el segundo, deben codiciarlo a veces incluso los animosos; aquéllos, para no dejar pasar la vida sin hacer nada; éstos, para que, tras una oportuna interrupción en las ocupaciones, puedan ejercerlas con mayores bríos.

Escipión y Lelio[65], ese célebre par de amigos, no sólo 8, 1
compartían el vínculo de su mutuo afecto, sino que participaban también de todas las virtudes. Y del mismo modo que ambos seguían a pasos iguales el camino de una vida afanosa, así también guardaban juntos el descanso que reconforta el espíritu. Es bien sabido que solían recoger pequeñas con-

[64] Sobre ambos ejemplos, cf. QUINTILIANO, *Sobre la formación del orador* XI 2, 50.

[65] Publio Cornelio Escipión Emiliano, Escipión el Menor, fue gran amigo de Gayo Lelio, apodado *Sapiens* (pretor en 145 y cónsul en 140 a. C.). Este Lelio es la figura central del *De la amistad* de Cicerón, y su hija Lelia se casó con Quinto Mucio Escévola el Augur, cónsul en 117 a. C. y maestro, entre otros, de dos insignes oradores, Cicerón y Lucio (no Publio) Licinio Craso. Este último, a su vez, contrajo matrimonio con una hija de Quinto, llamada Mucia (cf. CICERÓN, *Bruto* 211).

chas y caparazones[66] mientras paseaban por las costas de Gaeta y Laurento. Y este hecho, decía Publio Craso que se lo había oído muchas veces a su suegro Escévola, que fue yerno de Lelio.

2 De este mismo Escévola que fuera testigo fehaciente del descanso y el tiempo libre de los dos anteriores, se cuenta que jugaba muy bien a la pelota[67], pues parece que solía recurrir a esta diversión para distraer su mente, cansada de las labores del foro. Se dice que a veces también se entretenía jugando a las damas[68], después que con tanto acierto y durante tanto tiempo estableciera normas referentes a la conducta de los ciudadanos y al culto a los dioses. Así como en las cosas serias actuaba como Escévola, en su tiempo libre no era más que un hombre cualquiera, al que la naturaleza no concedió resistir en todo momento las fatigas.

Ejemplos extranjeros

8, 1 Esto mismo consideraba Sócrates, a quien no se le ocultaba ningún ámbito del saber. Por eso, no le causó rubor el que Alcibíades se riera de él cuando lo vio jugar con sus hijos llevando una caña entre las piernas.

[66] Con el término latino *umbilicus* se designa la pieza calcárea que forma parte de la concha de algunos múrices, tal y como recoge la expresión castellana *ombligo marino* o también *ombligo de Venus*.

[67] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* I 217. Valerio Máximo confunde al Escévola del capítulo anterior con Publio Mucio Escévola, que ya aparece en III 2, 17.

[68] El original dice *alveo et calculis*, que hace referencia tanto al tablero como a las fichas con que se jugaba a algo parecido a las damas o el ajedrez.

También Homero, poeta de genio divino, al poner una 2
melodiosa lira en las aguerridas manos de Aquiles, no pensó en otra cosa que en aliviar su belicosa robustez con una dulce y pacífica afición[69].

CAPÍTULO 9

Sobre el enorme poder de la elocuencia

Por lo que respecta al poder de la elocuencia, aunque todo el mundo reconoce su enorme trascendencia, conviene no obstante corroborarlo con algunos ejemplos singulares para que su eficacia quede mejor atestiguada.

Tras la expulsión de los reyes, la plebe, en desacuerdo 9, 1
con el Senado, se instaló con sus armas a orillas del río Aniene, en el monte llamado Sacro[70]. La situación del estado no sólo era discordante, sino incluso desesperada, con la cabeza desgajada del cuerpo por culpa de una ruinosa sedición. Y de no haber sido por la elocuencia de Valerio, las esperanzas de un imperio tan inmenso se habrían desmoronado casi en sus orígenes. Efectivamente, con su discurso indujo a aquel pueblo, que se abandonaba sin mesura a una libertad nueva y desacostumbrada, a una postura más provechosa y saludable, sometiéndolo al poder del Senado: en definitiva, unió la ciudad a la ciudad. Y así fue como las

[69] Se refiere Valerio Máximo al pasaje de *Ilíada* IX 186-189.

[70] Colina cercana a Roma, más allá del río Aniene, a la que los plebeyos huyeron en 494 y 449 a. C., en demanda de sus propios derechos. Marco Valerio, hijo de Voleso, supo aplacar las discordias entre los ciudadanos, motivo por el cual se le concedió el sobrenombre de *Maximus*. Cf. Cicerón, *Bruto* 54. Livio, II 32, atribuye este discurso a Menenio Agripa.

iras, las revueltas y las armas cedieron ante unas convincentes palabras.

2 Las mismas palabras que contuvieron las espadas de los partidarios de Mario y Cinna[71], ávidas por derramar sangre civil. Aquellos soldados a quienes sus implacables generales habían enviado a decapitar a Marco Antonio[72], quedaron asombrados ante el discurso de éste. Y después de tener sus espadas desenfundadas y esgrimirlas sin cesar, las volvieron a introducir en sus vainas, limpias de sangre. Y ya se retiraban cuando Publio Annio, el único que se había quedado en la entrada y no había escuchado la elocuente arenga de Antonio, ejecutó de una manera atroz aquella orden tan cruel. ¿Qué persuasivo no sería aquel hombre, que ninguno de sus enemigos tuvo arrestos para asesinarlo, al menos, ninguno de los que dejaron que aquellas palabras llegaran a sus oídos?

3 También el divino Julio, el más sublime prodigio de majestad celestial y talento humano, definió con propiedad lo que era el poder de la elocuencia. Cuando pronunciaba su discurso contra Gneo Dolabela[73], al que él mismo había acusado, afirmó que la defensa de Lucio Cota le había arrebatado de las manos la mejor de las causas; y era curiosamente el personaje de mayor elocuencia por aquel entonces

[71] Gayo Mario y Lucio Cornelio Cinna lucharon juntos en la guerra social y compartieron el consulado en 86 a. C. Cf. VELEYO, II 22, 3; CICERÓN, *Sobre el orador* III 10; VALERIO MÁXIMO, IX 12, 4.

[72] Se trata de Marco Antonio el Mayor (cf. II 9, 5), pretor *pro consule* en 102 a. C., cónsul en 99, censor en 97 y 96. Amigo de Mario, se volvió luego contra él. Murió en 87.

[73] TÁCITO, *Diálogo sobre los oradores* 34; CICERÓN, *Bruto* 317. Gneo Cornelio Dolabela fue cónsul en 81 a. C. y, posteriormente, gobernó Macedonia. César lo acusó de concusión, en un discurso que se hizo célebre. En cuanto a Gayo (no Lucio) Aurelio Cota, fue un orador muy reputado, cónsul en 75.

el que lamentaba el poder de la elocuencia. Dicho esto, y dado que no podría aducir otro ejemplo más evidente de elocuencia romana, pasamos ahora a la extranjera.

Ejemplos extranjeros

Se cuenta que Pisístrato era un orador tan capacitado, 9, 1
que los atenienses, embelesados por su verbo, le otorgaron las prerrogativas de un rey; y ello a pesar de la fuerte oposición de Solón, un apasionado defensor de su patria. Pero si los discursos de éste eran más beneficiosos, los de aquél estaban mejor elaborados. De lo que resultó que una ciudad como Atenas, por lo demás dotada de una cultura proverbial, prefirió la servidumbre antes que la libertad.

En cuanto a Pericles, que refinó sus excepcionales dotes 2
naturales asistiendo con gran entusiasmo a las lecciones de Anaxágoras, su preceptor, impuso sobre el cuello de la libre Atenas el yugo de la servidumbre. Hizo y deshizo a su antojo en aquella ciudad, e incluso cuando se pronunciaba en contra de la voluntad popular, sus palabras sonaban cordiales y complacientes. Tal es así, que la sarcástica lengua de la Comedia Antigua, aunque se desvivía por criticar su autoridad, tuvo que reconocer que en sus labios había una exquisitez más dulce que la miel, y confesar que dejaba como agujas clavadas en el ánimo de quien le escuchaba. Cuentan incluso que un anciano bastante entrado en años, al asistir por primera vez a un discurso del joven Pericles, y tras haber escuchado en su juventud a un Pisístrato ya decrépito, no pudo por menos de exclamar que había que tener cuidado con aquel ciudadano, porque su lenguaje era lo más parecido al de Pisístrato. Y no se equivocaba, ni al valorar

aquel discurso, ni al vaticinar el temperamento de Pericles. Y es que, al fin y al cabo, ¿qué diferencia hubo entre Pisístrato y Pericles, si no es que aquél ejerció la tiranía armado, y éste sin armas?[74].

3 ¿Qué poderosa elocuencia no pensaremos que tuvo el orador cirenaico Hegesias[75]? En efecto, reflejaba de tal modo los males de la vida, que, cuando aquella desesperanzada imagen quedaba grabada en los corazones de sus oyentes, suscitaba en muchos de ellos un deseo de suicidarse. De ahí que el rey Ptolomeo le prohibiera hablar más sobre este asunto.

CAPÍTULO 10

Sobre la gran importancia de la pronunciación y los gestos apropiados

Los adornos de la elocuencia consisten en una pronunciación adecuada y en los oportunos movimientos corporales. Una vez que se dispone de estos elementos, hay tres maneras de acceder al auditorio: penetrando en su entendimiento por medio de la propia elocuencia, con una pronunciación que halague sus oídos, o con gestos que hagan lo mismo con sus ojos[76].

10, 1 Sin embargo, con objeto de refrendar lo expuesto por medio de ejemplos de personajes ilustres, hablaremos de

[74] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 138; *Bruto* 44.

[75] Filósofo de la escuela Cirenaica (c. 290 a. C.). Fue apodado *Peisithánatos,* «el que induce a la muerte», ya que se decía que con sus palabras incitaba a los enfermos a suicidarse. Cf. Cicerón, *Tusculanas* I 83.

[76] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 220 ss.

Gayo Graco[77], joven cuya elocuencia era más sana que sus intenciones. En efecto, con su apasionado temperamento prefirió convulsionar alevosamente la república, cuando muy bien pudo haberla defendido. Cada vez que Graco pronunciaba una arenga ante el pueblo, llevaba tras de sí un esclavo versado en música que, escondido, modulaba el tono de su pronunciación al son de una flauta de marfil, ya fuera acentuándolo cuando era demasiado bajo, o disminuyéndolo cuando era más alto de lo razonable. Y es que el ardor y el ímpetu de su declamación no le dejaba apreciar la justa proporción.

Quinto Hortensio[78], que concedía la mayor importancia 2 a una adecuada gesticulación, empleaba casi más esfuerzo en perfeccionar sus gestos que en alcanzar la elocuencia misma. Por ello, no sabría decirse si la gente iba más ansiosa a escucharlo o a verlo en acción: hasta tal punto sus movimientos se acomodaban a sus palabras y, a la inversa, sus palabras se adecuaban a sus movimientos. Se sabe que Esopo y Roscio[79], dos actores experimentados, solían acudir a verlo cuando defendía una causa, para trasladar a la escena los gestos que previamente habían aprendido en el foro.

Marco Cicerón subrayó la enorme importancia que tie- 3 nen los dos factores de que venimos hablando en el discurso que pronunció en defensa de Galio. Después que el acusador Marco Calidio afirmó que el reo había procurado envenenarlo y que estaba dispuesto a probarlo con testigos, do-

[77] Gayo Sempronio Graco, el célebre tribuno de la plebe. Cf. I 7, 6. Sobre esta anécdota, cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 225; Quintiliano, *Inst. orat.* I 10, 27.

[78] Quintiliano, *Inst. orat.* XI 3, 8; Gelio, I 5.

[79] Esopo era un actor de tragedia, Quinto Roscio Galo, de comedia. Quintiliano, *Inst. orat.* XI 3, 111. Horacio, *Epístolas* II 1, 82.

cumentos escritos e interrogatorios, Cicerón le reprochó que había mostrado una mirada indolente, una voz lánguida y un discurso desvaído. De este modo, al tiempo que descubría un defecto del orador, añadía un argumento a favor del acusado. Acto seguido, acabó zanjando la cuestión con las siguientes palabras: «Si no fuera porque estás fingiendo, Marco Calidio, ¿acaso te comportarías de este modo?»[80].

Ejemplos extranjeros

10, 1 Muy parecido es este pensamiento de Demóstenes. Una vez que le preguntaron cuál era el elemento más efectivo de la oratoria, respondió que éste era la puesta en escena[81]. Preguntado luego una segunda y una tercera vez, contestó lo mismo, reconociendo incluso que a ella se lo debía casi todo. Por eso estuvo muy bien lo que dijo Esquines[82]. Después de abandonar Atenas como consecuencia de una humillación en un juicio, se dirigió a Rodas, donde, a petición de la ciudadanía, pronunció, con una voz lo más clara y sonora posible, primero su discurso contra Ctesifonte y, seguidamente, el de Demóstenes en defensa del mismo. Todos

[80] Marco Calidio fue pretor en 77 a. C., y optó varias veces al consulado, sin éxito. Quinto Galio fue edil en 67 y pretor en 65. Cicerón lo defendió de una acusación de cohecho (cf. CICERÓN, *Bruto* 277 y 278).

[81] En el original aparece *hypókrisis,* término griego que se corresponde en latín con la *actio* o *pronuntiatio* (cf. CICERÓN, *Orador* 56).

[82] El célebre orador ateniense del siglo IV a. C., rival de Demóstenes en el juicio en que Ctesifonte solicitó para Demóstenes la corona en las Dionisíacas, por su constante servicio a la ciudad. Esquines fue multado con mil dracmas y, voluntariamente, se exilió a Asia Menor y luego en Rodas. Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 213; QUINTILIANO, *Sobre la formación del orador* XI 3, 6.

los presentes quedaron asombrados ante la gran capacidad oratoria de ambos, pero quizá un poco más de la de Demóstenes. Entonces Esquines señaló: «¿Qué habría ocurrido si lo hubieseis oído en persona?». Un orador de su talla, un adversario tan odioso poco antes, exaltaba hasta tal punto el ímpetu de su rival y su fogosidad en el hablar, que se consideraba poco apropiado para leer sus escritos: él, que había podido apreciar el penetrante vigor de sus ojos, la terrible gravedad de su rostro, el sonido de su voz, tan acorde a cada una de sus palabras, sus gestos tan efectivos. Así pues, y aunque nada puede añadirse a su obra, en Demóstenes falta gran parte de Demóstenes, pues hoy día se le puede leer, pero no escuchar.

CAPÍTULO 11

Sobre los poderosos efectos de las artes

Podemos admitir que los efectos de las artes proporcionan también cierto placer, y ahora mismo quedará de manifiesto cuán provechosa fue su invención. Saldrán a relucir algunos hechos dignos de mención, y no quedará sin fruto el esfuerzo por haberlos revelado.

El enorme entusiasmo con que Sulpicio Galo asimilaba 11, 1
todos los ámbitos del saber resultó de gran utilidad para la república. En efecto, cuando era lugarteniente de Lucio Paulo en la guerra que éste libraba contra el rey Perseo[83], en

[83] Gayo Sulpicio Galo ya había servido a las órdenes de Lucio Emilio Paulo en Hispania y Liguria. La anécdota que narra Valerio Máximo tuvo lugar en 168 a. C., justo antes de la batalla de Pidna, en que Paulo venció a Perseo, rey de Macedonia. Cf. FRONTINO, *Estratagemas* I 12, 8; CICERÓN, *Sobre la vejez* 49.

medio de una noche serena se produjo de repente un eclipse de luna. Nuestros ejércitos, aterrorizados ante aquello como si de un monstruoso portento se tratase, desconfiaron de trabar combate con el enemigo. Pero Galo, con una habilidosa descripción del sistema celeste y de la naturaleza de los astros, los mandó de nuevo a combatir con ardor. Así fue como la inmensa cultura de Galo abrió el camino de aquella célebre victoria de Paulo, ya que si Galo no hubiese vencido el miedo de nuestros soldados, su general no habría podido vencer al enemigo.

También los conocimientos de Espurina[84] en materia de interpretación de los presagios divinos se mostraron más efectivos de lo que la ciudad de Roma hubiera deseado. Había profetizado a Gayo César que se guardara, como si de días fatales se tratase, de los siguientes treinta días, el último de los cuales se correspondía con las idus de marzo. Como la mañana de ese día ambos habían coincidido casualmente mientras visitaban a Calvino Domicio, César preguntó a Espurina: «¿No sabes que ya han llegado las idus de marzo?». A lo que Espurina contestó: «¿Y tú? ¿No sabes que aún no han pasado?». El uno ya había desechado todo temor, como considerando que el momento de peligro había pasado; el otro pensaba que ni siquiera los últimos instantes de aquel día estaban exentos de riesgo. ¡Ojalá el arúspice se hubiese equivocado en su augurio, y no el padre de la patria en su convencimiento!

[84] Sobre esta anécdota, cf. CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 119; SUETONIO, *César* 81; VALERIO MÁXIMO, I 6, 13.

Ejemplos extranjeros

Analicemos ahora ejemplos extranjeros. Cuando, por un inesperado eclipse de sol, Atenas quedó sumida en unas insólitas tinieblas y sus habitantes apesadumbrados, ante la convicción de que aquel portento del cielo les anunciaba su final, Pericles compareció ante el pueblo y expuso todos los conocimientos que, de su preceptor Anaxágoras, había adquirido en relación a los movimientos del sol y la luna. No permitió que sus conciudadanos siguiesen atemorizados ante un miedo infundado[85]. 11, 1

Y es más, ¿cuánto honor no creeremos que tributó a las artes el rey Alejandro, que quiso que sólo Apeles lo pintara y sólo Lisipo esculpiera su efigie?[86]. 2

El *Vulcano* de Alcámenes[87] en Atenas deja maravillado a quien lo contempla. Entre otros muchos detalles de perfección que confluyen en esta obra, llama poderosamente la atención que la figura permanece rígida, pero bajo el vestido se aprecia sutilmente la cojera del dios. De esta manera, no queda como un defecto, sino que viene a resaltar artísticamente un rasgo peculiar y propio del dios. 3

Precisamente a la esposa de Vulcano esculpió Praxíteles[88] en mármol, con tal arte que parecía estar viva. La colocó en el templo de Gnido, y tal era la belleza de aquella obra, que no pudo librarse del lascivo abrazo de un pertur- 4

[85] Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* I 10, 47.

[86] Cf. HORACIO, *Epístolas* II 1, 137 ss.

[87] Escultor griego del siglo V a. C., discípulo predilecto de Fidias. Cf. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I 83.

[88] Escultor griego del siglo IV, cuya obra más célebre es esta efigie de Afrodita, conocida como *Cnidia*.

bado. Por ello es más comprensible el error de aquel caballo que, al ver una yegua pintada, sintió ganas de relinchar; o el de los perros, que se ponen a ladrar cuando ven a un perro pintado; o de aquel toro que, al ver una vaca de bronce en Siracusa, sintió un irrefrenable deseo de cubrirla, debido a su extraordinario parecido a una vaca real[89]. ¿Cómo asombrarse de que el arte lleve a error a los animales, que están privados de razón, cuando vemos que la sacrílega lujuria del hombre puede excitarse con la silueta de una piedra inanimada?

Hay cosas que ningún arte puede conseguir

5 Por lo demás, la naturaleza, así como a menudo consiente que el arte imite sus dominios, hay también veces en que lo deja sin efecto, cuando las fuerzas desfallecen. Esto es algo que experimentaron las manos del insigne artista Eufranor[90]. Cuando pintaba en Atenas a los doce dioses, y después de plasmar la imagen de Neptuno reflejando su majestuosidad con el mayor lujo de colores posible, se puso a representar a Júpiter aún con mayor grandeza. Sin embargo, había agotado toda la fuerza de su imaginación al elaborar la obra anterior, por lo que sus desvelos posteriores no pudieron lograr el objetivo que se proponía.

---

[89] Sobre el ejemplo del caballo, cf. PLINIO, *Historia natural* XXXV 95; sobre el de la vaca, cf. LIVIO, XLI 13.

[90] Escultor y pintor del siglo IV a. C. Sólo se conserva de él una gigantesca estatua de Apolo en mármol.

¿Y qué decir de aquel otro pintor, igualmente célebre, 6
que reprodujo el terrible sacrificio de Ifigenia?[91]. Tras dibujar a Calcante triste, a Ulises afligido, y a Menelao lamentándose junto al altar, representó a Agamenón con la cabeza tapada con un velo. ¿Acaso no estaba reconociendo así que el arte es incapaz de expresar la dureza del dolor más insufrible? De este modo, su cuadro exhibe las lágrimas del arúspice, del amigo y del hermano, y deja a la sensibilidad del espectador el interpretar el llanto del padre.

Y por añadir un ejemplo más sobre esta misma discipli- 7
na, hablaré de aquel otro pintor, de excepcional destreza, que con todo el ingenio de su arte supo plasmar a un caballo que volvía de sus ejercicios y que parecía estar vivo. Empeñado en añadir espuma a los ollares del animal, aquel artista tan sublime malgastó mucho tiempo en vano, por aquel detalle sin importancia. Finalmente, presa de la ira, agarró una esponja que casualmente tenía a su lado, impregnada de todos los colores, y la estrelló contra el cuadro, decidido a destruir su obra. Quiso la fortuna que la esponja fuese directa a los ollares del caballo, y acabó cumpliendo los deseos del pintor. Fue así como lo que el arte no supo representar, lo reflejó el azar[92].

---

[91] Valerio Máximo sigue aquí a CICERÓN (*Orador* 74). QUINTILIANO (*Inst. orat.* II 13, 13) y PLINIO (*Historia natural* XXXV 73) atribuyen este hecho al pintor griego Timantes.

[92] Según PLINIO (*Historia natural* XXXV 104), el pintor en cuestión era Nealces.

CAPÍTULO 12

Cada uno es el mejor maestro y defensor de su propia arte

Que cada uno es el mejor maestro y el mejor defensor de su propia arte, no hace falta dudarlo, y quedará suficientemente demostrado con unos cuantos ejemplos.

12, 1 Quinto Escévola, el más notable y eficiente experto en leyes, siempre que era consultado acerca del derecho relativo a los adjudicatarios de bienes adquiridos en pública subasta, remitía a quienes le preguntaban a Furio y a Cascelio, versados en esta materia[93]. Con semejante proceder, Escévola encarecía su modestia más que mermaba su prestigio, puesto que admitía que ellos podrían explicar con mayor conocimiento de causa esta cuestión que dominaban a fondo, gracias a la práctica cotidiana. Así pues, los más sabios expertos en cada ciencia son aquéllos que valoran con humildad sus propios conocimientos y con aptitud los ajenos.

Ejemplos extranjeros

12, 1 A esta misma reflexión llegó también el genio sumamente erudito de Platón. Cuando los constructores de un altar sagrado quisieron pedirle consejo acerca de las dimensiones y la forma del mismo, él les mandó ir a hablar con el

[93] Para este pasaje, cf. Cicerón, *En defensa de Balbo* 45. Sobre Cascelio, cf. Valerio Máximo, VI 2, 12; Horacio, *Arte poética* 371.

geómetra Euclides[94], rindiéndose así ante sus conocimientos, o, mejor dicho, ante su oficio.

Presume Atenas de su arsenal, y no sin razón, pues se 2
trata de algo digno de ser visitado tanto por su magnificencia como por su buen gusto. Se sabe que su arquitecto, Filón[95], explicó su proyecto en el teatro con tal elocuencia, que aquel pueblo tan erudito no atribuyó menor gloria a su oratoria que a su destreza como arquitecto.

De forma admirable obró también aquel otro artista que 3
permitió que un zapatero le aconsejara sobre las sandalias y las correas que aparecían en una de sus pinturas. No obstante, cuando el zapatero comenzó a opinar sobre las piernas, le prohibió que ascendiera más allá del pie[96].

CAPÍTULO 13

Sobre la vejez

En esta obra hemos tratado ya, entre los ejemplos relativos a la constancia, de la extremada y provecta vejez de algunos esclarecidos personajes. Sin embargo, conviene dedicar a esta cuestión un capítulo aparte, para que aquellos que recibieron de los dioses inmortales un don tan excepcional no crean que falta aquí nuestro sincero recuerdo; en segun-

[94] Valerio Máximo confunde aquí a Euclides de Mégara (c. 450-380 a. C.), filósofo discípulo de Sócrates, con el auténtico geómetra, Euclides de Alejandría, que vivió un siglo más tarde.

[95] Filón de Eleusis, arquitecto del siglo iv. El arsenal que diseñó en el Pireo acabaría devastado por Sila. Cf. Plinio, *Historia natural* VII 125.

[96] Lo que el pintor (Apeles) advirtió al zapatero fue, precisamente, el famoso dicho latino *ne sutor ultra crepidam* (esp. «zapatero a tus zapatos»). Cf. Plinio, *Historia natural* XXXV 85.

do lugar, para que tengan una especie de pilares sobre los que aspirar a una vida aún más larga y cobrar nuevos bríos cuando contemplen su ancianidad plena de dicha; y en último lugar, para que esa confianza permita reforzar el bienestar de nuestra generación, la más dichosa que existió jamás, alargando la salud de nuestro príncipe benefactor hasta los más extensos límites de la condición humana.

13, 1 Marco Valerio Corvino[97] llegó a cumplir los cien años. Entre el primero y el sexto de sus consulados transcurrieron cuarenta y seis años, y no sólo tuvo fuerzas suficientes para desempeñar los cargos públicos más honorables, sino también para el más constante cultivo de sus campos. Fue, sin duda, un admirable ejemplo de ciudadano y de padre de familia.

2 La misma duración tuvo la vida de Metelo[98]. Cuatro años después de su consulado, y con una edad bastante avanzada, fue nombrado pontífice máximo. Y presidió las ceremonias religiosas durante veintidós años, sin que vacilara su voz al pronunciar los votos y sin que su mano temblara al realizar los sacrificios.

3 Quinto Fabio Máximo[99] perteneció al colegio de los augures durante sesenta y dos años, aun habiéndose incorporado a él ya en edad madura. Si juntamos uno y otro período de su vida, fácilmente sumarían el espacio de un siglo.

[97] Sobre Marco Valerio Corvino, cf. III 2, 6. Para este hecho, cf. Cicerón, *Sobre la vejez* 60; Plinio, *Historia natural* VII 157.

[98] Lucio Cecilio Metelo fue cónsul en 251 y 247 a. C. Por tanto, fue pontífice máximo en 243. Cf. Cicerón, *Sobre la vejez* 30.

[99] Se refiere a Q. Fabio Máximo Verrucoso, llamado Cunctátor, el que luchara contra Aníbal en la Segunda Guerra Púnica. Cf. Livio, XXX 26. Sobre este ejemplo y el siguiente, cf. Plinio, *Historia natural* VII 156.

¿Y qué decir de Marco Perpenna[100]? Sobrevivió a todos 4
a los que, como cónsul, había llamado para que se incorporaran al Senado; además, sólo le sobrevivieron siete de los senadores a los que eligió cuando fue censor, junto a Lucio Filipo. Por tanto, vivió más años que todos los de su ilustre orden.

De Apio se podría calcular su edad a partir de su lacra 5
(vivió, en efecto, un sinfín de años privado de la vista), si no fuera porque, a pesar de su falta, había cuidado con enorme arrojo de sus cuatro hijos, sus cinco hijas, su numerosa clientela y, finalmente, de la república. Es más, cuando los años lo tenían ya postrado, mandó que lo llevasen en litera hasta la curia, para oponerse a que se firmara una paz humillante con Pirro[101]. ¿Puede alguien llamar ciego a aquél que, cuando su patria no alcanzaba a discernir lo que era honesto, se lo hizo ver con claridad?

La duración de la vida en las mujeres no fue menos ex- 6
tensa en muchos casos. Sólo con mencionar algunas de manera sucinta me será suficiente: Livia, la esposa de Rutilio, llegó a los noventa y siete años de edad; Terencia, la mujer de Cicerón, a los ciento tres años; Clodia, la esposa de Aufilio, alcanzó los ciento quince años, después de sobrevivir a quince de sus hijos[102].

[100] Nacido en torno al 148 y muerto en 49 a. C., fue cónsul en 92 y censor en 86, junto a Lucio Marcio Filipo.

[101] En 280 a. C., después de la batalla de Heraclea, Apio Claudio el Ciego se opuso con éxito a que se firmara una paz vergonzosa con Pirro.

[102] Una mención más detallada y extensa, en Plinio, *Historia natural* VII 158.

Ejemplos extranjeros

13, 1 A los ejemplos anteriores añadiré el de dos reyes, cuya longevidad fue de gran provecho para el pueblo romano. Hierón[103], rey de Sicilia, llegó a los noventa años. Masinisa, rey de Numidia, superó este número: su reinado duró sesenta años, y su vigorosa vejez causó admiración, superando a todos los hombres de su tiempo. Se sabe, como el propio Cicerón nos dice en el libro que escribió sobre la vejez[104], que no hubo jamás lluvia ni frío que pudiera obligarle a cubrirse la cabeza. Se cuenta también de él que solía permanecer durante horas inmóvil, en la misma posición, y no movía sus pies hasta cansar a los jóvenes con semejante ejercicio; y si tenía que hacer algo estando sentado, permanecía muchas veces en su trono, sin moverse de postura en todo el día. Montado en su caballo, guió muchas veces a su ejército empalmando el día con la noche, y en ningún momento dejó de realizar las labores que de joven se había acostumbrado a afrontar, con tal de llevar una vejez más agradable. Asimismo, su potencia sexual fue tan grande, que con ochenta y seis años cumplidos tuvo un hijo, cuyo nombre fue Metimno. Además, con su constante esmero por la agricultura, convirtió en fértiles unas tierras que había recibido estériles y abandonadas.

2 Gorgias de Leontinos, preceptor de Isócrates y de otros muchos varones de gran talento, se consideraba a sí mismo el más feliz de los hombres. Cuando iba camino de los cien-

[103] Hierón II de Siracusa (cf. IV 8, ext.1). Sobre Masinisa, cf. I 1, ext. 2, etc.

[104] Cicerón, *Sobre la vejez* 34.

to siete años, le preguntaron que para qué quería seguir vivo tanto tiempo, a lo que contestó: «Porque no tengo motivo alguno por el que quejarme de mi vejez». ¿Qué puede haber más largo o más feliz que la duración de su vida? Ya había entrado en su segundo siglo sin tener queja alguna de él, ni haber dejado tampoco ninguna en el anterior[105].

El pitagórico Jenófilo de Calcis[106] vivió dos años menos 3 que Gorgias, pero no fue menos feliz, si, como dice el músico Aristóxeno, murió en el máximo esplendor de su extraordinaria cultura, ajeno a toda enfermedad connatural al hombre.

Por su parte, el reinado del gaditano Argantonio fue tan 4 prolongado, que sólo ese tiempo le habría bastado para haber vivido hasta la saciedad: gobernó su patria durante ochenta años, después de haber accedido al poder a los cuarenta, tal y como atestiguan autores fidedignos. Asinio Polión, que representa una parte significativa de las letras latinas, menciona en el tercer libro de sus *Historias* que llegó a cumplir los ciento treinta años; y el propio Polión fue un ejemplo nada despreciable de vigorosa energía[107].

La extensa vida de este rey no ha de extrañarnos si la 5 comparamos con la de los etíopes, de los que Herodoto escribe que sobrepasan los ciento veinte años; y la de los in-

[105] Gorgias de Leontinos (c. 485-c. 380 a. C.) pasa por ser uno de los sofistas más influyentes de su momento. Cf. Cicerón, *Sobre la vejez* 13.

[106] Filósofo pitagórico, alumno de Filolao y amigo de Aristóxeno de Tarento, músico, filósofo, biógrafo e historiador. Cf. Gelio, IV 11, 7.

[107] Argantonio fue rey de Tartessos, territorio situado al sudoeste de Hispania. Gayo Asinio Polión vivió 80 años y murió el 4 d. C. Fue cónsul en 40 a. C. y, con el botín que tomó en Iliria fundó la primera biblioteca pública en Roma. Además de la poesía, la tragedia y la oratoria, cultivó fundamentalmente la historia; Cf. Cicerón, *Sobre la vejez* 69; Plinio, *Historia natural* VII 156.

dios, de quienes Ctesias nos transmite lo mismo; y la de Epiménides de Gnosos, del que Teopompo afirma que vivió ciento cincuenta y siete años.

6 Helánico dice que algunos de los epios, que son un pueblo de Etolia, alcanzan los doscientos años; y Damastes suscribe sus palabras, y además añade que uno de ellos, Litorio, hombre de tremenda fuerza y estatura inmensa, llegó a cumplir los trescientos años[108].

7 En el volumen que escribió sobre la región de Iliria, Alejandro asegura que un tal Dandón alcanzó los quinientos años sin envejecer lo más mínimo. Mucho más generoso es Jenofonte, en cuyo *Periplo* puede leerse que el rey de la isla de los latmios vivió ochocientos años. Y para que no pareciera que el padre de este rey era peor tratado, le atribuyó también seiscientos años[109].

CAPÍTULO 14

Sobre las ansias de gloria

A propósito de la gloria, de dónde proviene, cómo suele presentársenos, en qué medida conviene procurarla o, también, si sería mejor que la virtud la desechase como innecesaria, considérenlo aquellos que consumen sus cuidados en contemplar este tipo de cosas, aquellos a quienes concierne expresar elocuentemente el resultado de sus sabias disquisiciones. En cuanto a mí, en esta obra me contentaré con relacionar los hechos con sus responsables y a los responsables con sus hechos, e intentaré demostrar con ejemplos apropiados cuán grandes suelen ser las ansias de gloria.

Africano el Mayor quiso que se colocase una estatua del 14, 1
poeta Ennio entre los monumentos de la familia Cornelia, pues estimaba que sus propias acciones habían sido enaltecidas por el talento de aquel poeta. Y era plenamente consciente de que, mientras el Imperio Romano permaneciera floreciente, África estuviera sometida a los pies de Italia y la colina del Capitolio siguiese siendo la cima más alta del mundo entero, no podría extinguirse el recuerdo de sus acciones. Sin embargo, no dejaba de reconocer el enorme lustre que los versos de Ennio habían proporcionado a las mismas. Precisamente él, que era más digno de la exaltación de Homero que de la de aquel poeta rudo y tosco[110].

Así de sinceras fueron también las simpatías de Décimo 2
Bruto, general ilustre en su tiempo, hacia el poeta Accio[111]. Complacido Bruto por su trato íntimo y por las sentidas alabanzas que Accio le profesaba, adornó con sus versos la entrada de los templos que había consagrado con el dinero que sacó de vender los botines de guerra.

Ni siquiera Pompeyo Magno fue ajeno a este apego a la 3
gloria. En la asamblea de los soldados otorgó la ciudadanía a Teófanes de Mitilene[112], cronista de sus hazañas, acompañando esta concesión, ya de por sí bastante generosa, con un

[108] Helánico de Lesbos (c. 480-395 a. C.), mitógrafo, etnógrafo y cronista. Damastes de Sigeo, geógrafo e historiador griego del siglo v a. C., alumno de Helánico. Sobre este hecho, cf. PLINIO, *Historia natural* VII 154.

[109] Cornelio Alejandro Polihístor, etnógrafo griego del siglo I a. C., maestro de Higino, entre otros. Latmo es un monte de Caria, en Asia Menor, y no una isla. Cf. PLINIO, *Historia natural* VII 155.

[110] Cf. CICERÓN, *En defensa del poeta Arquías* 22.

[111] Se trata de Décimo Junio Bruto Galaico (cf. VI 4, Ext.1), cónsul en 138 y protector de Lucio Accio. El hecho aparece en CICERÓN, *En defensa del poeta Arquías* 27.

[112] Tras recibir la ciudadanía, Teófanes tomó el nombre de Gneo Pompeyo Teófanes. Casi idéntico en CICERÓN, *En defensa del poeta Arquías* 24.

discurso pulido y sincero. Por ello, nadie podría dudar que estaba devolviendo un favor en vez de hacerlo.

4 Lucio Sila, aunque no sintió preferencia por ningún escritor en particular, reclamó para sí toda la gloria después que recibió a Yugurta de manos del rey Boco y lo entregó a Mario. Y lo hizo con tal gusto, que mandó grabar aquella entrega en el anillo que empleaba como sello. Por mucha celebridad que alcanzó después, no rechazó jamás ni el más mínimo vestigio de gloria [113].

5 A los aires de gloria de algunos generales añadiré los de un simple soldado. En cierta ocasión en que Escipión repartía premios entre aquellos de sus hombres que se habían distinguido por su valor, Tito Labieno sugirió que le regalara un brazalete de oro a un esforzado soldado de caballería. Y como Escipión se negó a hacerlo, alegando que no había que quebrantar la jerarquía militar a favor de alguien que había sido esclavo hasta poco antes, el propio Labieno obsequió al caballero con oro que había saqueado en la Galia. Escipión no pasó por alto aquello, y dijo al soldado: «Tendrás el regalo de un hombre rico». Cuando el caballero oyó estas palabras, bajó la mirada y arrojó el oro a los pies de Labieno. Pero cuando oyó a Escipión decirle: «El general te obsequia con brazaletes de plata», se marchó alegre y contento. Así pues, no hay humildad tan grande que no se deje tentar por la dulzura de la gloria.

6 Los más esclarecidos varones a veces han buscado la gloria incluso hasta en las cosas más sencillas. Pues, ¿qué otra cosa quiso para sí un ciudadano tan notable como Gayo

[113] En la guerra de Numidia, Sila era cuestor de Gayo Mario y consiguió, con su diplomacia, que el rey Boco I de Mauritania le entregara a Yugurta, a cambio de una parte de Numidia. Sila mandó, en efecto, grabar aquel hecho en su anillo, algo que irritó profundamente a Mario.

Fabio [114], cuando, después de pintar las paredes del templo de la Salud, dedicado por Gayo Junio Bubulco, puso en ellas su nombre? Sólo este timbre de gloria faltaba a aquella familia, tan célebre por sus consulados, sacerdocios y triunfos. Y es que, ya que había consagrado su talento a una disciplina tan innoble, no quiso que su esfuerzo, cualquiera que fuese, quedase en el olvido. En suma, no hacía otra cosa que seguir el ejemplo de Fidias, quien insertó su propio retrato en el escudo de Minerva, de forma que, si se quitaba del mismo, la obra entera perdía su trabazón [115].

Ejemplos extranjeros

Pero, si tanto deseo tenía Fabio de imitar a otro, mejor 14, 1
habría sido que emulara el ardor de Temístocles, del que cuentan que su pasión por el valor lo tenía tan exaltado, que pasaba las noches sin dormir. De ahí que, cuando le preguntaron por qué se encontraba a aquellas horas por las calles, respondió: «Porque los trofeos de Milcíades me quitan el sueño» [116]. Y es que Maratón había encendido en su interior un fuego callado que lo empujaba a glorificar los nombres de Artemisio y Salamina, tan fecundos en victorias navales. Un día que iba al teatro, le preguntaron la voz de quién le sería más grato escuchar, a lo que él contestó: «La de aquél

[114] Se trata del Gayo Fabio que, por su maestría como pintor, recibió el sobrenombre de *Píctor*, dando origen a una larga serie de personajes con este nombre. El templo de la Salud se hallaba en el Quirinal.

[115] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 73.

[116] Es decir, la victoria de Milcíades en Maratón infundió en Temístocles el deseo de hacerse célebre por su valor, presagiando así sus victorias contra los persas en Artemisio y Salamina. Cf. Plutarco, *Temístocles* 3.

que cante mejor mis hazañas». ¡Oh, dulzura de una gloria «gloriosa», diría yo!

2 También fue insaciable de alabanzas el corazón de Alejandro. Después que su compañero Anaxarco[117] le comentara, siguiendo a su preceptor Demócrito, que el número de mundos era infinito, él contestó: «¡Ay, desgraciado de mí, que ni siquiera he podido conquistar uno todavía!» Demasiado reducida era para aquel hombre una posesión que habría bastado para que en ella vivieran todos los dioses.

3 A los deseos tan ardientes de este joven rey, añadiré la sed parecida que sentía Aristóteles por alcanzar la gloria. Había donado a su discípulo Teodectes[118] sus libros de *Retórica,* para que los publicara como suyos. Más tarde, arrepentido de haber cedido a otro la autoría de su propia obra, cuando insistía en otra obra suya sobre cierto asunto, añadió que ya lo había tratado con mayor exactitud en los libros de Teodectes. Si no me contuviese el respeto a su sabiduría, tan inmensa e indudable, diría que Aristóteles mereció ser encomendado a otro filósofo con un espíritu más elevado, para que hubiese mejorado sus modales.

Por lo demás, no desdeñan la gloria ni siquiera aquellos que tratan de inculcar desprecio por ella, ya que no dudan en poner su nombre en los libros que escriben, para de este modo perpetuarse en la memoria y obtener lo que ellos mismos pretenden desacreditar. No obstante, cualquiera que sea su disimulo, es en todo caso más aceptable que el interés de otros que, con tal de perdurar por siempre en el recuerdo, no dudaron en darse a conocer por sus crímenes.

---

[117] Anaxarco provenía de Abdera, como su maestro Demócrito, y acompañó a Alejandro en sus exitosas campañas en Asia.

[118] Poeta trágico y orador natural de Faselis, en Licia. En realidad, era mayor que Aristóteles y seguramente influyó en el pensamiento del Estagirita.

4 Y de éstos, no sé si deba ocupar el primer lugar Pausanias. Habiendo preguntado en cierta ocasión a Hermocles de qué manera podía hacerse famoso de repente, éste le contestó que, si mataba a un hombre ilustre, su gloria recaería sobre él. Acto seguido, Pausanias acabó con Filipo, y no cabe duda de que consiguió lo que quería, pues mientras él pasó a la posteridad por su parricidio, Filipo lo hizo por su valor[119].

5 Las ansias de gloria pueden incluso incitar a cometer un sacrilegio: hubo uno que quiso incendiar el templo de Diana en Éfeso[120], con la intención de que su nombre se conociese en todo el mundo por haber destruido aquella hermosísima obra. Él mismo reveló su loco desvarío cuando estaba en el potro de tortura. Y fue muy acertada la decisión de los efesios, que por medio de un decreto borraron el recuerdo de aquel hombre tan despreciable, si no fuera porque Teopompo, genio de gran elocuencia, mencionó su nombre en sus *Historias*.

CAPÍTULO 15

Sobre las magníficas recompensas que algunos recibieron

A los espíritus nobles causará gran placer que salgan a la luz las magníficas recompensas que algunos recibieron merecidamente, porque el mismo goce se obtiene contemplando los premios que recibe la virtud, que las obras que la

---

[119] Cf. PLUTARCO, *Alejandro* 10.

[120] El individuo en cuestión se llamaba Eróstrato, y el incendio de este templo tuvo lugar en 356 a. C., coincidiendo con la noche en que nació Alejandro Magno. Cf. ESTRABÓN, *Geografía* XIV 1, 22.

originan. La propia naturaleza es la que nos infunde ese tesón, cuando vemos que la gloria codiciada con insistencia recibe al fin una generosa recompensa. Y aunque en este momento mi mente vuela impetuosa hasta la casa Augusta, el más espléndido y venerado templo, convendrá refrenarla, pues los honores que en la tierra se tributan a quien tiene expedito el camino del cielo, por más que sean los más altos, son menores de lo debido[121].

15, 1 A Africano el Mayor le fue concedido el consulado antes de la edad permitida, tal y como el ejército había aconsejado en una carta al senado. Por ello, no podría decirse si le proporcionó mayor gloria la autoridad de los senadores o la decisión del ejército. Pues fue la toga la que nombró a Escipión general contra los cartagineses, pero fueron las armas las que lo demandaban. En cuanto a los hechos principales que se le atribuyen durante toda su vida, sería largo de contar por su inmenso número; y por otra parte, sería algo innecesario, pues en su mayor parte ya se han referido. Así pues, añadiré solamente aquello que incluso hoy le diferencia. Posee en el santuario de Júpiter Óptimo Máximo una estatua que, cada vez que tiene lugar el funeral de algún miembro de la familia Cornelia, es traída desde allí, de manera que sólo él puede decir que tiene el Capitolio como atrio[122].

2 Y, por Hércules, que así era como también se traía la efigie de Catón el Mayor desde la curia, para este mismo menester. ¡Oh, qué orden más lleno de gratitud, que quiso tener siempre consigo a aquel senador tan provechoso para la república! Un senador adornado de todo tipo de virtudes,

[121] Una prueba más de la adulación de Valerio Máximo al emperador y su dinastía.

[122] Cf. IV 1, 6.

y más grandioso por sus propios méritos que por los beneficios de la fortuna. Antes fue por la determinación de Catón que por la dirección militar de Escipión por lo que Cartago fue destruida.

Un raro ejemplo de honor se observa también en Escipión Nasica: quiso el senado que fuese él, que aún no era cuestor, quien recibiera en sus propias manos y en su misma casa a la diosa que se había mandado traer desde Pesinunte, siguiendo un vaticinio de Apolo Pitio. El oráculo en cuestión disponía que esta ofrenda a la Madre de los Dioses la realizara el hombre más piadoso. Busca entre los fastos, revisa todos los carros triunfales, y no encontrarás nada más brillante que su autoridad moral[123]. 3

Vienen a continuación los Escipiones con todo su memorable esplendor. Emiliano fue nombrado cónsul por el pueblo, después que se había presentado como candidato a edil. Más adelante, cuando acudió al campo de Marte para apoyar en las elecciones a cuestor la candidatura de Quinto Fabio Máximo, hijo de su hermano, fue nombrado cónsul por segunda vez[124]. Además, el senado le concedió dos veces el gobierno de una provincia, sin sorteo previo: primero África y luego Hispania; y no dejó su gobierno en manos de un ciudadano ambicioso[125] *** sino de un senador, tal y como demostró no sólo su régimen de vida, sumamente 4

[123] Sobre Publio Cornelio Escipión Nasica y la historia de la piedra sagrada de Cibeles, cf. VII 5, 2; Livio, XXIX 14; Silio Itálico, XVII 1 ss.

[124] Se trata de Publio Cornelio Escipión Emiliano, llamado Africano el Menor. Cuando en 147 a. C. se presentó como candidato a edil, el pueblo presionó al senado para que lo nombraran cónsul, contraviniendo las normas para el *cursus honorum*. En 134 volvió a ser elegido cónsul, sin haber hecho campaña para el cargo, y cuando apoyaba la candidatura de su sobrino, Quinto Fabio Máximo Alobrógico (cf. Cicerón, *Sobre la amistad* 73). Murió en 129, en extrañas circunstancias.

[125] Aquí se observa una laguna que hace difícil la traducción del texto.

austero, sino también su muerte, causada por misteriosas intrigas.

5 También Marco Valerio se hizo célebre gracias a sendos honores que los dioses y los ciudadanos le brindaron. Aquéllos, enviando en su auxilio un cuervo, cuando se batía cuerpo a cuerpo con un galo; éstos, obsequiándole con el consulado nada más cumplir los veintitrés años. Del primero de estos honores, la familia conserva el ilustre sobrenombre de «Corvino», como honra y prez de su antiquísimo origen; el segundo viene a incrementar su inmenso prestigio, al poder presumir tanto de la prontitud como del origen de su consulado [126].

6 Tampoco fue exigua la gloria de Quinto Escévola, el que fuera colega de Lucio Craso en el consulado [127]. Administró Asia con tanta honradez y coraje que, por un decreto del senado, se propuso en lo sucesivo el nombre de Escévola como ejemplo y modelo que debían seguir los magistrados que eran destinados a gobernar aquella provincia.

7 A una sola declaración de Africano el Menor se asocian los siete consulados y los dos formidables triunfos de Gayo Mario. Fue inmensamente feliz hasta el día de su muerte. En efecto, durante el asedio de Numancia, cuando servía en la caballería a las órdenes del propio Africano, casualmente preguntaron a Escipión en medio de una cena qué otro general tan grande como él podría sustituirlo al frente del estado si le sucediese algo. Volviendo la vista a Mario, que se hallaba recostado por encima de él, Escipión respondió: «Éste, sin duda». Con tal augurio, resulta difícil valorar si aquél que encarnaba el más perfecto modelo de valor había sabido

[126] Según la leyenda, un cuervo atacó al galo con quien Valerio luchaba (349). Su primer consulado data de 348 a. C. Cf. Livio, VII 26; Gelio, IX 11.

[127] Año 95 a. C.

vislumbrar el inmenso valor en ciernes de Mario o si, por el contrario, lo había exaltado más fervientemente. Lo cierto es que aquella cena entre soldados presagió otras tantas cenas magníficas ofrecidas a Mario en toda la ciudad. En efecto, cuando al caer la noche se divulgó la noticia de que había derrotado a los cimbrios [128], no hubo nadie que, al consagrar su mesa, no hiciera una libación en su honor, como si de los dioses inmortales se tratase.

Los tremendos e insólitos privilegios acaparados por 8
Gneo Pompeyo resuenan ya gracias a los testimonios literarios, tanto del favor que le asistió como de los murmullos de envidia que suscitó. Pese a ser caballero romano, fue enviado como procónsul a Hispania para combatir a Sertorio, con los mismos poderes que Pío Metelo, ciudadano principal. Obtuvo por dos veces el triunfo sin haber ocupado hasta entonces ninguna dignidad curul. Se estrenó en la carrera política desempeñando el más alto cargo. Por un decreto del senado, ejerció en solitario su tercer consulado. Y celebró un único triunfo sobre Mitridates, Tigranes, y sobre otros muchos reyes, numerosas ciudades, pueblos y piratas [129].

La aclamación del pueblo romano encumbró hasta las 9
estrellas también a Quinto Cátulo. Cuando preguntó ante la tribuna si persistían en dejarlo todo en manos de Pompeyo Magno únicamente, y en quién querrían depositar sus esperanzas en caso de que éste desapareciera por algún inesperado percance, el pueblo al unísono proclamó: «En ti». ¡Qué

[128] Mario derrotó a los cimbrios en Vercelas (101 a. C.).

[129] Pompeyo fue enviado a Hispania en el 77 a. C., siendo todavía un *eques*. Obtuvo el triunfo en 81 y luego en 71. Un año después, a los 36, accedió al consulado. En 52 ejerció en solitario su tercer consulado. Llevó a cabo exitosas campañas en el este, venciendo a Mitridates VI, rey del Ponto y Tigranes II de Armenia. A partir del 67 combatió a los piratas del Mediterráneo.

asombroso poder encierra este sincero pensamiento! Sólo dos sílabas bastaron para que Cátulo se equiparase al gran Pompeyo y a todos sus honores, que acabo de mencionar[130].

10 Memorable puede considerarse también la llegada de Marco Catón al puerto de Roma, cuando regresaba de Chipre con el dinero de su rey. Al bajar de la nave, los cónsules y demás magistrados, el senado en pleno y el pueblo romano acudieron a recibirle con honores, satisfechos no por la enorme cantidad de oro y plata que la flota traía, sino porque había devuelto a Marco Catón sano y salvo[131].

11 Pero tal vez Lucio Marcio constituya un extraordinario ejemplo de veneración sin precedentes. Aunque era caballero romano, fue nombrado general en jefe por aquellos dos ejércitos, a los que la muerte de Publio y Gneo Escipión y la victoria de Aníbal habían dejado maltrechos. Y lo hicieron en un momento en que su propia salvación, abocada a la más absoluta desesperación, no dejaba lugar a ambigüedades[132].

12 Al recuerdo de ejemplos relativos a hombres, merece la pena añadir el de Sulpicia, hija de Servio Patérculo y esposa de Quinto Fulvio Flaco. Tras examinar los decénviros los libros sibilinos, el Senado decidió consagrar una estatua a Venus Verticordia[133], para así apartar más fácilmente del desenfreno la atención de vírgenes y mujeres, y guiarlas de nuevo a la virtud. Y después que se eligió de entre todas las

[130] Sobre Quinto Lutacio Cátulo, cf. II 4, 6; etc.

[131] Marco Porcio Catón de Útica fue enviado a Chipre para anexionar dicha isla al poder de Roma. El rey chipriota era Ptolomeo.

[132] Valerio Máximo confunde a Aníbal con Asdrúbal, verdadero vencedor de los dos Escipiones. Sobre Lucio Marcio Séptimo, hijo de Septimio, tribuno militar, cf. I 6, 2; II 7, 15; LIVIO, XXV 37; XXXII 2.

[133] «La que cambia los corazones», uno de los sobrenombres de Venus.

matronas a cien, y de esas cien se echaron a suertes diez para dar con la mujer más pudorosa, Sulpicia fue preferida al resto por su castidad.

Ejemplos extranjeros

Por lo demás, y sin que la majestad romana sufra merma 15, 1
alguna, pueden verse también casos célebres entre los extranjeros. Así pues, pasemos a analizarlos.

Los alumnos de Pitágoras sentían tal veneración por él, que consideraban un sacrilegio poner en tela de juicio lo que le habían escuchado decir. Es más, cuando se les preguntaba la razón de su comportamiento, sólo respondían esto: «Él lo ha dicho». Sin duda un honor inmenso, pero circunscrito únicamente a la escuela. Este otro, en cambio, vino refrendado por el voto de ciudades enteras. Los habitantes de Crotona le pidieron fervientemente que accediera a que el Senado de su ciudad, formado por mil miembros, se sirviera de sus consejos. Aquellos ciudadanos tan opulentos, después que Pitágoras murió, convirtieron con gran devoción su casa en un santuario de Ceres. Y mientras aquella ciudad permaneció floreciente, el culto a la diosa quedó asociado al recuerdo de aquel hombre, lo mismo que el culto a aquel hombre quedó asociado al ritual de la diosa[134].

Gorgias de Leontino aventajó a todos sus coetáneos en 2
el ámbito de las letras, por haber sido el primero que se atrevió a confesar públicamente que podía debatir sobre el

[134] Crotona estaba en la Magna Grecia, muy cerca de Metaponto, ciudad en la que Pitágoras murió. Cf. VIII 7, ext.2. Se dice que los crotoniatas debían sus leyes y costumbres al propio Pitágoras. Cf. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* I 10.

tema que cualquiera quisiese saber. Por ello, Grecia entera le dedicó una estatua de oro macizo en el templo de Apolo en Delfos, cuando hasta entonces sólo se habían erigido estatuas bañadas en oro[135].

3 Este mismo pueblo decidió, por unanimidad, honrar a Anfiarao, confiriendo la apariencia y el carácter de templo al lugar en que estaba enterrado, y estableciendo que allí pudieran tomarse oráculos. Sus cenizas reciben los mismos honores que se conceden a los trípodes píticos, al bronce de Dodona o a la fuente de Amón[136].

4 Tampoco carece de importancia el honor tributado a Berenice, la única mujer a la que fue permitido asistir a un espectáculo de lucha, cuando llevó a su hijo Eucles a Olimpia para que participase en un torneo. Y al lado de ella, cuyo padre había sido vencedor en unos juegos Olímpicos, se encontraban sus hermanos, triunfadores también en los juegos.

---

135 Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 129.

136 Célebre agorero y adivino de Argos, hijo de Apolo y Clitemestra. Cf. CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 88. Alude luego Valerio a los célebres oráculos de Delfos, Dodona y Amón.

LIBRO IX

CAPÍTULO 1

Sobre el lujo y las bajas pasiones

Demos también cabida en nuestra obra al atrayente mal que es el lujo, tanto más fácil de reprender que de evitar. Y no para que se le rindan honores, sino para que, reconociéndose a sí mismo, pueda verse forzado a arrepentirse. Añádanse a éste las bajas pasiones, ya que provienen de los mismos viciosos orígenes. Y puesto que ambos responden a sendos extravíos de la mente, no conviene aislarlos, ni para su crítica, ni para su enmienda.

Gayo Sergio Orata fue el primero que mandó construir 1, 1
unos baños colgantes[1]. Esta inversión, que en un principio iba a ser pequeña, acabó convirtiéndose en una laguna suspendida de agua caliente. Además, para no subordinar su

---

1 Baños edificados sobre bóvedas por las que circulaba aire caliente procedente de hornos encendidos. Gayo Sergio Orata, pretor en 97 a. C., fue célebre por su sibaritismo. Cf. MACROBIO, *Saturnales* III 15, 2; CICERÓN, *Sobre los deberes* III 67; PLINIO, *Historia natural* IX 168-169. Sobre los viveros de ostras de Sergio Orata, cf. VARRÓN, *Sobre la agricultura* III 3, 10; COLUMELA, *Sobre la agricultura* VIII 16.

propia gula al arbitrio de Neptuno, discurrió un mar para su uso particular, taponando las aguas por medio de estuarios y echando diversos tipos de peces en cada uno de aquellos receptáculos. Y todo para que no faltasen en la mesa de Orata los más variados manjares, ni aunque sobreviniese la más cruda inclemencia. Cercó las orillas, por aquel entonces desiertas, del lago Lucrino[2] con amplias y elevadas edificaciones, para así poder disfrutar de mariscos frescos. Y mientras se afanaba en acaparar aguas públicas, se vio envuelto en un juicio con el asentista Considio. Lucio Craso, el abogado de la parte contraria, dijo que su amigo Considio se equivocaba al pensar que, obligando a Orata a alejarse del lago, le habrían de faltar las ostras, porque si no hubiese podido ir a cogerlas allí, las habría encontrado bajo las tejas.

2 Lo cierto es que el actor trágico Esopo debió entregar en adopción a su hijo en lugar de dejarlo como heredero de sus bienes, pues se trataba de un joven con un afán por el lujo no sólo desmedido, sino incluso enfermizo. Se dice de él que compraba a un precio abusivo avecillas prodigiosas por su canto y las ponía como si fuesen papafigos; y que solía añadir a las bebidas perlas de gran valor bañadas en vinagre, ansioso por derrochar cuanto antes su inmenso patrimonio como si de un pesado fardo se tratase. Quienes siguieron o bien el patrón de conducta del anciano, o bien el del joven, llegaron aún más lejos que ellos. Y es que ningún vicio suele terminar allí donde empieza: unos traen peces desde las costas del Océano, otros funden sus tesoros en la cocina, hallando un gran placer en comerse y beberse su propia hacienda[3].

[2] El lago Lucrino se halla en la Campania, cerca de la actual Pozzuoli.

[3] Sobre el actor Esopo, cf. VIII 10, 2. Cf. Plinio, *Historia natural* XXXV 12.

El final de la segunda guerra púnica y la derrota del rey 3
Filipo de Macedonia trajeron a nuestra ciudad el alivio de una vida más disipada. Fue por aquel entonces cuando las matronas se atrevieron a rodear la casa de los Brutos, quienes estaban dispuestos a oponerse a la derogación de la ley Opia[4], una ley que las mujeres deseaban abolir a toda costa, pues no les permitía llevar ropas de variados colores, ni poseer más de media onza de oro, ni trasladarse en un carro tirado por caballos a menos de una milla de la ciudad, a no ser que fuese con motivo de un sacrificio. Y por cierto que consiguieron abolir aquella ley que había permanecido vigente durante veinte años seguidos. Los hombres de aquella época no repararon en qué desembocaría el obstinado afán de aquella insólita camarilla, o hasta qué punto se propasaría aquella osadía que conculcaba las leyes. Y es que si hubiesen podido barruntar la pomposidad que distingue al ánimo femenino, pomposidad a la que se añade cada día alguna cosa nueva todavía más ostentosa, se habrían opuesto desde su misma raíz al lujo que se les avecinaba. ¿Y qué más puedo añadir yo de las mujeres, cuya ligereza mental y total ineptitud para afrontar cualquier tarea más o menos espinosa las incitan a poner todo su afán en un culto desmedido hacia sí mismas, cuando veo que incluso hombres del pasado, célebres por su nobleza y su espíritu, cayeron también en este extravío tan ajeno a la primitiva sobriedad? Quede esto patente con el escarnio de ellos mismos.

Gneo Domicio, en medio de una discusión que tuvo con 4
su colega Lucio Craso, le reprochó que tuviese en el pórtico

[4] Ley promulgada por el tribuno de la plebe Gayo Opio en 215 a. C., con motivo de las necesidades de la segunda guerra púnica. Se abolió en 195, a pesar de la fuerte oposición de Catón el Censor. Cf. Livio, XXXIV 1 ss. Se trata de Marco y Tito (o Publio) Junio Bruto, tribunos de la plebe en aquel tiempo. Una condena similar del lujo, en Veleyo Patérculo, II 1.

de su casa columnas del monte Himeto[5]. Acto seguido, Craso le preguntó en cuánto valoraba él su propia casa, a lo que Domicio respondió: «En seis millones de sestercios». «¿Y cuánto estimas que valdría —replicó Craso—, si voy allí y talo diez arbolillos?» «Pues tres millones», contestó Domicio. Entonces Craso señaló: «Y quién de los dos es, pues, más ostentoso: yo, que he comprado diez columnas por cien mil sestercios, o tú, que tasas en tres millones de sestercios la sombra de diez arbolillos?» ¡Qué conversación tan desconsiderada hacia personajes como Pirro o Aníbal, tan plena de la ociosidad que brindan las riquezas procedentes del comercio de ultramar! Y cuánto más frugal el lujo, en comparación con el que habría de desplegarse en los edificios y bosques de los siglos posteriores, toda vez que prefirieron legar a la posteridad el boato que ellos mismos habían propiciado, en lugar de conservar la continencia que heredaron de sus antepasados.

5 ¿Y qué es lo que quería para sí Metelo Pío, el personaje más prestigioso de su época, cuando consentía, cada vez que llegaba a Hispania, que sus huéspedes lo recibieran con altares y olor a incienso? ¿O cuando, lleno de gozo, contemplaba las paredes cubiertas de tapices dignos del rey Átalo[6]? ¿O cuando permitía que, tras espléndidos banquetes, se diera paso a los juegos más fastuosos? ¿O cuando celebraba festines ataviado con la túnica de los vencedores y recibía coronas de oro que bajaban desde el techo, como si su cabeza fuese divina? ¿Y dónde sucedía esto? No en Grecia, ni en Asia, donde la propia seriedad podía dejarse corromper por el lujo, sino en una provincia indómita y beli-

[5] Monte de Atenas, célebre por el mármol que de él se extraía. Gneo Domicio Enobarbo y Lucio Licinio Craso fueron censores en el 92 a. C.

[6] Rey de Pérgamo de proverbial riqueza y suntuosidad. Cf. I 8, ext. 8; etc.

cosa, en tanto que un enemigo tan contumaz como Sertorio cegaba los ojos de los ejércitos romanos con proyectiles lusitanos. ¡Hasta ese punto se había borrado de la mente de Metelo la campaña de su padre en Numidia[7]! Queda clara, por tanto, la rapidez con que el lujo hizo acto de presencia, pues quien de joven conoció las costumbres primitivas, de viejo implantó otras nuevas.

Muy semejante fue el cambio que experimentó la casa 6
de los Curiones, habida cuenta de que nuestro foro fue testigo de la extraordinaria gravedad del padre y de la deuda de sesenta millones de sestercios del hijo, contraída ilícitamente por parte de los jóvenes nobles de la familia. Así pues, en un mismo momento y en la misma casa, convivieron generaciones dispares, una sumamente austera, la otra de lo más infame[8].

¡Y cuánto lujo e indecencia hubo en el juicio contra Pu- 7
blio Clodio! Con tal de absolver a aquel reo claramente culpable de un crimen de incesto[9], se llegó incluso a corromper con grandes sumas de dinero a matronas y jóvenes de la nobleza, para entregarlas de noche a los jueces como gratificación. En una componenda tan indecente y embrollada como aquélla, no se sabría a quién condenar primero, si al que maquinó aquel género de corruptela, a quienes prestaron su integridad a cambio del perjurio, o a quienes canjearon sus creencias por el estupro.

[7] Quinto Cecilio Metelo Pío fue pontífice máximo y colega de Sila en el consulado (80 a. C.). Combatió a Sertorio en Hispania y fundó numerosas ciudades, como *Metellinum* (Medellín) o *Castra Caecilia* (Cáceres). Su padre, Quinto Cecilio Metelo, recibió el sobrenombre de Numídico por su exitosa campaña en el norte de África.

[8] Se trata de Gayo Escribonio Curión, padre e hijo.

[9] Publio Clodio Pulcro, el enemigo de Cicerón, fue acusado de cometer incesto con sus tres hermanas, una de las cuales era Clodia, identificada con la Lesbia de Catulo.

8 También fue inmoral el banquete que el asistente de los tribunos Gemelo, de origen libre pero de una sumisión vergonzosa y más que servil, celebró para el cónsul Metelo Escipión[10] y los tribunos de la plebe, con gran bochorno de la ciudadanía. Convirtió su casa en un burdel y allí prostituyó a Munia y a Flavia, ambas ilustres tanto por su padre como por su marido, así como al joven noble Saturnino. ¡Infame sufrimiento el de aquellos cuerpos que iban a ser juguete de las más bajas pasiones de unos borrachos! ¡Festines que el cónsul y los tribunos no debieron celebrar, sino castigar!

9 Pero especialmente cruel fue el desenfreno de Catilina. Locamente enamorado de Aurelia Orestila[11], como sabía que el único impedimento para contraer matrimonio con ella era su hijo, el único que tenía, ya en la pubertad, lo liquidó con un veneno. Y así fue como, de la pira funeraria de su propio hijo, prendió la tea nupcial, de modo que el regalo que ofreció a su nueva esposa fue el no tener hijos. Más adelante, al comportarse como ciudadano de la misma manera que lo había hecho como padre, sufrió el castigo que vengaría tanto al espíritu de su hijo como a su patria, contra la que había atentado de una manera despiadada.

Ejemplos extranjeros

1, 1 El lujo de los campanos fue tremendamente provechoso para nuestra ciudad, pues cautivó con sus hechizos a Aníbal, hasta entonces invicto en la guerra, y lo entregó a los ejércitos romanos para que lo derrotaran. Fue con fastuosos banquetes, con abundante vino, con la fragancia de los perfumes y con el uso inmoderado de las relaciones sexuales como este lujo de los campanos empujó al sueño y al placer a un general tan despierto y a un ejército tan experimentado. Y es que la fiereza cartaginesa quedó maltrecha y desbaratada cuando la plaza Seplasia y la Albana[12] pasaron a ser su campamento. ¿Y qué hay más deshonesto o más dañino que aquellos vicios que debilitan el valor, que hacen languidecer las victorias, que convierten la gloria adormecida en infamia, que se adueñan de las fuerzas del alma y del cuerpo, hasta el punto de no saber si resulta más pernicioso ser atrapados por el enemigo o por los propios vicios?

Estos mismos vicios enredaron a la ciudad de Bolsena[13] 2
en graves y bochornosas calamidades. Era una ciudad opulenta, escrupulosa con la moral y las leyes, se la consideraba la capital de Etruria. Pero, después que se dejó arrastrar por el lujo, cayó en un abismo de iniquidad e indecencia, hasta llegar a someterse a la caprichosa tiranía de los esclavos. Primero, unos cuantos de ellos osaron entrar en el orden senatorial, y luego se apoderaron de todos los asuntos públicos. Mandaban redactar los testamentos a su antojo, prohibían los banquetes y las reuniones de ciudadanos libres, contraían matrimonio con las hijas de sus amos. Finalmente, decretaron por ley que los estupros cometidos contra viudas y casadas no recibieran castigo alguno, y que ninguna virgen pudiera casarse con un libre, si uno de ellos no había mancillado antes su castidad.

En cuanto a Jerjes, se mostraba tan pomposo en la os- 3
tentación de su soberbia opulencia de rey, que por medio de

[10] Quinto Cecilio Metelo Escipión, suegro de Pompeyo. Cf. III 2, 13.
[11] Cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 15, 2.

[12] Se trata de dos plazas de Capua, en las que se vendía todo tipo de mercancías que tuvieran que ver con el lujo y los placeres. *Seplasia* pasó a significar, por metonimia, «droguería».
[13] Ciudad de Etruria.

un edicto prometió un premio a quien inventase un nuevo tipo de placer. Mientras se dejaba atrapar por la excesiva molicie, ¿cómo iba a poder eludir la tremenda ruina de su extraordinario imperio?

4 El rey Antíoco de Siria[14] representa también un claro ejemplo de incontinencia. Imitando su ciega y disparatada suntuosidad, la mayor parte de sus soldados fijó sus botas con clavos de oro, utilizó en la cocina vasijas de plata y construyó sus tiendas adornándolas con pequeñas figuras bordadas. De este modo acabaron convirtiéndose en presa deseable para un enemigo ambicioso, y no en impedimento para que un esforzado rival alcanzase la victoria.

5 El rey Ptolomeo vivió solamente para sus vicios, hecho que le valió el sobrenombre de Panzudo[15]. ¿Puede haber algo más bajo que su propia bajeza? Obligó a una hermana mayor que él, que ya estaba casada con un hermano común, a casarse con él. Luego de violar a una hija de ella, repudió a la que era su mujer para poder desposarse con la hija.

6 Muy similar a la conducta de los reyes de la nación egipcia fue la de sus propios habitantes. A las órdenes de Arquelao[16], salieron de las murallas de la ciudad para enfrentarse a Aulo Gabinio. Cuando recibieron la consigna de rodear el campamento por medio de una fosa y una empalizada, todos al unísono exclamaron que una obra como aquélla había que cederla a unos obreros a costa del erario. Así se explica que aquellos hombres tan flojos por culpa de

[14] Antíoco VIII Sidetes, rey de Siria entre 139 y 130 a. C. Cf. LIVIO, XXXVI 11.

[15] En griego, *Phýskōn*. Se trata de Ptolomeo VII Evérgetes II, rey macedonio de Egipto (182-116 a. C.).

[16] Arquelao, general de Mitridates VI, murió en combate en 56 a. C. Sobre Aulo Gabinio, cf. IV 2, 4; etc. Sobre este episodio, cf. LIVIO, *Periocas* 105; CICERÓN, *Filípicas* II 48.

la molicie no pudieran hacer frente al arrojo de nuestro ejército.

Aún más afeminados fueron los individuos de Chipre, 7
que soportaban resignados que sus reinas subiesen a sus carros pisando los cuerpos de sus mujeres, a modo de peldaños, con tal de poner sus pies sobre algo más blando. A estos hombres (si es que realmente eran hombres), más les hubiera valido morir que obedecer una orden tan refinada.

CAPÍTULO 2

Sobre la crueldad

Esta colección de vicios revela un rostro lascivo y unos ojos siempre atentos al deleite más insólito, al tiempo que descubre un espíritu que se recrea en el culto refinado y revolotea por los placeres más variados. La crueldad, en cambio, ofrece un aspecto hosco, un semblante atroz, un espíritu violento y una voz terrible, y además está cargada de amenazas y sangrientas órdenes. Guardar silencio sobre ella equivaldría a darle mayor trascendencia. Y es que, ¿qué límite podrá imponerse a sí misma, si ni siquiera se la reprime con el freno de la censura? En suma, ya que está en sus manos el ser temida, esté en las nuestras el poder odiarla.

A Lucio Sila nadie podría alabarle ni vituperarle lo bas- 2, 1
tante, dado que para el pueblo romano fue un Escipión a la hora de buscar la victoria, y en cambio un Aníbal al ejercer de vencedor. No en vano, en un primer momento defendió brillantemente la autoridad de la nobleza para luego, salvajemente, inundar de sangre civil Roma entera y todos los rincones de Italia. En efecto, mandó exterminar en el edifi-

cio público que había en el Campo de Marte[17] a cuatro legiones rivales que habían confiado en su palabra y que en vano imploraban misericordia a aquella mano embustera. Sus gritos de espanto llegaron a los oídos de la sobresaltada ciudadanía, y el Tíber, incapaz de soportar tanto peso, se vio forzado a trasladar sobre sus ensangrentadas aguas a aquellos cadáveres mutilados por el hierro.

A cinco mil prenestinos que se habían entregado a Publio Cetego[18] con la esperanza de salvarse, se les hizo salir de las murallas de su municipio. Una vez despojados de sus armas y tumbados en el suelo, ordenó que se les diera muerte y que luego sus cadáveres fuesen dispersados por la llanura.

Asimismo, después de asesinar a cuatro mil setecientas personas basándose en el horrible edicto de la proscripción, lo reflejó en los archivos públicos, obviamente para que no se malograra el recuerdo de una hazaña tan preclara.

No contento con ensañarse con aquéllos que se habían enfrentado a él por medio de las armas, añadió al número de los proscritos una serie de ciudadanos pacíficos de cuya vasta fortuna se había informado previamente, a través del nomenclátor[19]. Y también desenvainó su espada contra las

[17] Se trata de la *Villa publica* situada en el campo de Marte, donde se llevaba a cabo el censo. Sobre este hecho, cf. Livio, *Períocas* 88; Floro, *Epítome* II 9.

[18] Publio Cornelio Cetego se pasó del bando de Mario al de Sila, traicionando a sus compañeros de partido. Preneste, un *municipium* leal a la causa de Mario, fue saqueado por Sila en 82 a. C. La matanza tuvo lugar el dos de noviembre del 82, y en ella murieron, según Orosio *(Historia* V 21, 1), más de nueve mil prenestinos.

[19] Esclavo que, provisto de una lista de nombres, se encargaba de referir a su señor los nombres de sus visitantes, de sus potenciales votantes, etc. Las proscripciones decretadas por Sila fueron célebres.

mujeres, como si no hubiese tenido suficiente con la matanza de hombres.

Otro indicio de su insaciable bestialidad: quiso que fuesen llevadas a su presencia las cabezas cortadas de aquellos desdichados, que casi conservaban aún el gesto y el aliento, para así poder comerse con los ojos aquello que era sacrílego hacer con la boca. ¡Y qué crueldad demostró hacia el pretor Marco Mario[20]! Tras arrastrarlo hasta el panteón de la familia Lutacia, ante las miradas del pueblo, no mandó que lo mataran sin antes haberle sacado los ojos y cercenado las partes de su cuerpo una a una.

Parece como si estuviera narrando cosas apenas verosímiles, pero fue Sila también el que, al desmayarse Marco Pletorio mientras contemplaba el suplicio de Mario, lo mató allí mismo, erigiéndose así en un insólito vengador de la compasión, para el que condenar un crimen fue lo mismo que cometerlo. ¿Pero, al menos, respetaría las sombras de los muertos? En absoluto: de Gayo Mario (del que Sila acabó siendo rival, pero antes había sido cuestor) mandó desenterrar sus cenizas y las arrojó al cauce del Aniene. ¡Y éstas son las acciones por las que creía que se le debía añadir el sobrenombre de «Feliz»!

El aborrecimiento que provoca su crueldad puede ate- 2
nuarlo Gayo Mario. Por su desmedido deseo de vejar a sus enemigos, hizo gala de una cólera abominable. Con una saña nunca vista, mutiló el insigne cuerpo de Gayo César, antiguo cónsul y censor, y además junto a la tumba del más sedicioso y abyecto de los hombres. Pues sólo esa calamidad faltaba a la república, tan desamparada en aquella épo-

[20] Marco Mario Gratidiano, sobrino de Gayo Mario, pretor en 85 a. C. y en 82. Fue su cuñado Catilina, el que, a instancias de Quinto Lutacio Cátulo, asesinó a Mario Gratidiano.

ca: que César muriese como víctima expiatoria en honor de Vario[21]. Sus victorias apenas tuvieron tanto valor, pues olvidándose de ellas mereció más reprobación en tiempo de paz que gloria en tiempos de guerra. Fue también Mario el que, en medio de un banquete, sostuvo entre sus manos alegremente la cabeza cortada de Marco Antonio[22], exhibiendo una desvergüenza sin límites, tanto de intención como de palabra. Y no sólo se dio el lujo de manchar la santidad de la mesa con la sangre de aquel eminentísimo ciudadano y orador, sino que incluso abrazó a quien le había llevado la cabeza de Antonio, Publio Annio, que venía todo manchado del asesinato que acababa de cometer.

3 Damasipo[23] no obtuvo gloria alguna que pudiese mancillar, y precisamente por eso su memoria puede ser acusada con mayor libertad. Por una orden suya, las cabezas de unos ciudadanos eminentes se mezclaron con las de las víctimas expiatorias, y el tronco de Carbón Arvina fue paseado por toda la ciudad, fijado en un patíbulo. Así las cosas, o la pretura de este criminal tuvo mucho poder, o no tuvo ninguno la majestad de la república.

4 Munacio Flaco, defensor más violento que razonable de la causa pompeyana, hallándose acorralado por César en Hispania, dentro de las murallas de Ategua[24], sacó a relucir

[21] Se trata de Gayo Julio César Estrabón Vopisco (126-87 a. C.), uno de los personajes del *Sobre el orador* de Cicerón (II 235), orador y poeta trágico. Sobre Vario, cf. III 7, 8; VIII 6, 4.

[22] El célebre orador, maestro de Cicerón, partidario primero de Mario y luego enemigo. Murió en 87 a. C. Sobre Publio Annio, cf. VIII 9, 2.

[23] Se trata de Lucio Junio Bruto Damasipo, quien había luchado en la guerra de Sila y fue derrotado por Pompeyo. Fue en 82 a. C. cuando, siendo pretor, mandó matar a cuatro senadores que se disponían a unirse a Sila, entre ellos, Quinto Mucio Escévola y Gayo Papirio Carbón Arvina.

[24] Ciudad de la Bética, en la orilla izquierda del río Salso (hoy *Guadajoz),* al norte de la provincia de Málaga, en un poblado denominado

su implacable crueldad con una feroz muestra de locura: después de degollar a todos los habitantes de aquella ciudad, de quienes él había advertido sus simpatías hacia César, los arrojó por el muro. A continuación llamó por sus nombres a los maridos que había en el campamento contrario, para que pudiesen contemplar el exterminio de sus mujeres, y mató también a sus hijos, puestos en el regazo de sus madres. Ordenó también que, de los niños pequeños, algunos fueran estrellados contra el suelo en presencia de sus padres, y otros fueran arrojados al aire y ensartados por las lanzas de los soldados. Esta fechoría, intolerable incluso para los oídos, fue ordenada por los romanos y perpetrada por los lusitanos, con cuya ayuda Flaco se hallaba pertrechado y resistía, con insensata contumacia, a la pujanza de un ser divino.

Ejemplos extranjeros

Pasaremos ahora a aquellos hechos que, aun siendo dolorosos, no acarrearon ignominia alguna a nuestra ciudad. 2, 1
Después de cortarle los párpados, los cartagineses encerraron a Atilio Régulo en una máquina de la que sobresalían por todas partes puntas muy afiladas, y sin dejar de torturarlo lo mantuvieron en vela hasta matarlo, estableciendo un género de tormento indigno de quien lo padecía, pero muy digno de sus inventores. La misma crueldad exhibieron con unos soldados nuestros que cayeron en su poder como consecuencia de un combate naval: después de ponerlos bajo las naves, los aplastaron con el peso de la quilla, para así

Teba la Vieja, cerca de la actual Teba. Sobre Munacio, cf. Frontino, *Estratagemas* III 14, 1.

aplacar su bárbara fiereza con aquella insólita manera de morir, ellos que estaban a punto de profanar el mismo mar con sus naves manchadas de aquel crimen nefando.

2 Su general, Aníbal, cuyo valor estribaba principalmente en su crueldad, atravesó sus tropas por el río Vergelo[25] construyendo un puente hecho de cadáveres romanos, para que así la tierra experimentase el funesto avance de la infantería cartaginesa como antes Neptuno había padecido el de su flota. El propio Aníbal iba dejando atrás a prisioneros romanos que estaban extenuados por la carga y el camino, no sin antes cortarles los dedos de los pies. A aquellos que, en cambio, se había llevado con él a su campamento, los ordenaba por parejas de hermanos o familiares y les obligaba a batirse con la espada, y no se hartó de sangre hasta que de todos ellos salió un único vencedor. Así pues, fue justificado el odio, aunque tardío el castigo, con que el Senado lo empujó a darse muerte voluntariamente, por más que suplicara al rey Prusias[26].

3 Y lo mismo le pasó, por Hércules, a Mitridates, quien por medio de una sola carta mandó asesinar a ochenta mil romanos que se encontraban por todas las ciudades de Asia por asuntos de negocios. Y aunque fue injusto que manchara de sangre a los dioses hospitalarios de aquella provincia tan vasta, no quedó ello sin venganza, ya que al fin tuvo que morir en medio del más absoluto sufrimiento, por haberse hecho inmune al veneno[27]. Y expió también el suplicio de la cruz, que infligió a sus propios amigos, a instancias del eu-

[25] Río de Apulia, muy cercano a la llanura de Cannas (hoy Vergello).

[26] Rey de Bitinia, en cuya corte se refugió Aníbal después de perder la Segunda Guerra Púnica. Cf. I 8, Ext. 12; III 7, 6; etc.

[27] Tras años de práctica, Mitridates VI se hizo inmune al veneno, por lo que obligó a uno de sus escoltas a que le atravesara con su espada.

nuco Gauro, mostrándose tan caprichoso en sus halagos como desalmado en sus órdenes.

Aunque la crueldad de Zisemis, el hijo del rey tracio 4
Diogirides, destaca menos por la proverbial fiereza de su raza, resulta obligado hablar de su brutal ensañamiento. Y es que no consideró una impiedad cercenar por la mitad a hombres vivos ni tampoco forzar a los padres a comerse los cuerpos de sus hijos.

Y otra vez asoma aquí Ptolomeo el Panzudo, que si un 5
poco más arriba apareció como el más detestable ejemplo de desenfrenada locura[28], debe también incluirse entre los más notorios exponentes de crueldad. Y es que ¿qué hay más truculento que este hecho? De su unión con Cleopatra[29] (la que al mismo tiempo era su hermana y su esposa) había tenido un hijo llamado Menfites, un joven de considerable belleza sobre el que se tenían depositadas grandes esperanzas. En primer lugar, mandó que lo mataran en presencia suya; luego, envió a la madre, como regalo de cumpleaños, la cabeza y los pies cortados, metidos en una cesta y cubiertos con una clámide, como si no tuviera nada que ver en la desgracia que le estaba infligiendo, ni tuviera que considerarse más infeliz porque, con aquella pérdida del hijo común, Cleopatra mereció la conmiseración de todos, y él, en cambio, el odio. Hasta tal punto hierve de ciego furor cualquier forma de crueldad, cuando revuelve en sí misma cómo protegerse. En efecto, en cuanto advirtió el profundo odio que su patria le profesaba, buscó en el crimen un remedio para el temor: en su convicción de que reinaría más seguro si eliminaba al pueblo, cercó de armas y fuego el gimnasio,

[28] Cf. IX 1, ext. 5.

[29] Cleopatra II (c. 185-116 a. C.) se casó en primer lugar con Ptolomeo VI Filométor y luego con Ptolomeo VII Evérgetes II, el Panzudo. A su vez, todos ellos eran hijos de Ptolomeo V y Cleopatra I.

que estaba lleno de jóvenes, y mató a todos cuantos allí se encontraban, a unos con la espada, a otros con el fuego.

6 Por un juramento sacrosanto entre los persas, Oco, que posteriormente recibiría el nombre de Darío, tenía prohibido asesinar por medio del veneno, la espada, el hambre o cualquier otro tipo de violencia a ninguno de los que participaron con él en la conjuración que derrocó a los siete magos. Sin embargo, para poder aniquilarlos sin quebrantar el compromiso sagrado, maquinó una forma de morir aún más cruel: después de tapiar un recinto con paredes altas, lo llenó de ceniza y sobrepuso una viga. Después de atiborrarlos bien de comida y de bebida, los colocó allí, hasta que, enajenados por el sueño, fueron cayendo en aquella pila engañosa.

7 Más evidente y repulsiva fue la crueldad de otro Oco, conocido como Artajerjes. Enterró viva a su hermana Atosa, que a la sazón era también su suegra; y a un tío suyo paterno lo llevó hasta un lugar vacío, con más de cien hijos y nietos, y allí los acribilló de jabalinas. Y no porque hubieran cometido alguna injusticia contra él, sino porque veía que gozaban de la más alta estima entre los persas por su bondad y su valentía.

8 Una forma de emulación parecida incitó a los ciudadanos atenienses, cuando, con una decisión indigna de su prestigio, cortaron los pulgares a los jóvenes de Egina, para que aquel pueblo, dueño de una potente flota, no pudiese entablar combate naval con ellos. No reconozco a Atenas, en ese intento de procurar encontrar en la crueldad un remedio al temor.

9 También fue desalmado el inventor de aquel toro de bronce[30] al que se aplicaban llamas por debajo, de forma que

[30] Fálaris, tirano de Agrigento, mandó construir este toro para que murieran en él abrasados los condenados a este suplicio. El primero que sufrió este inicuo castigo fue su propio constructor, Perilo.

obligaba a quienes estuvieran dentro encerrados a proferir unos gritos que resonaban como mugidos, acuciados por aquella tortura lenta y oculta. Y todo para que sus lamentaciones, emitidas con voz humana, no despertasen la compasión del tirano Fálaris. Como quiera que aquel tirano no permitió a aquellos desdichados gozar de conmiseración alguna, fue el propio inventor de aquel despreciable artefacto el que con todo merecimiento lo estrenó.

Y tampoco los etruscos fueron menos truculentos a la 10
hora de idear sus propios castigos. Solían atar los cuerpos de los vivos a los de los muertos y apretarlos con fuerza unos contra otros, de forma que cada miembro quedara acoplado a su parte correspondiente. Así los dejaban pudrirse aquellos torturadores tan despiadados con la vida como con la muerte[31].

Como aquellos bárbaros[32] de quienes cuentan que, tras 11
sacar las vísceras y los intestinos de ciertos animales, metían dentro de éstos a personas vivas, de modo que sólo sobresaliesen sus cabezas. Y para que soportaran más tiempo aquel castigo, prolongaban su pobre existencia dándoles de comer y de beber, hasta que, podridos por dentro, se convertían en pasto de los gusanos que suelen engendrarse dentro de los cuerpos corrompidos.

Quejémonos ahora de la naturaleza, por haber querido sometemos a los múltiples y terribles perjuicios que la mala salud ocasiona, y sintámonos contrariados porque el vigor de los dioses es denegado a la condición humana, después

[31] Cf. *Eneida* VIII 485, donde Virgilio atribuye este tipo de tortura a Mecencio.

[32] Todo parece indicar que Valerio Máximo se refiere a los escitas, pueblo cuya crueldad —Plinio los considera caníbales— fue proverbial entre los antiguos.

que son los propios mortales los que, instigados por su misma crueldad, han ideado tantas formas de tortura.

CAPÍTULO 3

Sobre la ira o el odio

La ira y el odio despiertan también una enorme agitación en el corazón de los hombres: aquélla estalla con mayor rapidez, éste es más contumaz en su deseo de hacer daño. Ambos sentimientos, además, causan un profundo desasosiego y no dejan nunca de mostrarse violentos y angustiosos con quien los experimenta, porque aquél que pretende infligir dolor es el que realmente lo padece, y sufre la ansiedad y la amarga zozobra de que pueda tocarle el castigo que pretende producir. De sus peculiaridades existen muestras muy atinadas que los propios dioses quisieron plasmar en algunos personajes ilustres, por medio de dichos o hechos llenos de vehemencia.

3, 1 Cuando Livio Salinátor salía de Roma con la intención de enfrentarse a Asdrúbal, Fabio Máximo le aconsejó no entrar en combate hasta conocer las fuerzas y las intenciones del enemigo. No obstante, aquél le respondió que no desaprovecharía la primera ocasión que se le presentase para luchar. Acto seguido, al preguntarle Fabio por qué quería trabar combate con tanta prisa, Livio contestó: «Para procurarme cuanto antes la gloria por los enemigos vencidos, o la alegría por mis conciudadanos abatidos». En aquella ocasión, la ira y el valor se repartieron entre sí sus palabras, aquélla recordando la injusta condena que recibiera, éste resuelto a alcanzar la gloria del triunfo. Pero no sé si era la

misma persona la que dijo esto y venció de aquella manera[33].

Los aguijones de la ira llevaron a un hombre de ánimo 2
ardoroso y curtido en acciones guerreras al siguiente extremo: al tranquilísimo Gayo Fígulo, sumamente célebre por su contenida pasión por el derecho civil, le hicieron olvidar su prudencia y su comedimiento. En efecto, estaba muy resentido por haber fracasado en las elecciones a cónsul, y más aún cuando le venían a la mente los dos consulados de su padre[34]. Por eso, cuando al día siguiente de los comicios llegaron en masa a pedirle consulta, los despachó a todos adelantándose con estas palabras: «¿Sabéis consultarme y no sabéis, en cambio, nombrarme cónsul?». Palabras dichas con gravedad y con razón, pero que habría sido mejor no decir, pues, ¿quién, en su sano juicio, puede enojarse con el pueblo romano?

Ni siquiera debe aplaudirse, aunque actuaran amparados 3
en el esplendor de su nobleza, a aquellos que, cuando Gneo Flavio[35], tiempo atrás de muy baja condición, obtuvo la pretura, se arrancaron ofendidos los anillos de sus dedos y quitaron los jaeces a sus monturas, manifestando con esta declaración de duelo la descortesía de su rencor.

Hasta aquí hemos descrito aquellos arrebatos de ira de 4
uno solo o de unos pocos contra el pueblo romano en gene-

[33] En efecto, Marco Livio Salinátor fue acusado de concusión tras su campaña contra Demetrio de Faros y tuvo que abandonar Roma. En 210 a. C., durante la Segunda Guerra Púnica, los cónsules le pidieron ayuda. Fue nombrado cónsul junto a su enemigo Gayo Claudio Nerón, que había testificado contra él en el juicio. Juntos derrotaron a Asdrúbal en el río Metauro.

[34] Sobre Gayo Marcio Fígulo (cónsul en 162 y 156 a. C.), cf. I 1, 3.

[35] Hijo de un liberto de Apio Claudio el Ciego, no fue nombrado pretor, sino edil curul, tal y como el propio VALERIO MÁXIMO nos dice en II 5, 2.

ral; ahora abordaré los de la multitud hacia ciudadanos principales y comandantes en jefe. Cuando Manlio Torcuato volvió a Roma, tras haber obtenido una victoria abrumadora y brillante sobre latinos y campanos, los mayores acudieron todos a recibirlos llenos de alegría. En cambio, ningún joven salió a su encuentro, pues había mandado matar a golpes de hacha a su joven hijo, que se había batido valientemente, en contra del mandato de su padre. Y es que se compadecían del castigo excesivamente severo que había recibido alguien de su misma edad. No disculpo su acción; simplemente pretendo subrayar el poder de la ira, que fue capaz de dividir a las generaciones y los sentimientos de una sola ciudad.

5 Tanto poder tuvo la ira, que la caballería del pueblo romano al completo, enviada por el cónsul Fabio a perseguir las tropas enemigas (a las que podría haber aniquilado cómodamente y sin peligro), permaneció inmóvil, pues no olvidaba que Fabio se había opuesto a la aprobación de una ley agraria.

Y fue también este sentimiento el que hizo que el ejército, hostil a su general Apio, volviera aposta la espalda ante el enemigo, para que su propio comandante no se alzase con el triunfo. Y todo porque el padre de Apio, en su afán por salvaguardar el honor del senado, había atentado severamente contra los intereses de la plebe. ¡Cuántas veces la ira resultó vencedora sobre la propia victoria! Ella hizo que la victoria de Torcuato no recibiera congratulación alguna, que la de Fabio quedase privada de su parte más hermosa, y que la de Apio tuviese que postergarse ante la huida de sus tropas.

6 Y, ¡vamos!, qué violencia no ejerció la cólera en el corazón del pueblo romano, cuando con sus votos concedió el honor de consagrar el templo de Mercurio al centurión pri-

mipilar Marco Pletorio, por encima de los dos cónsules: de Apio, porque se había opuesto a que se ayudase a pagar las deudas; de Servilio, por haber asumido su propia defensa con muy poco ánimo. ¿Se puede negar la eficacia de la ira, si es capaz de obligar a que se prefiera a un soldado antes que a los más altos cargos públicos?

Y esta misma ira no sólo vilipendió dichos cargos, sino 7
que incluso hizo que se desempeñaran de forma prepotente. Quinto Metelo, que había casi sometido a las dos Hispanias primero como cónsul y luego como procónsul, cuando tuvo conocimiento de que su enemigo, el cónsul Quinto Pompeyo[36], era enviado para sustituirle, licenció a todos aquellos que quisieron terminar su servicio militar, concedió permiso a todos aquellos que se lo pidieron, sin preguntarles el motivo y sin fijarles una fecha de reincorporación, dejó los graneros expeditos para el pillaje, retirando a sus centinelas, mandó romper los arcos y las flechas de los cretenses y tirarlos al río, y además prohibió que se diera comida a los elefantes. Con tales maniobras, así como se dejó llevar por su capricho, también ensució la gloria de sus magníficas proezas. Y por haberse mostrado como más intrépido vencedor del enemigo que de su propia ira, echó por tierra el honor de un merecido triunfo.

¿Y qué decir de Sila? Mientras iba rindiéndose ante este 8
mal, ¿acaso no acabó entregando su sangre después de haber derramado tanta sangre ajena? Estaba profundamente indignado con los habitantes de Pozzuoli, porque Granio, el ciudadano principal de aquella colonia, eternizaba la entrega del dinero que los decuriones habían prometido para la repa-

[36] En 141 a. C., Quinto Pompeyo fue nombrado cónsul, y sucedió a Quinto Cecilio Metelo Macedónico al frente de la campaña de Numancia. Cf. Livio, *Períocas* 53.

ración del Capitolio. El formidable arrebato de cólera y el desmedido esfuerzo de su voz convulsionaron su pecho de tal modo que exhaló la vida revuelta en sangre y amenazas. Y no es que fuera demasiado viejo (acababa de entrar en los sesenta años), sino que estaba furioso de una rabia que venía acrecentada por los males de la república. Así pues, no quedó claro si sucumbió antes Sila o la cólera de Sila[37].

Ejemplos extranjeros

No me gusta buscar ejemplos de personajes desconocidos, y además siento reparo en censurar los vicios de los más ilustres. Por lo demás, y puesto que la fidelidad a mi propósito inicial me aconseja abarcar los hechos más excepcionales sobre cada tema, ceda mi voluntad ante el desarrollo de mi obra, mientras no falte la conciencia, obligada para el narrador, de revelar de buen grado los acontecimientos más célebres.

3, 1 La propia cólera de Alejandro casi le arrancó del cielo. Pues, ¿qué le estorbó para ascender hasta él, si no fue que Lisímaco fuera arrojado a un león, que Clito fuera alcanzado por una jabalina, o que se obligara a Calístenes a suicidarse? Y es que con la muerte inocente de tres de sus amigos regaló al vencido otras tantas señaladas victorias[38].

[37] Sila murió en 79 a. C., al parecer tras una larga enfermedad. La restauración del Capitolio concluyó en 69, por obra de Quinto Lutacio Cátulo.

[38] Estos tres personajes hubieron de padecer la cólera de Alejandro: Lisímaco tuvo que enfrentarse a un león, al que pudo derrotar. A otro de sus generales, Clito, lo mató con una jabalina durante un festín; Calístenes, discípulo de Aristóteles, se opuso a Alejandro y por ello fue obligado a suicidarse. Cf. JUSTINO, XII 6, 3 ss.

¡Y qué arraigado fue luego el odio de Amílcar hacia el 2
pueblo romano! Mirando a sus cuatro hijos[39], proclamaba que estaba alimentando cuatro cachorros de león para ruina de nuestro imperio. ¡Digno alimento, que habría de convertirse, como realmente sucedió, en la perdición de su propia patria!

Uno de estos hijos, Aníbal, siguió desde tan temprano 3
las huellas de su padre que, cuando éste se disponía a trasladar el ejército hasta Hispania y con tal motivo estaba realizando un sacrificio, el niño, de unos nueve años, con las manos sobre los altares juró que, en cuanto su edad se lo permitiera, se erigiría en el peor enemigo del pueblo romano; incluso consiguió, a base de insistentes súplicas, tomar parte en la guerra que se avecinaba. Ansioso por demostrar el inmenso odio que dividía a Cartago y a Roma, golpeó en el suelo con un pie y, tras levantarse una polvareda, señaló que el final de la guerra entre ambos pueblos llegaría cuando uno de los contendientes acabase reducido a polvo.

Si enorme fue la influencia que el odio tuvo en el ánimo 4
de este niño, no fue menor la que exhibió en el de esta mujer: cuando Semíramis, la reina de los asirios, recibió la noticia de que Babilonia se había sublevado, se hallaba atareada arreglándose los cabellos. Al instante salió corriendo, con la mitad de su melena suelta, a reducir a los babilonios, y no volvió a ordenar sus cabellos hasta someter a aquella ciudad bajo su poder. Por eso mismo se erigió en Babilonia una estatua suya en la que puede apreciarse el aspecto con que salió, apresuradamente, a tomar venganza.

[39] Los hijos varones de Amílcar Barca fueron solamente tres: Aníbal, Asdrúbal y Magón. Tal vez Valerio Máximo incluye aquí a su yerno, también llamado Asdrúbal.

CAPÍTULO 4

Sobre la avaricia

Salga aquí a relucir también la avaricia, rastreadora de lucros ocultos, avidísima vorágine de las presas que se le ofrecen, nunca satisfecha con lo que obtiene, y siempre desdichada por su deseo de acaparar.

4, 1 Hubo en Grecia uno que falsificó el testamento del inmensamente rico Lucio Minucio Básilo[40] y, para otorgar validez al mismo, asignó como herederos a dos ciudadanos de los más influyentes de nuestra ciudad, Marco Craso y Quinto Hortensio, quienes ni siquiera habían conocido a Minucio. Y aunque el fraude era evidente, ambos personajes tan sumamente codiciosos no despreciaron aquella prebenda que el delito de otro les ofrecía. ¡Con qué suavidad acabo de exponer aquella falta tan grave! Aquellas lumbreras de la curia, aquellas glorias del foro, encubrieron con su autoridad un delito que debían haber castigado, instigados por las ventajas de un lucro deshonesto.

2 Mayor aún fue la fuerza que la avaricia exhibió en la persona de Quinto Casio[41]. Durante su mandato en Hispania, sorprendió a Silio y a Calpurnio dispuestos a asesinarlo con puñales, y los dejó en libertad tras pagar cinco millones de sestercios el primero y seis millones el segundo. No cabe

[40] Uno de los conjurados contra Julio César. Sobre esta historia, cf. CICERÓN, *Sobre los deberes* III 73.

[41] Quinto Casio Longino, primo o tal vez hermano del famoso conspirador contra César, fue gobernador en Hispania, donde cometió abundantes atropellos.

duda de que si a este hombre le hubiesen dado otro tanto, habría ofrecido su cuello con sumo gusto.

También la avaricia conquistó el corazón de Lucio Septimuleyo[42] más que el de ningún otro. Pese a ser íntimo amigo de Gayo Graco, tuvo arrestos para cortarle la cabeza y pasearla por toda la ciudad clavada en una jabalina. Y todo porque el cónsul Opimio le había prometido pagar su peso en oro. Hay quien dice que horadó una parte de su cabeza y la llenó de plomo fundido para que así pesara más. Puede que Graco fuese un sedicioso, puede que su muerte constituyera un buen ejemplo, pero aquel cliente, con su apetito criminal, no debió cometer tales iniquidades con su cadáver. 3

Ejemplos extranjeros

La avaricia de Septimuleyo merece nuestra reprobación; 4, 1
en cambio, la de Ptolomeo, rey de Chipre, hay que tomarla a mofa. Después de haber acaparado una inmensa fortuna gracias a sus alarmantes excesos, intuyó que dichas riquezas le habrían de acarrear su propia muerte. Por ello, cargó todo su dinero en naves y avanzó hasta alta mar, con la intención de perforar aposta las naves y perecer ahogado, con lo que evitaría que sus enemigos se llevasen el botín. Sin embargo, no pudo soportar que su oro y su plata se hundieran en el mar, y volvió a casa trayendo consigo la que sería la recompensa por su muerte. Así pues, no hay duda de que Ptolomeo no poseía riquezas, sino que estaba poseído por ellas, y

[42] Gayo Sempronio Graco murió en 121 a. C. Sobre Lucio Septimuleyo, procedente de Anagnia, cf. CICERÓN, *Sobre el orador* II 269. Sobre Opimio, cf. II 8, 4 y II 8, 7.

aunque ostentase el título de rey de aquella isla, en su ánimo no era más que un pobre esclavo de su dinero.

CAPÍTULO 5

Sobre la soberbia y la prepotencia

5, 1 Saquemos a la luz ahora la soberbia y la prepotencia. El cónsul Marco Fulvio Flaco, colega de Marco Plaucio Hipseo, por proponer unas leyes sumamente nocivas para la república, sobre la concesión de la ciudadanía a los itálicos y del derecho de apelación a aquéllos que no hubiesen querido cambiar su ciudadanía, fue obligado contra su voluntad a presentarse ante la curia. Sin embargo, no dio respuesta alguna al senado, que, en parte le aconsejaba, en parte le instaba a que desistiera de su empeño. Se habría tenido por cónsul de aires tiránicos a quien hubiese actuado con un solo senador de la manera en que Flaco se comportó, despreciando la nobilísima majestad de aquella institución en su totalidad[43].

2 Una majestad que también el tribuno de la plebe Marco Druso[44] vejó con su despiadada afrenta. Al cónsul Lucio Filipo, que se había atrevido a interrumpirle mientras hablaba ante el pueblo, no tuvo bastante con apretarle el cuello y llevarlo hasta la cárcel (y no por medio de un alguacil, sino por uno de sus propios clientes), con tanta violencia que le hizo derramar abundante sangre por la nariz. Además de eso, cuando el senado lo mandó llamar para que acudiera a

[43] Sobre Marco Fulvio Flaco, cónsul en 125 a. C. cf. VI 3, 10.

[44] Sobre Marco Livio Druso, cf. III 1, 2. Su enfrentamiento con el cónsul Lucio Marcio Filipo tuvo lugar en 91 a. C.

la curia, respondió: «¿Y por qué no viene mejor el senado a la curia Hostilia, contigua a la tribuna de las arengas, es decir, a donde estoy yo?». Vergüenza da referir lo que sigue: un simple tribuno despreció la orden del senado, y el senado obedeció las palabras de un tribuno.

¡Qué insolencia la de Gneo Pompeyo! En cierta ocasión 3 en que salía del baño, vio postrado ante sus pies a Hipseo, acusado de cohecho, ciudadano noble y amigo suyo. Allí lo dejó agachado, despreciándolo con afrentosas palabras: le espetó que lo único que hacía era retrasar su banquete. Y, aunque era consciente de lo que había dicho, pudo cenar tranquilamente[45]. Tampoco le causó ningún sonrojo pedir a los jueces, en medio del inmenso descalabro de unos acusados ilustres, que concediesen la absolución a su suegro, Publio Escipión[46], culpable por contravenir unas leyes que él mismo había fijado. Así fue como las caricias del lecho conyugal mancillaron la estabilidad de la república.

Macabro fue también cierto banquete de Marco Anto- 4 nio, tanto por su acción como por sus palabras. Como a él, que era triúnviro, le hubieran traído hasta su mesa la cabeza del senador Cesecio Rufo, y mientras todos los circunstantes volvían la cabeza, él mandó que se la acercaran y atentamente la estuvo examinando largo rato. Finalmente, cuando todos estaban expectantes por ver qué decía, Antonio señaló: «A éste no lo he conocido yo». Una declaración muy arrogante hacia un senador, demasiado prepotente hacia un muerto.

[45] Cuando Pompeyo fue elegido como único cónsul, en el año 52 a. C., abandonó a Publio Plaucio Hipseo, compañero suyo durante muchos años, y del que pendía una acusación de cohecho.

[46] Pompeyo contrajo matrimonio con Cornelia, la hija de Quinto (no Publio) Cecilio Metelo Escipión, cónsul en 52 a. C. El yerno intercedió por el suegro cuando éste fue acusado de cohecho.

Ejemplos extranjeros

5, 1 Ya hemos aducido suficientes ejemplos nuestros: añádanse ahora algunos extranjeros. El valor y la fortuna del rey Alejandro se pusieron de manifiesto a través de tres clarísimos grados de insolencia: despreciando a Filipo, tomó como padre a Júpiter Amón; hastiado de las costumbres y usanzas macedónicas, adoptó los atuendos y las normas de conducta de los persas; desdeñando su naturaleza mortal, emuló la divina, y, así, no tuvo reparo en enmascarar su condición de hijo, de ciudadano o de hombre.

2 En cuanto a Jerjes, cuyo nombre denota ya la soberbia y la prepotencia, cuán descarado fue en el ejercicio de su poder. Cuando se disponía a declarar la guerra a Grecia, reunió a los cabecillas de Asia y les dijo: «Os he reunido aquí para que no parezca que he tomado esta decisión yo solo. Por lo demás, que sepáis que lo que debéis hacer es obedecer, no aconsejar». ¡Qué arrogante, aunque hubiera tenido la suerte de regresar triunfante a su palacio! En cambio, si miramos su estrepitosa derrota, no sabría decirse si sus palabras fueron más altaneras que imprudentes.

3 Aníbal, ensoberbecido por su victoria en la batalla de Cannas, no recibió a ninguno de sus compatriotas, ni tampoco dio respuesta a nadie, a no ser por medio de un intérprete. A Mahárbal[47], que con voz clara aseguró ante su tienda que lo había dispuesto todo para que en pocos días cenase en el Capitolio de Roma, ni siquiera le prestó atención. Hasta tal punto la fortuna y la mesura viven en tiendas separadas.

El senado de Cartago y el de Capua casi compitieron en insolencia. Aquél tenía sus baños separados de los de la plebe; éste gozaba de un tribunal diferente. Esta costumbre tan arraigada en Capua queda de manifiesto en el discurso que Gayo Graco compuso contra Plaucio[48]. 4

[47] Principal oficial de caballería de Aníbal en los inicios de la segunda guerra púnica. Sobre esta frase, cf. LIVIO, XXII 51, 4. SILIO ITÁLICO, X 375 ss., atribuye estas palabras a Magón, el hermano de Aníbal.

CAPÍTULO 6

Sobre la perfidia

Salga ahora de su escondrijo ese mal encubierto e insidioso que es la perfidia. Sus poderes más efectivos radican en la mentira y el engaño, su recompensa consiste en cometer algún delito, una recompensa que sólo se consigue cuando encierra la crueldad entre sus infames lazos, infligiendo a la raza humana tanta desgracia como dicha le proporciona la buena fe. Así pues, merezca aquélla tanta crítica cuanta alabanza obtiene ésta.

Durante el reinado de Rómulo, al frente de la ciudadela 6, 1
se encontraba Espurio Tarpeyo. Un día en que su joven hija[49] salió fuera de las murallas en busca de agua para un sacrificio, Tacio la sedujo para que dejara entrar con ella en la ciudadela a los sabinos armados, previo acuerdo de que éstos le entregaran a cambio lo que llevaban en su mano izquierda, brazaletes y anillos de oro macizo. Cuando los sabinos se apoderaron del lugar, mataron a la joven que reclamaba su recompensa sepultándola bajo sus escudos. Y

[48] Sobre el cónsul Marco Plaucio Hipseo, cf. IX 5, ext. 4.
[49] Tarpeya. Los hechos sucedieron en 748 a. C. Cf. LIVIO, I 11.

así, cumplieron su promesa, ya que los llevaban en su brazo izquierdo. Abstengámonos de criticarlos, pues aquella impía traición sufrió muy pronto su castigo.

2 Servio Galba fue también de una desmedida perfidia. Después de reunir a los habitantes de tres ciudades lusitanas, aparentando que iba a hablarles de sus intereses, escogió a ocho mil de ellos, los que se encontraban en la flor de su juventud, y luego de desarmarlos, mató a una parte de ellos, a la otra la vendió como esclavos. Con esta acción superó, por la magnitud de su crimen, a la inmensa matanza de extranjeros que llevó a cabo[50].

3 A Gneo Domicio, hombre de ilustre origen y de gran ánimo, su excesiva ansia de gloria lo llevó a convertirse en desleal. Enojado con Bituito, el rey de los arvernos[51], porque, permaneciendo él todavía en la provincia, había exhortado a su gente y a los alóbroges a buscar protección en su sucesor, Quinto Fabio, lo mandó llamar con la excusa de una entrevista. Tras recibirlo como a un huésped, lo ató y procuró que fuese llevado hasta Roma en una nave. El senado ni pudo aprobar su acción, ni quiso tampoco desautorizarla, ante el temor de que Bituito reanudara la guerra en cuanto regresara a su patria. Así pues, se ordenó su reclusión en la ciudad de Alba.

4 La muerte de Viriato mereció también una doble acusación de perfidia. Una recayó sobre sus amigos, porque lo mataron con sus propias manos; y otra sobre el cónsul Quinto Servilio Cepión, pues al prometer impunidad a los asesinos se convirtió en culpable de este crimen, y no mereció la victoria, sino que la compró[52].

---

[50] Cf. Suetonio, *Galba* 3. El episodio tuvo lugar en 150 a. C.

[51] Los arvernos habitaban en las montañas de la Galia central, en torno a la moderna Auvernia. Bituito fue derrotado por Gneo Domicio Enobarbo y Quinto Fabio Máximo Alobrógico en 121.

[52] Quinto Servilio Cepión, cónsul en 140 a. C., se atrajo a los compañeros de Viriato con recompensas.

Ejemplos extranjeros

Consideremos ahora la fuente misma de la perfidia, los cartagineses. Durante la Primera Guerra Púnica, después de haberse servido del inestimable apoyo del lacedemonio Jantipo[53], con cuya colaboración habían atrapado a Atilio Régulo, simularon que lo iban a devolver a su patria y lo hundieron en alta mar. ¿Qué pretendían con ese delito tan infame? ¿Tal vez que no sobreviviese su aliado en la victoria? Y, sin embargo, persiste, para su desdoro, el recuerdo de aquél a quien podrían haber dejado sano y salvo, sin menoscabo alguno de su gloria. 6, 1

Después que Aníbal convenció a los habitantes de Nuceria[54] para que salieran, cada uno de ellos con dos vestidos, de los muros inexpugnables que rodean su ciudad, los ahogó con el vapor y el humo de los baños. Por el mismo procedimiento hizo salir fuera de sus murallas a los senadores de Acerras, para luego arrojarlos al fondo de unos pozos. ¿Acaso, después de declarar la guerra contra Roma e Italia, no actuó de forma más despiadada contra la propia lealtad, sirviéndose de la mentira y la falacia como si fuesen buenas 2

---

[53] Jantipo luchó en favor de Cartago contra el ejército de Atilio Régulo, al que derrotó en 255 a. C. Sobre Jantipo, cf. I 1, 14.

[54] Tanto Nuceria (hoy *Nocera Inferiore*) como Acerras (hoy *Acerra*) son ciudades de Campania. Sobre este episodio, cf. Livio, XXIII 15; Silio Itálico, XII 422.

artes? De ahí que, ya que iba a legarnos el insigne recuerdo de su nombre, nos dejara en la duda de si, como hombre, debemos considerarlo excepcional o perverso.

CAPÍTULO 7

Sobre la violencia y las sediciones

7, 1 Con objeto de tratar ahora acciones violentas y sediciosas tanto en la vida civil como en la militar, hablemos de Lucio Equicio, aquél que se hacía pasar por hijo de Tiberio Graco. Cuando, en contra de las leyes, aspiraba al tribunado junto a Lucio Saturnino, Gayo Mario, que por entonces ejercía su quinto consulado, lo encarceló. Sin embargo, el pueblo arrancó los cerrojos de la prisión, soltó a Equicio y lo llevó a hombros, en medio del jolgorio general[55].

2 También el pueblo, en cierta ocasión, intentó lapidar al censor Quinto Metelo[56], por no haber querido registrar en el censo al propio Equicio, como hijo de Graco. Se basaba Metelo en que Tiberio Graco sólo había tenido tres hijos, de los cuales uno había muerto mientras prestaba su servicio militar en Cerdeña; otro en Preneste, cuando era aún un niño; y el tercero, nacido después de la muerte de su padre, había muerto en Roma, por lo que no era conveniente admitir, en una familia de tanto lustre, a un desconocido de baja condición. Fue entonces cuando la masa exaltada, con su atolondrada temeridad, atentó (¡oh desvergüenza y atrevimiento!) contra el consulado y la censura, y vejó a los ciudadanos principales con toda clase de insolencias.

[55] Sobre Lucio Equicio, cf. III 2, 18; III 8, 6. El episodio tuvo lugar en el año 100 a. C., durante el quinto consulado de Mario y el segundo tribunado de Lucio Apuleyo Saturnino.

[56] Se trata de Quinto Cecilio Metelo Numídico, censor en 102 a. C.

Si disparatada fue esta insurrección, la que sigue fue, 3
además, sangrienta. En cierta ocasión en que ya se habían designado nueve tribunos y quedaba un solo puesto para dos candidatos, el pueblo introdujo a empellones en una casa particular a Nunnio, el rival de Saturnino. A continuación, lo sacó y lo mató, con objeto de que un individuo de lo más vil tuviera oportunidad de acceder al cargo, toda vez que había muerto el más honorable de los ciudadanos.

Unos acreedores se alzaron, en tropel y de manera into- 4
lerable, contra la cabeza del pretor urbano Sempronio Aselión, porque había asumido la defensa de los deudores. Cuando se hallaba ofreciendo un sacrificio ante el templo de la Concordia, los demandantes, sublevados por el tribuno de la plebe Lucio Casio, le obligaron a huir de los mismos altares hasta abandonar el foro. Lo encontraron agazapado en una tiendecilla y lo despedazaron, ataviado aún con la toga pretexta[57].

Soldados romanos

Si detestable fue la situación que se vivía en la ciudad, 7, 1
igual de grande será nuestra indignación si analizamos lo que sucedía en los campamentos. En virtud de la ley Sulpicia[58], se concedió el gobierno de la provincia de Asia a Ga-

[57] Los magistrados de más categoría llevaban la toga pretexta en las ceremonias públicas. Sobre este episodio, cf. Livio, *Períocas* 74. Se trata de Aulo Sempronio Aselión, pretor urbano durante la guerra social (89 a. C.).

[58] Publio Sulpicio Rufo (124-87 a. C.) fue tribuno de la plebe en 88, gracias al apoyo de Sila. Sin embargo, se pasó al bando de Mario a cam-

yo Mario, entonces ciudadano particular, para que llevase a cabo la guerra contra Mitridates. Sin embargo, los soldados acabaron con el legado Gratidio, al que Mario había enviado ante el cónsul Lucio Sila para que le entregara las legiones. No cabía duda de que se sentían indignados porque se les obligaba a dejar de depender de la más alta autoridad, para obedecer a alguien que no ejercía ningún cargo público. ¿Pero quién podría soportar a un soldado que rectifica las disposiciones del pueblo matando a un legado?

2 En el ejemplo anterior, el ejército actuaba violentamente en defensa del cónsul; en el que sigue, lo hace en contra de él. Quinto Pompeyo[59], colega de Sila, se arriesgó a personarse, por orden del senado, ante el ejército que Gneo Pompeyo venía reteniendo desde hacía algún tiempo, contra la voluntad de la ciudadanía. Los soldados, rendidos ante los embelecos de su ambicioso general, abordaron a Quinto cuando se disponía a realizar un sacrificio y lo inmolaron como si de una víctima se tratase. Y este crimen tan atroz quedó sin castigo, después que el senado reconoció que no podía enfrentarse al ejército.

3 También se mostró violento hasta la humillación el ejército que quitó la vida a Gayo Carbón, hermano del Carbón que fuera tres veces cónsul[60]. Y todo, porque intentó resta-

bio de prebendas. Por medio de esta ley, se revocaba el mando a Sila y se otorgaban plenos poderes a Mario en la guerra contra Mitridates. Promulgó otras leyes, bastante intolerables, cuya única finalidad era conceder a Mario la dirección de la guerra. Sila lo mandó decapitar. Cf. VELEYO PATÉRCULO, II 18, 5 ss.; FLORO, *Epítome* II 9.

[59] Se trata de Quinto Pompeyo Rufo, tribuno en 100 a. C., pretor urbano en 91y cónsul en 88, junto a Sila. Era pariente lejano de Gneo Pompeyo Estrabón, quien dio su consentimiento a sus soldados para que lo aniquilaran. Cf. LIVIO, *Períocas* 77; VELEYO, II 20, 1.

[60] En realidad, Gayo Papirio Carbón y Gneo Papirio Carbón (cónsul en 85, 84 y 82 a. C.) eran primos.

blecer con bastante severidad y rigor la disciplina militar, tan descuidada a causa de las guerras civiles. Prefirieron aquellos soldados ensuciarse con un crimen nefando antes que mudar sus depravadas y abominables costumbres.

CAPÍTULO 8

Sobre la temeridad

Los arrebatos de temeridad afloran también de forma repentina y vehemente. Cuando la mente humana sufre sus embates, no acierta a distinguir los peligros que la acechan, ni tampoco a valorar de forma ecuánime las acciones de los demás.

¡Con cuánta temeridad se dirigió Africano el Mayor, a 8, 1
bordo de dos quinquerremes, desde Hispania hasta donde se encontraba Sífax[61], decidido a confiar al corazón desleal de un solo númida su propia salvación y la de su patria! Así fue como la suerte de una cuestión tan crucial quedó supeditada a este punto tan intrascendente: que Sífax se erigiera en asesino de Escipión o bien en su prisionero.

La arriesgada escaramuza de Gayo César, si bien la am- 2
paraban los dioses con sus desvelos, apenas puede mencionarse sin que el ánimo se estremezca. Al no poder soportar la tardanza con que sus legiones se trasladaban desde Brindis hasta Apolonia, abandonó un banquete fingiendo que se encontraba mal y, tras disfrazar su majestad bajo las vestiduras de un esclavo, subió a bordo de una barquichuela.

[61] Rey de Numidia. Cf. V 1, 1b; VI 2, 3; 9, ext.7.

Navegó a lo largo del río Aoo[62] hasta arribar, pese a las inclemencias del tiempo, a los acantilados del mar Adriático. Al instante dio orden de que la nave ganara el ancho mar, donde, después de mucho tiempo batallando terriblemente contra la fuerza del oleaje, se vio obligado a ceder ante la necesidad[63].

3 ¡Vamos! ¡Qué execrable temeridad la de nuestros soldados! Hizo que Aulo Albino, un ciudadano tan distinguido por su nobleza, su moral y la totalidad de cargos públicos que había desempeñado, acabase lapidado por el ejército en el propio campamento, a causa de unas sospechas falsas y sin fundamento. Pero lo que mayor indignación provoca es que estos soldados negaron a su general la posibilidad de defenderse cuando la imploraba y suplicaba[64].

Ejemplos extranjeros

8, 1 Por esto mismo me causa menor asombro que un ser tan cruel y despiadado como Aníbal negase a un simple piloto la posibilidad de defenderse. Cuando partió desde Petilia con su flota, guiando su rumbo nuevamente a África, no creía que fuese tan corto el espacio que separaba Italia de Sicilia, por lo que mató al piloto, considerando que lo había engañado. Más adelante, al comprobar con mayor exactitud

---

62 Río del Épiro, que desemboca en el Adriático por la costa de Iliria (hoy *Voiutsa)*.

63 Sobre este episodio, cf. FLORO, *Epítome* II 13, 35; PLUTARCO, *César* 38; SUETONIO, *César* 68.

64 Cf. LIVIO, *Períocas* 75. Según OROSIO, *Historia* V 18, los soldados acabaron con Albino a causa de su arrogancia, no como consecuencia de unas falsas sospechas.

que tenía razón, lo perdonó, cuando a su inocencia ya no podía tributar otro honor que el del sepulcro. Por ello, desde lo alto de un promontorio junto a este estrecho borrascoso se alza una estatua que mira a los ojos de quienes navegan en ambos sentidos, como testimonio en memoria de Péloro[65] y de la precipitación cartaginesa.

Los ciudadanos de Atenas se mostraron temerarios hasta 2
la locura. Tras someter a juicio capital a sus diez generales, que a la sazón venían de obtener una espléndida victoria, los mataron a todos, porque, debido a las inclemencias del mar, no habían podido dar sepultura a los soldados muertos. Así pues, los atenienses infligieron un castigo a la necesidad cuando debían haber honrado el valor[66].

CAPÍTULO 9

Sobre el error

Próximo a la temeridad se encuentra el error, que si bien puede causar el mismo daño que aquélla, también admite más fácilmente perdón, porque el error no incurre en la culpa voluntariamente, sino inducido por las falsas apariencias. Si yo tratase de explicar cuán ampliamente se extiende en el corazón de los hombres, caería en el mismo vicio del que estoy hablando. Mostraremos, por tanto, unos pocos de estos deslices.

---

65 Péloro es el nombre del piloto, pero también del promontorio situado al este de Sicilia, junto al estrecho de Mesina.

66 Sobre este hecho, cf. III 8, ext. 3.

9, 1 Al tribuno de la plebe Gayo Helvio Cinna[67], que volvía a su casa de los funerales de Gayo César, la muchedumbre lo descuartizó con sus garras tomándolo por Cornelio Cinna, contra quien creía que se estaba ensañando. La gente estaba enojada con éste porque, siendo pariente de César, había pronunciado ante el tribunal de las arengas un desalmado discurso contra aquél, que había sido cruelmente asesinado. Y azuzado el pueblo por semejante error, incluso, llevó la cabeza de Helvio clavada en una pica, como si fuese la de Cornelio, hasta la pira funeraria de César. ¡Qué víctima más desdichada del deber propio y del error ajeno!

2 Por un error Gayo Casio se vio obligado a castigarse a sí mismo: en medio de aquella enconada batalla que libraban cuatro ejércitos junto a Filipos y cuyo resultado aún permanecía incierto para los propios generales, Casio mandó al centurión Titinio a inspeccionar durante la noche lo que sucedía en el campamento de Marco Bruto. Al tenerse que apartar constantemente del camino, dado que la oscuridad de la noche no le permitía distinguir si quienes le salían al encuentro eran enemigos o compañeros, tardó mucho en regresar junto a Casio. Éste, creyendo que los enemigos habían apresado a Titinio y que habían pasado a dominar todas sus posiciones, se apresuró a quitarse la vida, cuando en realidad el campamento enemigo había sido apresado y gran parte de las tropas de Bruto permanecía incólume. No debemos relegar al silencio el valor de Titinio, quien, atónito ante el inesperado espectáculo de su general muerto, clavó por un momento sus ojos en él y, deshecho en llanto, finalmente exclamó: «Mi general, aunque he provocado tu muerte de manera inconsciente, no quedará ello sin castigo: acógeme como compañero en tu triste final». Y dejándose caer sobre el cuerpo sin vida de Casio, se clavó la espada en el cuello hasta la empuñadura. Con su sangre mezclada yacieron ambas víctimas, una de su afecto, otra de su error[68].

[67] Gayo Helvio Cinna es el *doctus poeta* amigo de Catulo, autor de la *Zmyrna* (cf. Catulo, 95). En 44 a. C. era tribuno, y fue linchado en el funeral de César porque fue confundido con Lucio Cornelio Cinna, pretor ese mismo año, cuñado de César y enemigo suyo declarado.

Por lo demás, no sé si fue una falsa apreciación la que causó una terrible desgracia a la casa de Lars Tolumnio, rey de Veyos[69]. En cierta ocasión en que se hallaba jugando a los dados, después de una tirada afortunada señaló, entre chanzas, a su compañero: «Mata». Dio la casualidad de que los legados romanos se encontraban allí y que la guardia del rey, inducida por el equívoco de aquella palabra, tomó la broma por una orden y mató a los legados. 3

CAPÍTULO 10

Sobre la venganza

Los aguijones de la venganza, de igual modo que son afilados, así también son justos: se excitan cuando se les provoca, y buscan compensar con dolor el dolor que reciben. No es nuestro objetivo el extendernos demasiado sobre esta materia.

El tribuno de la plebe Marco Flavio se dirigió al pueblo, 10, 1
para decir que, a instancias de los tusculanos, se habían re-

[68] En Filipos (42 a. C.) confluyeron los ejércitos de Antonio, Octavio, Casio y Bruto. Cf. Livio, *Periocas* 123 y 124; Veleyo Patérculo, II 70, 2 ss.; Floro, *Epítome* II 17, 14.

[69] Los legados romanos a los que, por equivocación, mató la guardia personal de Tolumnio, eran cuatro: Tulo Cluilio, Lucio Roscio, Espurio Antio y Gayo Fulcinio. Cf. Cicerón, *Filípicas* IX 4; Livio, IV 17. El hecho tuvo lugar en Fidenas, en 438 a. C.

belado los veliternos y los privernates[70]. Cuando los acusados llegaron con sus mujeres y sus hijos a Roma, suplicantes y cubiertos de harapos, ocurrió que, mientras las restantes tribus votaron una sentencia favorable a los acusados, sólo la tribu Polia estimó que había que azotarlos públicamente y luego rematarlos con hachas, y a todos los que no sirvieran para luchar, venderlos en subasta.

Por esa razón, la tribu Papiria (en la cual los tusculanos alcanzaron la ciudadanía y, con el paso del tiempo, acabaron convirtiéndose en sus miembros más prestigiosos) nunca más eligió como magistrado a un candidato de la tribu Polia, a fin de impedir que, gracias a su voto, recibiera algún cargo público una tribu que, en lo tocante a ellos, les había arrebatado la vida y la libertad.

2 El ejemplo de venganza que viene a continuación obtuvo el beneplácito del senado y de todo el pueblo. Con su comportamiento despótico, Adriano había vejado a los ciudadanos romanos que se habían asentado en Útica. Por este motivo, fue quemado vivo, y no hubo en Roma investigación ni queja alguna sobre esta acción[71].

Ejemplos extranjeros

10, 1 Hubo dos reinas[72] que se hicieron célebres por su venganza: Tómiris, que tras cortar la cabeza de Ciro, mandó

[70] Sobre esta anécdota, cf. LIVIO, VIII 22 y 37. Velitras (hoy *Velletri)* y Priverno (hoy *Piperno)* son ciudades situadas en territorio volsco.

[71] Cf. CICERÓN, *Contra Verres* V 94; LIVIO, *Periocas* 86.

[72] Tómiris y Berenice. Tómiris era reina de los maságetas, pueblo escita. Ciro pretendía anexionarse su reino. Sobre este ejemplo, cf. JUSTINO, I 8; FRONTINO, *Estratagemas* II 5, 5. Berenice era hija de Ptolomeo II

que la introdujeran en un odre lleno de sangre humana, para así reprobar su insaciable sed de sangre y al mismo tiempo vengar a su hijo, asesinado por el propio Ciro. Y, en segundo lugar, Berenice, que al no poder soportar que su hijo muriese víctima de las asechanzas de Laódice, se subió armada en su carro y persiguió a Ceneo, el centinela del rey que perpetró aquel horrible crimen. Y como no era capaz de alcanzarlo con su lanza, lo derribó de una pedrada, hizo que los caballos pisotearan su cuerpo y luego atravesó las filas enemigas en dirección a la casa en que creía que se hallaba escondido el cuerpo sin vida de su hijo.

Son diversas las opiniones en torno a si fue lo bastante 2
justa la venganza que acabó con el tesalio Jasón, cuando se disponía a hacer la guerra al rey de los persas. Taxilo, jefe de un gimnasio, fue a quejarse ante él porque unos jóvenes le habían vapuleado. En vista de ello, Jasón consintió que, o bien les exigiera una indemnización de treinta dracmas, o bien diera diez azotes a cada uno. Taxilo eligió esta segunda forma de castigo, y los jóvenes que habían recibido los latigazos terminaron matando a Jasón, al estimar que aquella forma de castigo les había causado más un dolor moral que físico. En suma, las esperanzas que había depositadas en torno a aquella empresa decisiva se desvanecieron ante este leve atentado contra el honor de unos hombres libres. Y es que en Grecia pensaban que de Jasón se esperaba todo cuanto habría de conseguir luego Alejandro[73].

Filadelfo y Arsínoe I. Su esposo Antíoco II Teos la repudió para volver a casarse con su primera esposa, Laódice. Esta última mató a Berenice y a su hijo y, a su vez, murió por orden de Ptolomeo III, en 240 a. C.

[73] Sobre Jasón, tirano de Feras, en Tesalia, cf. I 8, ext. 6. Jasón murió en Delfos, en 371 a. C., por unos motivos que no están muy claros. Tenía intención de llevar a cabo una expedición contra los persas.

CAPÍTULO 11

Dichos infames y hechos execrables

Ya que el fin que perseguimos es reflejar por medio de ejemplos lo bueno y lo malo de la vida de los hombres, incluyamos aquí una serie de dichos infames y hechos execrables.

11, 1 ¿Y por quién puedo empezar, si no es por Tulia, que constituye un ejemplo muy lejano en el tiempo, horrendo en su razonamiento y monstruoso por sus declaraciones? En cierta ocasión en que paseaba en su carruaje, el cochero que guiaba los caballos tiró de los frenos y se detuvo. Preguntó Tulia cuál era la causa de aquel frenazo brusco, y al ver que se trataba del cadáver tendido de su padre, Servio Tulio, dio orden de que el carro pasara por encima de él, con tal de poder abrazar cuanto antes a Tarquinio, el asesino. Con esa urgencia tan impía y deshonrosa no sólo se manchó para siempre de infamia, sino que, además, el barrio en que sucedió aquel hecho recibió el nombre de «Criminal»[74].

2 No fueron tan atroces el siguiente hecho y el siguiente dicho de Gayo Fimbria[75], pero si se consideran en sí mismos, no hay nada más atrevido. Lo había dispuesto todo para degollar a Escévola en los funerales de Gayo Mario. Y

[74] El barrio, que se llamaba *Urbius clivus*, pasó a denominarse *Sceleratus vicus* «el barrio del crimen». Supuestamente, Tulia había convencido a su cuñado Tarquinio para matar a su marido y a su hermana, casarse con ella y usurpar juntos el reino. Cf. LIVIO, I 48.

[75] Se trata de Gayo Flavio Fimbria, «hombre de lo más audaz y demente» (CICERÓN, *En defensa de Roscio Amerino* 12, 33). En 86 a. C. trató de asesinar a Quinto Mucio Escévola.

cuando se enteró de que se había recuperado de sus heridas, decidió acusarlo ante el pueblo. Al preguntársele con qué cargos quería acusar a alguien que, por la santidad de sus costumbres, no podía recibir una alabanza lo bastante merecida, respondió que lo denunciaba por haber sido tan cicatero al recibir el cuchillo en su cuerpo. ¡Oh locura indecente, que debería haber provocado un gemido de nuestra república atormentada!

Cuando Marco Cicerón acusó en el senado a Lucio Ca- 3
tilina de haber provocado un incendio, éste contestó: «Ya lo sé, y si no me veo capaz de sofocarlo con agua, lo sofocaré con la ruina de nuestra ciudad»[76]. ¿Qué otra cosa podemos pensar de él, sino que le traicionaba su conciencia y se acusaba a sí mismo por el parricidio que estaba tramando?

La mente de Magio Quilón también se hallaba trastor- 4
nada por la locura, cuando con sus propias manos quitó a Marco Marcelo[77] la vida que César le había perdonado. Viejo amigo de Marcelo y compañero suyo en las filas de Pompeyo, Magio se sentía muy indignado porque había preferido a otros amigos antes que a él. Volvía Marcelo a Roma desde Mitilene, donde había estado un tiempo, y en el mismo puerto de Atenas Magio le clavó un puñal. Acto seguido, fue en busca de quien excitaba su loco desvarío para matarlo también. Enemigo de la amistad, expoliador de un bien divino, azote implacable de la religiosidad pública, al menos en lo

[76] Cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 31, 9; FLORO, *Epítome* II 12, 4 ss. CICERÓN, *En defensa de Murena* 51 atribuye estas palabras a Catón de Útica.

[77] Se trata de Marco Claudio Marcelo, cónsul en 51 a. C. Después de la batalla de Farsalia, se retiró a Mitilene, pero en 46 César le permitió regresar a Roma. Cicerón, como muestra de gratitud, escribió el *En defensa de Marcelo*. Murió en 45 en el puerto de Atenas. Cf. LIVIO, *Períocas* 115; CICERÓN, *Cartas a Ático* XIII 10, 3.

que respecta a la salvación de uno de los más insignes ciudadanos.

5 Esta crueldad, aunque parezca que nada la puede agravar, quedó superada por el atroz parricidio de Gayo Toranio. Se había alineado en el partido de los triúnviros, y cuando éstos proscribieron a su padre, antiguo pretor y hombre respetado, reveló a los centuriones que lo estaban buscando su escondite, su edad y sus rasgos físicos, para que pudieran reconocerlo. El anciano padre, más preocupado por la vida y el futuro de su hijo que por el poco tiempo que le quedaba, comenzó a preguntar a los centuriones si se encontraba bien y si tenía contentos a sus generales. Uno de ellos le contestó: «Ése al que tanto quieres es quien nos ha revelado dónde estabas. Vas a morir a manos de nosotros, pero es tu hijo quien te ha denunciado». Y dicho esto atravesó su pecho con la espada. Y así murió el infeliz, más desdichado por el responsable de su muerte que por el hecho mismo de morir.

6 Una calamidad similar le tocó en suerte a Lucio Vilio Anal. En cierta ocasión, se dirigía al Campo de Marte, para votar a su hijo en las elecciones a cuestor, cuando vio que se le había declarado proscrito. Corrió a refugiarse en casa de un cliente suyo, pero, para que no pudiese estar a salvo ni siquiera bajo la protección de éste, el infame hijo perpetró un crimen atroz: acompañado por unos cuantos soldados, siguió los pasos de su padre y lo entregó, para que lo mataran en su presencia. Por lo tanto, fue doblemente parricida: primero de pensamiento, luego asistiendo como espectador al asesinato.

7 Tampoco fue muy agradable el final del proscrito Vetio Salaso. Estaba escondido, así que ¿cómo lo diría?: ¿Su mujer lo entregó para que lo mataran, o lo mató ella misma? ¿Acaso es más leve el crimen al que sólo falta la mano que lo consuma?

Ejemplos extranjeros

El crimen que sigue, en cambio, lo contaré con ánimo 11, 1
más sereno, puesto que fue cometido en tierras extranjeras. Celebraba Escipión Africano en Cartago Nova unos combates de gladiadores en memoria de su padre y de su tío, cuando los dos hijos de un rey recientemente muerto salieron a la arena y prometieron que se iban a batir allí por el reino, a fin de enaltecer con su lucha aquel espectáculo. Escipión les aconsejó que resolvieran con la palabra antes que con las armas quién de los dos habría de reinar. El mayor de ellos estaba ya dispuesto a seguir el consejo de Escipión, pero el más joven, convencido de su fuerza, persistía en aquella locura. Finalmente, trabaron combate, y decidió la Fortuna que su porfiada impiedad fuese castigada con la muerte[78].

Mitridates fue todavía más perverso, pues no se enfrentó 2
a su hermano por el reino de su padre, sino que luchó contra su padre para hacerse con el poder. De este hecho me causa una extraordinaria admiración que pudiera encontrar a alguien que lo asistiera en su empresa, o que osase impetrar la ayuda de los dioses[79].

Pero, ¿de qué nos puede asombrar este hecho, como si 3
fuese algo insólito entre aquellos pueblos? ¿Acaso Sariastro no se conchabó con sus amigos para derrocar a su padre Tigranes, rey de Armenia, y todos los conspiradores se saca-

[78] Cf. Livio, XXVIII 21, 6; Silio Itálico, XVI 533 ss. Según Livio, los dos jóvenes se llamaban Corbis y Orsua.

[79] Mitridates, en realidad, ascendió al trono a la edad de once años (cf. Estrabón, *Geografía* X 4, 10), después que su padre, Evérgetes, fuese asesinado. Sí es cierto, en cambio, que acabó con su madre y su hermano.

ron sangre de su mano derecha y se la dieron a beber unos a otros[80]? Difícilmente habría soportado yo que nadie sellase un pacto tan sangriento para proteger a su padre.

4 Pero, ¿para qué seguir con ejemplos como éstos, para qué alargarse en ellos, cuando veo que la maquinación de un solo parricidio superó a todos los crímenes posibles?[81]. Todo el ímpetu de mi mente y toda la energía de mi indignación me llevan a condenar este crimen, más con un sentimiento de piedad que de violencia. Pues, ¿quién podría, con palabras apropiadas, arrojar al abismo de la maldición que se merece a aquel que, quebrantando todos los vínculos de la amistad, trató de hundir a la raza humana en sangrientas tinieblas? ¿Es que tú, más desalmado que la propia atrocidad de los bárbaros salvajes, habrías podido asumir las riendas del imperio romano, riendas que nuestro príncipe y padre sostiene en su diestra benefactora? ¿Acaso si hubieses consumado tu disparate, el mundo habría permanecido en su lugar? La conquista de Roma por parte de los galos, la matanza de trescientos miembros de aquella renombrada familia, que tiñeron con su sangre el Crémera, la jornada del Alia, la muerte de los Escipiones en Hispania, las batallas del lago Trasimeno y de Cannas, la atrocidad de nuestras guerras civiles, en las que corrió nuestra propia sangre[82]:

[80] Como símbolo de su alianza. El hijo de Tigranes se alió con Pompeyo para destronar a su padre, hecho que finalmente ocurrió en 66 a. C.

[81] Valerio Máximo silencia en este capítulo el nombre de Lucio Elio Seyano, célebre ministro de Tiberio que terminó conspirando contra él. Cf. todo el libro IV de los *Anales* de Tácito, y también Suetonio, *Tiberio* 65. Resulta curioso, por otra parte, que Valerio Máximo incluya este ejemplo entre los extranjeros, y no entre los romanos. Por lo demás, el sentimiento de adulación a Tiberio es manifiesto en este ejemplo.

[82] Valerio rememora episodios luctuosos de la historia de Roma: la conquista de Roma por los galos ínsubres (390 a. C.); la matanza de los trescientos seis miembros de la familia Fabia (477 a. C.), en una emboscada junto al río Crémera, durante la guerra contra Veyos; la estrepitosa derrota de los romanos frente a los galos comandados por Breno, junto al Alia (390); la muerte de Publio Cornelio Escipión y Gneo Cornelio Escipión Calvo en Hispania (211); las derrotas de Trasímeno y Cannas, durante la Segunda Guerra Púnica (217 y 216); las luchas fratricidas de Farsalia (48) y Filipos (42).

todos estos desastres, tú los habrías querido rescatar e incluso superar, a juzgar por los delirantes propósitos de tu locura. Pero los ojos de los dioses estaban bien alerta; los astros siguieron ejerciendo su influjo; los altares, los lechos y los templos quedaron bajo la protección de la divinidad, que en absoluto se entregó al sueño, puesto que debía velar por la seguridad de nuestro emperador y por la patria. Pero ante todo, fue el responsable y el protector de nuestra integridad, el que, con su divino consejo, evitó que sus extraordinarios méritos se desplomaran al tiempo que sucumbía el mundo entero. Así es como la paz permanece, las leyes siguen estando en vigor, se conserva el curso inalterable de los deberes públicos y privados. Por el contrario, aquel que trató de subvertir todas estas cosas quebrantando el vínculo de la amistad, terminó, junto con toda su estirpe, aplastado por las fuerzas del pueblo romano, y aún sigue pagando su merecido castigo en los infiernos, si es que lo acogieron allí.

CAPÍTULO 12

Sobre muertes insólitas

La condición de la vida de un hombre tiene mucho que ver con el primer y el último día de su existencia, porque es sumamente importante bajo qué auspicios se comienza y de qué manera se acaba. De ahí que, al fin y a la postre, juz-

guemos que ha sido feliz aquél que tuvo la suerte de ver la luz con buenos augurios y morir apaciblemente. En cuanto al período intermedio de nuestra existencia, es la fortuna la que maneja el timón, efectuando una travesía a veces agitada, a veces tranquila. Sin embargo, su duración siempre defrauda nuestras esperanzas, ya que, o bien se prolonga merced a nuestros apasionados deseos, o bien se consume casi sin motivo.

Y es que, si uno quiere aprovechar bien su vida, por muy corta que sea, puede hacer que parezca mucho más larga, superando el número de los años vividos con una gran cantidad de obras. Porque, ¿qué importancia tiene gozar de una vida ociosa, si más que saborear la vida la dejas pasar? Pero, para no salirme de la cuestión, me referiré a aquéllos que murieron de una muerte nada corriente.

12, 1 Tulo Hostilio, fulminado por un rayo, ardió con toda su casa. Una manera singular de morir, pues ocurrió que este eminente personaje de la ciudad pereciera en ella, sin que los ciudadanos pudiesen siquiera tributarle sus últimos honores. La llama del cielo lo rebajó a la situación de que su propio hogar y su palacio se convirtiesen en su hoguera y su sepulcro[83].

2 Es casi inverosímil que la alegría pueda tener la misma capacidad que posee un rayo para arrebatar la vida; y, sin embargo, la tiene. Después que se anunció la catástrofe acaecida junto al lago Trasimeno, una madre se encontró junto a las puertas de la ciudad a su hijo superviviente, y murió mientras lo abrazaba. Otra estaba en su casa, desolada por la falsa noticia de la muerte de su hijo, y nada más verlo regresar, perdió la vida. ¡Qué insólita forma de fatalidad! Ellas

[83] Cf. LIVIO, I 31. Tulo Hostilio murió en 640 a. C.

que habían soportado el dolor, murieron de alegría. Pero no me extraña, tratándose de mujeres[84].

El cónsul Manio Juvencio Talna, colega de Tiberio Graco, cónsul por segunda vez, acababa de someter Córcega y se disponía a realizar un sacrificio, cuando recibió una carta anunciándole que el senado había decretado en su honor acciones de gracias a los dioses. Cuando leía atentamente la misiva, se le nubló la vista y, cayendo delante del altar, quedó muerto en el suelo. ¿Qué otra cosa podemos decir de él, si no que murió de una alegría excesiva? ¡He aquí, a quien se le podía haber confiado la destrucción de Numancia o Cartago![85]. 3

Mayor ánimo demostró el general Quinto Cátulo, al que el senado nombrara partícipe del triunfo que Gayo Mario obtuvo ante los cimbrios, pero tuvo una muerte más violenta. En efecto, poco después, durante la guerra civil, el propio Mario le ordenó que se suicidase. Cátulo se encerró en una habitación enjalbegada de cal viva, encendió un fuego enorme y pereció. Su horroroso trance ha perdurado como el mayor baldón en la gloria de Mario[86]. 4

En ese mismo desdichado momento de la república, Lucio Cornelio Mérula, antiguo cónsul y flamen de Júpiter, con tal de no convertirse en objeto de burla para los insolentes vencedores, se encerró en el santuario del dios y se abrió las venas. Así fue como logró eludir la notificación de 5

[84] Cf. LIVIO, XXII 7; GELIO, III 15, cuenta esta misma anécdota, pero referida a la batalla de Cannas.

[85] Manio Juvencio Talna fue tribuno en 170 a. C., pretor en 167 y cónsul en 163, junto a Tiberio Sempronio Graco, el padre de los Gracos. Cf. PLINIO, *Historia natural* VII 182.

[86] Sobre Quinto Lutacio Cátulo, cf. V 8, 4; VI 3, 10. El triunfo conjunto de Lutacio y Mario tuvo lugar en 101 a. C. Su muerte tuvo lugar en 87, al igual que la de Cornelio Mérula, en el ejemplo siguiente (cf. FLORO, *Epítome* II 9, 57 ss.).

una muerte humillante. Aquellos antiquísimos altares se empaparon de la sangre de su propio sacerdote.

6 También Herennio Sículo perdió su vida de forma audaz y denodada. Había sido arúspice y amigo de Gayo Graco. Es más, cuando por este preciso motivo era conducido hasta la cárcel, estrelló su cabeza contra la puerta, se desplomó y perdió la vida en el mismo instante en que daba comienzo su infame condena. Así fue como se adelantó un momento a la ejecución pública y a la mano del verdugo.

7 Una violencia similar tuvo la muerte de Gayo Licinio Macro, antiguo pretor y padre de Calvo. Había sido acusado de concusión, y mientras se efectuaba el escrutinio de los votos, se subió al balcón de Menio[87]. Cuando vio que Marco Cicerón, a la sazón presidente del tribunal, se despojaba de la pretexta, envió a uno para que le comunicara que no moría como condenado, sino como reo, por lo que sus bienes no podían ser subastados. Y sin más, cogió el pañuelo que casualmente llevaba en su mano, y estrechó su boca y su garganta hasta ahogar su respiración: con su muerte se anticipó al castigo. En cuanto Cicerón se enteró de la noticia, no quiso dictar sentencia. Y fue así, por la irregular muerte de su padre, como un orador de enorme talento pudo librarse a un tiempo de una posible penuria y del oprobio de una condena dentro de su propia familia[88].

8 Fue valiente la muerte del anterior; la de los siguientes es realmente ridícula. Cornelio Galo, antiguo pretor, y Tito Etereyo, caballero romano, murieron mientras practicaban el sexo. Aunque, ¿de qué sirve burlarse de quienes encon-

[87] Llamado así a partir del censor Gayo Menio, que proyectó una especie de balcones que daban al foro.

[88] Gayo Licinio Macro, el célebre analista, tribuno en 73 a. C., pretor en 68, acusado de concusión en 66. Su hijo, Gayo Licinio Calvo, fue un célebre orador y poeta, amigo de Catulo.

traron su muerte no en los placeres carnales sino en la fragilidad humana? El final de nuestra vida está expuesto a múltiples e inciertas vicisitudes, y con frecuencia consideramos que nuestra muerte se debe a unas causas que nada tienen que ver, pues en el momento mismo de morir confluyen muchas circunstancias que no tienen por qué provocar la muerte[89].

Ejemplos extranjeros

Hay también muertes entre los extranjeros que merecen 12, 1
ser comentadas. Por ejemplo, la de Coma, de quien cuentan que era hermano de Cleón, el mayor cabecilla de ladrones. Cuando la ciudad de Henna, que había sido ocupada por los piratas, cayó en nuestro poder, llevaron a Coma a presencia del cónsul Publio Rupilio[90]. Al ser preguntado por los efectivos y las intenciones de los fugitivos, se tomó su tiempo para concentrarse, se cubrió la cabeza, se puso de rodillas y, aguantando la respiración, encontró la ansiada paz de la muerte, delante mismo de sus guardianes y en presencia del más alto magistrado.

Angústiense los infelices, para quienes resulta más provechoso morir que seguir vivos, y afánense en buscar, con sus miedos e inquietudes, la mejor manera de abandonar la vida: que afilen sus espadas, que preparen venenos, que ajusten la soga, que busquen sitios extensos y elevados, como si hicieran falta grandes aprestos y rebuscadas complicaciones para cortar el frágil vínculo que mantiene unidos el cuerpo y

[89] Cf. Plinio, *Historia natural* VII 184.

[90] Publio Rupilio, amigo de Escipión Africano el Menor, gracias al cual obtuvo el consulado en 132 a. C. Cf. II 7, 3; IV 7, 1; VI 9, 8.

el alma. Ninguna de estas cosas necesitó Coma: aguantó el aliento en su pecho y así halló su final. Por lo tanto, no hay que esmerarse demasiado en preservar un bien, ya que su efímero disfrute puede desvanecerse, vencido por el más leve soplo de la violencia.

2 La muerte del poeta Esquilo, si bien no fue voluntaria, merece ser contada por lo insólito del caso. Un día salió de las murallas de la ciudad en la que vivía, en Sicilia, y se sentó en un lugar a tomar el sol. Un águila que volaba por encima de él llevando una tortuga quedó deslumbrada por el reflejo de su cabeza (por aquel entonces ya estaba totalmente calvo) y, tomándola por una piedra, estrelló contra ella la tortuga, para, una vez rota, poder comerse su carne. Por culpa de este golpe murió el que dio origen y principio al género trágico[91].

3 De las causas que motivaron la muerte de Homero se dice que tampoco fueron nada corrientes. Se cree que murió en la isla de Íos, afligido de dolor, porque no había podido resolver una cuestión que le planteaban unos pescadores[92].

4 Eurípides, por su parte, acabó sus días de una manera algo más truculenta. Después de cenar con el rey Arquelao, en Macedonia, volvía a la casa donde se hospedaba, cuando

[91] Cf. Plinio, *Historia natural* X 7. Esquilo murió en 463 a. C.

[92] Cf. Pseudo Plutarco, *Vida de Homero* 1, 4 (1062). La leyenda es la siguiente: durante un viaje a Tebas, Homero hizo escala en la isla de Íos. Allí vio, en la playa, a unos pescadores que, tras despiojarse, desembarcaban con las redes vacías. Al preguntarles Homero qué traían, los pescadores contestaron: «cuanto cogimos, lo dejamos, y cuanto no cogimos, lo llevamos con nosotros». En efecto, habían matado los piojos que se habían encontrado, pero llevaban en sus ropas los que no habían podido coger. Descorazonado por no poder resolver aquel enigma, Homero murió.

una jauría de perros lo despedazó a dentelladas: su inmenso talento no merecía un destino tan cruel[93].

La muerte de otros poetas ilustres también fue mínimamente digna de sus costumbres y sus obras: Sófocles había alcanzado una edad avanzadísima cuando presentó una tragedia a un certamen. La incertidumbre del resultado de las votaciones se prolongó bastante y lo sumió en tal angustia, que, aunque al final resultó ganador por un solo voto, la alegría recibida le provocó la muerte. 5

Un ataque desmedido de risa provocó la muerte de Filemón[94]. Después que le prepararon unos higos, cuando ya los tenía delante, un burro comenzó a comérselos. Llamó a un esclavo para que echara de allí al animal. Como el joven llegó cuando el burro se había comido todos los higos, Filemón señaló: «Ya que has tardado tanto, sirve ahora vino al burro». Y nada más decir aquellas ingeniosas palabras, soltó una carcajada que, acompañada de incesantes jadeos, dificultaron su respiración y terminaron por ahogar su envejecida garganta. 6

En cuanto a Píndaro, en un gimnasio recostó su cabeza sobre el regazo del joven que era su predilecto, para descansar un momento. Y no se supo que había muerto hasta que el propietario del gimnasio fue a cerrar el recinto y no pudo despertarlo. En mi opinión, los dioses fueron doblemente generosos con él, concediéndole aquel talento poético y una muerte tan placentera. 7

Lo mismo cabe señalar de Anacreonte. Cuando ya había rebasado los límites normales de la vida humana, quiso sustentar las escasas y débiles fuerzas que le quedaban ali- 8

[93] Cf. Gelio, XV 20, 9. Eurípides murió en 407 a. C.

[94] Célebre poeta cómico, perteneciente a la Comedia Nueva. Las noticias de su muerte son bastante contradictorias, aunque se sabe que tuvo lugar después de sobrepasar los noventa años.

mentándose del jugo de unas uvas pasas. Sin embargo, murió al ahogarse con un grano que se le quedó clavado en su garganta reseca[95].

9 Hablaré también de dos personas, cuyos designios y muertes hicieron semejantes. Milón de Crotona[96], mientras caminaba por el campo, vio una encina con el tronco abierto por unas cuñas. Convencido de su fuerza, se acercó y, tras introducir sus manos, probó a partir el tronco en dos. Al saltar las cuñas, el árbol volvió a su posición natural y le pilló las manos. Aquél que tantas victorias había cosechado en las pruebas de lucha quedó expuesto a las fieras, para que lo despedazasen.

10 El atleta Polidamante se vio forzado a refugiarse en una cueva durante una tormenta. Aquella exagerada y repentina tromba de agua minó la cueva, que ya amenazaba ruina. Los demás compañeros huyeron para ponerse a salvo, pero Polidamante permaneció allí solo, como si estuviese dispuesto a soportar sobre sus hombros la inmensa mole que se le venía encima. Sin embargo, quedó aplastado por aquel peso tan descomunal para un cuerpo humano, de forma que el escondrijo que había encontrado para guarecerse de la lluvia acabó siendo la sepultura de su disparatada acción. Estos dos personajes pueden servirnos como prueba de que la excesiva fuerza física debilita la agudeza mental: es como si la naturaleza se negara a prodigarnos ambos bienes, y pensara que ser al mismo tiempo el más fuerte y el más inteligente está por encima de la felicidad de los mortales.

---

[95] Cf. Plinio, *Historia natural* VII 44.

[96] Célebre atleta del siglo vi a. C. Había sido seis veces vencedor de lucha en los Juegos Olímpicos y otras seis en los Píticos. Cf. Gelio, XV 16, 1 ss.; Ovidio, *Ibis* 607.

CAPÍTULO 13

Sobre el deseo de vivir

Pero, ya que en el transcurso de nuestra exposición hemos tocado ejemplos de muertes accidentales, varoniles e incluso temerarias, sometamos ahora a análisis aquéllas otras sin nervio y más propias de una mujer. Al comparar ambas formas de muerte, quedará de manifiesto que el deseo de morir, muchas veces, no sólo no es más sacrificado, sino también más sensato que el apego a la vida.

Manio Aquilio, que pudo haber perecido cubierto de gloria, prefirió convertirse en esclavo de Mitridates de una forma denigrante. ¿No podría decirse de él, con todo merecimiento, que era más digno del suplicio que padeció en el Ponto que de dirigir un ejército romano, toda vez que su desvergüenza personal acabó convirtiéndolo en escándalo público?[97]. 13, 1

También Gneo Carbón causó una enorme vergüenza para los anales de Roma. Durante su tercer consulado, Pompeyo ordenó que fuera conducido al suplicio, en Sicilia. Llorando de rodillas rogó a los soldados que, antes de morir, le dejaran ir a aliviar el vientre. Su intención era prolongar un poco más su desdichadísima existencia, pero tardaba tanto en volver, que los soldados fueron y le cortaron la cabeza mientras estaba sentado en un lugar tan deshonroso. Las mismas palabras porfían entre ellas cuando alguien narra una infamia semejante, pues no son amigas de mantener 2

---

[97] Manio Aquilio había sido cónsul en 101 a. C., junto con Mario. En realidad, fue hecho prisionero por Mitridates y muerto en medio de la humillación pública.

en silencio un comportamiento que no debe ocultarse, pero tampoco son partidarias de describir algo cuyo relato es repugnante[98].

3 ¿Y qué decir de Décimo Bruto? ¡Qué deshonor le produjo el obtener un corto y lamentable minuto de vida! Tras ser detenido por Furio, al que Antonio había enviado para matarlo, no sólo apartó el cuello de la espada, sino que, además, cuando se le aconsejó que lo ofreciera con más arrojo, hizo este juramento: «Así viva yo, que lo ofreceré». ¡Qué manera más lamentable de eternizar su final! ¡Qué juramento más necio! Pues eres tú, goce desmesurado por sobrevivir, el que incita a esta locura, atacando el precepto de la recta razón que establece que amemos la vida y no temamos la muerte[99].

Ejemplos extranjeros

13, 1 Tú mismo hiciste que el rey Jerjes derramase lágrimas por los jóvenes guerreros de Asia, que habrían de perecer en un espacio de cien años. Pero a mí me parece que este rey, supuestamente apenado por la suerte de otros, en realidad lamentaba sólo la suya propia, pues era mucho más feliz por la magnitud de su poder que por la hondura de sus sentimientos. Y es que, ¿quién, medianamente inteligente, podría lamentarse de haber nacido mortal?

[98] Sobre Gneo Papirio Carbón, cf. V 3, 5; etc. Su tercer consulado tuvo lugar en 82 a. C. Le dieron muerte en Lilibeo, en Sicilia.

[99] Sobre este ejemplo, cf. IV 7, 6.

[Sobre la cuidadosa atención que guardaron quienes sospechaban de los de su propia casa][100]

Hablaré ahora de aquéllos que, por sospechar de otras 2
personas, estuvieron más que atentos a su entorno. Y no comenzaré por el más desgraciado, sino por aquél a quien se considera dichoso entre los dichosos.

El rey Masinisa apenas se fiaba de las intenciones de los hombres, por lo que confió su seguridad a la custodia de unos perros guardianes. ¿De qué le sirvió poseer un imperio tan descomunal, tener tantos hijos, o gozar de la amistad de Roma, una amistad sellada por estrechos lazos de afecto, si para preservar todo ello no halló nada más fiable que los ladridos y las dentelladas de unos perros?

Más desdichado aún que este rey fue Alejandro[101], cuyo 3
corazón se vio afectado tanto por el amor como por el miedo. Pues, aunque sentía un inmenso amor por su esposa Tebe, siempre que volvía de un banquete a su aposento, ordenaba que un bárbaro tatuado a la manera de los tracios fuese delante de él con la espada desenvainada. Y no se metía en el lecho hasta que su escolta la había registrado atentamente. Era este un suplicio pergeñado por la cólera de los dioses: no poder dominar ni su deseo ni su temor. Y la causante

[100] Incluimos el título que aparece en la edición de Kempf: *QVAM EXQVISITA CVSTODIA VSI SINT QVIBVS SVSPECTI DOMESTICI FVERVNT*. En el códice B (*Codex Bernensis*, siglo IX) sólo se distingue la parte que no aparece entre corchetes: [*CVS*]*TO*[*DIA - QVIBVS*] *DOMES*[*TICI FVERVNT*].

[101] Se trata de Alejandro, tirano de Feras, en Tesalia. En 358 a. C. murió como víctima de una conspiración dentro de su corte. Cf. CICERÓN, *Sobre los deberes* II 25; *La invención retórica* II 144.

de sus temores fue la misma que la de su muerte, pues Tebe, enojada por sus adulterios, acabó matando a Alejandro.

4 Y en cuanto a Dionisio, el tirano de Siracusa, ¡cuán larga es la historia de lo que sufrió a causa de estas mismas sospechas! Ejerció una tiranía de treinta y ocho años de la manera que sigue: se apartó de sus amigos y en su lugar eligió, como escolta personal, a individuos procedentes de las naciones más belicosas y también a fornidos esclavos, escogidos de entre las familias más adineradas. Asimismo, el miedo que tenía a los barberos le llevó a enseñar a sus propias hijas a afeitarlo. Pero cuando éstas se hicieron mayores, no se atrevió a seguir confiando la navaja a sus manos, por lo que ordenó que le quemaran la barba y la cabellera con cáscaras de nuez encendidas. Y no se sintió más seguro como marido que como padre. Casado al mismo tiempo con dos mujeres, Aristómaca de Siracusa y Doris de Locros, jamás copuló con ninguna de las dos sin registrarlas previamente. Llegó incluso a rodear de un amplio foso el lecho conyugal, como si fuese un campamento, y accedía al mismo por medio de un puente de madera, no sin antes cerrar con cuidado, desde dentro, la puerta de la alcoba que también cerraban los centinelas por fuera [102].

CAPÍTULO 14

Sobre el parecido físico

Sobre el parecido del rostro y de todo el cuerpo discuten muy sutilmente hombres poseedores de los más vastos co-

[102] Sobre Dionisio, cf. Cicerón, *Tusculanas* V 57; *Sobre los deberes* II 25.

nocimientos. De ellos, unos opinan que dicho parecido responde al origen y a la constitución de la sangre, y para ello alegan un argumento en absoluto despreciable: que los demás animales nacen siendo bastante semejantes a sus progenitores. Otros niegan que se trate de una ley estricta de la naturaleza, sino que es el azar fortuito de la concepción el que procura el aspecto de los mortales; de ahí que muchas veces de padres hermosos nazcan hijos deformes, y de padres fuertes hijos débiles. En suma, como esta cuestión aún no ha quedado clara, referiremos unos cuantos ejemplos sobre parecidos curiosos entre personas extrañas [103].

El libre Vibio y el liberto Publicio eran tan parecidos a 14, 1
Magno Pompeyo, que, intercambiando su condición, se podía saludar a Pompeyo tomándolo por ellos y a uno de ellos tomándolo por Pompeyo. Lo cierto es que, allá donde iban, Vibio y Publicio atraían todas las miradas, y cualquiera apreciaba en aquellas personas de mediana condición la imagen de aquel ciudadano ilustrísimo.

Esta broma del destino fue algo casi hereditario en el ca- 2
so de Pompeyo, pues también su padre se parecía tanto a su cocinero Menógenes que, pese a ser un hombre muy aguerrido con las armas y de ánimo fiero, no pudo librarse del degradante apodo de aquel cocinero [104].

Cornelio Escipión [105], joven de distinguida nobleza, aun- 3
que se preciaba de poseer muchos y muy ilustres sobrenombres dentro de su familia, recibió por parte de las habladurías del vulgo el rastrero apodo de «Serapión». Y todo por-

[103] Para este capítulo, cf., muy especialmente, Plinio, *Historia natural* VII 52 ss.

[104] Según Plinio, *Historia natural* VII 54, se le llamaba *Strabus* («el Bizco»).

[105] Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión. Cf. Quintiliano, *Inst. orat.* VI 3, 57; Livio, *Períocas* 55.

que se parecía de forma asombrosa a un mercader de víctimas de ese mismo nombre. Ni su integridad moral ni el respeto a tantos gloriosos ancestros le valió para poder sacudirse aquel descrédito.

4 Léntulo y Metelo formaron una pareja de cónsules egregios por su linaje. Pero su semejanza con dos actores llevó a que se les contemplara como si estuviesen actuando en escena. Léntulo recibió el sobrenombre de «Espínter», a partir de un actor de segunda fila[106]. En cuanto a Metelo, si no hubiese recibido ya, por sus costumbres, el apelativo de «Nepote»[107], se le habría otorgado el de «Pánfilo», un actor de tercera clase, al que se decía que era muy parecido.

5 Marco Mesala, antiguo cónsul y censor, y Curión, que había ejercido todos los cargos públicos posibles, recibieron los apodos de «Menógenes» y «Burbuleyo», dos actores. Aquél por las facciones de su rostro, éste por los ademanes idénticos de su cuerpo[108].

Basta ya de ejemplos tomados de nuestra patria, pues sus protagonistas son personajes relevantes y sus acciones de sobra conocidas.

Ejemplos extranjeros

14, 1 Se dice que el rey Antíoco guardaba un gran parecido con una persona de su misma edad y también de linaje real, de nombre Artemón. Cuando la esposa del rey, Laódice,

[106] Los protagonistas en una obra de teatro se denominaban *actores primarum partium;* los actores secundarios, el de *actores secundarum partium,* y así sucesivamente.

[107] La palabra *nepos* significa tanto «nieto» como «disipador».

[108] Sobre Marco Valerio Mesala, cf. II 4, 2; II 9, 9; sobre Gayo Escribonio Curión, cf. IX 1, 6.

acabó con su marido, para disimular su crimen metió en su lecho a Artemón como si fuese el propio rey, enfermo. Hizo venir a todo el pueblo y los engañó con aquella voz y aquel rostro tan semejante, de forma que todos creyeron que era Antíoco moribundo el que les entregaba a Laódice y a sus hijos.

A Hibreas de Milasa, orador de una elocuencia profusa 2
y vehemente, los ojos de toda Asia lo reconocían como el hermano gemelo de un esclavo de Cumas que se encargaba de la limpieza del gimnasio. ¡Hasta tal punto eran idénticos los rasgos de su semblante y de todos sus miembros![109].

Petulantes, en cambio, fueron las maneras de aquel pro- 3
cónsul de quien se cuenta que guardaba un asombroso parecido con un dirigente de Sicilia. En cierta ocasión, dicho procónsul le comentó lo maravillado que estaba de que se le pareciera tanto, toda vez que su padre jamás había ido hasta aquella provincia, a lo que el otro contestó: «Pues mi padre sí que fue a Roma». Y así fue como quedó vengada la decencia de su madre, agraviada con aquella chanza, al tiempo que arrojaba las sospechas sobre la madre del procónsul, con una audacia inadecuada para quien estaba sujeto a las fasces y la segur.

CAPÍTULO 15

Sobre aquéllos que, siendo de despreciable origen, trataron de infiltrarse con engaños en las familias más notables

Esta última temeridad es tolerable y peligrosa sólo para quien la cometió. La que sigue, en cambio, es un ejemplo de

[109] Cf. Estrabón, *Geografía* XIV 2, 24. Séneca el Rétor incluye algunos fragmentos de sus discursos.

desvergüenza que no se puede aceptar en modo alguno y que encerraba un peligro tanto desde el punto de vista privado como público.

15, 1 Pasaré por alto a aquel ser monstruoso venido de Firmo Piceno, Equicio, del que ya he hablado antes en esta obra[110]. Por medio de una manifiesta mentira, pretendió abrazar como padre a Tiberio Graco, escudándose en los furibundos dislates de la chusma y en el ilustrísimo poder de los tribunos.

Heráfilo, médico oculista, reivindicó de tal manera que Gayo Mario, cónsul por séptima vez, era su abuelo, que acabó consiguiendo que numerosas colonias de veteranos, municipios muy poderosos y casi todos los colegios lo adoptasen como su patrón. Y es más, cuando Gayo César, una vez muerto el joven Gneo Pompeyo[111] en Hispania, recibió al pueblo en sus jardines, Heráfilo se situó muy cerca, entre dos columnas, y fue saludado por la concurrencia casi con la misma devoción. Por ello, si el divino poder de César no hubiese puesto coto a esta bochornosa calamidad, la república habría sufrido un golpe similar al que había recibido en el caso de Equicio. En resumen, acabó desterrado de Italia por un decreto de César, y cuando éste se marchó junto a las estrellas, volvió a la ciudad y tuvo arrestos para maquinar la aniquilación del senado. Con estos cargos, el senado ordenó que le dieran muerte en la cárcel, y así fue como aquella mente, siempre dispuesta a tramar todo tipo de crímenes, pagó, aunque tarde, su castigo.

2 Ni siquiera el divino Augusto, que aún hoy rige con su soberana esencia los destinos del mundo, pudo librarse de este tipo de injuria. Hubo uno que se atrevió a aparentar que

[110] Cf. III 2, 18; 8, 6; IX 7, 1.

[111] Gneo Pompeyo Magno era el hijo mayor de Pompeyo. Fue derrotado en la batalla de Munda (45 a. C.), y posteriormente arrestado y ejecutado.

era hijo de su ilustre y virtuosa hermana Octavia. Decía aquel individuo que, a causa de la debilidad de su cuerpo, la persona a la que fue confiado lo había cuidado como si fuese su propio hijo y había ocupado el lugar de uno de ellos. Sin duda, su propósito era arrebatar a la familia más intachable su nobleza de sangre, y, al mismo tiempo, mancharla con el inmundo contagio de una sangre bastarda. Sin embargo, mientras con su insolencia se lanzaba a toda vela al más alto grado de atrevimiento, por una orden de Augusto, acabó clavado al remo de una trirreme del estado.

Hubo también uno que se preciaba de ser hijo de Quinto 3
Sertorio, pero la esposa de éste no quiso reconocerlo, y no hubo fuerza capaz de obligarla a ello.

¿Y qué decir de Trebelio Calca? ¡Con qué tozudez quiso 4
hacerse pasar por Clodio! Cuando se dirigía al tribunal de los centúnviros para reclamar sus bienes, fue tal el respaldo popular, que el griterío de la muchedumbre apenas permitió dictar una sentencia justa y ecuánime. Pero en aquel proceso, el escrúpulo de los jueces no cedió ni ante las calumnias del demandante ni ante la vehemencia de la chusma.

Mucho más coraje exhibió aquél que, durante el mandato 5
de Cornelio Sila, irrumpió en casa de Gneo Asinio Dión y echó del hogar paterno a uno de sus hijos, proclamando que el hijo de Dión era él, y no el otro. Pero después que la violenta opresión de Sila dio paso a la justicia de César, y el timón del poder en Roma cayó en manos de un príncipe más ecuánime, aquel impostor acabó sus días en prisión.

Ejemplos extranjeros

Estando al frente del estado el propio Augusto, la teme- 15, 1
ridad de una mujer de Milán recibió su castigo por un fraude

similar. Después de hacerse pasar por una tal Rubria, de la que negaba que hubiese muerto en un incendio, trató de agenciarse unos bienes que en absoluto le pertenecían. Y no le faltaron testigos de entre los notables de aquella región, ni tampoco el favor de la corte de Augusto, pero se fue sin ver cumplido su sacrílego plan, debido a la inexpugnable constancia del César.

2 Cierto bárbaro tenía intención de hacerse con el reino de Capadocia, apoyándose en el asombroso parecido que guardaba con su rey, Ariarates[112]. Sin embargo, estaba más claro que la luz del día que Ariarates había muerto a manos de Marco Antonio. Por ello, y pese a contar con los votos de casi todas las ciudades y pueblos de Oriente, el propio Augusto hizo pagar su merecido castigo a aquella cabeza que tan imprudentemente amenazaba a todo un imperio.

[112] Ariarates X Eusebes Filadelfo, rey de Capadocia entre 42 y 36 a. C. El triúnviro Marco Antonio lo mató y puso en su lugar a Sisines, que reinó con el nombre de Arquelao.

EPÍTOMES

LOS DIEZ LIBROS DE HECHOS Y DICHOS MEMORABLES DE VALERIO MÁXIMO COMPENDIADOS POR JULIO PARIS[1]

Julio Paris saluda a su amigo Licinio Ciriaco.

Sabiendo que la búsqueda de ejemplos es tan necesaria para los que debaten un tema como para los oradores, he compendiado en un volumen los *Diez Libros de Hechos y Dichos Memorables* de Valerio Máximo.

Recibe, pues, este envío para que, si alguna vez necesitas una información, la encuentres fácilmente y para que puedas aportar siempre ejemplos apropiados para esos temas.

---

[1] Causa sorpresa que Julio Paris hable de diez libros en lugar de nueve. Lo cierto es que también Aulo Gelio menciona que son diez libros, hecho que ha llevado a los estudiosos a considerar si no se habría perdido un libro de la obra de Valerio. Por otra parte, como indica R. FARANDA en su introducción (pág. 13), Gelio cita un pasaje del libro IX, que para nosotros está en el VIII (VIII 1, ambiguos 2), lo cual parece indicar que, en su época manejaban una edición con un libro más. Para solucionar esta cuestión TRAUBE ha planteado la existencia de un libro que sería una especie de resumen o sumario de toda la obra *(Bericht. Akad.,* Múnich, 1891, pág. 395), pero no podemos afirmar nada con certeza.

LIBRO I

CAPÍTULO 1

Sobre el respeto o el desprecio a la religión

Diez hijos de la nobleza más relevante fueron enviados por decisión del senado a otros tantos pueblos de Etruria para que se instruyeran en sus ritos sagrados. —Para el culto de Ceres, a la que habían determinado venerar según la costumbre griega, trajeron a la sacerdotisa Califana de la ciudad de Velia, cuyos habitantes no habían recibido aún la ciudadanía romana—. Durante la revuelta de los Gracos, atendiendo a lo que ordenaban los libros sibilinos, fueron enviados a Henna diez varones como desagravio a la diosa Ceres. 1, 1

El pontífice máximo Metelo no permitió que saliera de la ciudad el cónsul y flamen de Marte, Postumio, cuando se disponía a partir para una campaña militar, pues en ese caso, la lucha no contaría con augurios favorables por no estar atendidos los ritos de Marte. 2

Fígulo y Escipión Nasica renunciaron a su consulado porque Tiberio Graco advirtió que, durante los comicios consulares, habían elegido el emplazamiento para la tienda augural sin cumplir con las formalidades. 3

4 Publio Clelio Sículo, Marco Cornelio Cetego y Gayo Claudio renunciaron a su condición de sacerdotes por haber tratado con poco cuidado las entrañas de las víctimas.

5 Quinto Sulpicio, por habérsele caído de la cabeza el píleo sacerdotal cuando estaba oficiando un sacrificio, tuvo que renunciar al cargo.

6 El pontífice máximo Publio Licinio ordenó que azotaran a una vestal porque una noche había sido poco diligente a la hora de mantener encendido el fuego eterno.

7 Una ayudante de la vestal Emilia, al advertir que se apagaba la llama mientras adoraba a Vesta, arrojó su túnica al fuego, y éste se reavivó al instante.

8 Marco Marcelo determinó que las imágenes del Honor y de la Virtud estuvieran en templos distintos, porque el colegio de los pontífices prohibía dedicar un mismo santuario a dos divinidades, pues, podría suceder que, si acaecía algún prodigio en dicho santuario, no se sabría a cuál de las dos divinidades rendir el culto debido.

9 Lucio Furio Bibáculo, cuando era pretor, tuvo que llevar los escudos sagrados precedido de seis lictores, aunque disfrutaba del privilegio de no tener por qué hacerlo debido a su honor.

10 Cuando Roma fue tomada por los galos, el flamen de Quirino y las vírgenes vestales se repartieron la carga para trasladar las imágenes sagradas, pero como quiera que Lucio Albanio, que llevaba a su familia en un carro, vio al sacerdote, ordenó a los suyos que se apearan, cargó los objetos mencionados y condujo a las vírgenes hasta la ciudad de Cere. Y como los habitantes de esta ciudad veneraron las imágenes piadosamente, se decidió que los ritos sagrados pasasen a llamarse «ceremonias».

11 Cuando los galos estaban asediando el Capitolio, Gayo Fabio Dorsuón, para evitar que se interrumpiese el sacrificio

ritual establecido por la familia Fabia, ciñéndose la toga como suelen hacerlo los de la ciudad de Gabios y, atravesando las filas enemigas, llegó a la colina del Quirinal, completó dicho sacrificio y volvió al Capitolio causando la admiración de los galos.

Tras el desastre de Cannas, el senado prohibió que las 15
matronas guardasen luto más de treinta días, para que así pudieran celebrar el culto debido a Ceres.

Sobre el desprecio a la religión

El cónsul Varrón combatió contra los cartagineses de 16
forma tan desafortunada en Cannas por culpa de Juno, que estaba enojada porque, al celebrar un edil unos juegos circenses, había puesto a un joven histrión sumamente hermoso en el carro de Júpiter para llevar los divinos despojos.

Por la ira de Hércules se extinguió en un año la familia 17
de los Poticios, ya que siguiendo el consejo de Apio Claudio habían enseñado las normas de los ritos sagrados a los esclavos públicos. Apio, por su parte, quedó ciego.

Después de que los romanos hubieran conquistado Car- 18
tago y ser despojado Apolo de su manto de oro, el dios hizo que las manos sacrílegas fueran encontradas y amputadas del cuerpo entre los restos del manto.

Esculapio, que tenía un templo en un bosque consagrado 19
en su honor, hizo que Turulio, prefecto de Marco Antonio, fuera asesinado en ese bosque por los soldados cesarianos. El motivo de ese castigo era que Turulio había talado el bosque con la intención de construir unas naves para Marco Antonio.

Cuando Quinto Fulvio Flaco, durante su censura, hizo 20
transportar unas losas de mármol del templo de Juno Laci-

nia al de la Fortuna Ecuestre en Roma, perdió el juicio. El senado, conmovido por este suceso, ordenó que las losas fueran trasladadas de nuevo a Locros.

21 Pleminio, el legado de Escipión, por haber expoliado el tesoro de Proserpina, ordenando ésta que fuera conducido a Roma, murió en la cárcel afectado de una enfermedad repugnante. El dinero fue restituido por orden del senado.

Ejemplos extranjeros

1, 1 Los locrios fueron obligados a pagarle a Pirro un fuerte tributo del tesoro de Prosérpina. Pero cuando Pirro iba en la nave bien repleta del botín, sorprendido por una súbita tempestad, fue conducido con toda su flota a la costa próxima al templo de la diosa, de manera que ésta recuperó todo el botín.

2 El prefecto de su flota entregó al rey Masinisa unos dientes de marfil de singular belleza sustraídos del santuario de Juno en la isla de Malta. Al conocer el origen sacrílego del regalo, el rey se lo devolvió a la diosa.

3 Dionisio, el tirano de Sicilia, después de haber saqueado el templo de Prosérpina en Locros, navegaba con viento favorable, por lo que dijo: «¿Os dais cuenta, amigos, de qué buena travesía disfrutan los sacrílegos?»

El mismo Dionisio le quitó a la estatua de Júpiter Olímpico un manto de oro, de gran peso, con el que la había cubierto el tirano Hierón, y lo sustituyó por uno de lana, con la excusa de que el oro era pesado para el verano y frío para el invierno, mientras que la lana era más apropiada para todas las estaciones. Fue también Dionisio el que, en Epidauro, ordenó quitarle a Esculapio la barba de oro, porque decía que no era apropiada para él, cuando su padre no la tenía.

Este mismo personaje sustrajo de los santuarios mesas de plata y de oro en las que, según la costumbre griega, se había inscrito «de los buenos dioses», por lo cual se jactaba de que así se servía él de la generosidad de dichos dioses. E incluso, cuando arrebató a las imágenes de los dioses las Victorias, las páteras y las coronas de oro que portaban en las manos extendidas en actitud oferente, decía que no se las estaba quitando, sino que tan sólo las aceptaba.

Cuando los piratas se apoderaron de una crátera que los 4 romanos habían dedicado a Apolo Pitio, el liparense Timasiteo se encargó de que fuera conducida finalmente a Delfos.

Durante[1] la toma de Mileto por Alejandro, la Ceres mi- 5 lesia cegó con una llama a los soldados que habían irrumpido en el templo para expoliarlo[2].

Los persas, que habían llegado a Delos a bordo de mil 6 naves, entraron en el templo de Apolo con intenciones más religiosas que rapaces.

Los atenienses expulsaron de su ciudad al filósofo Pro- 7 tágoras por haberse atrevido a escribir que, en primer lugar, ignoraba si existían los dioses y, en segundo, que si existían, ignoraba cómo eran. Estos mismos ciudadanos condenaron a Sócrates porque les parecía que estaba introduciendo nuevas creencias. También ellos permitieron hablar a Fidias cuando afirmó que la estatua de Minerva debía ser de mármol en vez de bronce, porque de este modo su esplendor sería más duradero. Pero, cuando añadió que además el mármol era más barato, le ordenaron guardar silencio[3].

[1] En el texto de Valerio Máximo encontramos aquí una laguna que llega hasta I 4, ext. 2. Colocaremos, pues, en el epítome las notas pertinentes para aclarar los aspectos que así lo requieran.

[2] Esta toma se produjo en el 334 a. C. Cf. LACTANCIO, *Instituciones divinas* II 2, 7.

[3] Cf. CICERÓN, *Bruto* 228; PLINIO, *Historia Natural* XXXVI 4, 7.

8 Diomedonte, uno de los diez generales para los que la batalla de las Arginusas supuso tanto una victoria como un motivo de condena, al ser conducido a su ejecución, no merecida en absoluto, dijo tan sólo que esperaba que se cumplieran los votos por él pronunciados en favor de la salvación del ejército[4].

9 Breno, un general de los galos, entrando en el templo de Apolo en Delfos, se dio muerte por voluntad del dios.

CAPÍTULO 2

Sobre la religiosidad fingida

2, 1 Numa Pompilio, en su intento de obligar al pueblo romano a cumplir con unos ritos sagrados, pretendía simular que, durante un encuentro nocturno con la diosa Egeria, ésta le había ordenado instituir unos cultos que agradarían sobremanera a los dioses inmortales[5].

2 Escipión Africano no se ocupaba de sus obligaciones, ya fueran públicas o privadas, sin haberse detenido antes en el templo de Júpiter Capitolino, hecho que motivó la creencia de que era hijo de Júpiter[6].

3 Cuando Lucio Sila se disponía a entablar combate, en presencia de sus soldados abrazaba una pequeña imagen de Apolo que había tomado en Delfos, y le suplicaba que favoreciera sus intenciones.

[4] En el 406 a. C. se produjo una dura batalla naval entre atenienses y espartanos junto a las islas Arginusas.

[5] Cf. Livio, I 9.

[6] Cf. Livio, XXXVI 19.

Quinto Sertorio llevaba siempre con él a través de las duras montañas lusitanas una cierva blanca, y afirmaba públicamente que este animal le aconsejaba si debía adoptar o rechazar determinadas medidas[7]. 4

Ejemplos extranjeros

El rey cretense Minos solía retirarse cada nueve años a cierta cueva muy profunda y venerada desde tiempos remotos. Después de su estancia en ella, hacía aprobar sus leyes como si se las hubiese confiado Júpiter, de quien se decía hijo[8]. 2, 1

Pisístrato, en su intento de recuperar la tiranía que había perdido, simuló que era conducido de nuevo a la acrópolis de Minerva, y engañó a los atenienses mostrándoles a una mujer desconocida, que se llamaba Fía, vestida como la diosa[9]. 2

Licurgo persuadió a los severos ciudadanos de Lacedemonia de que él promulgaba sus leyes atendiendo al consejo de Apolo. 3

[7] Quinto Sertorio (126-73 a. C.) fue un caballero romano que destacó en las guerras contra los cimbrios y en Hispania. Llegó a ser pretor y cuestor, volviendo a Hispania en el 80 a. C. invitado por los lusitanos y los exiliados romanos que allí vivían. Alcanzó un poder notable pero murió asesinado por Perpenna. Cf. Plutarco, *Sertorio* XI 3-8.

[8] Minos fue un legendario rey de Creta que habría vivido tres generaciones antes de la guerra de Troya. Según *Ilíada* XIII 449 y *Odisea* XI 568 era, efectivamente, hijo de Zeus.

[9] Cf. Herodoto, I 60, 4; Plutarco, *Solón* 29-32.

4 Zaleuco, debido a la creencia de que estaba protegido por Minerva, fue considerado por los locrios como el ciudadano más prudente[10].

CAPÍTULO 3

Sobre las supersticiones

3, 1 Los cultos nuevos instituidos para la celebración de las Bacanales fueron suprimidos por convertirse en una celebración alocada y perjudicial[11].

2 El senado prohibió a Lutacio Cercón, que había puesto fin a la Primera Guerra Púnica, consultar los designios de la Fortuna de Preneste. El motivo era que, en opinión de los senadores, los asuntos romanos debían atenerse a los auspicios de la patria y no a los extranjeros.

3 Durante el consulado de Marco Popilio Lenate y Lucio Calpurnio, el pretor de los asuntos extranjeros Gneo Cornelio Híspalo ordenó mediante un edicto que, en diez días, debían marcharse de Roma y de Italia todos los caldeos, quienes, con sus interpretaciones falaces de las estrellas y sus mentiras, estaban confundiendo a las gentes de carácter frívolo e inepto. Este mismo pretor ordenó regresar a su patria a los judíos, porque habían intentado introducir en las costumbres romanas el culto a Júpiter Sabacio.

4 Cuando el senado ordenó que se destruyeran los templos de Isis y de Serapis, no atreviéndose ningún trabajador a cumplir esta orden, el cónsul Lucio Emilio Paulo se quitó la pretexta, tomó un hacha y la emprendió con las puertas del templo.

[10] Zaleuco (650 a. C.) fue, probablemente, el primer legislador de Grecia. Si bien se sabe poco sobre él, habría determinado con severidad las penas para los distintos crímenes.

[11] Las bacanales fueron suprimidas el año 186 a. C. Cf. Liv., XIX 8-18.

CAPÍTULO 4

Sobre el auspicio

El rey Lucio Tarquinio deseaba añadir más centurias de caballeros a las que Rómulo había inscrito con auspicios favorables pero, ante la prohibición del augur Ato Navio, ofendido, le preguntó si podría realizarse lo que estaba planeando. Y cuando Ato le dijo qué podría suceder si consultaba los auspicios, Tarquinio ordenó al augur que partiera una piedra con un cuchillo. Ato, después de que trajeron la piedra, realizando ese hecho increíble, demostró ante los ojos del rey la eficacia de su profesión[12]. 4, 1

Tiberio Graco se disponía a ejecutar una serie de cambios políticos, ante lo cual, al amanecer, consultó en su hogar los auspicios, que le anunciaron un triste futuro. Al salir de casa, se dio tal golpe en el pie que perdió un dedo. A continuación, tres cuervos se presentaron ante él graznando y arrojaron a sus pies parte de una teja caída. 2

Despreciando estos presagios, Graco fue abatido en el Capitolio y murió al ser golpeado por un trozo del escaño del pontífice máximo Escipión Nasica[13].

Cuando Publio Claudio se disponía a emprender un combate naval durante las Guerras Púnicas, consultó los auspi- 3

[12] Cf. Livio, I 36.

[13] El cónsul Escévola se negó a combatir violentamente a Tiberio Graco y a sus partidarios, ante lo cual Escipión Nasica encabezó un grupo de senadores y clientes que terminaron con Graco y con muchos de sus seguidores en el Capitolio. Cf. Plutarco, *Tiberio Graco* XVI 2; Valerio Máximo, I 6, 8.

cios según la costumbre de sus mayores y, cuando el augur le anunció que los pollos no salían de su jaula, ordenó que fueran arrojados al mar diciendo: «Puesto que no quieren comer, que beban»[14].

4 Lucio Junio, colega de Publio Claudio, despreció unos auspicios y perdió su flota durante una tempestad, librándose con el suicidio de la vergüenza de una condena.

5 Cuando el pontífice máximo Metelo se dirigía a Túsculo, dos cuervos volaron de frente hacia él como obstaculizando su marcha y, golpeándole, le obligaron a regresar a casa. Durante la noche siguiente, ardió el templo de Vesta, y en mitad de este incendio, Metelo consiguió salvar de las llamas el Paladión sin que sufriera daño alguno[15].

6 A Cicerón un auspicio le predijo su muerte inminente. Estando en su villa de Gaeta, un cuervo arrojó a sus pies el hierro del reloj y, al instante, se dirigió contra él y empezó a picotear el borde de su toga, sujetándolo hasta que un esclavo anunció que habían llegado unos soldados para matarle[16].

7 Cuando Marco Bruto dirigía los restos de su ejército contra César y Antonio, dos águilas volaron desde los campamentos de ambos bandos y comenzaron a luchar entre ellas, de manera que la que había llegado desde la posición

[14] Cf. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 3, 7.

[15] El Paladión era una estatua de Palas venerada por los troyanos porque la habrían recibido del cielo. Según la tradición romana, Eneas la habría salvado de la guerra de Troya y la habría llevado hasta Italia, donde, al quemarse el templo de Vesta en el 241 a. C., fue salvada milagrosamente por Lucio Cecilio Metelo. Cf. Cicerón, *En defensa de Escauro* 48, *Filípicas* XI, 24; Livio, XXVI 27, 14.

[16] Los soldados capturaron a Cicerón que murió sin ser abandonado por sus esclavos el 7 de diciembre del 43 a. C. Cf. Plutarco, *Cicerón* 47.

ocupada por Bruto tuvo que huir después de recibir graves heridas[17].

Ejemplos extranjeros

Queriendo Alejandro fundar una ciudad en Egipto, el 4, 1
arquitecto Dinócrates no disponía de arcilla y se sirvió de harina para marcar el trazado de dicha ciudad, pero una enorme bandada de pájaros alzó el vuelo desde un lago cercano y se comió la harina, hecho que fue interpretado por los sacerdotes egipcios en el sentido de que la ciudad proporcionaría alimentos a un gran número de extranjeros.

Al ver un águila[18], Deyótaro se abstuvo de utilizar una 4
casa que se derrumbó durante la noche siguiente.

CAPÍTULO 5

Sobre los presagios

Tras la caída de Roma en poder de los galos, cuando los 5, 1
senadores deliberaban si emigrar a Veyos, he aquí que, en el comicio, un centurión de las cohortes que regresaban exclamó: «Portaestandarte, levanta aquí tu enseña; aquí estaremos mejor que en ninguna otra parte». Al observar este

[17] En el 42 a. C. Casio y Bruto lucharon contra Marco Antonio y Octavio Augusto. Casio fue derrotado y se suicidó en la primera batalla. En cuanto a Bruto, fue derrotado en un segundo combate y, tras ser abandonado por sus soldados, se suicidó. Cf. Plutarco, *Bruto* 48.

[18] Este capítulo se corresponde con I 4, ext. 2, de *Hechos y dichos*, que es donde termina la laguna que comenzaba en I 1, ext. 4.

presagio, el senado abandonó su propósito de trasladarse a Veyos.

2 Camilo suplicó a los dioses que, si a alguno de ellos le parecía excesiva la fortuna del pueblo romano, saciase su envidia con alguna desgracia personal. Y, entonces, sufrió una súbita caída.

3 Lucio Paulo, como le había tocado en suerte dirigir la guerra contra el rey Perseo, al regresar a casa, besó a su hija Tercia y, observando que estaba triste, le preguntó por qué tenía esa cara. Ella respondió que Persa acababa de morir. Y es que había muerto su perrito llamado «Persa», que era la niña de sus ojos.

4 Cecilia, la esposa de Metelo, al tratar de ver algún presagio para la hija de su hermana, aún virgen y ya en edad de casarse, lo halló en sí misma. Pues, la joven, cansada de esperar de pie, pidió a su tía que le cediese el sitio un rato para sentarse. Ella le respondió: «Te cedo gustosa mi sitio». Y fue esto lo que sucedió porque, no mucho después, Cecilia murió y Metelo se casó con su sobrina.

5 Mario, después de ser juzgado por el Senado como enemigo público, vio que un asno, cuando le estaban echando de comer, dejó la comida para irse a beber. Conmovido por esta imagen, aceptó una nave que le ofrecían los habitantes de Minturnas y se marchó a África.

6 Pompeyo Magno, vencido por César, puso rumbo a la isla de Chipre, donde vio en la costa un hermoso edificio y preguntó al piloto que cómo se llamaba. Éste respondió que *Katobasíleia,* palabras que hicieron disminuir la poca esperanza que tenía.

7 Tras el parricidio cometido contra César, Marco Bruto, al celebrar su cumpleaños, quiso recitar un verso griego y se vio impelido en su ánimo a acudir al siguiente: «Pero a mí me han matado el destino terrible y el hijo de Latona». El día que murió, en el campamento de César, la contraseña que se dio a los soldados fue: «Apolo».

Cuando el cónsul Petilio combatía en Liguria, al intentar 9
conquistar un monte llamado Leto, le decía a sus soldados: «Hoy conquistaré Leto sea como sea». Y este presagio no tardó en cumplirse porque, sin tomar precauciones en el combate, confirmó la certeza de sus palabras con su propia muerte.

Ejemplos extranjeros

Los habitantes de Samos, cuando los prienenses les pi- 5, 1
dieron ayuda contra los carios, llevados de su arrogancia, en lugar de enviarles un ejército y una flota, les enviaron una sibila para mofarse de ellos. Pero, con esta mujer al frente, los prienenses ganaron la guerra.

Los habitantes de Apolonia, cuando estaban en una si- 2
tuación difícil en la Guerra Ilírica, pidieron auxilio a los de Epidamno. Éstos les dijeron que les enviaban en su ayuda al río Eante y, aceptando este presagio, lo cierto es que los de Apolonia consideraron a Eante como su general y vencieron.

CAPÍTULO 6

Sobre los prodigios

Mientras Servio Tulio estaba durmiendo, aparecieron lla- 6, 1
mas en torno a su cabeza. Tanaquil, admirada, lo crió como si fuera su hijo y lo elevó hasta el trono real.

Después de la muerte de los dos Escipiones, Publio y 2
Gneo, una llama brilló en la cabeza del general Lucio Mar-

cio, que estaba arengando a los soldados. Éstos, con ánimos renovados, lucharon con tal fortuna que obtuvieron la victoria.

3 Durante el asedio de Veyos por los romanos, el lago Albano, de repente, vio subir su nivel de forma inusual. La respuesta que se ofreció fue que vencería aquel que inundara con el agua del lago las tierras próximas y, como un arúspice de Veyos capturado por los romanos había manifestado ese mismo vaticinio, los romanos hicieron que se desbordara el lago y consiguieron así tomar la ciudad.

4 En mitad de unos sacrificios, Lucio Sila vio una serpiente y, siguiendo el consejo del arúspice Postumio, hizo salir a campaña a su ejército, logrando con ello derrotar y poner en fuga a los samnitas.

5 Se dice que, durante la Segunda Guerra Púnica, un buey de Gneo Domicio pronunció estas palabras: «Romano, ten cuidado»[19].

6 Gayo Flaminio, elegido cónsul sin haber consultado los auspicios, cuando iba a dar la orden de enfrentarse a Aníbal junto al lago Trasimeno, ordenó que izaran las insignias, pero su caballo tropezó y él quedó tendido sobre la cabeza del animal. El resultado de esta batalla fue desastroso.

7 Al cónsul Gayo Mancino, cuando se disponía a partir para Hispania, se le escaparon de la jaula los pollos sagrados. Al mismo tiempo, se escucharon las siguientes palabras procedentes del Puerto de Hércules: «Mancino, detente». Aterrado, dándose la vuelta se dirigió a Génova y, nada más subir allí en una barca, vio una serpiente enorme que de inmediato desapareció de su vista. En conclusión, sufrió tantas calamidades cuantos prodigios se le presentaron: un combate

[19] En el texto de Valerio Máximo aparece el vocativo «*Roma*» en lugar de «*Romane*».

desafortunado, un tratado de paz vergonzoso y una rendición funesta.

Siendo cónsul Tiberio Graco, cuando iba a hacer un sacrificio en Lucania, dos serpientes que se deslizaron de improviso devoraron el hígado de la víctima y se marcharon. A pesar de que este hecho se repitió en tres ocasiones, Graco no tomó precauciones, siendo guiado por su pérfido huésped Flavio a un lugar en el que se había escondido Magón, el general cartaginés, con un grupo de hombres armados. 8

Marco Marcelo, ilustre por haber tomado Siracusa y por haber puesto en fuga a Aníbal desde la ciudad de Nola, aunque en la primera víctima de un sacrificio encontró un hígado al que le faltaba una parte, y en la segunda uno al que le faltaban dos, sin embargo no le dio importancia a este hecho y, unos pocos días después, salió rodeado por unos exploradores y murió. 9

También el cónsul Octavio sintió temor ante un funesto presagio sin que pudiera evitarlo: Cortada la cabeza de una imagen de Apolo y caída al suelo de manera que era incapaz de arrancarla, al enfrentarse con las armas a su colega Cinna, tuvo por cierto que aquel hecho significaba su muerte. 10

Cuando Marco Craso estaba a punto de conducir el ejército desde Carras contra los partos, le trajeron un manto negro en lugar de uno blanco o púrpura. Los soldados, en silencio, se colocaron en sus posiciones. De las águilas, a una apenas pudieron arrancarla de la primera compañía, y la otra, obligada a salir con muchísima dificultad, tomó la dirección contraria a la que debía. 11

Al proponerse Gneo Pompeyo resolver definitivamente la Guerra Civil, cayeron unos rayos en dirección contraria a la de sus tropas, sus insignias desaparecieron entre enjambres de abejas, y las víctimas huyeron desde los mismos altares del sacrificio. En el día del combate decisivo en la 12

guerra entre Gayo César y Pompeyo, en los santuarios se movieron las imágenes de los dioses de manera espontánea, en Antioquía y en Ptolemaida se escuchó el griterío de soldados y el estrépito de las armas, se levantó en Pérgamo el sonido de las trompetas y, en Trales, en el templo de la Victoria, a los pies de la estatua de César, entre las juntas de las piedras, brotó una palmera verde.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Hay constancia de que, en el ejército de Jerjes, una yegua parió una liebre, presagiando así que el resultado sería distinto al de los comienzos. El mismo Jerjes, nada más cruzar el monte Atos, soñó que el vino que le habían servido en una copa durante un banquete se convertía en sangre.

2 En cambio, siendo Midas aún niño, mientras estaba durmiendo, unas hormigas amontonaron sobre su boca granos de trigo, hecho que fue interpretado por los augures en el sentido de que ese niño sería el más rico de los mortales.

3 A Platón, durante su infancia, unas abejas le llenaron la boca de miel mientras dormía. Oído el suceso, los intérpretes de presagios dijeron que de su boca emanaría una elocuencia de singular dulzura.

CAPÍTULO 7

Sobre los sueños

7, 1 Artorio, médico del divino Augusto, vio en sueños, *** que Augusto, a pesar de encontrarse enfermo, participara en una batalla, tal como ordenaba Minerva. Fue conducido, pues, en litera al campo de batalla pero, con ello, evitó el daño que hubiera sufrido, porque mientras se celebraba ese combate, su campamento fue tomado por Bruto.

Los cónsules Publio Decio y Tito Manlio Torcuato tuvieron la misma visión en sueños: que aquél cuya ala empezase a desfallecer en la guerra, se ofrecería en sacrificio por el otro. Sucedió, así, que el ala de Decio Mus se retiró después de ser rechazada por los enemigos. Para confirmar entonces el sueño, este general se ofreció como víctima expiatoria en favor de su ejército y, con su muerte, les dio la victoria. 3

El plebeyo Tito Latinio, en sueños, recibió de Júpiter una orden para que anunciara al senado que los cónsules debían reanudar los juegos, porque éstos no se habían celebrado según las normas —de hecho, antes del desfile inaugural, habían conducido por el circo a un esclavo hasta el lugar de su crucifixión—. Tito Latinio vacilaba, muy afectado tanto por la súbita muerte de su hijo, como por su precario estado de salud, pero ante las advertencias continuas y perseverantes de Júpiter, fue conducido en litera al senado, relató su sueño y, al momento, salió de la curia por su propio pie. 4

Cicerón, exiliado por la inquina de sus enemigos, creyó ver en sueños que se encontraba con Gayo Mario y que éste, tomándole de la mano, lo conducía a un monumento erigido en su honor y le decía que allí estaba escondida la esperanza de un estado más feliz para él. Y no sucedió de otra manera, porque precisamente en el templo que Mario levantó a Júpiter, el senado expidió un decreto que reintegró a Cicerón a su patria. 5

A Gayo Graco se le anunció la atrocidad de su inminente muerte mientras dormía: cuando estaba en lo más profundo del sueño, vio la imagen de su hermano Tiberio que 6

le decía que en modo alguno podía evitar perecer a manos del destino, pues moriría siendo arrojado desde el Capitolio.

7 El parmense Casio, seguidor de Antonio, al ver que las fuerzas de éste eran derrotadas en Accio, huyó a Atenas. Estando allí, soñó que se le acercaba un hombre negro y desharrapado de enorme estatura. Le preguntó que quién era, a lo que respondió que era un genio funesto. Tras la repetición del mismo sueño durante esa noche, *** lo tuvo presente, pues muy poco después de ese día tuvo lugar la ejecución a la que fue condenado por César.

8 Durante la celebración de un espectáculo de gladiadores en Siracusa, Haturio Rufo[20] soñó que era atravesado por la mano de un reciario, hecho que se produjo realmente, ya que, cuando asistía a los juegos, un gladiador cayó junto a la grada al ser herido por un reciario, y como Haturio estaba allí observando atentamente al caído, murió atravesado por la espada de éste.

Ejemplos extranjeros

7, 1 Se cree que Aníbal, en sueños, había visto que se presentaba ante él un joven enviado por Júpiter para aconsejarle y guiarle en la invasión de Italia. Y que, poco después, vio cómo una enorme serpiente, atacando, aniquilaba todo cuanto hallaba a su paso. Atónito, preguntó al joven el significado de ese prodigio, y éste le contestó: «Estás viendo la devastación de Italia. Guarda silencio, pues, y deja que los hados silenciosos hagan el resto».

2 Alejandro, rey de Macedonia, había sido advertido en sueños por una visión que se declaró como su protectora.

[20] En Valerio Máximo aparece como Haterio Rufo.

De hecho, antes incluso de ese sueño, Alejandro sabía que la mano de Casandro le sería fatal, aunque en esos momentos aún no conocía a Casandro, el hijo de Antípatro.

En una ocasión en que Simónides navegaba junto a la 3 costa, desembarcó y ordenó sepultar un cuerpo que yacía sin enterrar. Pues bien, éste le advirtió que no se hiciera a la mar al día siguiente, porque habría una tormenta, como realmente ocurrió.

A Creso, que tenía dos hijos, le pareció ver en sueños a 4 su hijo Atis muerto por la herida de una espada. Y lo cierto es que, aunque protegió al joven, cuando un jabalí de enorme tamaño asolaba los ricos campos de cultivo del monte Olimpo, el hijo de Creso fue enviado para cazarlo y, mientras todos porfiaban en dar muerte al animal, la pertinaz violencia de una desgracia inminente desvió hacia él una lanza enviada contra la fiera.

Cuando Dionisio era todavía un simple ciudadano, se le 6 apareció una mujer de Hímera, de noble familia, que ascendía al cielo. Allí vio a un hombre muy apuesto, rubio y pecoso, sujeto con cadenas de hierro, atado a los pies del trono de Júpiter. Entonces ella le preguntó su nombre y así supo el cruel destino de Sicilia y de Italia. En efecto, cuando después, expulsado Dionisio de Siracusa, se había dirigido a Hímera, donde esa misma mujer gritaba que no le permitieran la entrada, *** que había visto la aparición, pero fue acogido y ejerció así la tiranía.

Cuando la madre de Dionisio estaba embarazada de él, 7 creyó que iba a parir a un pequeño sátiro. Tras consultar a un intérprete de sueños, supo con certeza que su hijo sería muy célebre.

Amílcar, general en jefe de los cartagineses, cuando es- 8 taba asediando Siracusa creyó oír en sueños una voz que le anunciaba: «Mañana cenarás en Siracusa». Contento, pues,

como si se le hubiese anunciado una victoria, atacó la ciudad, pero tras ser asaltado su campamento, fue apresado y conducido a Siracusa.

9 Se dice que Alcibíades conoció de antemano su fatal desenlace en una visión nocturna, en la que se había visto durmiendo cubierto con el manto de una amiga, y ese mismo manto fue el que cubrió su cadáver insepulto.

10 Dos amigos arcadios que hacían juntos un viaje llegaron a Mégara. Uno de ellos se hospedó en casa de un amigo, el otro lo hizo en una posada. El que estaba en casa del amigo vio en sueños que su compañero de viaje le pedía que acudiese en su auxilio porque el posadero quería asesinarlo. Sobresaltado por el sueño, se puso en marcha hacia el albergue y, como viera que todo el entorno estaba tranquilo, se volvió a la cama a dormir. Pero entonces se repitió la aparición de su amigo, que le pidió que, al menos, vengase su muerte: de hecho, en ese momento, su cuerpo despedazado por el posadero era llevado a las puertas de la ciudad cubierto con estiércol. Conmovido el joven por este nuevo sueño, al punto se dirigió a la puerta y, una vez descubierto el crimen, condujo al posadero a la pena capital.

CAPITULO 8

Sobre las visiones[21]

8, 1 Cuando el dictador Aulo Postumio y el general de los tusculanos Mamilio Octavio se enfrentaban con poderosos

[21] Este capítulo aparece como *De miraculis* en la edición manejada de Valerio Máximo.

ejércitos junto al lago Regilo, Cástor y Pólux se aparecieron combatiendo del lado de los romanos y derrotaron a las tropas enemigas.

En la guerra macedónica, Publio Vatinio, un hombre de la prefectura reatina, cuando se dirigía a Roma de noche, creyó ver a dos jóvenes con caballos blancos que le anunciaban que el día que acababa de pasar el rey Perseo había sido hecho prisionero por Paulo. Cuando Vatinio le comunicó esto al senado, fue encarcelado, hasta que llegó una carta de Paulo en la que se refería ese hecho.

A causa de una peste que no cesaba, hicieron venir de Epidauro a Esculapio. Éste se embarcó en la nave de los mensajeros, adoptando la forma de una serpiente de enorme tamaño, de manera que, tras llegar a Roma, desembarcó en la orilla del Tíber y tomó posesión de un lugar, dedicado a él, en una isla cercana. 2

Conquistada Veyos por Furio Camilo, un soldado, mofándose, preguntó a una imagen de Juno Moneta si quería emigrar a Roma, y la imagen contestó afirmativamente. 3

Se dice que una imagen de la Fortuna, situada en el cuarto miliario de la Vía Latina y que había sido consagrada por la madre de Coriolano, se expresó en estos términos: «Matronas, según el rito sagrado, me habéis dado y, según el rito sagrado, me habéis dedicado». 4

Durante la guerra en la que el cónsul Valerio Publícola combatió contra los Tarquinios, se oyó una voz de Silvano en estos términos: «Más de un etrusco caerá en combate; el ejército romano resultará vencedor», tal como realmente sucedió. 5

Cuando los habitantes del Brucio y los de Lucania trataban de destruir por completo la ciudad de Turio llevados del odio más encarnizado, y el cónsul Gayo Fabricio Luscino velaba por la seguridad de la ciudad, he aquí que, en mitad 6

de las líneas enemigas, vieron que Marte se pasaba a nuestro campamento y que, desde allí, gritaba que ya estaba abierto el camino de la victoria. Y fue esto lo que sucedió porque, cuando el cónsul quiso coronar como héroe a algún soldado, no encontró ningún destinatario del premio, pues se dio por cierto que, en esa ocasión, Marte había prestado su ayuda al pueblo romano.

8 A Gayo Casio, mientras luchaba enconadamente en la batalla de Filipos contra Octaviano, se le apareció Gayo César, quien, con aspecto sobrehumano y ciñendo un manto púrpura, espoleó su caballo hacia él, ante lo cual Casio, aterrado, se dio a la fuga diciendo: «¿Qué otra cosa puedo hacer, si no basta con haberte asesinado?»

9 A pesar de que Lucio Léntulo desconocía la muerte de Pompeyo, cuando bordeaba el litoral egipcio, al ver el fuego en el que habían incinerado a Pompeyo, dijo: «¿Cómo vamos a saber, compañeros, si sobre esa pira arde el cuerpo de Pompeyo?».

10 Como Apio intentaba librarse de la guerra civil, consultó a Apolo acerca de este asunto y obtuvo la siguiente respuesta: «Romano, esta guerra nada tiene que ver contigo. Ganarás el cielo de Eubea». Apio se puso en marcha entonces hacia Eubea y, al llegar allí, murió.

Sobre algunos hechos maravillosos[22]

11 Tras ser quemado por el fuego el sagrario de los salios, no se encontró nada en él salvo el báculo de Rómulo completamente intacto. La estatua de Servio Tulio permaneció

[22] En la edición de Valerio Máximo no aparece en este lugar título alguno.

impoluta cuando ardió el templo de la Fortuna. Tampoco fue pasto de las llamas la estatua de Quinta Claudia, colocada en el vestíbulo del templo de la Madre de los Dioses, a pesar de que ese templo ardió en dos ocasiones.

Acilio Aviola, dado por muerto, fue colocado sobre la 12
pira y, aunque comenzó a gritar que estaba vivo, rodeado ya por las llamas, no pudo evitar la muerte.

Ejemplos extranjeros

Platón escribió que el panfilio Feres[23] yació durante diez 8, 1
días entre los soldados que murieron en combate y que, dos días después de ser levantado de allí, colocado sobre la pira, revivió y describió con detalle las visiones maravillosas tenidas durante el tiempo que estuvo muerto.

Cierto sabio ateniense, después de recibir una pedrada 2
en la cabeza, retuvo en su memoria el resto, pero se olvidó de toda su erudición.

La esposa de un ateniense llamado Nausímenes, como 3
sorprendiese a su hijo y a su hija cometiendo incesto, conmocionada al ver semejante monstruosidad inesperada, se quedó muda.

El atleta Equecles de Samos, que era mudo, cuando le 4
quitaron el título y el trofeo de vencedor, lleno de indignación, recuperó el habla.

Digno de admiración fue el nacimiento de Gorgias, un 5
hombre fuerte e ilustre quien, durante el funeral de su madre, salió de su vientre y, con gritos inesperados, obligó a los que llevaban el féretro a que se detuviesen.

[23] Aparece como Eris en Valerio Máximo.

6 Cierto enemigo de Jasón de Feras, al intentar asesinarle, atravesó con su espada un tumor que ningún médico le había conseguido sanar, de manera que lo que consiguió con su acción fue librar a Jasón de una muerte inminente.

7 Cuando Simónides estaba cenando en casa de Escopas, en una ciudad de Tesalia llamada Cranón, fue sacado de allí por Cástor y Pólux, evitando con ello el derrumbamiento que sepultó a los demás comensales.

8 Cierto sofista llamado Dafnites, en tono de mofa, preguntó al oráculo de Apolo si podría encontrar su caballo ya que, de momento, no tenía ninguno. El oráculo le contestó que encontraría ese caballo, pero para morir al caerse de él. Sucedió así que cuando se presentó ante el rey Átalo, de quien se había burlado frecuentemente con palabras injuriosas, fue arrojado desde una peña que se llama «Caballo».

9 Filipo, el rey de Macedonia, fue advertido para que se guardara de las cuadrigas, pero no consiguió eludir este tipo de peligro, pues Pausanias tenía grabada una cuadriga en la empuñadura de la espada con la que le mató.

10 Se dice que, cuando el indio Calano estaba a punto de arrojarse sobre una pira en llamas, ante las preguntas de Alejandro, le dijo: «Dentro de muy poco te veré». Y no le faltó razón porque, poco después, se produjo la muerte de Alejandro.

12 Prusias, hijo del rey Prusias, en lugar de la dentadura superior, tuvo un solo hueso de las mismas dimensiones.

16 El poeta Antípatro de Sidón enfermaba solamente el día de su cumpleaños, día en el que precisamente murió.

17 Los filósofos Polístrato e Hipóclides, nacidos el mismo día, se convirtieron en seguidores de Epicuro al mismo tiempo y, después de vivir unidos compartiendo la enseñanza de esta escuela, murieron el mismo día.

LIBRO II

CAPÍTULO 1

Sobre instituciones antiguas

Entre los antiguos nada se hacía, ni público ni privado, 1, 1
sin antes consultar los auspicios. Por esta costumbre, incluso ahora, los adivinos participan en la ceremonia del matrimonio.

Las mujeres solían comer sentadas mientras los hombres 2
lo hacían recostados. Esta costumbre del banquete de los hombres pasó también al de los dioses y así, durante el banquete en honor de Júpiter, éste era invitado a recostarse en el lecho mientras que Juno y Minerva eran invitadas a sentarse.

Las que se contentaban con un solo matrimonio eran 3
honradas con la corona del pudor.

Hasta ciento cincuenta años después de haberse fundado 4
la ciudad, no hubo repudio alguno entre esposa y marido. El primero en repudiar a su esposa, porque era estéril, fue Espurio Carvilio.

En otro tiempo, la costumbre de beber vino era desco- 5
nocida por las mujeres romanas, sin duda para no caer en cierto desprestigio.

6 En verdad, cuando había un problema entre marido y esposa, acudían ambos al pequeño santuario de la diosa Viriplaca, que está en el Palatino, y allí, tras decirse todo lo que querían, una vez apaciguados los ánimos, regresaban a casa reconciliados.

7 Durante algún tiempo el padre no se lavaba en presencia de un hijo adulto, ni el suegro en presencia del yerno.

8 Nuestros antepasados instituyeron también la costumbre de una comida solemne y le dieron el nombre de «Caristía», porque sólo podían participar los familiares sanguíneos y los parientes por afinidad para que, en caso de haberse suscitado alguna desavenencia, pudiera resolverse entre personas de confianza.

9 Los jóvenes tributaban a las personas mayores respetos tan distinguidos y circunspectos que, si les conocían o eran amigos de sus padres, les acompañaban hasta la curia y les esperaban allí para conducirles de nuevo a casa.

Invitados a un banquete, preguntaban escrupulosamente qué otros invitados había, para no ocupar un sitio que correspondía a los de más edad y, una vez concluido el banquete, permitían que fuesen ellos los primeros en levantarse y salir.

10 Nuestros antepasados, durante el banquete, al son de las flautas, recitaban versos alusivos a las ilustres hazañas de sus mayores para incitar a los jóvenes a imitarlas.

CAPÍTULO 2

2, 1 Durante muchos siglos ningún senador se atrevió a revelar las decisiones secretas del senado. Quinto Fabio Máximo fue censurado por los cónsules, ya que había hecho comentarios imprudentes a Publio Craso acerca de la Tercera Guerra Púnica. Y eso porque recordaba que tres años antes había sido cuestor, pero ignoraba que los censores aún no le habían llamado a formar parte del orden senatorial. Cuando el rey de Asia Éumenes había anunciado al senado que Perseo estaba preparando la guerra contra el pueblo romano, este pueblo no se enteró de lo que se había tratado en el senado hasta que Perseo fue desterrado.

Para mantener nuestra dignidad, los antiguos no respon- 2
dían jamás a los griegos sino en latín, y cuando éstos les hablaban debían valerse de un intérprete.

El rétor Molón, el que perfeccionó la elocuencia de Ci- 3
cerón, fue el primero que habló en el senado sin que hubiese intérprete.

Nuestros antepasados conservaron con la mayor diligen- 4
cia la siguiente costumbre: que nadie se interpusiese entre el cónsul y el lictor que estaba a su lado. Y así, aunque Quinto Fabio Máximo, cinco veces cónsul, fue invitado por su hijo cónsul a caminar entre él y el lictor para que la muchedumbre de enemigos samnitas no le aplastase cuando se encaminaban a parlamentar con ellos, no quiso hacerlo. Éste mismo, enviado por el senado como embajador a Suesa Pomecia al lado de su hijo cónsul, se indignó porque ninguno de los lictores ordenó que desmontara del caballo. Cuando el hijo se dio cuenta de este hecho, ordenó al lictor que estaba a su lado que cumpliese con su deber. Obedeciendo al instante la orden, Fabio dijo: «Hijo mío, no he querido despreciar tu autoridad, sino sencillamente comprobar si sabías comportarte como corresponde a un cónsul».

Unos embajadores enviados a Tarento por el senado, des- 5
pués de recibir allí graves e injuriosas ofensas, de estas ofensas que allí recibieron, no pidieron ninguna compensación, para no dar a entender que exigían más de lo que les habían encomendado en la misión.

6 Antiguamente, el senado residía de manera ininterrumpida en aquel lugar que hoy se llama «Senáculo» y no esperaba a que lo convocase un edicto, sino que de allí venía rápidamente a la curia: consideraban que era ciudadano de escasa reputación aquél que cumplía con sus deberes por obligación.

7 A los tribunos de la plebe no les estaba permitido entrar en la curia, sino que en unos asientos colocados delante de la puerta examinaban los decretos de los senadores. Y así, en las antiguas deliberaciones del senado, la letra «C» solía ponerse debajo y con ella se daba a entender que los tribunos de la plebe la habían ratificado.

8 Las entrañas de las víctimas inmoladas por los magistrados, una vez llevadas a los cuestores del erario público, eran puestas en venta. De este modo, se practicaba con mucha severidad la abstinencia. Las deudas de muchos que habían administrado honestamente las provincias tuvo que pagarlas el senado.

9 Los jóvenes del orden ecuestre todos los años celebraban un espectáculo en dos ocasiones: la fiesta de las Lupercales y la prueba de los caballeros.

Fabio, censor junto con Decio, para poner fin a una sedición que los comicios habían fomentado entre los ciudadanos más humildes, con el fin de volver a someterlos a su autoridad, dividió a efectos electorales en cuatro tribus a toda la masa ciudadana, y a estas tribus les dio el nombre de «urbanas». Por esta acción tan benéfica este ciudadano recibió el sobrenombre de «Máximo».

CAPÍTULO 3

3, 2 El adiestramiento en el manejo de las armas fue enseñado a los soldados por el cónsul Publio Rutilio, colega de Gneo Malio: en efecto, hechos venir unos maestros de la escuela de gladiadores de Gayo Aurelio Escauro, Publio Rutilio enseñó a las legiones un medio más sutil de causar y evitar heridas.

El empleo de los vélites tuvo lugar por vez primera en la guerra en que Fulvio Flaco asedió la ciudad de Capua. Y es que, como nuestra caballería no pudiese hacer frente a las repetidas incursiones de la caballería de los campanos, el centurión Quinto Navio decidió que unos jinetes selectos, muy veloces, armados con lanzas curvas y pequeñas, en grupos de siete y protegidos con un pequeño escudo, se unieran en veloz salto a los jinetes y de nuevo, a la carrera, desmontasen. 3

CAPÍTULO 4

Un teatro que había comenzado a construirse bajo el mandato de los censores Mesala y Casio fue subastado por Publio Nasica para evitar que el pueblo se afeminara con los espectáculos. Además, por un senadoconsulto, se tomaron cautelas para que nadie en la ciudad o en mil pasos a la redonda instalase asientos o asistiese a las representaciones sentado, para que así la virilidad propia de los romanos se pusiera de manifiesto unida a su capacidad de permanecer de pie. 4, 2

Durante quinientos cincuenta y nueve años[1] el senado y el pueblo contemplaron juntos y sin distinciones los espectáculos; pero esta costumbre fue abolida cuando los ediles Atilio Serrano y Lucio Escribonio patrocinaron unos juegos 3

[1] Quinientos cincuenta y ocho para Valerio Máximo.

en honor de la Madre de los Dioses y, siguiendo una decisión de Africano el Menor, pusieron por separado al senado y al pueblo.

4 La institución de los juegos públicos se debió a los cónsules Gayo Sulpicio Pético y Lucio[2] Licinio Estolón en un momento en que una peste de inusitada virulencia se había apoderado de nuestra ciudad.

5 El inicio de los juegos Seculares se produjo del siguiente modo:

En cierta ocasión en que la ciudad y los campos se veían devastados por una peste, un hacendado agricultor llamado Valesio tenía dos hijos y una hija tan enfermos que, calentando agua caliente para ellos en un templo, hincado de rodillas, pidió que pasase a su persona la enfermedad que arrostraban sus hijos. Al punto, se oyó una voz que le decía que sus hijos sanarían si, de inmediato, los llevaba por la corriente del Tíber hasta Tarento y, allí, los restablecía con agua manada del altar del padre Dite y de Prosérpina. Ante esta predicción, llevó a sus dos hijos de inmediato hasta la ribera del Tíber, poniendo rumbo a Ostia con su barca. Deseando socorrer a los sedientos enfermos, supo por el timonel que cerca de allí se veía humo en un lugar llamado Tarento. Ahí fue donde dio agua caliente a los niños que, nada más beberla, sumidos en un suave sueño, de pronto se libraron de la muerte. Al despertar, le dijeron a su padre que, en sueños, les habían ordenado que, en el lugar de donde habían tomado el agua, sacrificasen en el altar del padre Dite y de Prosérpina una víctima de pelo negro y que instituyesen unos lectisternios y juegos nocturnos.

De este modo, Valesio se dirigió a la ciudad para comprar un altar, dejando allí a unos siervos que tenían que cavar el terreno para echar los cimientos. Éstos encontraron un altar dedicado al padre Dite y a Prosérpina. Fue allí donde Valesio celebró durante tres noches consecutivas unos juegos y unos lectisternios, porque tres eran los hijos que habían sido salvados de la muerte.

[2] Gayo para Valerio Máximo.

Siguiendo este ejemplo, el colega de Bruto, Valerio Publícola, llevado por el deseo de socorrer a sus ciudadanos, realizó un sacrificio ante ese mismo altar.

El primer espectáculo de gladiadores fue dado en Roma 7
en el Foro Boario en el consulado de Apio Claudio y Quinto Fulvio. Lo patrocinaron Marco y Décimo, hijos de Bruto Pera, para conmemorar la memoria de su padre con un espectáculo fúnebre. La competición de atletas pudo realizarse gracias a la munificencia de Marco Escauro.

CAPÍTULO 5

Nadie vio nunca una estatua de oro ni en Roma ni en 5, 1
parte alguna de Italia antes de que Manio Acilio Glabrión colocase en el templo de la Piedad una estatua ecuestre en honor a su padre. Por lo que respecta a este templo, el propio Acilio lo había consagrado.

El escriba Gneo Flavio, quien dio a conocer los días 2
fastos, un día que iba a visitar a un colega suyo que estaba enfermo, al no encontrar un sitio, porque los nobles ocupaban por completo la habitación del enfermo, ordenó que le acercasen una silla curul y se sentó en ella.

El colegio de flautistas suele atraer la atención de todo 4
el mundo en el foro cuando, con la cabeza cubierta, toca armoniosamente. En cierta ocasión en que les impidieron comer en el templo de Júpiter como siempre habían hecho,

airados, se marcharon a Tíbur. El senado entonces, no pudiendo soportar que las ceremonias sagradas se vieran privadas de sus servicios, envió una embajada a Tíbur pidiéndoles que por favor regresaran a los templos de Roma. Entonces estos ciudadanos simularon un banquete sagrado y, cuando ya los tenían adormecidos por el vino, los llevaron en carros a la ciudad. Se les restituyó entonces su honor de otro tiempo y se les permitió el derecho de ese divertimento. El uso de las máscaras tiene su origen en la vergüenza por el estado de embriaguez.

CAPÍTULO 6

6, 2 Los lacedemonios, para disimular la sangre de las heridas de los suyos, usaban túnicas rojas en combate.

5 La misma Atenas fue la primera en introducir la costumbre de honrar a los buenos ciudadanos con una corona realizada con dos ramas entrelazadas de olivo.

6 Entre estos mismos atenienses, un liberto, convicto de ingratitud para con su patrono era privado legalmente de la libertad.

7 Los marselleses permiten que, hasta por tres veces, sea rescindida la manumisión de una misma persona si aprecian que el dueño ha sido engañado otras tantas veces. La cuarta vez consideran que ya no debe perdonarse.

Estos ciudadanos de Marsella no permiten a los mimos que actúen en el teatro, porque sus actuaciones las más de las veces tienen como argumento estupros. Por lo demás, hay allí una espada con la que se da muerte a los culpables. Ciertamente la espada ya está corroída por la herrumbre, pero deja bien claro que, incluso en los asuntos de poca monta, los ciudadanos son conservadores de todos los recuerdos de su antigua tradición.

Ante las puertas de la ciudad pueden verse dos ataúdes; en uno llevan sobre un carro hasta el lugar de la sepultura los cuerpos de los hombres libres y en el otro los cuerpos de los esclavos, y siempre sin lamentos ni llanto. Por el contrario, se ofrece una comida a los familiares.

En aquella ciudad guardan públicamente el veneno preparado con la cicuta que se le da a aquél que expone ante los Seiscientos —este es el nombre que se da a su consejo de ancianos— los motivos por los que desea morir.

Los marselleses no permiten que nadie entre armado en 9
su ciudad y siempre hay uno que guarda las armas, presto a devolverlas al que sale de la ciudad.

Los celtíberos consideraban una acción impía sobrevivir 11
al combate si había muerto aquel por cuya salvación habían jurado solemnemente combatir.

En Tracia se celebra con llanto el nacimiento de los 12
hombres y con gran alegría el funeral.

Los licios visten ropa de mujer cuando se ven afectados 13
por una situación luctuosa, pues así, conmovidos por la vergüenza de su vestimenta, destierran cuanto antes una absurda tristeza.

Las mujeres de la India, como suelen ser muchas las es- 14
posas de un solo marido, cuando muere el marido, entablan un proceso judicial para ver cuál era la esposa predilecta de aquél. La que sale vencedora, exultante de alegría, se arroja sobre la pira en llamas del esposo.

En África, concretamente en Cirta[3], encontramos un 15
templo de Venus a donde acudían las matronas y de donde,

[3] Sica para Valerio Máximo.

cuando salían, ofrecían su cuerpo para pagarse la dote, sin que les importara la afrenta que eso suponía.

16 Los persas no veían a sus hijos antes de cumplir los siete años, para poder soportar con ánimo más sereno su pérdida.

17 Los reyes númidas, según la costumbre de su pueblo, no besaban a nadie, pues de ese modo su dignidad estaba conforme con su poder.

CAPÍTULO 7

Sobre la disciplina militar

7, 1 Publio Cornelio Escipión, enviado como cónsul a Hispania para acabar con los numantinos, en el momento mismo en que entró en el campamento, dispuso que todo aquello que habían adquirido para tener una vida más placentera fuese eliminado: hay constancia de que, entonces, salieron de allí un elevado número de vendedores ambulantes y dos mil prostitutas.

2 El cónsul Metelo, cuando en la guerra contra Yugurta en África recibió en calidad de cónsul un ejército corrompido por la excesiva complacencia de Espurio Albino, siguió el ejemplo de Escipión.

3 El cónsul Publio Rupilio, en la guerra emprendida contra unos esclavos fugitivos en Sicilia, ordenó a su yerno Quinto Fabio que abandonara la provincia, porque había perdido la ciudad de Taormina por una negligencia suya.

4 Gayo Cota condenó a ser azotado y prestar servicio como soldado de infantería a Publio Aurelio Pecuniola, un pariente suyo, al que había encargado el asedio de Lípari porque, por su culpa, la empalizada del campamento fue pasto

de las llamas y el campamento mismo estuvo a punto de ser tomado por el enemigo.

El censor Quinto Fulvio Flaco apartó del senado a su 5
hermano Fulvio porque, en los meses de su mandato, había osado licenciar, contra la orden del cónsul, la legión de la que formaba parte como tribuno militar.

El dictador Postumio, a pesar de que su hijo había re- 6
sultado vencedor, le decapitó porque, sin aguardar sus órdenes, había derrotado a los enemigos. Torcuato, como cónsul en la guerra contra los latinos, ordenó al lictor que decapitara a su hijo, que había resultado vencedor, porque, retado a combate por Gémino Mecio, el caudillo de los tusculanos, accedió a combatir sin que él lo supiese.

El dictador Lucio Quincio Cincinato, derrotados los ecuos, 7
forzó a Lucio Minucio a dejar el cargo de cónsul porque los enemigos habían asediado su campamento.

El dictador Papirio, cuando Quinto Fabio Ruliano, tri- 8
buno de caballería, sacó a combatir a su ejército en contra de la orden dada, aunque había regresado victorioso, ordenó que fuese desnudado y azotado.

El cónsul Calpurnio Pisón, cuando hacía la guerra en 9
Sicilia contra los esclavos fugitivos, porque el prefecto de caballería Gayo Ticio, rodeado por multitud de enemigos, entregó las armas a éstos, ordenó que Ticio, vestido con la toga sin orlas y una túnica de colores, permaneciera en pie delante del cuartel general. Y a los escuadrones de caballería que había mandado, les quitó los caballos y los incluyó entre los honderos.

Cuando se luchaba en Contrebia, Quinto Metelo, a las 10
cinco cohortes que él había colocado en una determinada posición y que el enemigo había desalojado de ella, les ordenó que volviesen a tomarla de inmediato; y decretó también que si alguno, huyendo, trataba de refugiarse en el cam-

pamento, sería ejecutado como si de un vulgar enemigo se tratara.

11 Quinto Fabio Máximo, a todos los que habían desertado de las guarniciones romanas para refugiarse entre el enemigo y que habían sido capturados, les cortó las manos para que, llevando ante sí los brazos mutilados, les quitasen las ganas de huir a los demás.

12 Una vez conquistada Cartago, Escipión Africano tomó medidas más severas contra los romanos que habían desertado que contra los latinos: a los primeros los hizo crucificar como esclavos fugitivos; a los segundos les cortó la cabeza como aliados rebeldes.

13 Escipión Numantino, una vez sometido el imperio cartaginés, entregó a las fieras a los desertores extranjeros cuando ofreció al pueblo unos espectáculos circenses.

14 Lucio Paulo, tras vencer al rey Perseo, puso como alfombra de los elefantes a hombres, reos de esta misma culpa.

15 Lucio Marcio, tribuno militar, tras agrupar con admirable valor los restos dispersos de los dos ejércitos, los de Publio y Gneo Escipión, derrotados en Hispania por los cartagineses, al dar cuenta por escrito de lo que había hecho, comenzó así: «Lucio Marcio propretor». Los senadores no vieron con agrado que se apropiara indebidamente de este título, ya que los generales solían ser nombrados por el pueblo y no por los soldados. Cuando recibieron un gran número de ciudadanos prisioneros enviados espontáneamente por el rey Pirro, decretaron que todos aquellos que habían formado parte de la caballería fueran degradados a la condición de soldados de infantería, y que todos los que habían sido soldados de infantería pasaran a formar parte de las tropas auxiliares de honderos. Semejante cólera desató el senado contra aquellos que habían desertado de Cannas, considerándoles muertos. En efecto, una vez recibida una carta de

Marco Marcelo para que se le autorizase a servirse de ellos en el inminente asedio de Siracusa, el senado le contestó que eran indignos de permanecer en el campamento con los demás soldados; que por lo demás le autorizaba a hacer de ellos lo que creyese más conveniente para el interés de la república con tal de que ninguno disfrutase de recompensa alguna. En otra ocasión, el senado, indignado por el asesinato del cónsul Quinto Petilio a manos de los lígures, no permitió que se diera sueldo alguno a la legión durante un año. Cuando los soldados que habían ocupado Regio en una guerra injusta, una vez muerto su general Jubelio, nombraron general a su secretario Marco Cesio, el senado los encarceló. Y aunque el tribuno de la plebe Marco Furio[4] Flaco aconsejaba que no se procediera de este modo contra ciudadanos romanos, ordenó que cada día fueran azotados y después ejecutados cincuenta de ellos.

Ejemplos extranjeros

Clearco, el general de los lacedemonios, inculcaba a su ejército que debía temer más a su general que al mismísimo enemigo. De esta manera dejaba bien claro que debía mostrar ante el castigo el espíritu que había dudado mostrar ante la batalla. 7, 2

CAPÍTULO 8

Sobre el derecho a celebrar el triunfo

Algunos generales deseaban que se decretase el derecho a celebrar el triunfo por unas batallas de escasa importancia. 8, 1

[4] Fulvio en Valerio Máximo.

Para salir al paso de estas pretensiones se estableció por ley que sólo podía tener este honor quien hubiese dado muerte en una sola batalla a cinco mil enemigos. Además, los tribunos de la plebe Publio[5] Marcio y Marco Catón decretaron que se castigara a los generales que osaran comunicar al senado un número falso de enemigos muertos o de ciudadanos romanos caídos.

2 El cónsul Quinto Lutacio y el pretor Quinto Valerio habían aniquilado una importante flota cartaginesa. El senado, por este motivo, decretó el triunfo para el cónsul Lutacio. Pero como Valerio deseara ardientemente que también a él se le otorgara, Lutacio dijo que no era conveniente hacer eso. Así pues, tuvo que intervenir el juez Atilio Calatino, que preguntó que bajo qué auspicios se había luchado ese día. Cuando Valerio respondió: «Del cónsul», Atilio dictó la siguiente sentencia: «Fallo a favor de Lutacio».

3 Gneo Fulvio Flaco rechazó el honor del triunfo otorgado por el senado y, por ello, fue condenado al exilio, víctima de un proceso público.

5 No permitieron la celebración del triunfo de Publio Escipión por haber recuperado las Hispanias, ni el de Marco Marcelo por hacer lo propio con Siracusa, porque para realizar este cometido habían sido enviados sin ninguna magistratura.

6 Es costumbre que el general que va a celebrar un triunfo invite a los cónsules a un banquete y que, después, les ruegue que se abstengan de ir, para que no se dé el caso de que, el día en que celebra ese triunfo, haya en el banquete personas con más autoridad que él.

[5] Lucio en Valerio Máximo.

CAPÍTULO 9

Sobre la nota censoria

Los censores Camilo y Postumio ordenaron a todos aquellos que habían llegado a la vejez sin haberse casado que entregaran al erario público una tasa en concepto de multa. 9, 1

Los censores Marco Valerio Máximo y Gayo Junio Bruto Bubulco expulsaron del senado a Lucio Annio, porque había repudiado a la mujer virgen con quien se había casado sin consultar la opinión de ningún amigo. 2

Lo mismo hizo también Porcio Catón con Lucio Flaminino, al que borró de la lista de senadores porque había ajusticiado a un condenado en el momento que había querido una mujerzuela durante un banquete. 3

Fabricio Luscino expulsó del orden senatorial a Cornelio Rufino porque poseía diez libras de plata. 4

Los censores Marco Antonio y Lucio Flaco apartaron del senado a Duronio porque, en calidad de tribuno de la plebe, había derogado una ley que limitaba los gastos en los banquetes. 5

Los censores Manio Valerio y Lucio[6] Sempronio relegaron a cuatrocientos jóvenes del orden ecuestre, por haber desobedecido la orden de concluir una fortificación en Sicilia. 7

Marco Atilio Régulo y Lucio Furio relegaron al cuestor Marco Metelo y a muchos caballeros romanos que tras la batalla de Cannas habían jurado abandonar Italia con él. Además, mediante una dura nota censoria, condenaron también a aquellos que, prisioneros de Aníbal, tras enviar éste 8

[6] Publio en Valerio Máximo.

unos legados para intercambiar prisioneros, permanecieron en Roma y no consiguieron lo que pedían.

9 Gayo Geta, aunque fue apartado del senado por los censores Lucio Metelo y Gneo Domicio, fue más tarde nombrado censor. Igualmente Marco Valerio Mesala, víctima de una nota censoria, poco tiempo después obtuvo el honor de ser censor.

CAPÍTULO 10

Sobre la dignidad

10, 1 Cuando Quinto Metelo se defendía de la acusación de cohecho y eran presentados ante los jueces los registros exigidos por el acusador, todo el tribunal apartó la vista de los registros, pues se pensaba que era indigno juzgar la integridad de un hombre tan ilustre por una cantidad exigua de cera y unas pocas letras.

2 El rey Antíoco, en la guerra que llevaba a cabo contra los romanos, a un hijo de Escipión cogido prisionero por los soldados, se lo envió a su padre de manera espontánea. Mientras el mismo Africano se hallaba en su casa de campo en Literno, un nutrido grupo de jefes piratas se acercó para hacerle una visita. Al creer él que venían con intenciones hostiles, dispuso como defensa en el techo de la villa a un grupo de servidores domésticos. Pero al ser informado de la intención pacífica de los visitantes, ordenó que abrieran las puertas y salió ante la admiración de todos.

3 Durante las exequias de Emilio Paulo, al hallarse entonces en Roma por casualidad una embajada de los más notables de Macedonia, de repente echaron sobre sus hombros el féretro mortuorio.

Al partir Publio Rupilio al exilio, todas las ciudades de 5
Asia enviaron legados que le ofrecieron asilo.

Un esclavo público de origen cimbrio fue enviado para 6
asesinar a Gayo Mario, que estaba encerrado en su casa privada de Minturnas. Pero, cuando tenía en la mano la espada desenvainada, no se atrevió a agredirlo.

Marco Porcio Catón, después de haber criticado en la 7
curia a los publicanos contra la voluntad del cónsul Gayo César, cuando llegó el día en que fue conducido a prisión por el lictor que obedecía las órdenes de César, tuvo al pueblo como acompañante.

En cierta ocasión en que este mismo Catón estaba con- 8
templando unos Juegos Florales que patrocinaba el edil Mesio, al pueblo le dio vergüenza pedir que las actrices de mimo se desnudaran. Al saber esto por boca de Favonio, un gran amigo suyo que se sentaba a su lado, se marchó del teatro.

Ejemplos extranjeros

Como premio por librar a Atenas de la tiranía, Jerjes hi- 10, 1
zo transportar desde ella hasta su reino las estatuas de bronce de Harmodio y de Aristogitón. Posteriormente, Seleuco las devolvió a su sede primitiva. Pero cuando, en el viaje, llegaron a su ciudad, los rodios les invitaron públicamente a la isla y las colocaron en sus altares sagrados.

En una ocasión en que al ateniense Jenócrates, siguien- 2
do la costumbre ateniense, le obligaron a dar testimonio ante el altar de que jurase que todo lo que había dicho era cierto, los jueces proclamaron que no prestase juramento pues confiaban en su sinceridad.

LIBRO III

CAPÍTULO 1

Sobre la índole

Emilio Lépido, todavía niño, saliendo a combatir al cam- 1, 1
po de batalla, dio muerte a un enemigo y salvó a un ciudadano. Por ello el senado decretó que se le erigiese una estatua en el Capitolio con la toga pretexta.

Cuando Catón, todavía niño, se criaba en casa de su tío 2
materno, Marco Druso, y habían llegado hasta éste unos latinos para pedirle el derecho de ciudadanía romana, aunque rogaron al niño que les ayudase en el cometido ante su tío, respondió que no lo haría. Finalmente Popedio, llevándolo a lo más alto de la casa, amenazó con arrojarlo desde allí si no condescendía a sus ruegos; pero, ni aun así pudo hacerlo cambiar de opinión. Él mismo, en una ocasión en que había ido vestido con la toga pretexta a saludar a Sila, al ver amontonadas en el atrio las cabezas de los proscritos, preguntó a su pedagogo, llamado Sarpedón, por qué razón no había nadie que diera muerte a un tirano tan cruel; y como quiera que éste le respondiera que Sila contaba con una guardia personal, le respondió entonces que le diera una espada

afirmando que él mismo le daría muerte de la manera más sencilla, pues solía sentarse en su mismo lecho.

3 Gayo Casio le pegó un puñetazo a un hijo de Sila condiscípulo suyo, llamado Fausto, porque en la escuela se vanagloriaba de las proscripciones de su padre y amenazaba con hacer lo mismo en cuanto se lo permitiera la edad.

Ejemplos extranjeros

1, 1 El ateniense Alcibíades, habiéndose presentando aún niño ante su tío materno, Pericles, lo vio con el semblante triste porque, según decía, por orden del pueblo había construido los propileos de Minerva, que son las puertas de acceso a la Acrópolis, y se había gastado una enorme cantidad de dinero en aquella obra sin saber ahora cómo dar explicaciones de su gestión. «Pues, busca mejor cómo no dar explicaciones», le respondió éste.

CAPÍTULO 2

Sobre la fortaleza de ánimo

2, 1 Cuando los etruscos trataban de irrumpir en Roma por el puente Sublicio, Horacio Cocles, combatiendo ardorosamente, detuvo a toda la formación enemiga hasta que el puente terminó por romperse a sus espaldas. Entonces se arrojó armado al Tíber y, nadando, consiguió salvar su vida.

2 Clelia, entregada a Porsena como rehén junto con otras jóvenes vírgenes, escapando de noche y atravesando el río, salvó a la patria del deshonor.

Rómulo, retado a combate singular por Acrón, el rey de los ceninenses, una vez muerto Acrón y puestos en fuga los enemigos, volvió trayendo consigo los despojos arrebatados al rey enemigo para ofrecérselos a Júpiter Feretrio. 3

Después de Rómulo, Cornelio Coso fue el siguiente en consagrar al mismo dios los despojos cuando dio muerte al general de los fidenates tras enfrentarse a él en combate. 4

Marco Marcelo, atacando cerca del Po al rey de los galos, que contaba con un gran ejército, tras darle muerte, lo despojó de sus armas y se las dedicó a Júpiter Feretrio como tercera y rica ofrenda. 5

Escipión Emiliano, cuando militaba en Hispania bajo el mando de Luculo y se hallaba sitiando la bien fortificada ciudad de Intercacia, fue el primero en saltar sobre la muralla. 6

Cuando nuestra ciudad fue tomada por los galos, los ancianos se habían quedado en una parte de la ciudad, porque en la fortaleza no había espacio suficiente para todos, entonces, los que habían desempeñado cargos honoríficos, abiertas las puertas, se sentaron en las sillas curules adornados con las insignias de las magistraturas que habían obtenido. Al principio, los galos se sorprendieron, para pasar después a la risa, hasta que Marco Atilio, a un galo que le acarició suavemente la barba, le propinó un bastonazo en la cabeza y le ofreció su cuerpo cuando el bárbaro se lanzó contra él con intención de darle muerte. 7

Cuando el cónsul Gayo Sempronio Atratino combatía contra los volscos con escasa fortuna junto a la ciudad de Verrugo, los caballeros desmontaron de sus caballos y, agrupándose en las centurias, se restableció el equilibrio. 8

Fabio Máximo Ruliano, a pesar de que Papirio, que marchaba a Roma para tomar auspicios, le prohibió entablar combate con los samnitas, emprendió esa lucha y sólo gra- 9

cias al valor de sus caballeros, se libró de la culpa de haber combatido.

11 En la batalla de Cannas, un soldado romano, al tener las manos inútiles para sujetar las armas debido a las heridas, abrazado al cuello de un númida que intentaba despojarlo de las armas, le dejó el rostro deforme mordiéndole orejas y nariz.

12 Publio Craso, cuando combatía con Aristonico, interceptado entre Elea y Esmirna por los tracios, para no caer en manos del enemigo, lanzó la fusta con la que guiaba su caballo contra los ojos de un bárbaro. Éste, furioso a causa del enorme dolor, atravesó el costado de Craso con un puñal.

13 Escipión Metelo, tras la infeliz defensa realizada por su yerno Gneo Pompeyo, al caer en manos del enemigo la nave en que viajaba, se atravesó con una espada. Y, cuando los soldados cesarianos le preguntaban, les respondió: «El comandante está bien».

14 Al ser derrotados sus partidarios por César, Catón se atravesó con su espada.

15 Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, al conocer la determinación que había tomado su marido de matar a César, pidió una navaja de afeitar, dando a entender que iba a cortarse las uñas y con ella se hizo una herida como si fuera por accidente. Alarmado por los gritos de las sirvientas, Bruto volvió poco después al dormitorio y comenzó a reprocharle que había querido hacer lo que correspondía al barbero. Entonces Porcia replicó: «He querido experimentar, por si falla tu propósito, con qué serenidad de ánimo me daré muerte».

16 A Catón el Censor, en el campo de batalla, se le había caído la espada de la vaina, pero la recuperó y la mantuvo intrépido contra un grupo de enemigos.

17 Cuando Tiberio Graco amenazó abiertamente al senado y los senadores deliberaban acerca de la situación de la república, planteándose si matar a Graco, Escévola dijo que él nunca haría nada recurriendo a la violencia. Pero, una vez acusado éste, Escipión Nasica se ofreció para ejecutar esa acción, cogió con su mano izquierda la parte baja de la toga y, levantando la diestra, dijo: «Los que quieran salvar a su patria, que me sigan».

Cuando los tribunos de la plebe Saturnino y Equicio, así 18
como el pretor Glaucia, provocaban graves desórdenes en nuestra ciudad, Marco Escauro, anciano ya, exhortó a Mario, que desempeñaba su sexto consulado, a que salvara a Roma. Al punto ordenó que le trajesen sus armas y se mantuvo en pie ante las puertas de la curia, resultando herido al recibir una pedrada.

Al ver Gayo César que sus tropas cedían ante el podero- 19
so ejército de los nerviones, arrebató el escudo a un soldado que combatía con poca entereza y, gracias a su valor, restableció sus líneas. Él mismo, en el curso de otra batalla, al portaestandarte de la legión Marcia, que ya se había dado la vuelta para comenzar la huida, lo cogió por el cuello y le hizo cambiar de dirección.

Cuando Aníbal defendía Capua, asediada por el ejército 20
romano[1], Vibio Acao, el prefecto de una cohorte de pelignios, arrojó el estandarte al otro lado de la empalizada cartaginesa lanzando todo tipo de maldiciones sobre él y sus soldados si el enemigo se apoderaba de la enseña. Cuando Valerio Flaco, el tribuno de la tercera legión, vio esto, imitó

[1] En el capítulo correspondiente de Valerio Máximo se nos dice que Aníbal asediaba la ciudad de Capua en la que estaba el ejército romano. En el epítome, en cambio, es Aníbal el que defiende la ciudad y los romanos son los sitiadores. Ya advertíamos, además, en el texto de Valerio que, si confrontamos este pasaje con su fuente (Livio, XXV 14) observamos un error, porque en el ataque del ejército romano al campamento de Hannón, ni Aníbal ni Capua tuvieron nada que ver.

su ejemplo. Y lo mismo hizo el centurión Pedanio. De este modo, el campamento cartaginés fue tomado en breve.

21 Quinto Occio, conocido como «Aquiles» debido a su fortaleza, enviado a Hispania como legado del cónsul Quinto Metelo, cuando supo que un joven de este pueblo lo retaba a combate singular —estaba él en ese momento a punto de comenzar a comer—, dejando la mesa, sin informar siquiera a Metelo, persiguió a caballo a su enemigo y le dio muerte. En otra ocasión, este mismo guerrero, al ser retado también a combate singular, hizo arrodillarse ante él a su rival, y le obligó a entregarle la espada y el sayo militar ante la expectación de los dos ejércitos.

22 Acilio, cuando estaba luchando como soldado de la décima legión en el ejército de Gayo César, en un combate naval, al serle cortada la mano derecha con la que se había asido a la nave enemiga, se agarró con la izquierda a la popa y no dejó de luchar hasta que sumergió la nave en la profundidad tras haberla capturado.

23 Cuando Cesio Esceva, centurión del mismo general, estaba combatiendo en la defensa de una fortaleza al frente de la cual había sido puesto, y Justuleyo, el prefecto de Gneo Pompeyo, ponía todo su empeño en tomar dicha fortaleza, después de dar muerte a todos los que se acercaban, cayó. En su escudo se contaron ciento veinte golpes, pero él se salvó gracias a la intervención de sus compañeros.

Este mismo Esceva, cuando Gayo César combatía en Bretaña, pasó en una barca a unos escollos próximos. Al acercarse los enemigos, cuando todos sus compañeros habían regresado al litoral, él solo, tras una dura batalla, mantuvo la posición ganada a pesar de que tenía el muslo atravesado y el escudo inservible debido a los golpes recibidos. Finalmente, se arrojó a la mar y, nada más llegar a presencia de César, pidió perdón porque había regresado sin escudo.

Lucio Sencio[2] Dentado tomó parte en ciento veinte batallas, veintiséis veces volvió con despojos del enemigo, y en ocho de ellas había sido retado; catorce soldados fueron salvados por él en una batalla, recibió en el pecho cuarenta y cinco heridas, pero ni una sola en la espalda; ocho veces participó en procesiones triunfales; recibió ocho coronas cívicas de oro[3], tres murales, una de asedio, ochenta y tres collares, ciento sesenta brazaletes, dieciocho lanzas y treinta y cinco faleras[4]. 24

Ejemplos extranjeros

Al liberar Darío a los persas de la sórdida y cruel tiranía de los magos, cuando tenía a uno de éstos en tierra debajo de él, a un compañero que dudaba si propinarle un golpe, no fuera a ser que le diera al propio Darío en lugar de al mago, le dijo: «Usa tu espada aunque tengas que atravesarnos a los dos, hazlo con tal de que éste muera lo antes posible». 2, 2

El espartano Leónidas, al hacer frente a toda Asia con trescientos ciudadanos en las Termópilas, por culpa de la criminal traición de los habitantes de aquella región, fue privado de la posición ventajosa de aquel lugar que le era muy favorable, y murió luchando. Se dice que sus palabras fueron: «Compañeros, comed como si fuerais a cenar en los infiernos». Los lacedemonios, como si lo que se les había anunciado fuese la victoria, obedecieron intrépidos la orden. 3

---

[2] Lucio Siccio Dentado en Valerio Máximo.

[3] Nueve según Valerio Máximo.

[4] Veinticinco en Valerio Máximo.

4 El espartano Otríades, que luchó y murió noblemente, consiguió para los suyos una victoria arrebatada a los enemigos y con trofeos regados por su propia sangre.

5 El tebano Epaminondas, alcanzado por una lanza, cuando le empezaba a flaquear la sangre y la respiración, a los que trataban de socorrerle les preguntó, primero, si su escudo estaba a salvo y, después, si los enemigos habían sido derrotados por completo. Cuando supo que ambas cosas habían sucedido como él deseaba, dijo: «Dejo, pues, dos maravillosas hijas, Leuctra y Mantinea».

6 El ateniense Terámenes no dudó en beber la poción venenosa a que le obligaron los Treinta tiranos. Entre bromas, hizo que la parte de la pócima que sobraba, al caer al suelo, emitiese un ruido bien perceptible y sonriendo al esclavo que le había traído el veneno, dijo: «Bebo por la salud de Critias». Era en efecto Critias el más cruel de los Treinta tiranos.

7 El numantino Retógenes, cuando la situación de Numancia ya era insostenible, prendió fuego a su barrio, que era el más floreciente de la ciudad. A continuación colocó la espada desenvainada en medio y ordenó a los ciudadanos que combatiesen entre sí de dos en dos, de manera que el vencido muriera. Por último, se arrojó también él sobre las llamas.

8 Una vez conquistada Cartago, la mujer de Asdrúbal, echándole en cara su impiedad, porque se había contentado con pedirle a Escipión que le perdonase la vida sólo a ella, cogiendo con ambas manos a sus hijos, se arrojó sobre las llamas.

9 Cuando toda la familia del rey Gelón había sido destruida por una cruenta rebelión en Siracusa y tan sólo sobrevivió Harmonía, los enemigos irrumpieron con el ánimo de quitarla de en medio y su nodriza entregó a las espadas enemigas a una joven igual que Harmonía vestida con ropa propia de una princesa. Ni siquiera cuando le iban a dar muerte con la espada reveló su verdadera condición esta muchacha. Admirada de su valor, Harmonía confesó a sus perseguidores que ella era a la que buscaban, ante lo cual murieron las dos.

CAPÍTULO 3

Sobre la paciencia

Como Mucio llevara a mal que Porsena, el rey de los 3, 1
etruscos, atacara nuestra ciudad con una guerra larga y duradera, Mucio penetró a escondidas en su campamento y fue sorprendido cuando se disponía ya a matar al rey, que estaba celebrando un sacrificio ante el altar.

Cuando Pompeyo realizaba funciones de embajador, fue 2
interceptado por el rey Gencio, que le ordenó que expusiese las decisiones del senado. Pero él acercó un dedo a una lucerna encendida y, como no profirió queja alguna, hizo desesperar al rey de sacarle cualquier información.

Ejemplos extranjeros

Niños de muy nobles familias asistían al rey Alejandro 3, 1
cuando celebraba sacrificios. Uno de ellos, cogiendo un pebetero, se colocó delante del rey. Un carbón encendido cayó sobre su brazo, pero soportó en silencio el dolor para no interrumpir el sacrificio de Alejandro. El rey entonces, viendo con deleite la capacidad de sufrimiento del niño, prolongó el

sacrificio más tiempo del debido, pero ni siquiera esto le hizo desistir de su decisión.

2 El filósofo Zenón de Elea llegó a Agrigento en tiempos del tirano Fálaris, y animó al pueblo a luchar por la libertad. Esto hizo que el tirano ordenara que le torturaran en mitad del foro. Pero él no cejó en sus exhortaciones y movilizó al pueblo de tal modo que poco después Fálaris fue lapidado.

3 Otro filósofo del mismo nombre, cuando era torturado por el tirano Nearco, que había decidido darle muerte, dijo que había algo que le convenía oír en secreto. Una vez libre del potro de tortura, de un mordisco le arrancó la oreja y no la soltó hasta que él se quedó sin vida y el tirano sin oreja.

4 El filósofo Anaxarco, cuando era torturado en una columna por Nicocreonte, el tirano de Chipre, le dijo: «Golpeas la envoltura de Anaxarco»[5].

5 Cuando Teódoto, a pesar de ser inocente, fue condenado por el tirano Jerónimo, mintió y acusó al mejor amigo del tirano de ser su cómplice. De esta manera, mientras Jerónimo laceraba cruelmente a su enemigo, perdió sin motivos a un amigo.

6 Se cree que entre los indios hay quienes pasan toda su vida desnudos y se exponen a las llamas sin que se les escape un quejido. Se les llama «gimnosofistas»[6].

7 Un esclavo bárbaro, tomándose muy a mal que Asdrúbal diese muerte a su amo, abalanzándose sobre él súbitamente, lo mató. Tras ser capturado y sufrir toda clase de tormentos, mantuvo, sin embargo, en su semblante la alegría que le había proporcionado su venganza.

[5] Varían en este caso totalmente las palabras de Anaxarco respecto a lo que encontramos en Valerio Máximo.

[6] Esa denominación no aparece en Valerio Máximo.

CAPÍTULO 4

Sobre aquéllos que tuvieron un origen humilde

Una rústica choza fue la cuna de Tulo Hostilio: su ado- 4, 1
lescencia la pasó apacentando rebaños.

Varrón, colega de Paulo, alcanzó el consulado aunque 4
había nacido en la carnicería de su padre.

Marco Perpenna, que hizo prisionero al rey Aristonico y 5
vengó la derrota de Craso, fue cónsul antes que ciudadano, pues su padre, de origen sabelio, que por familia no tenía ningún derecho a la ciudadanía, fue convicto de acuerdo con la ley Papia.

Ejemplos extranjeros

La madre de Sócrates, Fenárete, era comadrona, y su pa- 4, 1
dre Sofronisco, marmolista. La madre de Eurípides era verdulera y el padre de Demóstenes vendedor de navajas.

CAPÍTULO 5

Sobre los que se han comportado con más libertad de la que permiten las costumbres de la patria[7]

Escipión, el hijo del Africano, que había sido hecho pri- 5, 1
sionero por Antíoco, cuando presentaba su candidatura a

[7] Este capítulo aparece en VALERIO MÁXIMO como *Qui a patribus claris degeneraverunt*, y el título que aquí encontramos se corresponde con el que aparece en el capítulo VI de la edición de *Hechos y dichos*.

pretor, apareció en el Campo de Marte con una toga tan sucia que, si no hubiese sido por la ayuda de Cicereyo, en otro tiempo secretario de su padre, jamás habría obtenido del pueblo este cargo.

2 Quinto Fabio, hijo de Quinto Fabio Máximo Alobrógico, tuvo unas costumbres tan vergonzosas, que el pretor urbano Quinto Pompeyo tuvo que prohibirle hacer uso de los bienes paternos.

4 Se dice que Hortensio Corbión, el nieto del orador Quinto Hortensio, tenía mala reputación por haber cometido actos obscenos con la lengua.

CAPÍTULO 6

6, 1 Publio Escipión, cuando estuvo en Sicilia para aumentar su ejército, se aficionó al gimnasio.

2 En el Capitolio hay una estatua de Lucio Escipión vestido con clámide y calzando sandalias, apariencia que mostró y con la que quiso ser representado.

3 Lucio Sila, aunque era un general del ejército, paseó por Nápoles con clámide y sandalias.

4 Gayo Duilio, que fue el primero en obtener una victoria naval sobre los cartagineses, siempre que asistía a un banquete fuera de casa, solía regresar a su domicilio precedido de un flautista y un tocador de lira a la luz de una antorcha de cera.

5 Marco Papirio, cuando el senado le negó la celebración del triunfo pese a su brillante acción, fue el primero en celebrar el triunfo en el monte Albano.

6 Gayo Mario bebía siempre agua de un cántaro después de todas las celebraciones triunfales, porque el padre Baco, tras derrotar a los indios, también bebió de un recipiente así.

Marco Catón, siendo pretor, procedió judicialmente contra Marco Escauro y los otros reos cubierto sólo con la pretexta, sin túnica. 7

CAPÍTULO 7

Sobre la confianza en uno mismo

Después de la muerte de Publio y Gneo Escipión en Hispania, al no atreverse nadie a llegar hasta sus ejércitos, Publio Escipión, que contaba con sólo veinticuatro años, prometió que iría él. Y cuando este mismo Escipión asediaba en Hispania la ciudad de Badia, como tenía que dictar sentencia en un juicio, dijo: «Lo haré mañana en la ciudad», tal como realmente sucedió. En otra ocasión, habiendo cogido prisioneros a unos exploradores de Aníbal en el campamento romano, les acompañó enseñándoles él mismo sus tropas y, después de agasajarles con un banquete, les devolvió sus caballos y los dejó partir sanos y salvos. 7, 1

En cierta ocasión en que iba en aumento la carestía de alimento, cuando el tribuno de la plebe Gayo Curiacio ordenó que se adquiriera trigo, Nasica, partidario de la acción contraria, viendo a la plebe agitada, les dijo: «Guardad silencio, pues yo sé mejor que vosotros lo que conviene a la república». 3

Ejemplos extranjeros

El flautista Antigénidas a un discípulo suyo muy aventajado, pero de escaso éxito entre el público, para que lo oyeran bien muchos, le dijo: «Toca para mí y para las musas». 7, 2

3 Zeuxis, tras haber pintado a Helena, no creyó conveniente esperar la opinión de los hombres sobre su obra, sino que de inmediato añadió:

No es vergonzoso que los troyanos y los aqueos de hermo-
[sas grebas
sufran tanto desde hace tiempo por una mujer semejante.

4 Fidias, preguntado por un amigo en qué modelo se había inspirado para perfilar la cabeza de Júpiter, le respondió con los siguientes versos:

Dijo, y con su negro entrecejo asintió el Cronida;
y su inmortal cabellera ondeó sobre la cabeza
del señor inmortal. E hizo temblar el vasto Olimpo.

6 Aníbal, cuando estaba exiliado en la corte del rey Prusias y le sugería que entablara una batalla, como quiera que las entrañas de la víctima del sacrificio le anunciaban lo contrario, dijo: «¿Acaso prefieres dar más crédito a un pedazo de carne que a un viejo general?».

CAPÍTULO 8

Sobre la perseverancia

8, 1 Fulvio Flaco, tras recibir la ciudad de Capua de manos de Aníbal, aunque el senado le prohibía atacar a las personas más notables de la ciudad, él persistió en su empeño. Y como hubiera dado la orden de que los ataran al poste de ejecución, aunque recibió una carta en la que se le decía que no castigara a todos, no la leyó entonces y, sólo después de dar rienda suelta a su odio, ordenó que se diera a conocer la orden del senado.

Quinto Fabio, que había entregado una suma de dinero 2
por el rescate de unos prisioneros que tenía Aníbal, engañado por el que había repartido el dinero, nada de esto dijo en público. Este mismo Fabio, siendo enviado para luchar contra Aníbal después de la derrota de Cannas, eludió la lucha con diversas estratagemas y así consiguió que Roma no sucumbiese.

Gayo Pisón fue el único que se resistió cuando el turbu- 3
lento Palicano, con sus funestas mentiras, había convencido al pueblo para ser elegido cónsul.

Metelo el Numídico, al advertir qué dirección tomaban 4
los intentos del tribuno de la plebe Saturnino, marchó solo al exilio *** sus leyes.

Cuando le pidieron que diera su opinión, el augur Quin- 5
to Escévola, no quiso comentar nada, a pesar de que Sila *** pensaba sobre los partidos contrarios.

Sempronia, hermana de los Gracos y esposa de Escipión 6
Emiliano, al saber que un tal Equicio buscaba el falso derecho de pertenecer a la familia Sempronia, se negó a besarle, a pesar de que el pueblo le pedía que lo saludara porque era hijo de su hermano.

Ejemplos extranjeros

Cuando el macedonio Alejandro yacía enfermo y el mé- 8
dico Filipo se disponía a darle una medicina, llegó una carta remitida por Antípatro[8], advirtiendo al rey que tuviese cuidado con Filipo, ya que había sido sobornado por Darío para que le diera un veneno. Nada más leerla, ingirió la pócima y después dio la carta a Filipo para que la leyera.

[8] Según Valerio Máximo, la carta la había remitido Parmenión.

LIBRO IV

CAPÍTULO I

Sobre la moderación

1, 1 El cónsul Publio Valerio, cuando advirtió que todo se volvía resentimiento contra él, llevado por su moderación, rebajó sus pretensiones separando las segures de los fasces, sometiéndose a la asamblea popular, disminuyendo a la mitad el número de participantes, tomando como colega a Espurio Lucrecio, y demoliendo su casa porque, al estar en un lugar elevado, parecía una fortaleza.

2 Cuando Roma fue tomada por los galos, los romanos solicitaron la ayuda de Camilo, pero éste no quiso asumir el mando del ejército, hasta que no supo que su dictadura había sido aprobada con todos los trámites legales.

3 Marcio Rutilo Censorino, al ser nombrado censor por segunda vez, criticó al pueblo por haberle otorgado de nuevo ese poder.

4 Lucio Quincio Cincinato, cuando los senadores pretendieron que continuara en esa magistratura, porque también el pueblo quería elegir a los mismos tribunos para el siguiente año, consiguió con su ejemplo obligar a los tribunos a imitarle.

5 Fabio Máximo, cuando advirtió que había sido cónsul durante cinco años, y que en otras muchas ocasiones lo habían sido su padre, su abuelo y demás antepasados, en los comicios en los que su hijo era nombrado cónsul, solicitó al pueblo que librara por una vez de ese honor a la familia Fabia.

6 Escipión Africano no permitió que se le otorgaran imágenes, estatuas, consulados perpetuos ni la censura que le ofrecía el pueblo.

7 Marco Marcelo cuando, durante su consulado, llegaron a Roma unos sicilianos para quejarse de su actuación, propuso antes que nadie que se les recibiese y permitió pacientemente que expusieran sus quejas.

Posteriormente, tras defenderse y resultar vencedor, trató con benevolencia a los legados.

8 El tribuno de la plebe Tiberio Graco, a pesar de ser enemigo declarado de los dos Escipiones, el Africano y Gneo, en una ocasión en la que el Asiático no pudo pagar una cantidad determinada de dinero y estuvo a punto de ser encarcelado por orden del cónsul, intercedió por él.

9 Gayo Claudio Nerón, a pesar de que había compartido la gloria con Livio Salinátor cuando aplastaron a Asdrúbal, prefirió seguir al caballo de Livio Salinátor sin tener en cuenta que el senado había decretado el triunfo también para él.

10 Escipión Africano Menor, cuando iba a realizar el sacrificio propio de la terminación del censo, en el momento en el que el escriba se disponía a leer la fórmula ritual fijada por los libros públicos —esa fórmula con la que rogaban a los dioses inmortales que favorecieran y protegieran al estado romano—, dijo: «Como la situación es ya suficientemente estable y buena, suplico sólo que nos mantengan así para siempre». Y ordenó que, desde entonces, ésta fuera la fórmula que figurara en los libros públicos.

Y él mismo durante su censura, en una ocasión en que pasaba revista a las centurias de la caballería, advirtiendo que Gayo Licinio Sacerdote se adelantaba al ser mencionado, afirmó que sabía que éste había cometido perjurio, por lo que, si alguien quería acusarle, actuaría como testigo. Pero como nadie daba ese paso, dijo: «Sigue siendo caballero, Sacerdote, y date por contento con que únicamente se conozca tu infamia, porque no quiero que parezca que, en este caso, yo he actuado como acusador, como testigo y como juez».

Marco Escévola[1], al ser citado como testigo contra un 11
acusado, afirmó que debían creerle si otros aseveraban lo mismo.

Metelo el Macedónico, que era enemigo de Escipión el 12
Africano debido a la rivalidad, cuando oyó decir que Escipión había sido asesinado, se lanzó a la calle y, con rostro apenado, exclamó: «¡Corred, corred, ciudadanos! ¡Las murallas de nuestra ciudad han sido abatidas!». Y el propio Macedónico ordenó a sus hijos que portaran sobre sus hombros el féretro, añadiendo que, en lo sucesivo, no podrían prestar este servicio a otro hombre más ilustre.

Metelo el Numídico, tras ser desterrado, en una ocasión 13
en que estaba contemplando unos juegos en Trales, le fue entregada una misiva del senado en la que se le concedía que regresase a casa. Pero él no abandonó el teatro hasta que no terminó el espectáculo y lo cierto es que su expresión durante su regreso era la misma que cuando fue desterrado.

Porcio Catón, a *** causa del dinero logrado en Chipre, 14
cuando el senado quiso que no rindiera cuentas, no lo permitió.

---

[1] Quinto Escévola según Valerio Máximo.

15 Hallándose Marco Bíbulo en la provincia de Siria, sus dos hijos fueron asesinados por unos soldados de Gabinio, capturados y entregados a él por Cleopatra. Pero Bíbulo se sobrepuso a su dolor y afirmó que el poder de la venganza recaía en manos del senado.

Ejemplos extranjeros

1, 1 El tarentino Arquitas, después de profundizar en Metaponto en la filosofía pitagórica, cuando volvió a su patria, advirtió entonces que un granjero negligente lo tenía todo abandonado, ante lo cual le dijo: «Te castigaría por tu mala actuación si no estuviese enojado».

2 Platón, en una ocasión en que se encolerizó contra un esclavo, encomendó a su amigo Espeusipo que le castigase.

3 El noble siracusano Dión, al ser desterrado por Dionisio, quiso encontrarse con el señor de la ciudad en la que se había refugiado, y como no le permitieron entrar, dijo: «Debemos tener paciencia, porque tal vez nosotros, cuando nos hallábamos en una situación similar, hemos actuado de forma parecida».

4 El ateniense Trasibulo, una vez expulsados los Treinta tiranos, reunió de nuevo a los ciudadanos en su patria y propuso un plebiscito para que se olvidase lo ocurrido.

5 Estasipo de Tegea, cuando sus amigos le animaban a que quitara de en medio a un duro rival en la administración del estado, se negó a hacerlo, para evitar que ninguna persona malvada obtuviera un lugar apropiado sólo para un buen ciudadano.

6 El tirano de Mitilene Pítaco, cuando obtuvo la tiranía, recordó al poeta Alceo que tenía poder para perseguirle.

Unos pescadores de Mitilene, tras pescar con sus redes 7
una mesa de oro y consultar a Apolo, que les ordenó que se la entregaran al más sabio, se la dieron a Tales. Pero éste se la cedió a Biante, Biante a Pítaco, hasta que le llegó a Solón quien se la ofreció al propio Apolo.

Por su parte Antíoco, cuando las fronteras de su imperio 9
quedaron reducidas por Lucio Escipión a la zona situada más allá del monte Tauro, comenzó a dar gracias al pueblo romano, porque le habían librado de preocupaciones excesivas otorgándole un imperio moderado.

CAPÍTULO 2

Personas que se han unido a pesar de ser, en principio, enemigos

Marco Emilio Lépido, que fue dos veces cónsul y pontí- 2, 1
fice máximo, fue a su vez duro enemigo de Fulvio Flaco, que pertenecía a su mismo orden. Pero, cuando ambos fueron proclamados censores, depuso esa enemistad en el mismo Campo de Marte.

Livio Salinátor, a pesar de que sentía un enorme rencor 2
contra Nerón, por quien había sido enviado al exilio, cuando compartieron el consulado, depuso su enojo.

Escipión, como dijimos, una vez olvidada su enemistad 3
después de la intercesión de Tiberio Graco, le prometió la mano de su hija Cornelia.

Marco Cicerón defendió con gran empeño a Aulo Gabi- 4
nio, acusado de cohecho, a pesar de que éste, durante su consulado, le había expulsado de Roma.

Además, protegió en dos juicios públicos a Publio Vati- 5
nio, que siempre se había opuesto a que recibiera honores.

6 Caninio Galo tomó en matrimonio a la hija de Gayo Antonio, a quien había condenado y, por otra parte, acogió como administrador de sus bienes a Valerio Máximo[2], por quien había sido condenado.

CAPÍTULO 3

Sobre la abstinencia

3, 1 Cuando Escipión, que tenía veinticuatro años, había conquistado en Hispania la ciudad de Cartago Nova, conoció entre las prisioneras a una doncella noble de eximia belleza que estaba prometida a un celtíbero llamado Indíbil. Entonces, habiendo llamado a sus padres y a su futuro esposo se la entregó sana y salva, concediéndole como añadido a la dote el oro que había obtenido por liberar a la muchacha.

Esta muestra de continencia se ganó a los celtíberos.

4 Gneo Marcio, descendiente del rey Anco, y protagonista de hazañas de valor singular en la guerra, después de ser elogiado por el cónsul Póstumo Cominio, cuando iba a recibir honores militares, prisioneros y plata, no quiso aceptar sino que se mantuviese con vida a un enemigo preso, y que le entregasen un caballo que pudiera utilizar en la guerra.

5 Manio Curio, cuando unos samnitas le llevaron oro como regalo, dijo: «Prefiero dar órdenes a los ricos antes que hacerme rico». Él mismo, después de la huida de Pirro, al ver que se le entregaban cincuenta yugadas de tierra a él y siete a los demás, dijo: «Me parece injusto que un ciudadano romano no se contente con la misma recompensa que los demás».

[2] Según Valerio Máximo, Colonio fue el que lo había condenado.

Fabricio Luscino devolvió a Samnio el oro enviado por 6 los samnitas, así como diez siervos con regalos para su servicio. Y en una ocasión en que fue enviado como mensajero ante Pirro, al escuchar allí cómo un tesalio, llamado Cineas, contaba que un ilustre sabio de Atenas afirmaba que el placer era el mayor de los bienes, consideró monstruoso ese planteamiento.

El cónsul Quinto Tuberón, cuando el pueblo de los eto- 7 lios le ofreció vasos de plata aptos para cualquier uso —ya que, a su regreso, unos embajadores habían contado que habían visto sobre su mesa vajilla de barro—, imitó el ejemplo de Fabricio.

El cónsul Paulo, cuando derrotó al rey Perseo, llenó las 8 arcas de Roma con las riquezas macedónicas, pero en absoluto enriqueció su propio hogar.

Quinto Fabio Gurges, Gneo Fabio Píctor y Quinto Ogul- 9 nio entregaron al tesoro público los regalos que Ptolomeo les había concedido para uso particular. Además, lo hicieron antes de comunicar al senado el resultado de su misión. Pero el senado decidió repartir de nuevo esos bienes entre sus legítimos propietarios.

Catón el Censor, al ser enviado a Hispania, utilizó pieles 11 de cabra en lugar de ricos cobertores, y se contentó con unos gastos de quinientos ases, y con tres esclavos como séquito, además de la misma ración de vino que los marineros.

Porcio Catón el Joven, durante la guerra civil, llevó con- 12 sigo a su hijo y contó con doce esclavos, ciertamente más de los que había utilizado el Viejo, pero menos de lo que era usual en su época.

Escipión Emiliano, después de dos consulados y otras 13 tantas celebraciones triunfales, desempeñó el cargo de embajador acompañado por siete esclavos.

14 Cuando Pirro vio sus huestes quebrantadas, recurrió a sus riquezas y envió mensajeros con regalos apropiados tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, nadie les franqueó sus puertas.

Ejemplos extranjeros

3, 1 Cuando el ateniense Pericles era colega en la pretura del tragediógrafo Sófocles, en una ocasión en que éste se hallaba desempeñando una tarea pública y alabó la belleza de un joven noble que pasaba, le increpó por su exceso y le dijo que un pretor debía mantener sus ojos alejados no sólo de la ambición del dinero, sino también del deseo libidinoso.

3 A pesar de que Jenócrates estaba ebrio una noche, cuando se le acercó la prostituta más bella de Atenas y se recostó junto a él, no se alteró ni con sus caricias ni con sus palabras, ante lo cual la joven tuvo que retirarse sin conseguir su propósito.

4 Habiéndose acercado Alejandro al cínico Diógenes, que estaba sentado al sol, le dijo que si podía ayudarle en algo, a lo que Diógenes contestó: «Me gustaría que no me quitases el sol». En otra ocasión en que este filósofo comía verduras en Siracusa, Aristipo le dijo: «Si adularas a Dionisio, no comerías eso». Él replicó: «Pues si tú comieras esto, no adularías a Dionisio».

CAPÍTULO 4

Sobre la pobreza

4, 1 El cónsul Valerio Publícola tuvo tan escasos recursos que ni siquiera dejó suficiente para pagar las exequias.

Menenio Agripa fue enterrado gracias a los sextantes aportados por el pueblo. 2

Aunque Gayo Fabricio poseía una vasija de plata, quiso que la base fuera de cuerno. 3

Atilio fue reclamado para el consulado mientras araba. 5

Cuando Atilio supo que, como recompensa a sus hazañas, su magistratura había sido prorrogada, envió a los cónsules un escrito en el que les decía que había muerto en Pupinia el campesino que cuidaba de sus siete yugadas y que, por ello, le enviaran un sucesor, no fuera que, al quedar el campo sin manos que lo trabajasen, su esposa y sus hijos no tuvieran qué comer. Una vez el senado tuvo conocimiento de esta situación, ordenó que públicamente… 6

Cincinato, si bien trabajaba en un campo de siete yugadas, perdió tres de ellas al entregarlas al erario para ayudar a un amigo. 7

Hubo una época en la que dieciséis Elios se contentaron con una casita y una finca tan exigua que necesitaba menos manos que dueños tenía en realidad. 8

Esta misma familia no poseyó ningún escrúpulo de oro hasta que, tras ser derrotado Perseo, Paulo entregó a Quinto Elio Tuberón cinco libras de oro. 9

Gneo Escipión, durante la Segunda Guerra Púnica, escribió desde Hispania solicitando que le fuese enviado un sucesor, ya que, si él no regresaba, su hija, de edad casadera, no podría disponer de una dote. El senado entonces actuó en calidad de padre en dos decisiones: concediendo una dote del dinero público y dando a la hija de Escipión en matrimonio. Se cree que Tuccia, la hija de Cesón, entregó a su marido la «enorme» dote de diez mil ases y Negulia[3] de cincuenta mil. 10

[3] Megulia en Valerio Máximo.

11 A Marco Escauro la herencia que le dejó su padre fue de seis esclavos y treinta mil sestercios.

CAPÍTULO 5

Sobre la vergüenza

5, 1 Desde la fundación de la ciudad hasta el consulado de Tiberio Longo, el senado y el pueblo compartían asiento en los juegos. Sin embargo, ningún plebeyo quiso sentarse nunca delante de los senadores en el teatro. Lucio Flaminino, apartado del senado por Marco Catón y Lucio Flaco, se sentó en la última parte del teatro, pero ante la insistencia del pueblo, tuvo que adelantarse hasta una localidad propia de su dignidad.

2 Terencio Varrón, avergonzado por su actuación después de la huida de Cannas, se excusó cuando el pueblo le nombró censor.

3 Gayo Cicereyo, al ver que en unos comicios era preferido frente a Escipión, se quitó la toga cándida y comenzó a hacer propaganda de su rival.

4 Lucio Craso, cuando aspiraba al consulado, pidió a su suegro, Escévola, que se alejara de él mientras realizaba las tareas propias de los aspirantes a cónsul, pues si él estaba presente, no marcharía suplicante alrededor del foro, como hacían todos los candidatos.

5 Una vez que Pompeyo Magno fue derrotado en Palefarsalo, cuando entró en Larisa, el pueblo salió a su encuentro, ante lo cual les dijo: «Marchaos y otorgad ese honor al vencedor».

6 Gayo César, después de recibir veintitrés puñaladas, se bajó la toga con ambas manos para que la parte inferior de su cuerpo quedara cubierta.

Ejemplos extranjeros

Cuando el etrusco Espurina comprobó que las mujeres 5, 1
quedaban prendadas de su belleza, afeó su rostro con heridas.

Durante la celebración de unos juegos en Atenas, cuan- 2
do un hombre muy anciano acudió al teatro para ver los juegos y ningún ciudadano le hacía sitio, se acercó por casualidad a unos mensajeros lacedemonios. Éstos le cedieron su sitio entre los aplausos del pueblo, hecho que hizo exclamar a uno de los extranjeros: «¡Vaya, parece que los atenienses saben qué es lo correcto, pero no se molestan en hacerlo!».

CAPÍTULO 6

Sobre el amor conyugal

Cuando Tiberio Graco capturó dos serpientes, una ma- 6, 1
cho y otra hembra, un adivino le informó de que, si mataba al macho, moriría él, pero si terminaba con la hembra sería su esposa la que fallecería. Ante esto, Graco mató al macho.

El númida Gayo Plaucio, al enterarse de la muerte de su 2
esposa, se atravesó con una espada. Sus esclavos le detuvieron pero, aunque los médicos le curaron, volvió a herirse.

Cuando Marco Plaucio, atendiendo una orden del sena- 3
do, conducía a Asia una flota, su mujer, Orestila, murió. Durante el funeral, Plaucio se quitó la vida y sus amigos le incineraron cubierto con la toga que llevaba. Desde entonces, ese lugar de Tarento se llama «De los dos enamorados».

4 Durante la elección de unos ediles, Julia, hija de Gayo César y esposa de Pompeyo, vio que le traían las ropas ensangrentadas de su esposo. Atemorizada y enloquecida, perdió al niño que llevaba en las entrañas, y murió.

5 Cuando Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, se enteró de que éste había sido derrotado, como no encontraba un arma, se quemó con carbones encendidos.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Artemisa, reina de Caria, cuando murió su marido Mausolo, le construyó un monumento fúnebre tan espectacular que figura entre las siete maravillas del mundo.

[...] y ordenó que la enterraran viva junto a él.

2 Hipsicratea amó a su esposo Mitridates de tal modo que se cortó los cabellos y se acostumbró a los caballos y a las armas, con la intención de no dejarle solo ni siquiera en la guerra. De hecho, le siguió a todas partes cuando huía de las fuerzas de Pompeyo.

3 Los minios, cuyo origen se remonta a los argonautas, fueron expulsados de Lemnos por los pelasgos y huyeron hacia Lacedemonia. Sus habitantes los admitieron entre ellos pero, al descubrir que intentaban hacerse con el poder, los apresaron. Sus mujeres solicitaron permiso para visitarles y, cambiando con ellos sus ropas, se quedaron ellas en prisión.

CAPÍTULO 7

Sobre la amistad

7, 1 Cuando Tiberio Graco fue acusado, su amigo Blosio se excusaba diciendo que era inocente y que tan sólo era amigo

de Graco. Entonces el cónsul dijo[4]: «Y ¿si Graco te hubiese ordenado arrojar antorchas contra el Capitolio, lo hubieras hecho?» Y Blosio contestó: «Graco nunca me habría dado esa orden». Y olvidándose de su propia vida, comenzó a defender ante el senado las costumbres de su amigo, ya condenado.

Cuando este mismo Graco[5] se vio abandonado por todos, sólo contó con el apoyo de dos amigos: Pomponio, que luchó hasta la muerte en la puerta Trigémina, mientras él escapaba, y Letorio que murió luchando en el puente Sublicio. 2

El tribuno de la plebe Lucio Regino, acordándose de su vieja amistad, liberó a Cepión de la cárcel en la que estaba prisionero como culpable de la victoria de cimbrios y teutones. No contento con esto, le acompañó también en su huida. 3

Volumnio, que pertenecía al orden ecuestre, había trabado amistad con Marco Luculo, a quien mató Marco Antonio porque había apoyado a Bruto y a Casio. Al conocer su muerte, Volumnio comenzó a llorar y, siendo conducido a presencia de Antonio, le dijo: «Ordena que me ejecuten junto al cuerpo de Luculo, porque si él muere, no debo yo sobrevivir». 4

Tiberio Celio[6], puesto al frente de Piacenza por el cónsul Octavio, fue capturado por los soldados de Casio[7] y pidió a Lucio Petronio que le ejecutara. Petronio le rogó que siguiera con vida, pero al no conseguirlo, le mató y se suicidó junto a él. 5

[4] En Valerio Máximo es Lelio el encargado del interrogatorio.

[5] En Valerio Máximo no es Tiberio, sino Gayo Graco.

[6] Es Publio Celio en Valerio Máximo.

[7] Los soldados, en la edición de Valerio Máximo, eran de Cinna.

6 Servio Terencio, que era amigo de Bruto, sabiendo que Antonio había enviado a Furio para matarle, simuló ser Bruto y ofreció su cuerpo para ser acuchillado por los caballeros.

Pero fue reconocido por Furio, y siguió con vida a su pesar.

Ejemplos extranjeros

7, 1 Los pitagóricos Damón y Pincias[8] fueron amigos tan leales que, cuando el tirano Dionisio pretendió matar a uno de ellos y éste pidió un tiempo antes de la ejecución para ir a casa y poner en orden sus asuntos, el otro no dudó en ofrecerse como garantía del regreso de su amigo. Acercándose el día, como aquél tardaba, se dio la orden de que Pincias fuera conducido para la ejecución del castigo y, al regresar aquél de pronto, suscitó la admiración de Dionisio. Entonces éste revocó la pena.

2 Alejandro, después de derrotar a Darío, apresó a su madre y fue a visitarla junto a Hefestión. Ella, ignorando cuál de los dos era Alejandro, se arrojó a los pies de Hefestión. Cuando advirtió su error, intentó excusarse ante el monarca, por lo que Alejandro la tranquilizó diciéndole: «Éste es también Alejandro».

CAPÍTULO 8

Sobre la generosidad

8, 1 Fabio Máximo se disponía a liberar a unos romanos apresados por Aníbal y, al ver que el senado dudaba si pagar la

[8] Aparece como Fincias en *Hechos y dichos*.

cantidad pactada, vendió las únicas tierras que poseía y con ello pagó el rescate a Aníbal.

Después de la locura de la conjuración de Catilina, Quinto Considio había concedido un crédito de quince millones de sestercios, pero no permitió que ninguno de sus acreedores se lo devolviese. 3

Una vez subyugada Asia, el pueblo romano se la entregó como regalo al rey Átalo. 4

Una vez derrotado Filipo, rey de Macedonia, cuando toda Grecia se reunió para asistir a los juegos Ístmicos, se hizo silencio mediante la señal de una trompeta y Tito Quincio Flaminino ordenó al pregonero que proclamara lo siguiente: «El senado, el pueblo romano y el general Tito Quincio Flaminino ordenan que todas las ciudades de Grecia que estaban en manos del rey Filipo queden exentas de tributo». 5

Ante este anuncio, se produjo tal griterío que, según cuentan, las aves que pasaban volando por allí cayeron a tierra despavoridas.

Ejemplos extranjeros

El siracusano Hierón, al enterarse de la derrota de los romanos en Trasimeno, envió trescientos mil modios de trigo, doscientos de cebada y una Victoria fabricada con doscientas cincuenta libras de oro[9]. 8, 1

Calias[10] de Agrigento fue tan generoso que, con frecuencia, mantenía a una muchedumbre en su hogar, les hacía múltiples regalos y admitía a los que así lo deseaban en su mansión. Su bondad era tal que lo que pertenecía a Calias era en realidad patrimonio de todos. 2

[9] Según Valerio Máximo eran doscientas cuarenta.

[10] En Valerio Máximo aparece como *Gillias*.

LIBRO V

CAPÍTULO 1

Sobre la humanidad y la clemencia

El senado, cuando vinieron a Roma unos mensajeros 1, 1
cartagineses para conseguir la liberación de unos prisioneros, les devolvió, sin dilación ni recompensa alguna, un número de dos mil setecientos cuarenta y dos jóvenes[1]. Ese mismo senado, cuando murió prisionero en Tíbur Sífax, rey de Numidia, ordenó que se le rindiesen exequias públicas. Cuando Perseo murió prisionero en Alba, el senado envió un pretor para que preparara un funeral público. Una vez concluida la guerra de Macedonia, Musófanes[2], hijo de Masinisa, fue devuelto a su padre por el general Paulo, que envió también con él a los soldados de caballería con los que había venido el joven para ayudar a los romanos. Pero cayó enfermo de manera que, cuando el senado tuvo conocimiento de este hecho, ordenó inmediatamente que marchara allí un cuestor para que proporcionara al adolescente cuidados y

[1] Uno más en Valerio Máximo.

[2] Musócares en Valerio Máximo.

hospitalidad y para que le procurara la presencia de médicos. Por otra parte, el senado ordenó que se entregara a cada caballero una libra de plata y quinientos sestercios. También los senadores, cuando se supo que Prusias, rey de Bitinia, acudía a felicitarles por la victoria sobre Perseo, enviaron al cuestor Publio Cornelio Escipión, para que saliera a su encuentro y le condujera al mejor alojamiento posible en Roma. Ptolomeo, rey de Egipto, despojado del poder por su hermano menor, había llegado suplicante a Roma acompañado por unos pocos siervos, acogiéndose a la hospitalidad de un pintor alejandrino. Cuando se anunció este hecho a los senadores, hicieron venir al joven y se excusaron de la forma más correcta posible por no haber enviado a recibirle a un cuestor, y por no haberle ofrecido la hospitalidad pública.

2 El cónsul Lucio Cornelio, cuando tomó la ciudad de Olbia durante la Primera Guerra Púnica, hizo que sacaran de la tienda en noble comitiva el cadáver de Hannón, un general cartaginés que había caído después de una encarnizada lucha.

3 Quincio Crispino acogió y curó en su hogar al campano Badio, que era amigo suyo. Pero, posteriormente, una vez que los campanos se enemistaron con nosotros, fue retado por Badio, prefiriendo él increpar al ingrato en vez de derrotarle.

4 Marco Marcelo, una vez tomada Siracusa, entró en la fortaleza y, al ver el ruinoso estado de la ciudad, no pudo contener las lágrimas.

5 Quinto Metelo, cuando luchaba en Hispania contra los celtíberos, asedió la ciudad de Centóbriga. Pues bien, al acercar las máquinas pesadas al muro, vio en la otra parte a los dos hijos de Retógenes, que se había pasado al bando romano. Entonces, para evitar que los jóvenes murieran ante los

ojos de su padre, desistió del asedio. Con esta demostración de clemencia, se le rindió todo el pueblo celtíbero.

El Africano Menor, tras apoderarse de Cartago, envió 6 misivas por las ciudades de Sicilia para que, mediante mensajeros, pudieran recuperar los objetos que los cartagineses les habían robado de sus templos.

Cuando Lucio Paulo supo que el rey Perseo acababa de 8 ser apresado y que era conducido ante él, lo sostuvo con su mano derecha cuando iba a inclinarse ante él, le invitó a compartir su mesa y ordenó que tomara asiento junto a él en el consejo.

Gneo Pompeyo no permitió que yaciera suplicante ante 9 él durante más tiempo Tigranes, y volvió a colocarle sobre la cabeza la diadema que se le había caído al suelo.

Al enterarse de la muerte de Catón, Gayo César, reco- 10 nociendo que ambos se habían envidiado mutuamente por la gloria alcanzada, guardó íntegro el patrimonio del fallecido a sus hijos.

Marco Antonio encargó a un liberto suyo el sepelio de 11 Marco Bruto y, para que fuese incinerado con más honores, dispuso que su propia vestidura de general fuese colocada sobre la pira. Incluso, al enterarse de que el liberto se había quedado con la túnica, le castigó.

Ejemplos extranjeros

Cuando el macedonio Alejandro se vio sorprendido en 1, 1 cierta región de Asia por una nevada terrible, observó que, mientras él estaba sentado junto al fuego, había un soldado macedonio, torpe ya por la vejez, aterido de frío, ante lo cual dispuso que se sentara junto a él.

2 Pisístrato, el tirano ateniense, a pesar de que su esposa le aconsejó que castigara a un joven enamorado que había osado besar a su hija en un lugar público, replicó: «Si matamos a los que nos aman, ¿qué les haremos a nuestros enemigos?» El mismo Pisístrato, al ser criticado durante una cena por su amigo Trasipo, no dijo nada. Incluso, al salir del banquete, le ayudó a mantenerse en pie, aunque Trasipo, completamente ebrio, le escupió en la cara. Al día siguiente, al ver que Trasipo pretendía suicidarse, le hizo desistir de esa intención.

3 Pirro, al enterarse de que en cierto banquete le habían criticado unos tarentinos, hizo venir a uno de los comensales y les preguntó si, realmente, las cosas eran así. Ante lo cual, uno de ellos dijo: «Si no nos hubiésemos quedado sin vino, lo que te han contado sería pura nadería frente a lo que podríamos haber dicho de ti». Con esta respuesta transformó en risas la ira del rey. En otra ocasión, cuando unos embajadores romanos vinieron a su campamento para liberar a unos prisioneros, Pirro envió a su encuentro al moloso Licón para que vinieran más protegidos. Además, salió a saludarles él mismo a las puertas con toda la pompa regia.

5 Cuando nuestro ejército y los cónsules tuvieron que pasar bajo el yugo de los samnitas en las Horcas Caudinas, a su llegada a una ciudad de Campania, los habitantes los acogieron con auténtica veneración. Incluso, entregaron insignias honoríficas a los cónsules y, a los soldados, ropa, armas y caballos.

6 Aníbal, buscando el cadáver de Emilio Paulo, muerto en Cannas, no permitió que yaciera insepulto. En otra ocasión, se encargó de que se diera sepultura a Tiberio Graco, después de que éste cayera en una emboscada de los lucanos, y entregó sus restos a nuestros soldados para que los condujesen a Roma. En cuanto a Marco Marcelo, muerto en los campos de Brucio, le ofreció un funeral apropiado, cubriéndole con un capote púnico y una corona de oro.

CAPÍTULO 2

Sobre la gratitud

El senado obligó a los varones a ceder el paso a Veturia, 2, 1
madre de Coriolano, y a Volumnia, su esposa, por la ayuda prestada al hacer desistir a Coriolano de su ataque contra la patria. Además, permitió que utilizaran vestidos púrpuras y guarniciones de oro. Incluso ordenaron que se erigiera a la Fortuna Femenina un altar en el lugar en el que habían suplicado a Coriolano.

Cuando Capua estaba siendo asediada por Fulvio, dos mujeres campanas que se habían mantenido leales a los romanos, Vescia Opia[3] y la meretriz Cluvia Fácula —de las cuales una ofreció sacrificios todos los días por la salvación de nuestro ejército, y la otra no dejó de suministrar alimentos a los soldados romanos prisioneros—, obtuvieron el favor del senado cuando su ciudad fue tomada, ya que se les concedió la libertad y la restitución de sus bienes.

Habiendo los tusculanos apoyado a nuestro pueblo unos 2
pocos meses antes, cuando ellos fueron atacados por los ecuos, los cónsules Naucio y Minucio llamaron a juramento a toda la juventud, hallándola dispuesta y favorable a la colaboración.

Cuando Quinto Fabio murió después de ejercer prove- 3
chosamente el consulado durante cinco años, el pueblo se peleó por contribuir con dinero.

---

[3] Vestia para Valerio Máximo.

5 Aunque Quinto Terencio Culeón había nacido en una familia pretoriana, después de haber sido hecho prisionero por los cartagineses y liberado por Escipión Africano el Viejo, marchó detrás del carro triunfal de éste cubierto con el píleo.

6 Dos mil ciudadanos romanos cubiertos con el píleo siguieron al cortejo triunfal de Flaminino tras su victoria sobre el rey Filipo.

7 Siendo cónsul Metelo Pío, su padre, que estaba en el exilio, pudo regresar gracias a Quinto Calidio, ante lo cual Metelo no dudó en favorecerle.

8 Gayo Mario, a dos cohortes de camertinos que habían combatido valerosamente contra los violentos cimbrios, les concedió en la propia batalla el derecho de ciudadanía.

9 El censor[4] Lucio Sila se levantó de la silla ante la llegada de Pompeyo y se apeó del caballo.

10 Cuando el pretor Marco Cornuto se dispuso a preparar el funeral de Hircio y de Pansa, el encargado de los servicios fúnebres prometió que trabajaría gratis, porque era consciente de que los cónsules habían muerto luchando por el pueblo romano.

Ejemplos extranjeros

2, 2 Cuando Leonico, que había defendido valerosamente a Mitridates, fue hecho prisionero por los rodios en un combate naval, Mitridates, con tal de recuperarle, aceptó entregar a todos los enemigos capturados.

[4] Era dictador según Valerio Máximo.

Átalo había recibido Asia como regalo del pueblo romano. Por ello, en su testamento, actuó con justicia y gratitud, ya que se la devolvió a nuestro pueblo. 3

Masinisa, recordando la ayuda de Escipión, honró a la familia Cornelia durante toda su vida. De hecho, al morir, aconsejó a su esposa y a sus hijos que, entre todos los pueblos, reconociesen como único al romano y, entre las familias romanas, tan sólo a la de Escipión. 4

CAPÍTULO 3

Sobre la ingratitud

Sin recordar los beneficios recibidos de Rómulo, el senado lo torturó en la curia. 3, 1

Camilo, acusado por Lucio Apuleyo, tribuno de la plebe, no pudo mantenerse a salvo en la ciudad que él había engrandecido. Después de sus triunfos, Africano el Viejo fue enjuiciado y condenado por el pueblo. Africano el Joven, si bien encontró en su patria a un asesino que le quitó la vida, no pudo hallar en la ciudad a quien le vengara. Escipión Nasica tuvo que retirarse a Pérgamo en calidad de legado. Publio Léntulo, el más patriota de los ciudadanos, después de sofocar la revuelta de los Gracos, solicitó a los dioses inmortales no tener que volver nunca a la ingrata Roma y, marchando a Sicilia, vio cumplido su deseo. Ahala, al matar a Espurio Melio porque aspiraba a implantar una tiranía, pagó con el exilio la pena de haber conseguido la libertad para los ciudadanos. 2

Cicerón defendió a Gayo Popilio Lenate, originario de la región de Piceno. Pero, después, este Popilio, sin que mediara ninguna agresión ni insulto alguno por parte de Cice- 4

rón, le suplicó a Marco Antonio que le eligiera a él para perseguirle, pues estaba proscrito. De hecho, tan pronto como consiguió que se le encomendara tan detestable misión, se dirigió a Gaeta donde ordenó a Cicerón que le ofreciera su cuello y lo mató con su espada.

5 Gneo Pompeyo cumplió la orden recibida de asesinar a Carbón, quien le había defendido en el foro para que conservara sus bienes paternos.

Ejemplos extranjeros

3, 1 Los cartagineses decidieron librarse de la presencia de Aníbal.

2 El legislador Licurgo fue apedreado por los ciudadanos, arrojado del foro y, después de perder incluso un ojo, fue expulsado de su patria.

3 Los atenienses expulsaron de su patria a Teseo, olvidándose de los beneficios recibidos, e incluso le obligaron a reposar, después de muerto, en la isla de Esciros. Solón tuvo que pasar su vejez exiliado en Chipre, sin que pudiera contar ni siquiera con una tumba en esa patria a la que tanto había ayudado. Milcíades, después de someter a trescientos mil persas en Maratón, murió encadenado en una cárcel. Ni siquiera permitieron que su cuerpo fuera enterrado, hasta que Cimón, su hijo, se entregó para que le apresaran con esas mismas ataduras. También Aristides, que simboliza la justicia de toda Grecia, fue obligado a abandonar su patria. Temístocles, que había realizado grandes hazañas, se vio obligado a huir y a recurrir a la misericordia de Jerjes. En cuanto a Foción, los atenienses no se contentaron con colocarle en el potro, sino que, después de su muerte, ordenaron que fuera enterrado lejos de su patria.

CAPÍTULO 4

Sobre la piedad para con padres, hermanos y patria

Coriolano, expulsado de la patria, preparó una guerra contra el pueblo romano y, aunque ninguna súplica pudo conmoverle, fue vencido por las lágrimas de su madre y de su esposa. 4, 1

Cuando Africano el Viejo apenas era un niño, protegió a su padre en una ocasión en que éste, durante su consulado, fue herido mientras combatía contra Aníbal junto al río Tesino con auspicios desfavorables. 2

Lucio Manlio Torcuato fue citado ante el pueblo por el tribuno de la plebe Pomponio, que le acusaba de cargar a su hijo con las tareas del campo, a pesar de que tenía dotes militares. Cuando el joven Manlio se enteró de esto, se presentó armado en casa de Pomponio y, una vez a solas, sacó su espada y obligó al tribuno, aterrorizado ante estas amenazas, a jurar que retiraría la acusación contra su padre, consiguiendo así que Torcuato no tuviera que comparecer. 3

El mismo día en que a Marco Cota le impusieron la toga viril, al descender del Capitolio, citó en un juicio a Gneo Carbón, que había condenado anteriormente a su padre, y consiguió que se le acusara y se le condenara. 4

La virgen vestal Claudia, mientras contemplaba la celebración de un triunfo de su padre, al ver cómo un tribuno de la plebe le arrojaba violentamente del carro, se interpuso e hizo caer al tribuno. 6

Ejemplos extranjeros

4, 1 Pero alimentó con leche, como si fuera un bebé, a su padre, Micón, que era muy anciano ya y pasaba sus últimos días en la cárcel.

4 Anfínomo y Anapio[5], atravesando lugares en llamas, condujeron a hombros hasta el Etna a su padre y a su madre. Cleobis y Bitón llevaron sobre sus espaldas a su madre para que pudiera cumplir con los ritos sagrados de Juno.

5 Mientras Darío, rey de los persas, atacaba a los escitas, les preguntó que cuándo dejarían de huir. Ellos contestaron que no tenían ni ciudades, ni fértiles campos por los que combatir, pero que tan pronto como llegaran a los sepulcros de sus antepasados, demostrarían cómo acostumbraban a combatir los escitas.

6 Cuando Creso fue capturado en la guerra contra Ciro, un soldado que no conocía personalmente a Creso, se disponía a matarle como si se tratase de un soldado más. Pero el hijo de Creso, mudo hasta ese día, gritó: «Déjale, que es Creso».

CAPÍTULO 5

[*Sobre la amistad y el amor fraterno*]

5, 1 Aunque Escipión el Africano estaba unido a Lelio por una amistad estrechísima, pidió suplicante al senado que no le arrebataran a su hermano la provincia, y prometió, incluso, que iría a Asia como legado ante Lucio Escipión.

[5] En la edición de Valerio Máximo aparece como Anapias.

Durante la guerra contra Sertorio, un soldado romano 4
que militaba en el ejército de Gneo Pompeyo mató a su hermano, que combatía afanosamente en el otro bando. Al percatarse del crimen, colocó el cadáver sobre una pira, prendió fuego y se atravesó con su espada.

CAPÍTULO 6

[*Sobre el amor de los romanos a su patria*]

En una ocasión, en mitad del foro se hundió la tierra y 6, 2
se produjo repentinamente una grieta enorme. El oráculo informó que ese hueco tan sólo podría rellenarse con aquello en lo que más destacaba el Imperio Romano, ante lo cual Curcio, un joven noble, creyendo que nuestra ciudad sobresalía por el valor y las armas, se lanzó a aquella sima.

Durante la guerra contra los latinos, Publio Decio Mus 5
ofreció su propia cabeza por la salvación de su ejército, al que veía flaquear.

Después de la derrota de Cannas, cuando Metelo acon- 7
sejaba abandonar Italia, Escipión Africano, que era entonces un joven tribuno militar, sacó su espada, amenazó a todos con la muerte y les obligó a jurar que no abandonarían nunca la patria.

Ejemplos extranjeros

El rey ateniense Codro, cuando su patria era asediada 6, 1
por los lacedemonios, fue informado de que sólo daría la victoria a su pueblo con su propia muerte. Se vistió entonces

de esclavo y marchó sobre un grupo de enemigos que estaban forrajeando. De este modo, hiriendo a uno de ellos con un golpe de hoz, forzó su propia muerte.

2 Mientras se debatía sobre la muerte de los Treinta tiranos, Trasibulo, al preguntarle un amigo cuántas gracias tendrían que darle los atenienses, replicó: «Hagan los dioses que yo sea capaz de devolverles a ellos todo el agradecimiento que les debo».

3 Cuando Temístocles estaba desterrado de su patria, bebió sangre de toro para no dirigir un ejército contra ella.

4 Como la disputa entre Cartago y Cirene por la delimitación del territorio era interminable, se decidió que una serie de jóvenes partiera al mismo tiempo desde los dos sitios. A pesar de este acuerdo, dos hermanos cartagineses, llamados Filenos, hicieron trampa y corrieron, de manera que, al avanzar más, pusieron su frontera más lejos.

Los de Cirene se quejaron una y otra vez del engaño, y dijeron que aceptarían esa frontera si los Filenos permitían ser enterrados vivos allí. Estos jóvenes no rechazaron la propuesta y, así, prefirieron que los límites de su patria superaran a los de su propia vida.

CAPÍTULO 7

Sobre el amor paterno para con los hijos

7, 1 Fabio Ruliano, después de cinco consulados, no puso ningún obstáculo a marchar como mensajero a las órdenes de su hijo, Fabio, en una guerra difícil y peligrosa. Incluso siguió montado a caballo al cortejo triunfal de su hijo.

2 El caballero romano Cesecio recibió de César la orden de repudiar a su hijo, porque éste, que era tribuno de la plebe, no le veía con buenos ojos y le acusaba de aspirar al poder. Pero Cesecio respondió: «César, podrás quitarme a todos mis hijos, antes de que yo rechace a uno sólo de ellos».

Cuando Octavio Balbo, proscrito por los triúnviros, se 3
disponía a huir, recibió de una vecina la noticia de que, en el interior, habían matado a su hijo. Y aunque esta noticia no era cierta, se lanzó raudo a esa muerte de la que había logrado escapar.

Ejemplos extranjeros

Antíoco, hijo del rey Seleuco, yacía moribundo en el le- 7, 1
cho debido a su irresistible amor hacia su madrastra Estratonice. Pero el matemático Leptines, que estaba sentado junto a Antíoco, observó que éste, al entrar Estratonice en su cuarto, recuperaba el color, mientras que, cuando ella salía, palidecía de nuevo. Comprendió, pues, el mal que le aquejaba y se lo contó a Seleuco, quien no dudó en ceder su amada esposa a su hijo, a pesar de que era muy querida para él.

Al ver a Gneo Pompeyo, Ariobárzanes le cedió el reino 2
a su hijo, pues no podía permitir que ocupara un lugar inferior.

CAPÍTULO 8

Sobre la severidad de algunos padres

Lucio Bruto decapitó a sus hijos porque planeaban ren- 8, 1
dirse.

2 Casio, a su hijo Espurio Casio, que había promulgado una ley agraria en calidad de tribuno de la plebe y, además, se había ganado el favor de los ciudadanos por muchas otras acciones, lo depuso de esa magistratura y lo condenó por intentar alcanzar el poder absoluto.

3 En una ocasión en que unos macedonios acusaban a Décimo Silano, hijo de Tito Manlio Torcuato, pidieron en el senado que Manlio actuara como juez y éste condenó a su hijo.

4 En cuanto a Marco Escauro, cuando la caballería romana, después de ser derrotada por los cimbrios junto al río Adigio, huyó dejando abandonado al cónsul Cátulo, envió un mensajero a su hijo, que había participado en esa fuga, para decirle que hubiera preferido toparse con su cadáver por haber muerto en la batalla, antes que verle vivo por una acción tan infame. El joven, al recibir este mensaje, se suicidó.

CAPÍTULO 9

[*Sobre la moderación de los padres frente a actitudes sospechosas de sus hijos*]

9, 1 Lucio Gelio, después de haber desempeñado todas las magistraturas hasta llegar a la censura, habiéndose enterado de unas acusaciones gravísimas lanzadas contra su hijo, en el sentido de que había cometido estupro con su madrastra y de que planeaba matarle a él, reunió al senado, expuso la causa, ordenó al joven que se defendiera y fue el primero en absolver a su hijo.

2 A pesar de que el orador Quinto Hortensio tenía un hijo de mala reputación, sin embargo, al morir, lo nombró heredero.

Cuando Quinto Fulvio tuvo noticias del parricidio pla- 3
neado contra él por su hijo, lo nombró heredero.

Un padre, al enterarse de que su hijo maquinaba acabar 4
con su vida, llamando aparte a su mujer, la obligó a confesar bajo juramento si, en realidad, había cambiado al niño, o si lo había engendrado de otro hombre.

Ante las negativas y el juramento de ella, convencido, condujo a su hijo a un lugar solitario, le entregó una espada que tenía escondida, y le ofreció su cuello dispuesto a morir. Esta acción conmovió al joven, que se avergonzó, porque había estado a punto de matar a un padre de piedad extrema.

CAPÍTULO 10

Sobre padres que soportaron valerosamente la muerte de sus hijos

Cuando Horacio Pulvilo, pontífice máximo, estaba con- **10,** 1
sagrando en el Capitolio un templo en honor a Júpiter Óptimo Máximo, en mitad de las fórmulas sagradas, oyó decir que había muerto su hijo, ante lo cual sólo dijo: «Llevaos el cadáver».

Emilio Paulo había dado ya dos hijos en adopción, de 2
manera que le quedaban otros dos. Pero, a uno de ellos, lo perdió cuatro días antes de la celebración de su triunfo, y al segundo el mismo día de ese triunfo[6]. Sin embargo, se consoló de esta pérdida ante el pueblo de tal modo que alguno llegó a pensar que quien había perdido a un hijo no era quien les estaba consolando.

[6] En el texto de *Hechos y dichos*, este segundo joven participó de la celebración triunfal y murió tres días después.

3 Quinto Marcio Rex, colega de Catón el Viejo en el consulado, a pesar de que había perdido a su hijo, al concluir el entierro, se dirigió a la curia y convocó al senado ese mismo día, que era cuando correspondía.

Ejemplos extranjeros

10, 1 El ateniense Pericles, a pesar de haber perdido a dos hijos en el espacio de cuatro días, mantuvo la expresión habitual en su rostro.

2 El socrático Jenofonte, mientras realizaba un sacrificio solemne, se enteró de que Grilo, el mayor de sus dos hijos, había muerto en la batalla de Mantinea. Pero no por eso creyó conveniente abandonar ese rito sagrado, contentándose con quitarse la corona.

A continuación, al enterarse de que había caído luchando con gran valor, volvió a ponerse la corona en la cabeza.

3 Al enterarse de la muerte de su hijo, Anaxágoras afirmó: «No me estás anunciando algo nuevo o inaudito. Ya sabía yo que ese hijo de mi sangre era mortal».

LIBRO VI

CAPÍTULO 1

Sobre el pudor

Lucrecia, tras ser forzada violentamente por Sexto Tarquinio, hijo del rey, se quejó ante su familia de la injuria recibida, y se dio muerte con una espada que tenía escondida bajo sus ropas. 1, 1

Cuando Apio Claudio, un decénviro, intentó mantener relaciones ilícitas con la hija de Verginio, éste la llevó al foro y la mató. 2

Poncio Aufidiano, caballero romano, al descubrir que su hija había perdido la virginidad con su preceptor, Fannio Saturnino, castigó al esclavo y mató también a su propia hija. 3

Publio Menio castigó a un liberto porque le había dado un beso a su hija, que estaba ya en edad casadera. 4

Quinto Fabio Máximo Serviliano castigó a su hijo por llevar una vida de moralidad dudosa y se exilió de la patria. 5

Publio Atilio Filisco, después de ser obligado por su dueño a vender su cuerpo durante la niñez, mató a su propia hija porque había cometido adulterio. 6

8 Metelo, severo perseguidor de las intenciones deshonestas, citó ante el pueblo a Gneo Sergio Silo por haber intentado corromper con dinero a una madre de familia.

9 Tito Veturio, hijo de aquel Veturio que durante su consulado fue entregado a los samnitas a causa de un pacto vergonzoso, al verse obligado a entregarse como esclavo a Publio Plocio debido a sus graves deudas, fue torturado por no querer mantener relaciones con él. Veturio, entonces, se quejó ante los cónsules y éstos dispusieron que Plocio fuera encerrado en prisión.

10 Gayo Fescenio[1], triúnviro capital, arrestó a Gayo Cornelio, que había servido valerosamente en el ejército, porque un joven noble le acusó de mantener relaciones deshonestas.

11 El tribuno militar Marco Letorio Mergo, que fue citado ante el pueblo por Cominio, el tribuno de la plebe, porque su secretario le acusó de mantener relaciones, se castigó a sí mismo primero con el destierro y, posteriormente, con la muerte.

12 El general Gayo Mario, al enterarse de que Gayo Lusio, tribuno militar e hijo de su hermana, había sido asesinado por el soldado Gayo Plocio porque había intentado forzarle sexualmente, exclamó que le parecía una muerte justa.

13 Sempronio Musca mató a latigazos a Gayo Gelio después de sorprenderle cometiendo adulterio; Gayo Memio abatió con sus puños a Lucio Octavio, a quien había sorprendido en un acto similar; Carbón Atieno fue castrado por Vibieno, por quien había sido capturado. Y lo mismo le ocurrió a Poncio a manos de Publio Cerennio. La persona que capturó a Gneo Furio Broco lo entregó a su familia para que abusasen de él.

[1] Aparece como Pescenio en Valerio Máximo.

Ejemplos extranjeros

Una mujer griega llamada Hipona, al ser apresada por la flota enemiga, se arrojó al mar para proteger así su virginidad con la muerte. 1, 1

Cuando el ejército y las tropas de los galogriegos fueron capturados en parte por el cónsul Gneo Manlio en el monte Olimpo, la esposa del príncipe Orgiaconte[2] fue violada por el centurión a quien se le había encomendado que la custodiase. Por ello, una vez que el cónsul ordenó al centurión que se la devolviera a sus familiares, la mujer ordenó en su lengua a uno de los galogriegos que le mataran. Después, se presentó ante su marido con la cabeza del centurión entre sus manos. 2

Las mujeres de los teutones suplicaron a Mario, el vencedor, que las enviara como regalo a las vírgenes vestales, pero, al no ver cumplido su deseo, se ahorcaron la noche siguiente. 3

CAPÍTULO 2

Acciones y palabras expresadas libremente

Una vez capturada Priverno y ejecutados los cabecillas de la rebelión, los senadores deliberaban acerca de la decisión que debían adoptar respecto al resto de los privernates. Los cónsules preguntaron al cabecilla enemigo acerca del 2, 1

[2] Orgiagonte en Valerio Máximo.

castigo que merecían, y él respondió: «El que merecen quienes se consideran dignos de ser libres».

Y cuando el cónsul Plaucio le preguntó qué paz tendrían, si se les concedía la impunidad, respondió: «Si se nos ofrece una paz aceptable, será eterna, en caso contrario, no será duradera».

2 El cónsul Lucio Filipo, después de expresarse libremente contra su colega, dijo que necesitaban otro senado. Al ser informado de ello Lucio Craso, protestó vivamente, ante lo cual el cónsul ordenó que le arrestaran. Pero Craso, rechazando al lictor, dijo: «Tú, para mí, no eres cónsul, Filipo, puesto que tampoco yo soy senador para ti».

3 El tribuno de la plebe Gneo Carbón preguntó a Escipión Numantino su parecer acerca de la muerte de Tiberio Graco, con cuya hermana estaba casado.

Escipión respondió que le parecía justa esa muerte, ante lo cual, como la asamblea comenzó a protestar violentamente, replicó: «Que se callen todos esos que consideran a Italia como una madrastra». Y al levantarse un nuevo murmullo, les dijo: «No conseguiréis que tema a unos hombres libres a los que he traído hasta aquí encadenados».

5 Cuando Catón, en calidad de juez, se disponía a juzgar a un malvado senador que había sido detenido, al leer una carta de Gneo Pompeyo que contenía una alabanza del reo, dijo: «Yo soy el juez y la ley establece que los senadores no pueden servirse de este tipo de colaboración».

6 En una ocasión en que el cónsul Gneo Léntulo Marcelino se lamentó en una asamblea del poder excesivo de Gneo Pompeyo, al escuchar el apoyo unánime del pueblo, dijo: «Gritad, ciudadanos, gritad mientras podáis».

7 Favonio, al ver que Pompeyo tenía una pierna cubierta por una venda blanca, le dijo: «No importa en qué parte del cuerpo lleves la diadema», aprovechando así esa pequeña venda para criticar el poder excesivo de Pompeyo.

El formiano Helvio Mancia, anciano ya e hijo de un liberto, estaba acusando a Libón ante los censores, cuando Gneo Pompeyo criticó su origen humilde, diciendo que le habían traído de los infiernos para lanzar su acusación. Helvio se defendió contestando del modo siguiente: «No mientes, Pompeyo, pues vengo realmente de los infiernos para acusar. Pero, mientras estuve allí, pude ver, Pompeyo, a Domicio Enobarbo, a Marco Bruto, a Gneo Carbón, al pretor Perpenna, hombres ilustres que demuestran tus crímenes, porque los mataste como un verdugo a pesar de ser casi un niño». 8

El tragediógrafo Dífilo, al llegar en los juegos Apolinares a ese verso en el que se dice: «para desgracia nuestra es grande», pronunció ese «grande» dirigiendo sus manos a Pompeyo. Y ese mismo descaro lo demostró también en la parte que dice: «ya llegará la hora en que lamentes ese valor». 9

Marco Castricio, mientras ejercía una magistratura en Piacenza, al ordenarle el cónsul Gneo Carbón que entregara a unos rehenes piacentinos, no obedeció esta orden. Incluso, cuando Carbón le dijo que tenía muchas espadas, Marco Castricio respondió: «y yo años». 10

Servio Galba, al ver a César sentado en el foro, se dirigió a él diciendo: «Gayo Julio César, durante el tercer consulado de Pompeyo, respondí por él de una cantidad de dinero. ¿A quién se lo reclamo ahora? ¿Qué debo hacer? ¿Pagarla?». 11

Cuando César oyó esto, ordenó que las deudas de Pompeyo se pagasen con sus propios fondos.

Cascelio, un estudioso del derecho que había hablado con gran libertad sobre la época de César, cuando sus ami- 12

gos le advirtieron que no lo hiciera, les respondió: «Hay dos cosas que me impiden sentir miedo, la vejez y el no tener descendencia». Y ninguna presión pudo convencerle para que compusiera una fórmula sobre los bienes que los triúnviros le habían asignado, de manera que convirtió en ilegales todos sus beneficios.

Ejemplos extranjeros

2, 1 Una mujer, condenada por el rey Filipo cuando estaba ebrio, gritó que pedía un juicio, y cuando el rey preguntó que ante quién pretendía ser citada, replicó: «Ante Filipo, pero cuando esté sobrio».

El rey recuperó la cordura y, una vez examinado el caso, absolvió a la mujer.

2 Una anciana de Siracusa era la única que, todas las mañanas, rogaba que Dionisio siguiera sano y salvo. Este hecho motivó que fuera conducida ante el rey, quien le preguntó la razón de esa súplica. Entonces ella dijo: «Siendo yo una niña, padecí a un cruel tirano, de quien deseaba librarme. Pero cuando murió, el poder recayó en otro incluso peor. Nuevamente pedí que terminara esta tiranía. De este modo, en tercer lugar, comenzamos a padecerte a ti, un líder incluso más cruel que los anteriores. Por eso, para evitar que te suceda otro aún más cruel, ofrezco mi cabeza a cambio de tu vida».

Y lo cierto es que Dionisio sintió vergüenza de castigar una audacia tan ingeniosa.

3 En una ocasión en que el rey Lisímaco ordenó la crucifixión de Teodoro de Cirene, éste dijo: «me da igual pudrirme en tierra o elevado sobre ella».

CAPÍTULO 3

Sobre la severidad

Por aspirar a la tiranía, Marco Manlio fue arrojado a un precipicio desde el mismo lugar desde donde él había rechazado a los galos. Gayo[3] Casio fue condenado a muerte porque anhelaba hacerse con el poder absoluto. Su hogar fue derribado y, en ese lugar, erigieron luego un templo en honor a la Tierra. También Espurio Melio fue ejecutado por aspirar a la tiranía, y la zona donde estaba situado su hogar recibió el nombre de Equimelio. La casa de Marco Flaco y Lucio Saturnino fue destruida. Después de que el hogar de Flaco hubiese permanecido vacío, fue honrado por Quinto Cátulo con los despojos de los cimbrios. Los cadáveres de los dos Gracos yacieron insepultos, porque a sus hijos se les privó del derecho de enterrarles. 3, 1

El tribuno de la plebe Publio Mucio quemó vivos a sus colegas por haber compartido los planes de Espurio Casio para terminar con la libertad. 2

El senado condenó a cadena perpetua a Gayo Vetieno, que se cortó los dedos de la mano izquierda para no tener que luchar en la Guerra Itálica. 3

El cónsul Curio, al ver que nadie respondía a un reclutamiento, hizo entrar en un sorteo a todas las tribus. Ordenó entonces que se citara a los pertenecientes a la tribu Polia, que era la primera que había salido en suerte. Pero, como nadie respondía, subastó los bienes del joven nombrado y, aunque éste apeló a los tribunos, fue vendido con todos sus bienes. 4

[3] Para Valerio Máximo es Gayo Espurio Casio.

5 Cuando Lucio Domicio gobernaba Sicilia en calidad de pretor, al recibir un jabalí de extraordinario tamaño, ordenó que llevaran ante él al cazador que lo había matado. Le preguntó entonces cómo había cazado a esa bestia y, al saber que se había servido de un venablo, mandó crucificarle porque, para acabar con los robos continuos, había prohibido la utilización de armas.

7 Siendo cónsules Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo, el senado dispuso que investigaran acerca de quiénes habían cometido incesto aprovechando los ritos de las Bacanales. Gran parte del pueblo romano fue castigada.

8 Publicia y Licinia, que envenenaron a sus esposos, los cónsules Postumio Albino y Claudio Aselo, fueron estranguladas por decreto de sus familiares.

9 Egnacio Metenio[4] mató a palos a su mujer tan sólo por haber bebido vino.

10 Gayo Sulpicio abandonó a su mujer al enterarse de que había salido de casa con la cabeza descubierta.

11 Quinto Antistio Vétere repudió a su esposa porque la había visto en un lugar público hablando en secreto con una liberta.

12 Publio Sempronio Sofo repudió también a su esposa porque, sin tener él conocimiento, había asistido a unos juegos.

Ejemplos extranjeros

3, 1 Los lacedemonios ordenaron que los libros de Arquíloco fueran arrojados fuera de su ciudad, porque consideraban que su lectura era poco púdica.

[4] En *Hechos y dichos* aparece como Mecenio.

Los atenienses condenaron a muerte a Timágoras porque, al saludar al rey Darío, le había adulado postrándose según las costumbres de su pueblo. 2

Cambises ordenó que despellejaran a un juez corrupto, y que extendieran su piel sobre la silla en la que se sentaría su hijo para impartir justicia. 3

CAPÍTULO 4

Dichos y hechos solemnes

Después del desastre de Cannas, cuando la salvación de la república pendía de un hilo, el senado decidió que los líderes de los latinos pudieran formar parte de su orden. Pero cuando el campano Annio afirmó que debía elegirse también un cónsul en Capua, Manlio Torcuato, hijo de aquel que había derrotado a los latinos en la famosa batalla del Véseris, anunció con toda la claridad que pudo que, si algún aliado osaba expresar su opinión entre los senadores, lo mataría al instante. Manlio Torcuato, al ver que era nombrado cónsul por el acuerdo de todos, dijo: «Buscad a otro, ciudadanos, para concederle ese honor, ya que si me obligarais a desempeñarlo, ni yo podría soportar vuestras costumbres, ni vosotros mi autoridad». 4, 1

Como Escipión Emiliano tenía como colega en la censura a Mumio, un hombre de poco carácter, dijo ante la asamblea que él obraría en todo como correspondía a la majestad del estado, sin importar si los ciudadanos le habían atribuido o no un colega. Y en otra ocasión en que los cónsules Servio Sulpicio Galba y Aurelio disputaban en el senado acerca de cuál de los dos sería enviado a Hispania para combatir a Viriato, Escipión Emiliano dijo: «Determino que 2

ninguno de ellos sea enviado, porque el uno no tiene nada y, para el otro, nada es suficiente».

3 Gayo Popilio fue enviado por el senado como embajador ante Antíoco para persuadirle de que dejara esa guerra con la que estaba provocando a Ptolomeo. Pero, cuando llegó ante él y Antíoco le tendió la mano con ánimo dispuesto, Popilio no quiso tenderle la suya, y simplemente le entregó las tablillas que contenían la decisión del senado. Antíoco las leyó, y le comunicó que iba a hablar con unos amigos. Popilio, indignado, trazó en el suelo una línea en torno al rey, y le dijo: «Antes de que salgas de ese círculo, dame la respuesta que debo llevar al senado». En ese mismo instante, el rey afirmó que Ptolomeo no tendría que dar más quejas sobre él.

4 Publio Rutilio se resistió a una petición injusta de un amigo, por lo que éste le dijo: «¿De qué me sirve tu amistad si no haces lo que te pido?». Rutilio replicó: «¿Y de qué me sirve a mí la tuya si, por tu culpa, debo cometer un acto indigno?».

5 Cuando Marco Bruto se disponía a marchar hacia su último combate, y algunos decían que desistiera, les dijo: «Marcho confiado a la batalla, porque hoy, o me sale todo bien, o no tendré que preocuparme de nada».

Ejemplos extranjeros

4, 1 Estando casi toda Lusitania en manos de Décimo Bruto, cuando tan sólo *** el pueblo de Cinginia resistía armado, se dice que respondieron a unos mensajeros que sus antepasados le habían legado armas con las que defender la ciudad, no oro con el que comprar su libertad.

Cuando Sócrates iba a ser juzgado ante los atenienses, al leerle Lisias el discurso que había preparado para defenderle en el juicio, un discurso humilde y suplicante, Sócrates replicó: «Llévate eso, por favor, pues si pudieras convencerme para que lo leyera en la parte más lejana de Escitia, entonces admitiría que debo ser condenado a muerte». 2

Habiendo puesto Alejandro en fuga a Darío en dos ocasiones, éste le prometió la mano de su hija y una dote de un millón de talentos, ante lo cual Parmenión le dijo: «Si yo fuera Alejandro, aceptaría». «Y yo, si fuera Parmenión», respondió Alejandro. 3

CAPÍTULO 5

Sobre la justicia

Cuando el cónsul Camilo asediaba Falerios, un maestro sacó de la ciudad y condujo ante él a muchos niños de las familias más nobles. Pero Camilo ató al maestro, se lo entregó a los niños y dispuso que fueran devueltos a su patria. 5, 1

Los faliscos, admirados de la justicia de ese general, se gloriaron de haber sido derrotados por un gran hombre. Cuando Publio Claudio subastó a los camerinos[5], los senadores, considerándole sospechoso, ordenaron que se buscara afanosamente a los camerinos, los redimieron, y les concedieron un lugar para vivir en el Aventino.

Habiendo prometido Timócrates[6] el ambraciense, médico, al cónsul Fabricio que envenenaría a Pirro, Fabricio advirtió a Pirro que estuviera atento a insidias de este tipo.

[5] Camertinos para Valerio Máximo.

[6] Timócares en Valerio Máximo.

Ahora bien, como conservaba el sentido de la justicia, no mencionó el nombre del médico.

2 Lucio Atratino, bajo cuyas órdenes nuestro ejército fue derrotado en la batalla de Verrugo contra los volscos, fue acusado ante el pueblo por Lucio Hortensio ya que, cuando los nuestros se disponían a huir, sólo el valor de cuatro tribunos les hizo regresar. Pero esos cuatro jóvenes juraron ante la tribuna que estarían de luto mientras su general estuviera acusado.

3 Cuando Tiberio Graco y Lucio Claudio[7], por desempeñar su censura de forma excesivamente severa, fueron acusados ante el pueblo por el tribuno Popilio, mientras todas las centurias condenaban abiertamente a Claudio, parecían estar de acuerdo en la absolución de Graco.

Pero entonces éste juró con voz solemne que, si se tomaba una decisión condenatoria respecto a su colega, marcharía junto con él al exilio, ya que habían actuado de común acuerdo.

4 Al ver que Lucio Cota, aprovechando el carácter sagrado de su cargo, no quería pagar sus deudas, el colegio de tribunos decretó colaborar con los acreedores en contra de su colega.

5 Cuando el tribuno de la plebe Gneo Domicio citó en un juicio popular a Marco Escauro, se le presentó durante la noche un esclavo de Escauro que le prometió ofrecerle numerosas acusaciones contra su señor. Pero Domicio, sin dejarse convencer, envió de nuevo al esclavo ante su señor para que le castigara.

6 Habiendo Lucio Craso acusado ante el pueblo a Gneo Carbón, cuando un siervo de éste le presentó una caja con numerosas pruebas contra su señor, le devolvió a Carbón la

[7] En la edición de Valerio Máximo aparece como Gayo Claudio.

caja sellada tal como la había recibido y con el esclavo encadenado.

Cuando Lucio Sila se enteró de que el tribuno de la plebe Sulpicio Rufo, que estaba proscrito, había sido traicionado por un esclavo, manumitió al parricida, tal como había prometido en un edicto, pero ordenó que le precipitaran rápidamente desde la roca Tarpeya, cubierto, eso sí, con el píleo. 7

Ejemplos extranjeros

Pítaco de Mitilene, a quien los ciudadanos concedieron la tiranía con su propio apoyo para que encabezara el ejército contra los atenienses, después de que obtuvieron la paz, abandonó el poder, a pesar de que los ciudadanos le pedían que continuase. 5, 1

Una vez que Zaleuco logró proteger la ciudad de Locros gracias a la aplicación de unas leyes muy útiles, cuando su hijo fue condenado por adulterio y, de acuerdo con esas leyes establecidas por el padre, debía perder ambos ojos, su propio hijo y la ciudad le pidieron que le perdonara, ante lo cual adoptó una actitud propia tanto de un padre como de un legislador, ya que, permitió que le sacaran primero un ojo a él y, luego, otro a su hijo, con lo cual los dos conservaron la visión. 3

Carondas, legislador de Turio, había promulgado una ley mediante la cual, si alguien entraba armado en la asamblea, sería ejecutado al instante. Pero, al volver un día a casa de un largo viaje, entró en la curia armado, tal como había llegado. Avisado entonces de que había infringido la ley, se arrojó sobre la espada que llevaba desenfundada. 4

CAPÍTULO 6

Sobre la lealtad pública

6, 1 Cuando el rey Ptolomeo nombró al pueblo romano tutor de su hijo, el senado decretó enviar a Alejandría a Marco Emilio Lépido, pontífice máximo y dos veces cónsul, para que se encargara de la tutela del niño.

2 Una vez derrotada la imponente flota cartaginesa junto a Sicilia, sus generales, desesperados, estaban pensando pedir la paz. Y como Amílcar no se atrevía a presentarse ante los cónsules, pues temía ser apresado del mismo modo que ellos mismos habían apresado al cónsul Cornelio Ásina, Hannón, mucho más confiado en las costumbres romanas, acudió ante los cónsules. En ese encuentro, cuando se trataba acerca del final de la guerra, y un tribuno militar le indicó que podía ocurrirle lo mismo que le había sucedido a Cornelio, los dos cónsules ordenaron al tribuno que se callara.

3 Siendo cónsules Marco Emilio Lépido y Lucio Flaminio, el senado ordenó al pretor Marco Claudio que, a través de los feciales, hiciera entrega de Lucio Minucio y Lucio Manlio a los embajadores de los cartagineses, a los que habían maltratado.

4 Cuando Escipión Africano se hizo con una nave repleta de cartagineses ilustres, los devolvió sin hacerles mal alguno, porque decían que habían sido enviados como embajadores ante él.

5 Los antiguos ediles Quinto Fabio y Gneo Apronio, al surgir una discusión, maltrataron a los embajadores enviados a Roma por la ciudad de Apolonia. Cuando los senadores se enteraron de este hecho, entregaron a Fabio y a Apronio a esos embajadores a través de los feciales.

Ejemplos extranjeros

Para no faltar a su alianza con Roma, los saguntinos fue- 6, 1
ron fieles hasta que su patria fue destruida.

Los petelinos, en una ocasión en que fueron asediados 2
por Aníbal, pideron suplicantes ayuda a los romanos. Pero como, a causa de la reciente derrota en Cannas, no se les pudo socorrer, se les dio libertad para que actuaran de la forma que les pareciera más beneficiosa para su salvación.

CAPÍTULO 7

Sobre la fidelidad de las esposas

Cuando Quinto Lucrecio fue proscrito por los triúnviros, 7, 2
su mujer, Tiria[8], con la ayuda de una esclava, le escondió entre la techumbre de su cuarto.

En cuanto a Sulpicia, aunque Julia, su madre, la vigilaba 3
atentamente para impedirle que siguiera hasta Sicilia a su esposo, Léntulo Cruscelión, quien había sido proscrito por los triúnviros, tomó sin embargo ropa servil y le acompañó en su huida.

[8] La mujer aparece como Turia en Valerio Máximo.

CAPÍTULO 8

Sobre la lealtad de los esclavos

8, 1 Cuando Marco Antonio fue acusado de incesto y sus acusadores se afanaban por presentar el testimonio de un esclavo que, según ellos, le había guiado con un farol cuando iba a mantener esas relaciones ilícitas, este esclavo prometió lealtad a su dueño. De ese modo, Marco Antonio lo entregó a las torturas y al juicio, sin ser defraudado por él.

2 Gayo Mario, a quien le tocó padecer el miserable asedio de Preneste, cuando intentaba escapar en vano por unas galerías, fue herido levemente por Telesino, a quien se le había encomendado que le diera muerte. Ante eso, uno de sus esclavos le mató para evitar que su señor sufriera la crueldad de Sila.

3 Gayo Graco ofreció su cuello a su siervo Filócrates, según otros a Euporo, para que le decapitara antes de permitir que cayera en poder de los enemigos. El esclavo, después de cumplir esa orden con rápido golpe, se atravesó las entrañas con la misma espada.

4 Píndaro, que había sido manumitido recientemente por Gayo Casio, al ser éste derrotado en la batalla de Filipos, le mató siguiendo instrucciones del propio Casio, con lo cual le libró de las injurias de los enemigos. Poco después, Píndaro se suicidó.

5 Cuando Planco Munacio, hermano de Planco Munacio[9], fue proscrito por los triúnviros, se escondió en la región de

[9] En *Hechos y dichos* encontramos «Gayo Plocio Planco, hermano del consular y censor Munacio Planco». Sin embargo, en el epítome aparece

Salona[10], siendo perseguido por los soldados. Pero al ver que sus esclavos negaron una y otra vez conocer su paradero, como no podía tolerar que unos siervos tan fieles fueran torturados, se entregó a los soldados.

Un esclavo de Urbino Panapión, habiéndose enterado de 6
que su señor había sido proscrito por los triúnviros, intercambió con él las ropas, le hizo salir a escondidas por la puerta de atrás, y dejó que le mataran como si fuera Panapión.

Ancio Restión, al ser proscrito por los triúnviros, en- 7
contró a un único compañero de fuga: un esclavo que había sido encadenado por él y marcado de forma indeleble y vergonzosa en el rostro. Pues bien, el esclavo, cuando advirtió que los soldados se les echaban encima, hizo que su señor se alejara, levantó una pira, atrapó a un mendigo ya anciano, lo mató y lo arrojó sobre ella.

Posteriormente, ante las preguntas de los soldados acerca del paradero de Ancio, señalando la pira con la mano, respondió que ardía allí para expiar las crueles acciones que había cometido. Y como sus palabras eran verosímiles, fue creído al instante.

CAPÍTULO 9

Sobre el cambio de costumbres

Lucio Manlio consideró a su hijo Manlio Torcuato tan 9, 1
débil y de corazón tan rudo, que le relegó al campo, donde

Plancus Munatius, Planci Munatii frater, traducido por R. FARANDA como «Munazio Planco, fratello di Planco Munazio».

[10] Valerio Máximo alude a la región salernitana, refiriéndose a Salerno. En cambio Paris alude a la región salonitana, refiriéndose a Salona, ciudad de Dalmacia.

se fatigó en labores agrestes. Sin embargo, fue el hijo quien libró un día a su padre cuando éste fue acusado en un juicio.

2 Se dice que Escipión Africano el Viejo tuvo una juventud bastante disoluta.

3 El pontífice Gayo Valerio *** pasó los inicios de su juventud dominado por el lujo y el derroche, pero cuando fue nombrado flamen por el pontífice máximo Publio Licinio, se liberó.

4 Quinto Fabio Máximo tuvo una juventud infame.

5 Si analizamos la juventud de Quinto Cátulo, encontramos a una persona sumamente refinada y derrochadora.

6 Por su parte Lucio Sila, hasta su elección como cuestor, tuvo una vida viciada por los placeres, el vino y el ambiente de los teatros.

Sobre el cambio de fortuna [11]

7 Aunque Publio Aufidio [12] tenía una propiedad diminuta en Asia, posteriormente gobernó Asia entera en calidad de procónsul.

9 Ventidio, que celebró su triunfo sobre los partos, de niño había sido conducido en una procesión triunfal cuando el padre de Gneo Pompeyo se apoderó de Áscoli.

10 El consular Lucio Léntulo, después de ser acusado de cohecho en virtud de la ley Cecilia, fue nombrado censor junto a Lucio Censorino.

11 Gneo Cornelio Escipión Ásina, durante su consulado, hecho prisionero por los cartagineses junto a Lípari, lo per-

[11] Este título no aparece en este lugar de la edición de Valerio Máximo.

[12] Valerio Máximo habla de Tito Aufidio.

dió todo por el derecho de guerra. Después, lo recuperó todo, e incluso fue nombrado cónsul de nuevo.

Craso, llamado «Rico» por sus enormes riquezas, las 12
perdió después y los que se cruzaban con él, mofándose, seguían llamándole «Rico».

Gayo Mario, después de no ser considerado apto para 14
aspirar a los honores en Arpino, en Roma alcanzó hasta un séptimo consulado.

Gayo César, en su primera juventud, viajó a Asia como 15
un ciudadano más y, al ser apresado por unos piratas junto a la isla Farmacusa, tuvo que comprar su libertad por cincuenta talentos. Pero, después, apresó a sus raptores y les condenó a morir en la cruz.

Ejemplos extranjeros

Polemón, joven ateniense de vida depravada, entró bo- 9, 1
rracho en la escuela del filósofo Jenócrates y allí, conmovido por la seriedad de las palabras de éste, se hizo sensato y de ser un infame libertino pasó a convertirse en un ilustre filósofo.

Temístocles tuvo una juventud tan infame que llegó a 2
ser repudiado por su padre y obligó a su madre a suicidarse por vergüenza.

La niñez de Cimón fue propia de un necio. 3

A Polícrates, tirano de Samos, el más afortunado de to- 5
dos los mortales, Orontes, sátrapa del rey Darío, lo crucificó en la cima más alta del promontorio de Mícala.

El tirano Dionisio perdió todas sus riquezas y dignida- 6
des y se convirtió en un simple maestro.

Al rey Sífax, ilustre y temible para los romanos, el em- 7
bajador Lelio le condujo cargado de cadenas ante Escipión.

LIBRO VII

CAPÍTULO 1

Sobre la fortuna siempre propicia

Quinto Metelo, desde el primer día de su vida hasta el instante mismo de su muerte, gozó de la más feliz de las existencias: fue cónsul, obtuvo triunfos, fue padre de cuatro hijos, de los que tres fueron cónsules (uno de ellos incluso había sido censor y había recibido los honores del triunfo) y un cuarto pretor; entregó en matrimonio a sus tres hijas y acogió en su regazo a la descendencia de éstas. Y en todo este tiempo, ningún duelo, ningún llanto, ningún motivo de tristeza. Falleció a una edad muy avanzada y de muerte natural, entre los besos y abrazos de sus seres más queridos, y fue llevado por toda la Ciudad a hombros de sus hijos y yernos hasta ser depositado sobre la pira funeraria. 1, 1

Cuando Giges, ensoberbecido por el trono de Lidia y tan rico en armas y riquezas, recurrió a Apolo Pitio para preguntarle si había algún mortal más feliz que él, el oráculo respondió que Aglao de Psófide. Era éste el más pobre de los arcadios, y aun a pesar de su avanzada edad, nunca había salido de los límites de su pequeña heredad, feliz como 2

era con el fruto de su exigua parcela. Y no cabía duda de que, con la agudeza de su oráculo, Apolo daba a entender el fin último y sin sombras de una vida feliz.

CAPÍTULO 2

Dichos y hechos llenos de sabiduría

2, 1 Apio Claudio solía manifestar que era preferible que el pueblo romano permaneciera en acción antes que inactivo. Y es que advertía que la actividad incita a los imperios muy poderosos a tratar de alcanzar la virtud, en tanto que el excesivo descanso viene a dar en desidia.

2 Afirmaba Escipión Africano que, en temas militares, era indecoroso decir «no lo había pensado», ya que, en su opinión, las acciones armadas había que ejecutarlas después de haber sopesado y ensayado el plan correspondiente. El propio Escipión aseguraba que no debía entablarse combate con el enemigo si la ocasión no se presentaba o no había necesidad.

3 Quinto Metelo, tras la derrota de Cartago, aseguró que no sabía si aquella victoria había acarreado más beneficios o más perjuicios a la república.

4 El consular Lucio Fimbria fue designado juez en un proceso contra el ilustre caballero romano Marco Lutacio Pincia, por un compromiso verbal que éste había contraído con su adversario en el que, como única garantía, aducía la de ser una persona honrada. Pero Lucio no quiso jamás pronunciar una sentencia definitiva. De este modo, no privaría a un hombre íntegro de su reputación, en caso de que el veredicto fuera desfavorable, ni tampoco tendría que jurar que era un hombre bueno, puesto que tal condición encierra en sí misma un sinfín de alabanzas.

Durante el asedio a Aquilonia, el cónsul Papirio Cúrsor 5
pretendía iniciar el ataque a la ciudad. Pese a que las aves no se mostraban favorables, el augur que guardaba los pollos sagrados le anunció el mejor de los auspicios. Al percatarse el cónsul de este engaño, tomó aquello como un augurio propicio para él y su ejército e inició la batalla, no sin antes colocar al mentiroso en primera línea para que los dioses, en caso de enojarse, tuvieran una víctima que aplacara su resentimiento. Sucedió entonces que la primera flecha arrojada desde el bando contrario vino a clavarse en el pecho del augur.

Cuando el senado envió contra Aníbal a los cónsules 6
Claudio Nerón y Livio Salinátor, incompatibles por culpa de una acérrima enemistad, en primer lugar procuró reconciliarlos. Por otra parte, después de que el senado advirtió que el tribuno de la plebe Gneo Bebio los acusaba ante la asamblea por haber desempeñado el cargo de censor con excesiva dureza, los eximió de tener que defenderse.

En otra ocasión, el senado condenó a muerte al tribuno de la plebe Tiberio Graco por haberse atrevido a promulgar su ley agraria y, con gran acierto, decretó que, en virtud de la ley promulgada por el propio Graco, los triúnviros repartieran las tierras públicas entre el pueblo de forma individual.

Ejemplos extranjeros

El filósofo Sócrates juzgaba que, de los dioses inmorta- 2, 1
les, sólo había que pedir que nos otorgaran el bien, pues sólo ellos saben, al fin y al cabo, lo que conviene a cada uno.

El mismo Sócrates decía que quienes alcanzan la gloria por el camino más rápido y más breve son aquellos jóvenes que en sus actos procuran aparentar lo que son. También Sócrates, preguntado por un joven sobre si debería tomar esposa o, por el contrario, renunciar al matrimonio, le respondió que, hiciese lo que hiciese, terminaría arrepintiéndose. «Si no te casas —le dijo—, te embargará la soledad, la falta de hijos, el fin de tu estirpe, y un extraño será tu heredero».

Y cuando, una vez condenado por los ciudadanos, el verdugo le entregó la poción envenenada, aunque su esposa Jantipa, entre sollozos, proclamaba que moría un inocente, él le dijo: «¿Y qué, entonces? ¿Preferirías acaso que muriera siendo culpable?».

2 El legislador Solón pensaba que a nadie se le debe llamar dichoso mientras esté vivo. El propio Solón, al ver a uno de sus amigos profundamente entristecido, lo llevó hasta la Acrópolis y le animó a que volviera su mirada sobre todos los edificios que tenía a sus pies. Cuando comprobó que lo había hecho, añadió: «Piensa ahora contigo mismo cuánto duelo ha existido, existe hoy y existirá en siglos venideros bajo estos techos».

3 Tras la toma de Priene, cuando todos huían llevando sus bienes más preciados, preguntaron a Biante por qué no llevaba consigo ninguno de sus bienes, y él respondió: «Yo llevo conmigo todos mis bienes».

4 Platón proclamaba que el mundo sólo alcanzará la dicha cuando los filósofos comiencen a reinar o los reyes a ser filósofos.

5 Cuentan que, cuando entregaron a cierto rey una diadema, antes de colocársela en la cabeza, la examinó largo tiempo entre sus manos y a continuación dijo: «¡Oh, trapo más insigne que venturoso!».

En una ocasión en que, a pesar de las palabras de algunos maledicentes, Jenócrates se mantenía en profundo silencio, uno de los presentes le preguntó por qué era el único que refrenaba su lengua, a lo que él respondió: «Porque alguna vez me he arrepentido de hablar, de callar nunca». 6

Cuando le preguntaron a Tales si las acciones humanas pasan inadvertidas a los dioses, él respondió: «Ni siquiera los pensamientos». 8

El padre de una hija única consultó a Temístocles si debía entregarla en matrimonio a un pobre bien considerado, o por el contrario a un rico de poco aprecio. Temístocles respondió: «Prefiero a un hombre sin dinero que dinero sin un hombre». 9

Cuando Aristóteles envió a su discípulo Calístenes junto a Alejandro, le aconsejó que, o bien hablara con él lo menos posible, o bien lo hiciera con mucha dulzura, pues ambas cosas eran del agrado del rey. 11

El propio Aristóteles proclamaba que no había que hablar ni bien ni mal de uno mismo, ya que alabarse es propio de vanidosos, y criticarse de necios. También es suyo aquel precepto de que consideremos los placeres como algo pasajero.

Cuando le preguntaron a Anaxágoras si había alguien feliz, dijo: «Ninguno de los que tú consideras felices». 12

A los atenienses que se negaban a rendir honores divinos a Alejandro, Démades les advirtió: «Cuidaos de no perder la tierra mientras defendéis el cielo». 13

Anacarsis comparaba las leyes a las telarañas. En efecto, de igual modo que los animales más débiles quedan retenidos en ellas y los más fuertes las atraviesan, así también las leyes oprimen a los humildes y son incapaces de enredar a los opulentos. 14

Agesilao, tras conocer durante la noche que se maquinaba una conspiración contra la república lacedemonia, abo- 15

lió inmediatamente las leyes de Licurgo por las que se prohibía castigar a alguien sin haber sido juzgado y condenado. Después que los culpables fueron arrestados y ejecutados, volvió a restituir las leyes.

16 Cuando Magón anunciaba ante el senado cartaginés el final de la batalla de Cannas, Hannón le preguntó si alguno de los aliados romanos había desertado después de aquel tremendo desastre. Magón dijo que no, ante lo cual Hannón aconsejó que al instante se enviaran legados a Roma para negociar la paz.

17 Herennio Poncio, al preguntarle el ejército con su general al frente, que a la sazón era su propio hijo, sobre qué debía hacerse con las legiones romanas que se hallaban acorraladas en las Horcas Caudinas, respondió que había que dejarlas marchar intactas. Preguntado al día siguiente acerca de la misma cuestión, contestó que había que exterminarlas, para ganarse el reconocimiento del enemigo gracias a un favor tan grande, o bien que sus fuerzas quedaran rotas con un estrago tan considerable.

18 Los cretenses, cuando quieren expresar la maldición más cruel contra aquellos a los que odian, les desean que se deleiten con malas costumbres.

CAPÍTULO 3

Sobre la astucia

3, 1 Durante el reinado de Servio Tulio, a un padre de familia de la región sabina le nació una vaca de extraordinarias dimensiones y singular belleza. Consultados sobre la cuestión, los más infalibles adivinos respondieron que los dioses inmortales la habían engendrado para que la patria de aquel

que la inmolase en honor a Diana sobre el Aventino alcanzara la hegemonía en el mundo entero. Alegre por tales presagios, el dueño del animal lo llevó a toda prisa hasta Roma y lo colocó en el Aventino, ante el altar de Diana. Cuando tuvo conocimiento de ello el sacerdote del templo, alegando un pretexto religioso, no permitió al extranjero sacrificar su víctima sin antes purificarse en las aguas del río cercano. Cuando aquél se dirigía al cauce del Tíber, el propio sacerdote inmoló la vaca.

Cuando Escipión el Viejo se dirigía a África desde Sici- 3
lia, quiso completar el número de trescientos caballeros con los más esforzados soldados romanos de infantería, de manera que, de entre los sicilianos que tenía de su lado, eligió a los trescientos jóvenes más nobles y acaudalados y, como estaban desarmados, les ordenó que se equiparan cuanto antes con vistosas armas y caballos escogidos, como si fuese a llevárselos consigo a asaltar Cartago. Después que éstos obedecieron la orden, Escipión declaró que los eximiría de aquella expedición si querían entregar armas y caballos a sus soldados. Aquellos jóvenes, ajenos a la guerra, aprovecharon las condiciones y gustosamente cedieron sus bagajes a los nuestros.

Quinto Fabio Labeón, tras ser nombrado por el Senado 4
mediador para fijar las fronteras entre los habitantes de Nola y de Nápoles, aconsejó por separado a unos y otros que optaran por ceder un poco en la controversia antes que seguir adelante. Así obraron ambas partes. Establecidos por fin los límites, Labeón adjudicó al pueblo romano el espacio intermedio.

Marco Antonio dijo que no ponía por escrito ninguno de 5
sus discursos para así poder asegurar, en caso de haber ofendido en un proceso previo a alguien que tuviera que defender después, que él no había dicho tal cosa.

6 Sertorio, queriendo convencer a los lusitanos para que desistieran de enfrentarse a los romanos en una batalla campal, colocó a la vista de ellos dos caballos, uno muy impetuoso, el otro sumamente débil. A continuación ordenó a un endeble anciano que arrancara poco a poco las crines del caballo robusto, y a un joven de extraordinaria fuerza que de un solo golpe arrancara la cola del débil. Ambos obedecieron sus órdenes. Sin embargo, mientras los brazos del joven quedaban exhaustos ante aquel esfuerzo inútil, el viejo cumplió su cometido. Entonces Sertorio, ante aquella asamblea de bárbaros que ansiaba saber a qué venía esa demostración, explicó que el ejército romano era similar a la cola de un caballo, cuyas partes cualquiera puede vencerlas si las acomete por separado; pero que no podía derrotarlo en su totalidad.

7 Fabio Máximo[1] contaba con un soldado nolano de infantería dotado de extraordinaria fortaleza, pero cuya dudosa lealtad levantaba sospechas. Por ello, elogiándole cumplidamente desde su estrado y rindiéndole todo tipo de honores, le forzó a volver sus simpatías desde los cartagineses nuevamente hacia los romanos. Y a un caballero lucano de gran valor, aunque perdidamente enamorado de una prostituta, le permitió que la rescatara en secreto.

8 El edil de la plebe Marco Volusio, después de ser declarado proscrito, se atavió como un sacerdote de Isis y, pidiendo limosna por las vías públicas, engañó a sus perseguidores y pudo llegar al campamento de Marco Bruto.

9 Sencio Saturnino Vetulón, al ser proscrito por los triúnviros, haciéndose pasar por pretor, se hizo preceder de subalternos y esclavos públicos a modo de lictores, se adueñó de vehículos y ocupó hospedajes. Más adelante, después de

[1] La edición de Teubner introduce aquí el capítulo *De astutia*.

arribar a Pozzuoli, como si desempeñase una misión de estado, se apropió de unas cuantas naves y llegó hasta Sicilia.

Uno que quería muchísimo a su hijo, para apartarle de 10
un amor, le pidió que, antes de ir junto a la que amaba, gozase del amor de una vulgar ramera. El joven accedió y, tras satisfacer los impulsos de su ánimo, se entibió la relación no aceptada y ese amor terminó por desaparecer.

Ejemplos extranjeros

Alejandro, el rey de los macedonios, tras ser advertido 3, 1
mediante un oráculo de que mandara matar al primero que le saliese al encuentro en cuanto cruzara las puertas de la ciudad, ordenó que se diese muerte al arriero con quien se había topado. El mozo le preguntó por qué era condenado a la pena capital sin merecerlo. Entonces Alejandro alegó como excusa lo dispuesto en el oráculo, a lo que el arriero respondió: «Si es así, oh rey, entonces el asno fue el primero que te encontraste». Complacido Alejandro por aquellas ocurrentes palabras, ordenó que dieran muerte al asno.

Cuando Alejandro se disponía a devastar con enconado 4
afán Lámpsaco, pudo ver a Anaxímenes, su preceptor, saliendo de sus murallas. Como intuía Alejandro que ante su cólera aquél opondría sus súplicas, le juró que no haría lo que le pidiese. Entonces Anaxímenes dijo: «Te ruego que destruyas y asoles Lámpsaco».

Una viejecita ateniense había recibido de dos huéspedes 5
suyos una cantidad en depósito, con la condición de que la reintegrara a ambos a la vez. Pasado un tiempo, uno de ellos se presentó con traje de luto, como si su socio hubiese fallecido, y se llevó todo el dinero. Vino más adelante el otro y

se puso a reclamar la suma depositada. La anciana se quedó perpleja y aterrada por su falta de defensa. Pero en ese momento apareció oportuno el abogado Demóstenes, quien, nada más presentarse en el tribunal, dijo: «Esta mujer está dispuesta a cumplir su palabra en torno al depósito. Pero si no traes contigo a tu socio, no podrá hacer tal».

6 Un ateniense al que todo el pueblo odiaba fue citado ante él para responder de una acusación so pena de muerte. De repente, comenzó a reclamar para sí el más alto cargo público, no porque él creyese que podía alcanzarlo, sino para que aquellos hombres tuviesen un motivo sobre el que descargar los primeros accesos de cólera. Y no le falló aquella artimaña: a pesar de ser agraviado en la asamblea por los hostiles abucheos y los incesantes silbidos de todos los presentes, poco después, cuando se discutió acerca de su propia vida, recibió una sentencia bastante clemente.

7 Tras ser vencido en combate naval por el cónsul Duilio, y temiendo el castigo que habría de sufrir por la pérdida de la flota, Aníbal eludió semejante menoscabo con una admirable astucia: envió a Cartago a un amigo suyo convenientemente predispuesto. Nada más entrar en el senado cartaginés, éste dijo: «Aníbal desea saber si debe enfrentarse a un almirante romano». El Senado en pleno gritó que sin duda debía entablar combate. Entonces el emisario replicó: «Pues ya lo ha hecho y ha sido derrotado».

8 También Aníbal, con el fin de levantar alguna sospecha sobre la estrategia dilatoria de Fabio Máximo, quien se burlaba de él por medio de su provechosa táctica de retardo, comenzó a devastar los campos de toda Italia y únicamente dejó intactas unas tierras de Fabio con el fin de calumniarlo.

9 Cuando los tusculanos, por culpa de sus reiteradas rebeliones, habían hecho méritos para ser destruidos hasta los cimientos, se decidió enviar para tal menester a Furio Camilo. Todos los ciudadanos de Túsculo salieron a su encuentro ataviados con togas y le ofrecieron víveres y todas las demás garantías de paz. Con esta perseverante voluntad, lograron también el derecho de ciudadanía.

Tulo, el cabecilla de los volscos, después de advertir que 10
los ánimos de los suyos decaían tras unos cuantos combates perdidos, los empujó a donde él quería por medio de una insidiosa artimaña. Efectivamente, en cierta ocasión en que una gran muchedumbre de volscos había acudido a Roma con motivo de unos espectáculos públicos, Tulo aconsejó a los cónsules que fuesen tremendamente cautos. Al conocer este asunto el senado, decretó que los volscos salieran de la ciudad antes de que llegara la noche. Indignados por aquel ultraje, los volscos pudieron lanzarse fácilmente a la rebelión.

CAPÍTULO 4

Estratagemas

Después que Tulo Hostilio invadiera con todas sus tro- 4, 1
pas la ciudad de Fidenas, al ver que Metio Fufecio desertaba, temió que el miedo de nuestros soldados debilitase su ánimo, ante lo cual, picó espuelas a su caballo y recorrió todos los contingentes de soldados, pregonando que, por orden suya, Metio se había apartado hasta la colina y que, cuando él mismo diese la señal, atacaría a los fidenates por la retaguardia.

Sexto Tarquinio, el hijo de Tarquinio, se pasó de repente 2
al bando de los gabinos, como si huyera de la crueldad de su padre. Después, envió a un amigo suyo junto a su padre para que le informara de que lo tenía todo controlado y le pre-

guntase qué quería que hiciese. A la sutileza del joven respondió la astucia del viejo, que se fio poco del mensajero y no dio ninguna contestación, sino que lo llevó con él hasta un jardín y, con un bastón, arrancó las cabezas más grandes y crecidas de las adormideras. Cuando el joven Sexto tuvo conocimiento del silencio de su padre, comprendió que le ordenaba relegar al exilio a los gabinos más notables o bien darles muerte.

3 Los galos, después de conquistar la ciudad de Roma, cuando asediaban el Capitolio, comprendieron que la única esperanza de tomarlo se fundaba en el hambre de los sitiados. Entonces los romanos, valiéndose de un plan sumamente astuto, comenzaron a lanzar panes desde diversas posiciones. Estupefactos ante semejante espectáculo, los galos se vieron empujados a levantar el asedio.

4 Mientras Aníbal diezmaba una parte de Italia y su hermano Asdrúbal había invadido la otra, una vez cercado el primero en territorio lucano, Nerón engañó a su rival haciéndole creer que se hallaba allí presente, mientras se dirigía a prestar ayuda a su colega, acogido en Umbría por su colega Salinátor. Y así, unieron los dos ejércitos y, como Asdrúbal ignoraba su llegada, consiguió la victoria.

5 Marco Metelo[2], cuando se encontraba como procónsul en Hispania haciendo la guerra contra los celtiberos, al no ser capaz de conquistar con sus fuerzas Contrebia, tomaba rumbos distintos y se dirigía a unas u otras regiones. De este modo, había emprendido su marcha en una dirección cuando, de pronto, regresó a Contrebia y así la tomó por sorpresa.

[2] En *Hechos y dichos* aparece como Quinto Metelo.

Ejemplos extranjeros

Agatocles, después que los cartagineses habían ocupado la mayor parte de su ciudad, desplazó sus ejércitos hasta África para así conjurar la violencia con violencia. 4, 1

Aníbal, antes de entablar combate en Cannas, se las arregló para que los romanos tuviesen el sol y el polvo de cara. En segundo lugar, ordenó a una parte de sus tropas que, en mitad del combate, se diera adrede a la fuga. Con ello Aníbal pretendía que una legión romana que se había desgajado del resto del ejército para ir tras aquel grupo fuese aniquilada a manos de unos cuantos de los suyos que previamente había dispuesto en una emboscada. Por último, sobornó a cuatrocientos caballeros que, tras fingir que habían desertado, se presentaron ante el cónsul. Éste, como suele hacerse con los desertores, ordenó que depusieran las armas y se retiraran hasta las últimas filas. Y fue en ese momento cuando desenvainaron las espadas que llevaban ocultas entre la túnica y la coraza y cercenaron las corvas de los guerreros romanos. 2

CAPÍTULO 5

Sobre el cohecho[3]

Cuando Quinto Fabio Máximo ofreció un banquete en honor a su tío paterno Publio Africano, pidió a Quinto Elio 5, 1

[3] En la edición manejada el título de este capítulo varía, ya que en la obra de VALERIO MÁXIMO es *De repulsis*, mientras que en el epítome es *De ambitu*.

Tuberón que preparase los triclinios. Éste cubrió los lechos de estilo cartaginés con pieles de cabritilla, y dispuso vajilla de Samos en lugar de vajilla de plata. Aquel ultrajante gesto ofendió hasta tal punto a la opinión pública que, cuando Tuberón se presentó como candidato a la pretura, acabó sufriendo un fracaso.

2 Publio Escipión Nasica, aquel que durante su consulado declarara la guerra a Jugurta y que recibiera en sus sacrosantas manos a la Madre del Ida, cuando presentó siendo muy joven su candidatura a edil curul, al estrechar con fuerza la mano de uno, endurecida por las labores del campo, le preguntó en tono de broma si solía caminar sobre sus manos. Cuando estas palabras llegaron a oídos del pueblo, fueron la causa de que la candidatura de Escipión fracasara.

3 Lucio Emilio Paulo aspiró varias veces al consulado sin éxito, aunque fue elegido cónsul por dos veces y censor.

4 Fueron unos pocos y apenados amigos los que acompañaron a su casa a Quinto Cecilio Metelo, afligido y abochornado tras ser rechazado para el consulado.

5 Lucio Sila sufrió el desdén de ser rechazado para la pretura.

6 Marco Porcio Catón no pudo conseguir del pueblo la pretura en cierta ocasión.

CAPÍTULO 6

Sobre leyes y órdenes truculentas[4]

6, 1 Durante la segunda guerra púnica, como los jóvenes soldados romanos se hallaban exhaustos después de tantos combates adversos, el cónsul Tiberio Graco decidió que se comprasen, con cargo al erario público, esclavos con los que rechazar a las tropas enemigas. Por este motivo, y después que los tribunos de la plebe presentaran una propuesta de ley ante el pueblo, se nombró a tres personas que lograron reunir veinticuatro mil esclavos. Asimismo, de Apulia y de los pedículos, compraron doscientos setenta esclavos para reforzar la caballería.

El desastre de Cannas sumió a nuestra ciudad en un desconcierto tan tremendo que los despojos enemigos, que permanecían clavados en los templos como ofrenda a los dioses, fueron arrancados para emplearlos en la inminente batalla; niños vestidos con la pretexta empuñaron las armas, e incluso se alistaron seis mil soldados de entre los condenados por delitos capitales.

Sobre la necesidad[5]

Ante las quejas de Otacilio y Cornelio Mámula (propretores de Sicilia y Cerdeña, respectivamente), el Senado respondió por escrito que el erario no podía permitirse ningún gasto en tierras lejanas, y que por tanto, ellos mismos vieran de qué modo podían remediar tan enorme escasez.

También tú, Necesidad, quisiste que los habitantes de 2
Casilino, oprimidos por el asedio de Aníbal y desprovistos de cualquier tipo de alimento, tomasen las riendas y arrancasen las pieles de sus escudos para comérselas, tras reblandecerlas en agua hirviendo.

[4] En *Hechos y dichos* este capítulo aparece con el título de *De necessitate*.

[5] Este título no aparece aquí en la obra de Valerio Máximo, sino al principio del capítulo 6, tal como advertimos en la nota anterior.

3 En aquella ocasión en que trescientos prenestinos resistían el asedio, sucedió que uno de ellos prefirió vender por doscientos denarios un ratón que había cazado antes que comérselo y calmar así su hambre. Pero el avaro murió de hambre y el que lo había comprado siguió vivo.

4 Durante el consulado de Gayo Mario y Gneo Carbón, enfrentados a Lucio Sila, mediante un decreto del Senado se mandó fundir todo el oro y la plata que adornaban los templos para que no faltase la soldada a la tropa.

5 El ejército del divino Julio, tras haber sitiado la ciudad de Munda, y ante la escasez de materiales con los que levantar un parapeto, erigió la altura que deseaba amontonando cadáveres de enemigos.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Los cretenses, abocados a la más absoluta penuria por culpa del asedio de Metelo, soportaron la sed bebiendo su propia orina y la de sus bestias.

2 Los numantinos, sitiados por Escipión por medio de una empalizada y un terraplén, acabaron recurriendo a la carne humana como alimento.

CAPÍTULO 7

Sobre los testamentos

7, 1 El padre de cierto soldado, tras recibir la noticia falsa de la muerte de su hijo, nombró herederos a otros y al poco tiempo falleció. Al volver el joven a casa y enterarse del error

de su padre, litigó ante los centúnviros y acabó venciendo con el veredicto unánime.

El hijo del muy honorable caballero romano Marco Anio[6] Carseolano, tras ser adoptado por Sufenate, un tío suyo materno, anuló ante los centúnviros el testamento de su padre natural, en el que había sido excluido él y donde sí se había nombrado heredero a un familiar de Pompeyo Magno, Tuliano, con la firma del propio Pompeyo. 2

Gayo Tetio era hijo de Cetronia[7] y fue desheredado por su padre cuando todavía era un niño, ante lo cual el divino Augusto ordenó por medio de un decreto que tomara posesión de los bienes de su padre. 3

Septicia, madre de los dos Trácalos de Rímini, disgustada con sus hijos, para humillarlos se casó con el anciano Publicio cuando ya no podía engendrar más hijos y, además, los excluyó de su testamento. Después de haber oído esto el divino Augusto, condenó tanto el casamiento como la última voluntad de aquella mujer. 4

El pretor urbano[8] Gayo Calpurnio Pisón, después que Terencio presentó ante él una queja, porque había sido desheredado por uno de sus ocho hijos, a quien había dado en adopción, le otorgó la posesión de los bienes del joven. 5

Un tal Genucio, sacerdote de la Gran Madre, nombrado en el testamento de Nevio Anio, obtuvo del pretor urbano Gneo Orestes que se le entregasen los bienes de ese Nevio Anio. Tras la reclamación de Surdino, abogado de Nevio, acerca de la herencia, Emilio Mamerco anuló el dictamen del pretor, basándose en que Genucio no debía considerarse ni hombre ni mujer. 6

---

[6] Para Valerio Máximo es Marco Anneyo Carseolano.

[7] Para Valerio Máximo es Petronia.

[8] Mientras que, en el epítome, Pisón aparece como prefecto de la ciudad, en *Hechos y dichos,* aparece como *praetor urbis.*

7 El pretor urbano Quinto Metelo no consintió que los bienes de Vibieno pasaran a manos del rufián Vecilo, quien los reclamaba en virtud de los términos del testamento.

CAPÍTULO 8

8, 1 A Menenio Agripa[9] todos le consideraban loco porque había repartido monedas entre el pueblo y, además, se le había visto en el foro arrastrando su toga como si fuesen ropajes propios de una tragedia. Pues bien, en su testamento nombró heredero a su hijo ***[10], algo que Tiberio Longo, pariente suyo muy cercano, trató de revocar sin éxito.

3 Quinto Metelo, pese a estar unido por vínculos de sangre a la familia Claudia, dejó como único heredero a Carrinate.

4 Pompeyo Begino[11], natural de la región transalpina, fue excluido del testamento de su hermano. A fin de demostrar la injusticia que contra él se había cometido, recitó su testamento, en el que su hermano era nombrado heredero de gran parte de su patrimonio.

5 Quinto Cecilio[12], amigo de Lucio Luculo, gracias a quien había logrado un grado de dignidad honorable, a pesar de que lo había señalado públicamente como su único heredero, en su testamento había adoptado y dejado como heredero

[9] Valerio Máximo refiere este ejemplo a Tuditano.

[10] Tanto en la obra de Valerio Máximo como en la de Paris, encontramos aquí una laguna que dificulta la comprensión del texto.

[11] Regino en Valerio Máximo.

[12] En la edición de *Hechos y dichos* este capítulo está separado del anterior e incluido bajo un nuevo epígrafe.

a Pomponio Ático. Por ello, el pueblo romano arrastró el cadáver envuelto en una red.

Gayo Mario[13], natural de Urbino, quien ascendió mer- 6
ced a los favores del divino emperador Augusto hasta los más altos honores castrenses, ni siquiera mencionó su nombre en el testamento.

Lucio Valerio «Sietecuerdas», después de sufrir la ene- 7
mistad y las acusaciones de Cornelio Balbo, lo dejó como su único heredero.

Tito Barro entregó a Léntulo Espínter sus anillos, como 8
si fuese su único heredero, cuando en realidad no le dejaba nada en herencia.

Marco Popilio, del orden senatorial, miró con semblante 9
amable, en razón de su vieja amistad, a Opio Galo; fue el único al que besó, y le entregó además sus anillos, aunque en realidad dejaba otro heredero.

[13] En la edición de Valerio Máximo es Tito Mario.

LIBRO VIII

CAPÍTULO 1

Sobre los juicios públicos[1]

[*Absueltos*]

Después que el rey Tulo lo condenara por haber dado 1, 1 muerte a su propia hermana, Marco Horacio apeló ante el pueblo y fue absuelto.

El tribuno de la plebe Libón había acusado duramente 2 ante la asamblea a Servio Galba, ya que siendo pretor en Hispania había exterminado a un gran número de lusitanos faltando así a su palabra, y Marco Catón, ya entonces de edad muy avanzada, respaldaba la acción del tribuno. El acusado nada adujo en su favor y encomendó al pueblo a sus hijos. Aquella acción tranquilizó a la asamblea y fue absuelto.

[1] En este libro encontramos epígrafes distintos entre la edición de Valerio Máximo y la de Paris. Es el caso de ese capítulo que, en *Hechos y dichos*, está encabezado por el título siguiente: *Infames rei quibus de causis absoluti aut damnati sint. (Sobre los motivos por los que acusados de delitos infamantes fueron absueltos o condenados).*

3 Cuando Aulo Gabinio fue acusado por Gayo Memio y ya iba a ser condenado, fue absuelto, porque Sisenna, hijo de Gabinio, se postró suplicante a los pies del acusador Memio, tratando de hallar un refugio. Éste lo apartó, dejándolo con el anillo fuera de su mano. Este hecho conmovió a los presentes, que decretaron el perdón para Gabinio.

4 Apio Claudio, odioso para el pueblo por haber perdido una flota, cuando ya le parecía imposible escapar al castigo, vio cómo se interrumpía el juicio gracias a un inesperado aguacero, y después no fue acusado.

6 Cuando Lucio Pisón fue acusado por Pulcro, cayó una repentina tromba de agua mientras Pisón, que se hallaba postrado en el suelo, besaba los pies de los jueces, de manera que se llenó el rostro de barro. Aquella escena tornó en clemencia la actitud de toda la asamblea.

7 Quinto Flavio, acusado por el edil Gayo Valerio, por más que el voto de catorce tribus lo había declarado culpable, proclamó que lo condenaban pese a ser inocente. Entonces Valerio le replicó en voz alta que nada le importaba si iba a morir siendo culpable o inocente, con tal de que muriera. La dureza de aquellas palabras llevó al resto de tribus a votar a favor de Flavio.

8 Gayo Cosconio, acusado por Valerio Valente[2] de vulnerar la ley Servilia, y próximo ya a la condena, se salvó tan sólo por un motivo: porque recitó un poema de su acusador en el que se mostraba a un adolescente y a una joven virgen de condición libre a la que él había violado. Este hecho motivó que se absolviera a Cosconio como si fuera inocente.

9 Marco Atilio Calatino[3], acusado de deshonor por haber entregado a traición la ciudad de Sora, fue salvado por su suegro, Quinto Máximo, quien aseguró que, si él mismo lo

[2] En *Hechos y dichos* aparece como Valerio Valentino.

[3] Aulo Atilio Calatino para Valerio Máximo.

hubiera hallado culpable del citado crimen, habría roto inmediatamente sus lazos de afinidad con él.

Marco Emilio Escauro, acusado de concusión, fue ab- 10
suelto en atención a su antiquísima nobleza y al recuerdo reciente de su padre.

Cota, acusado ante el tribunal del pueblo por Publio Es- 11
cipión Emiliano, después de haberse aplazado el juicio siete veces, en la octava ocasión, finalmente, fue absuelto, pues temía el pueblo que, si Cota era condenado, parecería que se habían dejado guiar no por su sentido de justicia sino por la fama del acusador.

Calidio de Bolonia, tras ser sorprendido de noche en el 12
dormitorio de un hombre casado, fue por este motivo acusado de adulterio. Él afirmó que era el amor de un joven esclavo el que lo había llevado hasta aquella alcoba. Y esta confesión, aunque falsa, fue beneficiosa para él, ya que fue absuelto.

Los hermanos Celio, miembros de una ilustre familia de 13
Terracina, fueron acusados de parricidio porque su padre, Celio, había sido asesinado mientras descansaba en su habitación, donde también dormían ellos, en otro lecho contiguo. Pero cuando se supo que, al abrir la puerta, se les había encontrado durmiendo, fueron absueltos.

[*Condenados*]

Después de celebrar el brillantísimo triunfo sobre el rey 1, 1
Antíoco, Lucio Escipión fue condenado por haber recibido dinero de aquél.

Gayo Deciano, cuando acusó ante la tribuna del foro a 2
Publio Furio, se aventuró a lamentar la muerte de Lucio Saturnino, y fue castigado.

Sexto Ticio, popular entre el pueblo, fue condenado 3
porque había tenido en su casa una imagen de Saturnino.

4 En cierta ocasión en que Claudia, hermana de Apio[4], volvía a casa, deseó que su hermano volviera al mundo de los vivos y fuese nombrado varias veces cónsul, para que se redujera la población. Esto motivó que fuera acusada y condenada.

5 Los triúnviros Marco Mundio[5], Gneo Lolio y Lucio Sextio fueron condenados por los tribunos de la plebe, porque habían llegado tarde a apagar un incendio que se había provocado en la Vía Sacra.

6 El triúnviro Publio Avilio[6], tras ser acusado por el tribuno de la plebe Publio Aquilio, fue condenado por haber hecho su guardia negligentemente.

7 Marco Emilio Porcina fue multado con severidad por haber construido una casa de campo excesivamente elevada.

8 Uno que, perdidamente enamorado de su joven esclavo, dispuso, por capricho de aquél, que se le sirvieran en el campo tripas de buey para cenar, como no se compraba carne por aquellos contornos, satisfizo los deseos del joven matando un buey de labranza. Y por esto tuvo que enfrentarse a un juicio público.

[*Ni absueltos ni condenados*]

1, 1 Una mujer que había matado a su madre fue llevada ante el pretor Marco Popilio Lenate y fue absuelta, pues estaba suficientemente probado que aquella mujer estaba enajenada de dolor por la muerte de sus hijos, a los que su propia abuela había envenenado en razón del odio que sentía hacia su hija.

[4] Valerio Máximo no menciona el nombre del hermano. En realidad se trata de Publio (no Apio) Claudio Pulcro.

[5] En *Hechos y dichos* es Marco Mulvio, y Sextilio en lugar de Sextio.

[6] Para Valerio Máximo es Publio Vilio.

Una madre de familia de Esmirna asesinó a su marido y 2
a su hijo, al enterarse de que entre ambos habían matado a otro hijo que aquélla había concebido en un matrimonio anterior. Dolabela, gobernador entonces en Asia, remitió la instrucción de este caso al Areópago, donde, una vez que examinaron la causa, determinaron que acusador y acusada volvieran a presentarse ante ellos cien años después.

CAPÍTULO 2

Sobre juicios privados[7]

Los augures ordenaron a Claudio Centumalo que reduje- 2, 1
ra la altura de una casa suya que se alzaba en el monte Celio, dado que les molestaba a la hora de tomar los augurios desde la colina del Capitolio. Claudio, sin embargo, se la vendió a Calpurnio Lanario sin comentar ese hecho. Cuando obligaron a Calpurnio a derribar su casa, recurrió a Marco Porcio Catón, padre del célebre Catón, como árbitro entre él mismo y Claudio. Catón condenó a Claudio.

Aquejado de una grave enfermedad, Gayo Viselio Va- 2
rrón permitió que, en su cuenta de deudas, se viera reflejada la cantidad de trescientos mil sestercios que debía entregarse a Otacilia, esposa de Laterense. Su intención era que, si moría, pudiera ella reclamar dicha suma a sus herederos, suma que él pretendía que fuese una especie de legado. Pero cuando se recuperó de esa enfermedad, no quiso entregar esa cantidad, aunque ella la reclamaba. Asistió como juez en aquel litigio Gayo Aquilio, que dictó sentencia a favor de Viselio.

[7] En el epígrafe correspondiente de Valerio Máximo se nos dice que los siguientes ejemplos corresponden a juicios privados insignes.

3 Gayo Titinio de Minturnas, después de repudiar a su esposa, porque decía que era una mujer indecente, fue obligado por Gayo Mario a devolverle la dote. Además Mario condenó a la esposa a pagar un sestercio por su conducta inmoral. Fannia es la misma que llevó a Mario hasta su casa para custodiarlo, manchado como estaba de barro del pantano del que lo habían sacado.

4 Uno resultó condenado de hurto porque había contratado los servicios de un caballo para ir hasta Aricia y, sin embargo, siguió cabalgando hasta una colina situada más allá de este municipio.

CAPÍTULO 3

Sobre mujeres que se defendieron a sí mismas [8]

3, 1 La acusada Mesia de Sentino defendió su propia causa en el juicio presidido por el pretor Lucio Ticio, en medio de una gran afluencia de público. Por ocultar bajo su cuerpo de mujer el genio propio de un varón, la apodaron la «Andrógina».

2 Gaya Afrania, esposa del senador Licinio Bucón, tan presta como era a mezclarse en litigios, se defendía siempre a sí misma, hasta el punto de que a las mujeres de malas costumbres se les asignó el apodo de «Gaya Afrania».

3 Hortensia, la hija de Quinto Hortensio, en vista de que los triúnviros habían impuesto un oneroso tributo a las matronas, accedió a defender a las mujeres con firmeza y éxito ante los triúnviros.

[8] El epígrafe en la obra de Valerio Máximo incluye también a las mujeres que defendieron a otros.

CAPÍTULO 4

Sobre los interrogatorios a esclavos [9]

Alejandro, esclavo del banquero Marco Agrio, fue acusado de haber asesinado a un esclavo de Aulo Fannio. Por este motivo, su amo lo sometió a tortura hasta que confesó que había cometido aquel crimen y fue condenado al suplicio. Poco tiempo después, el esclavo al que se creía muerto volvió a su casa. 4, 1

Alejandro, esclavo de Publio Atinio, sobre el que recaían sospechas de haber dado muerte al caballero romano Gayo Flavio, fue torturado seis veces. 2

Asimismo, en el proceso abierto contra Fulvio Flaco, un esclavo suyo llamado Filipo, de quien dependía la resolución de la causa, no articuló palabra alguna que pudiera implicar a su amo pese a ser torturado ocho veces. 3

CAPÍTULO 5

Sobre testigos no creídos [10]

Cuando Quinto Pompeyo, hijo de Aulo, fue acusado de concusión, los hermanos Gneo y Quinto Servilio Cepión, y con ellos los hermanos Quinto y Lucio Metelo, presentaron un testimonio bastante duro que no fue tenido en cuenta. 5, 1

[9] La mención a los esclavos no aparece en Valerio Máximo.
[10] En Valerio Máximo es simplemente *Sobre los testigos*.

2 Marco Emilio Escauro actuó como testigo contra Gayo Memio, Gayo Flavio y Gayo Norbano. No obstante, no pudo hundir a ninguno de ellos.

3 Lucio Craso, aunque presentó un impetuoso testimonio contra Marco Marcelo, no tuvo éxito.

4 Quinto Metelo Pío, Lucio y Marco Lúculo, Quinto Hortensio y Manio Lépido, citados como testigos contra Gayo Cornelio, acusado de lesa majestad, no fueron creídos.

5 A Marco Cicerón no le creyeron cuando juró que Publio Clodio había estado con él en Roma, mientras el otro se defendía de la acusación de sacrilegio (por haber entrado en el templo de la Buena Diosa para cometer estupro), valiéndose de su ausencia como única prueba.

6 Publio Servilio Isáurico, paseaba en cierta ocasión por el foro cuando vio que se testificaba contra un acusado y comenzó a hablar de esta manera: «De éste que aquí se defiende, jueces, no sé ni de dónde es, ni qué vida ha llevado, ni si se le acusa merecidamente. Lo único que sé es que, cuando me crucé con él en la Vía Laurentina, en un punto en que el camino se vuelve muy estrecho, no quiso apearse del caballo». Los jueces, apenas oyeron al resto de los testigos, condenaron al acusado.

CAPÍTULO 6

Sobre quienes cometieron los mismos delitos que habían condenado en otros

6, 1 Gayo Licinio, apodado el «Gladiador», rogó al pretor que prohibiera a su padre administrar sus bienes so pretexto de que los estaba disipando. Y por cierto que logró lo que pretendía, pero poco tiempo después el anciano falleció y el propio Licinio despilfarró todo el dinero que su padre le había dejado.

Gayo Mario, después de haber sometido a Lucio Satur- 2
nino cuando éste incitó con el gorro frigio a los esclavos, recurrió él también a los esclavos y se colocó un gorro frigio cuando Sila irrumpió en la ciudad.

Gayo Licinio Estolón, después que hubo dispuesto por 3
ley que nadie tuviera más de quinientas yugadas de tierra, compró él mismo mil y, para encubrir su delito, enajenó la mitad a su hijo. Por esta razón lo acusó Marco Popilio Lenate y fue condenado.

CAPÍTULO 7

Sobre el entusiasmo y la dedicación constante

Catón, a los ochenta y cinco años, fue acusado y asumió 7, 1
él mismo su defensa, sin que su memoria fuese más torpe, sin que sus pulmones se viesen aquejados por ninguna enfermedad y sin que su voz pareciese entrecortada. Incluso aprendió la lengua griega siendo ya anciano y se interesó por el derecho.

Catón tenía tal deseo de adquirir conocimientos que ni 2
siquiera en la curia, mientras se reunía el Senado, perdía la ocasión para releer textos griegos.

Livio Druso, aunque había perdido las fuerzas y la vista, 4
explicaba el derecho civil al pueblo con sumo placer.

El senador Publilio y el caballero romano Lupo Pon- 5
cio, abogados célebres, pudieron continuar su labor en el foro con la misma dedicación, pese a quedar privados de la vista.

6 Gayo[11] Craso, tras llegar a Asia como cónsul con la misión de derrotar al rey Aristonico, se consagró al estudio de la lengua griega con tanta aplicación que llegó a dominar perfectamente cinco dialectos con todas sus particularidades y características. Y esto le permitía pronunciar sentencia en el dialecto en que cada uno acudía a su tribunal.

7 Roscio jamás se atrevió a exteriorizar un gesto ante su público sin haberlo ensayado previamente en su casa.

Ejemplos extranjeros

7, 1 Demóstenes no podía pronunciar en su juventud la primera letra del arte que pretendía dominar. Sin embargo, logró atajar aquel defecto de su habla con tanto empeño, que nadie era capaz de pronunciarla con mayor expresividad que él. Más adelante, por medio de la práctica continuada, consiguió que su voz, un tanto molesta al oído por ser excesivamente atiplada, adquiriera un tono grave y agradable de escuchar.

A sus pulmones también les faltaban las fuerzas, por lo que con mucho esfuerzo se procuró aquello que su constitución física le había negado. En efecto, hilvanaba gran cantidad de versos con un solo impulso de aire, y podía recitarlos al tiempo que subía a todo correr por lugares empinados. A veces solía adentrarse en las costas poco profundas y proferir sus declamaciones ante el fragor de las olas.

Se cuenta, incluso, que se metía piedrecitas en la boca y solía hablar así mucho y sin parar.

[11] Publio Craso para Valerio Máximo.

Pitágoras se marchó a Egipto y, después de entrar en contacto con la cultura de aquella nación, siguió desde allí hasta el país de los persas, donde se entregó al estudio de la infalible ciencia de los magos. Navegó luego hasta Creta y Esparta, cuyas leyes y costumbres investigó, para después acudir a los Juegos Olímpicos. Y tras haber dado muestras de su vastísima cultura, fue llamado «filósofo», calificación nueva, pues antes se hablaba de los siete sabios. Prosiguió luego hasta Italia. Finalmente, la ciudad de Metaponto, con ojos llenos de veneración, lo vio arder en la pira funeraria. 2

A Platón le cayó en suerte una patria como Atenas y un maestro como Sócrates, recorrió todo Egipto y aprendió de los sacerdotes de aquel pueblo complicadas nociones de geometría y el método de observación de los astros. De allí pasó a Italia, donde aprendió los preceptos pitagóricos de manos de Arquitas en Tarento, y de Timeo, Arión y Equécrates en Locros. Cuando murió, a los ochenta y un años de edad, se cuenta que bajo su almohada tenía los *Mimos* de Sofrón. 3

Demócrito, por su parte, era conocido por las riquezas que poseía. Tantas tenía que su padre habría podido ofrecer tranquilamente un banquete al ejército de Jerjes. A fin de poder enfrascarse con mayor libertad en sus estudios, se quedó con una pequeña cantidad de sus bienes y donó el resto a su patria. Permaneció durante muchos años en Atenas. 4

Carnéades, que se dedicó a la filosofía hasta los noventa años, cuando se sentaba a la mesa para comer, se olvidaba de acercar su mano a la comida, de tan abstraído como se hallaba en sus pensamientos, hasta que la que era su mujer, Melisa, se lo recordaba. Cada vez que se preparaba para discutir con Crisipo, se purgaba antes con eléboro, para así expresar sus pensamientos de manera más sutil. 5

6 Anaxágoras, cuando regresó a su patria tras un largo peregrinar, al encontrarse sus posesiones abandonadas, exclamó: «No me habría salvado yo si éstas no se hubiesen perdido».

7 Marcelo, tras conquistar Siracusa, ordenó que mantuvieran con vida a Arquímedes. Pero, mientras éste se hallaba trazando figuras, uno de los soldados que habían irrumpido en su casa con objeto de saquearla, le preguntó quién era. Por culpa de su empedernido deseo de hallar la solución a lo que andaba cavilando, protegió con sus manos lo que había dibujado en el suelo y respondió: «No borres esto». Y como si hubiese desobedecido la orden del vencedor, acabó decapitado.

8 Sabido es también que Sócrates comenzó a tocar la lira cuando ya había alcanzado una avanzada edad, considerando que más valía aprender tarde aquel arte que no aprenderlo jamás.

9 Isócrates, como él mismo nos dice, contaba noventa y tres años cuando escribió el conocidísimo libro que lleva por título *Panatenaico.*

10 Crisipo nos dejó treinta y nueve volúmenes de *Lógica,* obra que empezó a componer a los ochenta años.

12 Sófocles escribió a los cien años la admirable tragedia *Edipo*.

13 El poeta Simónides presume de haber dado a conocer poemas suyos y haber intervenido en certámenes poéticos a la edad de ochenta años.

14 Solón confiesa que se hizo viejo sin dejar de aprender algo cada día. Y así, el último día de su vida, cuando se hallaba rodeado de sus amigos, que discutían entre ellos sobre una cuestión, levantó la cabeza. Al preguntarle por qué hacía aquello, él contestó: «Porque cuando acabe de escuchar esto que discutís, moriré».

Temístocles, aunque estaba abrumado por asuntos de vital importancia, se aprendió de memoria los nombres de todos sus conciudadanos. Y Ciro el de todos sus soldados. 15

Mitridates aprendió las lenguas de veintidós pueblos. 16

CAPÍTULO 8

Sobre el ocio

Es bien sabido que Escipión y Lelio, mientras guardaban juntos el descanso que reconforta el espíritu, solían recoger pequeñas conchas y caparazones paseando por las costas de Gaeta. 8, 1

Se cuenta que Escévola jugaba muy bien a la pelota. Y se dice que a veces también se entretenía jugando a las damas. 2

Ejemplos extranjeros

Sócrates fue visto por Alcibíades jugando con sus hijos y llevando una caña entre las piernas[12]. 8, 1

[12] Mientras que el texto de Valerio Máximo termina con el verbo *risus est,* aludiendo a la burla de que fue objeto Sócrates, el texto de Paris indica solamente *visus est,* desapareciendo así esa alusión, que curiosamente se sigue manteniendo en la traducción de R. Faranda.

CAPÍTULO 9

Sobre el enorme poder de la elocuencia y de la pronunciación[13]

9, 1 Tras la expulsión de los reyes, la plebe, en desacuerdo con el senado, abandonó la ciudad. Menenio Agripa[14] les convenció para que adoptaran una decisión más acertada.

2 Como aquellos soldados a quienes Mario y Cinna habían enviado a matar a Marco Antonio quedaron asombrados ante el discurso de éste, después de tener sus espadas desenfundadas, las volvieron a introducir en sus vainas. Y ya se retiraban, cuando Publio Annio, que no había escuchado la arenga de Antonio, ejecutó aquella orden.

Ejemplos extranjeros

9, 1 Pisístrato era un orador tan capacitado que los atenienses, embelesados por su verbo, le otorgaron las prerrogativas de un rey; y ello, a pesar de la fuerte oposición de Solón.

2 Pericles, discípulo de Anaxágoras, destacó de tal modo en la elocuencia, que un anciano, al asistir por primera vez a un discurso del joven Pericles, dijo: «Atenienses, éste es parecido a Pisístrato, de manera que debéis tener cuidado con él».

3 El filósofo cirenaico Hegesias reflejaba de tal modo los males de la vida, que suscitaba en muchos un deseo de suicidarse. De ahí que el rey Ptolomeo le prohibiera hablar más sobre este asunto.

[13] Esta mención a la pronunciación no aparece en Valerio Máximo.

[14] Aparece como Valerio en *Hechos y dichos*.

CAPÍTULO 10

Gayo Graco, joven de carácter apasionado, cada vez que pronunciaba una arenga ante el pueblo, llevaba tras de sí un esclavo versado en música que, escondido, modulaba el tono de su pronunciación al son de una flauta de marfil. 10, 1

Quinto Hortensio, que concedía la mayor importancia a una adecuada gesticulación, empleaba casi más esfuerzo en perfeccionar sus gestos que en alcanzar la elocuencia misma. Se sabe que Esopo y Roscio, dos actores experimentados, solían acudir a verlo cuando defendía una causa. 2

Marco Cicerón subrayó la enorme importancia que tienen los dos factores y, por eso, los utilizó en el discurso que pronunció en defensa de Galio. Después que el acusador Marco Calidio afirmara que el reo había procurado envenenarlo, Cicerón le reprochó que había mostrado una mirada indolente, diciéndole: «Si no fuera porque estás fingiendo, Marco Calidio, ¿acaso te comportarías de este modo?». 3

Ejemplos extranjeros

Demóstenes se preocupó mucho por la pronunciación y, por ello, una vez que le preguntaron cuál era el elemento más efectivo de la oratoria, respondió que la puesta en escena. Esquines, después de abandonar Atenas como consecuencia de una humillación en un juicio, se había instalado 10, 1

en Rodas, donde la ciudadanía le pidió que pronunciara su discurso contra Ctesifonte y, seguidamente, el de Demóstenes en defensa del mismo. Todos los presentes quedaron asombrados. Entonces Esquines señaló: «¿Qué habría ocurrido si lo hubieseis oído en persona?».

CAPÍTULO 11

Sobre la efectividad de las artes

11, 1 Sulpicio Galo, un erudito, cuando era lugarteniente de Lucio Paulo en la guerra que éste libraba contra el rey Perseo y, en medio de una noche serena, se produjo de repente un eclipse de luna, a pesar de que nuestros ejércitos, aterrorizados ante aquello como si de un monstruoso portento se tratase, desconfiaron, Galo, con una descripción del sistema celeste y de la naturaleza de los astros, los mandó de nuevo a combatir con ardor.

2 El adivino Espurina había profetizado a Gayo César que se guardara, como si de días fatales se tratase, de los siguientes treinta días, el último de los cuales eran las idus de marzo. La mañana de ese día ambos coincidieron casualmente mientras visitaban a Domicio Calvino [15]. Fue entonces cuando César preguntó a Espurina: «¿No sabes que ya han llegado las idus de marzo?». A lo que Espurina contestó: «¿Y tú? ¿No sabes que aún no han pasado?».

[15] Paris invierte el orden de los nombres que aparece en Valerio Máximo.

Ejemplos extranjeros

Cuando, por un inesperado eclipse de sol, Atenas quedó sumida en unas insólitas tinieblas y sus habitantes apesadumbrados, Pericles compareció ante el pueblo y expuso todos los conocimientos que, de su preceptor Anaxágoras, había adquirido. No permitió que sus conciudadanos siguiesen atemorizados ante un miedo infundado. 11, 1

Alejandro quiso que sólo Apeles lo pintara y que sólo Lisipo esculpiera su efigie. 2

La Gracia esculpida por Praxíteles y colocada en el templo de la Venus de Gnido enamoró a un joven. Un caballo relinchó movido por una yegüa pintada. Un perro ladró ante la pintura de un perro. Y un toro, al ver una vaca de bronce en Siracusa, sintió un irrefrenable deseo. 4

Hay cosas que ningún arte puede conseguir

Eufranor, cuando pintaba en Atenas a los doce dioses, después de plasmar la imagen de Neptuno del mejor modo que pudo, no consiguió representar a Júpiter con mayor majestuosidad. 5

Un pintor que reprodujo el sacrificio de Ifigenia, tras dibujar a Ulises, a Menelao y a otros, tristes, no pudo reflejar el dolor de Agamenón, por lo cual lo pintó con la cabeza tapada con un velo. 6

Otro pintor de excepcional destreza, habiendo visto a un caballo que volvía de sus ejercicios, intentó pintarlo pero, empeñado en añadir espuma a los ollares del animal, malgastó mucho tiempo en vano. Finalmente, exaltado de ira, 7

agarró una esponja, que casualmente tenía a su lado, impregnada de todos los colores, y la estrelló contra el cuadro, decidido a destruir su obra. Quiso la fortuna que la esponja fuese directa a los ollares del caballo, y acabó cumpliendo los deseos del pintor.

CAPÍTULO 12

12, 1 Quinto Escévola, el más notable experto en leyes, siempre que era consultado acerca del derecho relativo a los adjudicatarios de bienes adquiridos en pública subasta, remitía a quienes le preguntaban a Furio y a Cascelio, versados en esta materia, puesto que admitía que ellos podrían explicar con mayor conocimiento de causa esa cuestión.

Ejemplos extranjeros

12, 1 Platón, cuando los constructores de un altar sagrado quisieron pedirle consejo acerca de las dimensiones y la forma del mismo, les mandó que hablaran con el geómetra Euclides, rindiéndose así ante sus conocimientos.

2 El arquitecto Filón, habiendo construido un arsenal en Atenas, explicó su proyecto con tal elocuencia que aquel pueblo tan erudito no atribuyó menor gloria a su oratoria que a su destreza.

3 Cuando un zapatero comenzó a opinar sobre las piernas, uno le prohibió que ascendiera más allá del pie.

CAPÍTULO 13

Sobre la vejez

Marco Valerio Corvino llegó a cumplir los cien años. 13, 1
Entre el primero y el sexto de sus consulados transcurrieron cuarenta y seis años, y tuvo fuerzas suficientes.

Metelo también vivió cien años y, con una edad bastante 2
avanzada, fue nombrado pontífice máximo, sin que vacilara su voz al pronunciar los votos y sin que su mano temblara al realizar los sacrificios.

Quinto Fabio Máximo perteneció al colegio de los augu- 3
res durante sesenta y dos años.

Marco Perperna[16] sobrevivió a todos a los que, como 4
cónsul, había llamado para que se incorporaran al Senado; además, sólo le sobrevivieron siete de los senadores a los que eligió cuando fue censor.

Silvia[17], la esposa de Rutilio, llegó a los noventa y sie- 6
te años de edad; Terencia, la mujer de Cicerón, a ciento tres años; Clodia, la esposa de Aufilio, alcanzó los ciento quince años, después de sobrevivir a quince de sus hijos.

Ejemplos extranjeros

Hierón llegó a los noventa años. Masinisa reinó sesenta 13, 1
años. A éste, como dice Cicerón, no hubo jamás lluvia ni

[16] Perpenna en Valerio Máximo.
[17] Livia para Valerio Máximo.

frío que pudiera obligarle a cubrirse la cabeza. Y con noventa y seis[18] años cumplidos tuvo un hijo.

2 A Gorgias de Leontinos, cuando iba camino de los ciento siete años, le preguntaron que para qué quería seguir vivo tanto tiempo, a lo que contestó: «Porque no tengo motivo alguno por el que quejarme de mi vejez».

3 El pitagórico Jenófilo de Calcis vivió ciento cinco años.

4 El gaditano Argantonio reinó noventa[19] años y, en opinión de Polión, llegó a cumplir los ciento treinta años.

5 Heródoto escribe que los etíopes sobrepasan los ciento treinta años[20]. Epiménides de Gnosos, según Teopompo, vivió ciento cincuenta y siete años.

6 Helánico dice que algunos de los helios alcanzan los trescientos años[21].

7 En el volumen que escribió sobre la región de Iliria, Alejandro asegura que un tal Dandón alcanzó los quinientos años. En el *Periplo* de Jenofonte puede leerse que el rey de la isla de los lamios[22] vivió ochocientos años, y su padre seiscientos.

CAPÍTULO 14

Sobre las ansias de gloria

14, 1 Africano el Mayor colocó una estatua del poeta Ennio entre los monumentos de la familia Cornelia, porque sus pro-

[18] Ochenta y seis para Valerio Máximo.

[19] Ochenta para Valerio Máximo.

[20] Ciento veinte para Valerio Máximo.

[21] En Valerio Máximo son los epios en lugar de los helios, y la edad es de doscientos años.

[22] Aparecen como latmios en Valerio Máximo.

pias acciones habían sido enaltecidas por el talento de aquel poeta.

Décimo Bruto, alabado por el poeta Accio, adornó con sus versos la entrada de los templos. 2

Pompeyo otorgó la ciudadanía y alabó a Teófanes de Mitilene, cronista de sus hazañas. 3

En cierta ocasión en que Escipión repartía premios entre sus caballeros, Tito Labieno sugirió que le regalara un brazalete de oro a un esforzado soldado de caballería. Y como Escipión se negó a hacerlo, el propio Labieno se lo dio. Escipión dijo al soldado: «Tendrás el regalo de un hombre rico». Cuando el caballero oyó estas palabras, bajó la mirada y arrojó el oro a los pies de Labieno. Pero cuando oyó a Escipión decirle: «El general te obsequia con brazaletes de plata», se marchó alegre y contento. 5

Un ciudadano tan notable como Gayo Fabio, después de pintar las paredes del templo de la Salud, puso en ellas su nombre, por lo que a los Fabios se les llama «Pintores»[23]. 6

Ejemplos extranjeros

A Temístocles, su pasión por el valor lo tenía tan exaltado, que pasaba las noches sin dormir. De ahí que, cuando le preguntaron por qué se encontraba a aquellas horas por las calles, respondió: «Porque los trofeos de Milcíades me quitan el sueño». Un día que iba al teatro, le preguntaron qué voz le sería más grato escuchar, a lo que él contestó que la de aquel que cantara mejor sus hazañas. 14, 1

[23] Valerio Máximo no incluye este último dato.

2 Cuando Alejandro había oído a su compañero Anaxarco comentar que el número de mundos era infinito, contestó: «¡Ay, desgraciado de mí, que ni siquiera he podido conquistar uno todavía!». Aristóteles había donado a su discípulo Teodectes sus libros de *Retórica,* para que los publicara como suyos. Más tarde, arrepentido de ceder a otro la autoría de su propia obra, cuando insistía en otra obra suya sobre cierto asunto, añadió que ya lo había tratado con mayor exactitud en los libros de Teodectes[24].

CAPÍTULO 15

Sobre las magníficas recompensas que algunos recibieron

15, 1 A Africano el Mayor le fue concedido el consulado antes de la edad permitida, después que el ejército así lo advirtiera en una carta al senado.

3 Escipión Nasica recibió en sus propias manos una imagen de la Gran Madre, pues Apolo advirtió que esta tarea la realizara el hombre más piadoso.

4 Emiliano fue nombrado cónsul por el pueblo, después que se había presentado como candidato a edil. Además, el senado le concedió dos veces el gobierno de una provincia, sin sorteo previo: primero África y luego Hispania.

5 Marco Valerio Corvino fue elegido cónsul con veinticuatro años[25].

6 Lucio Craso tuvo como colega en el consulado a Quinto Escévola, que había gobernado Asia con gran honradez.

---

[24] El ejemplo referido a Aristóteles aparece en Valerio Máximo como 14, ext. 3.

[25] Veintitrés según Valerio Máximo.

Cuando uno le había preguntado a Escipión Numantino 7
en medio de una cena qué otro general tan grande como él podría sustituirlo al frente de la república, señaló a Mario.

Gneo Pompeyo obtuvo por dos veces el triunfo sin ha- 8
ber ocupado hasta entonces ninguna dignidad curul. Por un decreto del senado, ejerció en solitario su tercer consulado.

Cuando Quinto Cátulo preguntó al pueblo ante la tribu- 9
na que si persistían en dejarlo todo en manos de Pompeyo, y en quién depositarían sus esperanzas en caso de que éste desapareciera, el pueblo proclamó: «En ti».

A Marco Catón, cuando regresaba de Chipre con el di- 10
nero de su rey, el senado y el pueblo acudieron a recibirle.

Sulpicia, hija de Servio Patérculo y esposa de Quinto 12
Fulvio Flaco, después que se eligió de entre todas las matronas a cien, y de esas cien se echaron a suerte diez, fue preferida al resto por su castidad para consagrar una estatua a Venus Verticordia.

Ejemplos extranjeros

Los alumnos de Pitágoras sentían tal veneración por él, 15, 1
que no ponían en tela de juicio lo que le habían escuchado decir. Es más, cuando se les preguntaba la razón de su comportamiento, sólo respondían que él lo había dicho.

A Gorgias de Leontinos, por sus conocimientos de las 2
letras, Grecia entera le dedicó una estatua de oro macizo en el templo de Apolo en Delfos, cuando hasta entonces sólo se habían erigido estatuas bañadas en oro.

Este mismo pueblo decidió, por unanimidad, honrar a 3
Anfiarao, confiriendo la apariencia y el carácter de templo al lugar en que estaba enterrado.

4 Tampoco carece de importancia el honor tributado a Berenice, la única mujer a la que fue permitido asistir a un espectáculo de lucha, cuando llevó a su hijo Eucles a Olimpia para que participase en un torneo.

LIBRO IX

CAPÍTULO 1

Sobre el lujo y las bajas pasiones

Gayo Sergio Orata fue el primero que mandó construir 1, 1
unos baños colgantes y, a continuación, hizo otros de agua caliente suspendidos. Además, remansando las aguas por medio de estuarios, echó diversos tipos de peces en cada uno de aquellos compartimentos. Cercó las orillas, por aquel entonces desiertas, del lago Lucrino con amplias edificaciones, para así poder disfrutar de mariscos frescos.

Un hijo del actor trágico Esopo compraba a un precio 2
elevado avecillas prodigiosas por su canto y las ponía como si fuesen papafigos; además, añadía a las bebidas perlas de gran valor bañadas en vinagre, que luego se bebía.

Gneo Domicio, en medio de una discusión que tuvo con 4
Lucio Craso, le reprochó que tuviese en el pórtico de su casa columnas del monte Himeto. Acto seguido, Craso le preguntó en cuánto valoraba él su propia casa, a lo que Domicio respondió: «En seis millones de sestercios». «¿Y cuánto estimas que valdría —replicó Craso—, si voy allí y talo diez arbolillos?». «Pues tres millones», contestó Domicio. En-

tonces Craso señaló: «¿Y quién de los dos es, pues, más ostentoso: yo, que he comprado diez columnas por cien mil sestercios, o tú, que tasas en tres millones de sestercios la sombra de diez arbolillos?».

5 Metelo Pío, cada vez que llegaba a Hispania, permitía que sus huéspedes lo recibieran con olor a incienso y altares, contemplaba lleno de gozo las paredes cubiertas de tapices dignos del rey Átalo, permitía que, tras espléndidos banquetes, se diera paso a los juegos más fastuosos, celebraba festines ataviado con la túnica de los vencedores y recibía coronas de oro que bajaban desde el techo, como si su cabeza fuese divina.

6 La casa de los Curiones se degeneró hasta tal punto que tuvo una deuda de sesenta millones de sestercios contraída ilícitamente.

7 ¡Y cuánto lujo e indecencia hubo en el juicio contra Publio Clodio! Con tal de absolver a aquel reo culpable, se llegó incluso a corromper a matronas por grandes sumas de dinero para entregarlas de noche a los jueces.

8 El asistente de los tribunos, Gemelo, celebró para los cónsules Metelo y Escipión[1], y para los tribunos de la plebe, un banquete inmoral. Convirtió su casa en un burdel y allí prostituyó a las matronas Munia y Flavia, así como al joven noble Saturnino.

9 Catilina, locamente enamorado de Aurelia Orestila, entendió que el único impedimento para contraer matrimonio con ella era su hijo, por lo que lo liquidó con un veneno y se casó con ella inmediatamente.

[1] El banquete se ofreció para Metelo Escipión, como recoge Valerio Máximo.

Ejemplos extranjeros

El lujo de los campanos fue tan grande que había empujado a Aníbal, hasta entonces invicto en la guerra, al sueño de los placeres. 1, 1

La ciudad de Bolsena, capital de Etruria, cayó en un grado tal de lujuria que tuvo que someterse a la insoportable tiranía de los esclavos. 2

Gran parte del ejército del rey Antíoco de Siria, imitando su suntuosidad, fijó sus botas con clavos de oro, utilizó en la cocina vasijas de plata y adornó sus tiendas con pequeñas figuras bordadas. 4

Ptolomeo obligó a una hermana mayor que él, que ya estaba casada con un hermano común, a casarse con él. Luego de violar a una hija de ella, repudió a la que era su mujer para poder desposarse con la hija. 5

Los egipcios que estaban a las órdenes de Arquelao salieron de las murallas de la ciudad para enfrentarse a Aulo Gabinio. Cuando recibieron la consigna de rodear el campamento por medio de una fosa y una empalizada, exclamaron que una obra como aquélla había que cederla a unos obreros a costa del erario público. 6

Los chipriotas soportaban resignados que sus reinas subiesen a sus carros pisando los cuerpos de sus mujeres, a modo de peldaños, con tal de poner sus pies sobre algo más blando. 7

CAPÍTULO 2

Sobre la crueldad

Lucio Sila mandó exterminar en el edificio público que había en el Campo de Marte a cuatro legiones rivales. A cinco 2, 1

mil prenestinos apresados a través de Publio Cetego los decapitó y proscribió a cuatro mil setecientos. En otra ocasión, tras arrastrar al pretor Marco Mario hasta el panteón de la familia Lutacia, lo castigó a morir cercenando cada parte de su cuerpo una a una. A Marco Pletorio, que se desmayó mientras contemplaba el suplicio de Mario, lo mató allí mismo. Fue también él ***[2].

2 Gayo Mario, en medio de un banquete, sostuvo entre sus manos alegremente la cabeza cortada de Marco Antonio, y abrazó a quien se la había llevado, Publio Annio. Este mismo Mario mató al consular Gayo César ante el busto del revolucionario Vario.

3 Por orden de Damasipo, las cabezas de unos ciudadanos eminentes se mezclaron con las de víctimas expiatorias, y también por una orden suya el tronco de Carbón Arvina fue paseado fijado en un patíbulo.

4 Munacio Flaco, defensor de la causa pompeyana, hallándose acorralado por César en Hispania, dentro de las murallas de Ategua, después de haber degollado a todos los habitantes de aquella ciudad, de quienes él había advertido sus simpatías hacia César, los arrojó por el muro.

Ejemplos extranjeros

2, 1 Los cartagineses, después de cortarle los párpados, encerraron a Atilio Régulo en una máquina de la que sobresalían por todas partes puntas muy afiladas, y lo mataron. La misma crueldad exhibieron con unos soldados nuestros que cayeron en su poder: después de ponerlos bajo las naves, los aplastaron.

[2] Se observa aquí una laguna.

Aníbal atravesó sus tropas por el río Vergelo construyendo un puente hecho de cadáveres romanos. El propio Aníbal iba dejando atrás a prisioneros romanos que estaban extenuados por la carga y el camino, no sin antes cortarles los dedos de los pies. A aquellos que, en cambio, se había llevado con él a su campamento, los ordenaba por parejas de hermanos o familiares y les obligaba a batirse con la espada. 2

Mitridates, por medio de una sola carta, mandó asesinar a ochenta mil romanos que se encontraban por todas las ciudades de Asia. 3

Zisemis, el hijo del rey tracio Diogirides, solía cercenar por la mitad a hombres vivos y forzaba a los padres a comerse los cuerpos de sus hijos. 4

Ptolomeo el Panzudo ordenó que mataran en su presencia a su hijo Menfilites[3], fruto de su unión con Cleopatra, que al mismo tiempo era su hermana y su esposa; luego, envió a la madre, como regalo de cumpleaños, la cabeza y los pies cortados, metidos en una cesta y cubiertos con una clámide. En cuanto advirtió el profundo odio que su patria le profesaba, buscó en el crimen un remedio para el temor: prendió fuego a un gimnasio que estaba lleno de jóvenes. 5

Oco, que posteriormente recibiría el nombre de Darío, tenía prohibido asesinar por medio de la violencia, el veneno o el hambre a cualquiera de los que participaron con él en la conjuración que derrocó a los siete magos. Sin embargo, maquinó una forma de morir aún más cruel: después de tapiar un recinto con paredes altas, lo llenó de ceniza y sobrepuso una viga. Después de atiborrarlos bien de comida y de bebida, los colocó allí, hasta que, enajenados por el sueño, fueron cayendo en aquella pila engañosa. 6

[3] Menfites para Valerio Máximo.

7 Oco Artajerjes enterró viva a su hermana, que a la sazón era también su suegra; y a un tío suyo paterno, lo acribilló de jabalinas junto a más de cien hijos y nietos.

8 Los atenienses cortaron los pulgares a los jóvenes de Egina, para que no pudiesen entablar combate naval con ellos.

9 También fue desalmado el inventor de aquel toro de bronce al que se aplicaban llamas por debajo, de forma que obligaba a quienes estuvieran dentro encerrados a proferir unos gritos que resonaban como mugidos, acuciados por aquella tortura lenta. Fue el propio inventor el primero en ser encerrado y estrenar merecidamente esa obra suya.

11 Cuentan que unos bárbaros, tras sacar las vísceras y los intestinos de ciertos animales, metían dentro de éstos a personas vivas, de modo que sólo sobresaliesen sus cabezas.

CAPÍTULO 3

Sobre la ira o el odio

3, 1 Cuando Livio Salinátor fue enviado a luchar contra Asdrúbal, Fabio Máximo le aconsejó que no entrara en combate de forma alocada. No obstante, aquél le respondió que no desaprovecharía la primera ocasión que se le presentase para luchar y, cuando Fabio le preguntó por qué quería trabar combate con tanta prisa, contestó: «Para procurarme cuanto antes la gloria por los enemigos vencidos, o la alegría por mis conciudadanos abatidos». En aquella ocasión, la ira y el valor se mezclaron, recordando la injusta condena y buscando la gloria del triunfo.

2 Gayo Fígulo, que no había logrado el consulado, cuando al día siguiente de los comicios llegaron en masa a pedirle consulta, los despachó a todos adelantándose con estas palabras: «¿Sabéis consultarme y no sabéis, en cambio, nombrarme cónsul?».

Cuando Gneo Flavio, de muy baja condición, obtuvo la 3
pretura, muchos nobles se arrancaron los anillos y quitaron el atalaje a sus monturas, como si se le concediera un honor a una persona indigna.

Cuando Manlio Torcuato volvió a Roma tras haber ob- 4
tenido una victoria sobre los latinos y los campanos, ningún joven salió a su encuentro, pues había mandado matar a golpes de hacha a su propio hijo.

La caballería romana, enviada por el cónsul Fabio a 5
perseguir las tropas enemigas, acordándose de que éste se había opuesto a la aprobación de una ley agraria, no le obedeció.

El ejército de Apio dio la espalda al enemigo con una huida voluntaria para no buscar el triunfo de su general, porque pensaban que su padre fue traidor al pueblo romano.

Metelo, que había sometido casi toda Hispania, cuando 7
tuvo conocimiento de que su enemigo, el cónsul Quinto Pompeyo, había sido enviado para sustituirle, licenció a todos aquellos que quisieron terminar su servicio militar, dejó los graneros expeditos para el pillaje, retirando a sus centinelas, mandó romper los arcos y las flechas de los cretenses y prohibió que se diera comida a los elefantes.

Ejemplos extranjeros

Alejandro, enojado con Lisímaco, lo arrojó a un león, 3, 1
atravesó a Clito con una jabalina y obligó a Calístenes a suicidarse.

2 Amílcar decía de los cuatro hijos pequeños que estaba alimentando que eran cuatro cachorros de león para ruina del pueblo romano.

3 Aníbal, ansioso por demostrar cuán alejadas entre sí se hallaban Cartago y Roma, golpeó en el suelo con un pie y, tras levantarse una polvareda, señaló que el final de la guerra entre ambos pueblos llegaría cuando una de las dos ciudades acabase reducida a polvo.

CAPÍTULO 4

Sobre la avaricia

4, 1 Hubo uno que falsificó el testamento del inmensamente rico Lucio Minucio Básilo y, para otorgar validez al mismo, asignó como herederos a Marco Craso y Quinto Hortensio, quienes ni siquiera habían conocido a Minucio. Y a pesar de que el fraude era evidente, ambos personajes tan sumamente codiciosos no desperdiciaron aquella prebenda que el delito de otro les ofrecía.

2 Quinto Casio, en Hispania, sorprendió a Silio y a Calpurnio dispuestos a asesinarlo con puñales, los dejó en libertad tras pagar cinco millones de sestercios el primero y seis millones el segundo.

3 Septimuleyo, pese a ser íntimo amigo de Gayo Graco, paseó su cabeza clavada en una jabalina. Y todo porque el cónsul Opimio le había prometido pagar su peso en oro.

Ejemplos extranjeros

4, 1 Ptolomeo, rey de Chipre, cuando intuyó que sus inmensas riquezas le habrían de acarrear su propia muerte, debido a sus alarmantes excesos, cargó todo su dinero en naves y avanzó hasta alta mar, con la intención de arrojarlo al agua. Sin embargo, arrastrado por su avaricia innata, no pudo cumplir su propósito.

CAPÍTULO 5

Sobre la soberbia y la prepotencia

El cónsul Marco Fulvio Flaco, colega de Marco Plaucio 5, 1
Hipseo, por proponer unas leyes sumamente nocivas para la república, no dio respuesta alguna al senado que le aconsejaba que desistiera de su empeño.

El tribuno de la plebe Marco Druso, al cónsul Lucio Fi- 2
lipo, que le había interrumpido mientras hablaba ante el pueblo, le apretó el cuello y lo llevó hasta la cárcel por medio de un cliente suyo. Y él mismo, cuando el senado lo mandó llamar para que acudiera a la curia, respondió: «¿Y por qué no viene mejor el senado a la curia Hostilia, contigua a la tribuna de las arengas, es decir, a donde estoy yo?».

Gneo Pompeyo, cuando salía del baño, vio postrado 3
ante sus pies a Hipseo, acusado de cohecho, y lo dejó agachado, diciéndole que lo único que hacía era retrasar su banquete. Y en otra ocasión pidió a los jueces como regalo que concediesen la absolución a su suegro, Publio Escipión, culpable por contravenir unas leyes que él mismo había fijado.

Siendo Marco Antonio triúnviro, mientras cenaba, traje- 4
ron hasta su mesa la cabeza del senador Cesecio Rufo, y después de examinarla atentamente largo rato, dijo: «A éste no lo he conocido yo».

Ejemplos extranjeros

5, 1 El macedonio Alejandro, despreciando a Filipo, tomó como padre a Júpiter Amón. Adoptó las normas de conducta de los persas y, desdeñando su naturaleza mortal, emuló la divina.

2 Jerjes, cuando se disponía a declarar la guerra a Grecia, reunió a los cabecillas de Asia y les dijo: «Os he reunido aquí para que no parezca que he tomado esta decisión yo solo. Por lo demás, que sepáis que lo que debéis hacer es obedecer, no aconsejar».

CAPÍTULO 6

Sobre la perfidia

6, 2 Servio Galba, después de reunir a los habitantes de Lusitania, aparentando que iba a hablarles de sus intereses, desarmó a ciento ocho mil jóvenes de entre ellos[4], y a unos los mató, y a otros los vendió como esclavos.

3 Gneo Domicio, enojado con Bituito, el rey de los arvernos, lo mandó llamar con la excusa de una entrevista y, tras recibirlo como a un huésped, lo ató y mandó que fuese llevado hasta Roma.

Ejemplos extranjeros

6, 1 Los cartagineses, simulando que iban a devolver a su patria a Jantipo, general de los lacedemonios, lo hundieron en alta mar.

[4] Esta cifra se reduce a ocho mil en Valerio Máximo.

Después que Aníbal convenció a los habitantes de Nuceria para que salieran cada uno de ellos con dos vestidos de su ciudad, los ahogó con el vapor y el humo de los baños. Y también Aníbal hizo salir fuera de sus murallas a los senadores de Acerras, para luego arrojarlos al fondo de unos pozos. 2

CAPÍTULO 7

Sobre la violencia y las sediciones

A Lucio Equicio, aquél que se hacía pasar por hijo de Tiberio Graco y que aspiraba al tribunado junto a Lucio Saturnino, Gayo Mario, que por entonces ejercía su quinto consulado, lo encarceló, pero el pueblo lo liberó. 7, 1

También el pueblo, en cierta ocasión, intentó lapidar al censor Quinto Metelo, por no haber querido registrar en el censo al propio Equicio, como hijo de Graco. Se basaba en que Tiberio Graco había tenido tres hijos, de los cuales uno había muerto mientras prestaba su servicio militar en Cerdeña; otro en Preneste, cuando era aún un niño; y en cuanto al tercero, había nacido en Roma después de morir su padre. 2

El pueblo romano mató a Nunnio, el honesto rival de Saturnino, con objeto de que un individuo vil tuviera oportunidad de acceder al cargo. 3

Los acreedores incitados por Lucio Casio contra el pretor urbano Sempronio Aselión, porque había asumido la defensa de los deudores, cuando éste se hallaba ofreciendo un sacrificio ante el templo de la Concordia, le obligaron a huir y lo despedazaron en la tiendecilla en la que se había refugiado. 4

[Soldados romanos]

7, 1 En virtud de la ley Sulpicia, se decretó que Gayo Mario llevase a cabo la guerra contra Mitridates. Sin embargo, los soldados acabaron con el legado Gratidio, enviado ante Lucio Sila para que le entregara las legiones.

2 Quinto Pompeyo, colega de Sila, se arriesgó a personarse, por orden del senado, ante el ejército que Gneo Pompeyo venía reteniendo desde hacía algún tiempo, contra la voluntad de la ciudadanía. Los soldados, rendidos ante los embelecos de su ambicioso general, inmolaron a Quinto cuando se disponía a realizar un sacrificio.

3 Gayo Carbón, hermano del Carbón que fuera tres veces cónsul, porque intentó restablecer con bastante severidad la disciplina militar, fue asesinado por los soldados.

CAPÍTULO 8

Sobre la temeridad

8, 1 Africano el Mayor se dirigió a bordo de dos quinquerremes, desde Hispania hasta donde se encontraba Sífax.

2 Gayo César, al no poder soportar la tardanza con que sus legiones se trasladaban desde Brindis hasta Apolonia, tras disfrazarse de esclavo, subió en secreto a bordo de una barquichuela y ***[5] zarandeado por una tempestad, se vio obligado a ceder ante la necesidad.

3 Aulo Albino, un ciudadano distinguido, acabó lapidado por el ejército a causa de unas sospechas falsas y sin fundamento.

[5] Hay aquí una pequeña laguna.

Ejemplos extranjeros

Cuando Aníbal se dirigía a África a través del estrecho, 8, 1
no creía que fuese tan corto el espacio que separaba a Italia de Sicilia, por lo que mató al piloto, considerando que lo había engañado. Más adelante, al comprobar con mayor exactitud que tenía razón, lo perdonó.

Los atenienses mataron a diez generales, que habían ob- 2
tenido una victoria, porque no habían dado sepultura a los soldados muertos.

CAPÍTULO 9

Sobre el error

Al tribuno de la plebe Helvio Cinna, que volvía a su ca- 9, 1
sa de los funerales de Gayo César, la muchedumbre lo descuartizó en lugar de a Cornelio Cinna, contra quien estaba enojada porque, siendo pariente de César, había pronunciado ante el tribunal de las arengas un desalmado discurso contra aquél.

Gayo Casio mandó al centurión Titinio a inspeccionar lo 2
que sucedía en el campamento de Marco Bruto y, como tardó mucho en regresar, Casio, creyendo que los enemigos le habían apresado y que habían pasado a dominar todas sus posiciones, se quitó la vida.

Tolumnio, rey de Veyos, en cierta ocasión en que se ha- 3
llaba jugando a los dados, después de una tirada afortunada señaló, entre chanzas, a su compañero: «Mata». Dio la casualidad de que los legados romanos se encontraban allí y

que la guardia del rey, inducida por el equívoco de aquella palabra, mató a los legados.

CAPÍTULO 10

Sobre la venganza

10, 1 El tribuno de la plebe Marco Flavio se dirigió al pueblo, para decir que, a instancias de los tusculanos, se habían rebelado los veliternos y los privernates. Ante las súplicas de los tusculanos, ocurrió que mientras las restantes tribus votaron una sentencia favorable a los acusados, la tribu Polia *** eligió como magistrado a un candidato de la tribu Polia.

2 Con su régimen despótico, Adriano había vejado a los ciudadanos romanos que se habían asentado en Útica. Por este motivo, fue quemado vivo, y no hubo en Roma investigación alguna sobre esta acción.

Ejemplos extranjeros

10, 1 Tómiris, tras cortar la cabeza de Ciro, mandó que la introdujeran en un odre lleno de sangre humana, para así reprobar su insaciable sed de sangre.

2 El tesalio Jasón consintió que Taxipo[6], jefe de un gimnasio, que fue a quejarse ante él porque unos jóvenes le habían vapuleado, o bien les exigiera una indemnización de treinta dracmas, o bien diera diez azotes a cada uno. Taxipo eligió esta segunda forma de castigo, y los jóvenes que recibieron los latigazos, movidos por el dolor soportado, mataron a Jasón.

[6] Taxilo para Valerio Máximo.

CAPÍTULO 11

Dichos infames y hechos execrables

En cierta ocasión en que Tulia paseaba en su carruaje, el 11, 1
cochero que guiaba los caballos se detuvo para no aplastar el cadáver de Servio Tulio, pero ella dio orden de que el carro pasara por encima de él.

Gayo Fimbria, que lo había dispuesto todo para degollar 2
a Escévola en los funerales de Gayo Mario, cuando se enteró de que éste se había recuperado de sus heridas, decidió acusarlo ante el pueblo y, al preguntársele con qué cargos quería acusar a un inocente, respondió: «Precisamente por haber sido tan cicatero al recibir el cuchillo en su cuerpo».

Cuando Marco Cicerón acusó en el senado a Lucio Ca- 3
tilina de haber provocado un incendio, éste contestó: «Ya lo sé, y si no me veo capaz de sofocarlo con agua, lo sofocaré con la ruina de nuestra ciudad».

Magio Quilón con sus propias manos quitó a su amigo 4
Marco Marcelo la vida que César le había perdonado. Y es que se sentía muy indignado porque Marcelo había preferido a otros amigos antes que a él.

Gayo Toranio se había alineado en el partido de los triún- 5
viros, y cuando éstos proscribieron a su padre, antiguo pretor, reveló a los centuriones su escondite.

Lucio Vilio Anal, una vez que se dirigía al Campo de 6
Marte para votar a su hijo en las elecciones a cuestor, vio que se le había declarado proscrito, pero fue asesinado por el crimen atroz de su hijo.

7 Cuando el proscrito Vetio Salaso estaba escondido, su mujer lo entregó para que lo mataran.

Ejemplos extranjeros

11, 1 Celebraba Escipión Africano en Cartago Nova unos combates de gladiadores en memoria de su padre y de su tío, cuando los dos hijos de un rey muerto recientemente salieron a la arena y prometieron que allí se iban a batir por el reino, sin que Escipión pudiera hacerles desistir de su propósito.

2 Mitridates luchó contra su padre por obtener el poder.

CAPÍTULO 12

Sobre muertes insólitas

12, 1 A Tulo Hostilio lo fulminó un rayo, pereciendo al mismo tiempo que su casa.

2 Después que se anunció la catástrofe acaecida junto al lago Trasimeno, una madre se encontró junto a las puertas de la ciudad a su hijo superviviente, y murió mientras lo abrazaba. Otra permanecía en su casa, apesadumbrada por la falsa noticia de la muerte de su hijo, y nada más verlo regresar, perdió la vida.

3 El cónsul Manio Juvencio, colega de Tiberio Graco, acababa de someter Córcega y se disponía a realizar un sacrificio, cuando recibió una carta anunciándole que el senado había decretado acciones de gracias a los dioses por sus hazañas. Y cuando leía atentamente el mensaje, se le nubló la vista y, cayendo delante del altar, quedó muerto.

Cátulo, cuando Mario le ordenó que se suicidase, se en- 4
cerró en una habitación enjalbegada de cal viva, encendió un fuego enorme y pereció.

Herennio Sículo, arúspice y amigo de Gayo Graco, cuan- 6
do por este motivo era conducido hasta la cárcel, estrelló su cabeza contra la puerta, y perdió la vida.

Gayo Licinio Macro, padre de Calvo, había sido acusa- 7
do de concusión, y mientras se efectuaba el escrutinio de los votos, se subió al balcón de Menio y envió a uno para que le dijera a Cicerón, que presidía el tribunal, que sus bienes no podían ser subastados: moría como reo, pero no como condenado y, así, estrechando su boca y su garganta con un pañuelo hasta ahogar su respiración, con su muerte se adelantó al castigo.

Cornelio Galo, antiguo pretor, y Tito Eterio[7], caballero 8
romano, murieron mientras practicaban el sexo.

Ejemplos extranjeros

Coma, hermano de Cleón, cabecilla de ladrones, fue lle- 12, 1
vado a presencia del cónsul Publio Rupilio y, cuando se le preguntó por las fuerzas y las intenciones de los fugitivos, se tomó su tiempo para concentrarse, se cubrió la cabeza, se puso de rodillas y, aguantando la respiración, murió.

El poeta Esquilo salió de las murallas de la ciudad en la 2
que vivía, en Sicilia, y se sentó en un lugar resguardado. Un águila que volaba por encima de él llevando una tortuga quedó deslumbrada por el reflejo de su cabeza (por aquel entonces ya estaba totalmente calvo) y, tomándola por una

[7] Etereyo para Valerio Máximo.

piedra, estrelló contra ella la tortuga. Por culpa de este golpe murió Esquilo.

4 Eurípides, cuando volvía a casa después de cenar con el rey Arquelao, fue despedazado por unos perros.

5 Sófocles, cuando había presentado una tragedia a un certamen, estaba tan preocupado por el resultado incierto de las votaciones que, aunque al final resultó ganador, la alegría que recibió le causó la muerte.

7 Píndaro se entregó al descanso en un gimnasio, recostó su cabeza sobre el regazo del joven que era su predilecto, y murió.

9 Milón de Crotona, mientras caminaba por el campo, vio una encina con el tronco abierto por unas cuñas y, tras probar a partir el tronco en dos, saltaron las cuñas, de manera que, como tenía las manos atrapadas, fue despedazado por las fieras.

CAPÍTULO 13

Sobre el deseo de vivir

13, 1 Manio Aquilio, que pudo haber perecido cubierto de gloria, prefirió convertirse en esclavo de Mitridates de una forma denigrante.

2 El cónsul Gneo Carbón, cuando Pompeyo ordenó que fuera conducido al suplicio, para prolongar un poco más su vida, rogó lloroso a los soldados que, antes de morir, le dejaran ir a aliviar el vientre.

3 Décimo Bruto, tras ser detenido por Furio, al que Antonio había enviado para matarlo, apartó el cuello de la espada.

Sobre la cuidadosa atención que tuvieron que prestar algunos

El rey Masinisa apenas se fiaba del corazón de los hom- 13, 2
bres, por lo que confió su seguridad a la custodia de unos perros.

El tirano Dionisio, debido al miedo que tenía a los bar- 4
beros, enseñó a sus propias hijas a afeitarlo. Pero cuando éstas se hicieron mayores, ordenó que le quemaran la barba y la cabellera con cáscaras de nuez encendidas; además rodeó de un amplio foso el lecho conyugal, y accedía al mismo por medio de un puente de madera. Como guardia personal tenía a bárbaros y a esclavos.

CAPÍTULO 14

Sobre el parecido físico

El libre Vibio y el liberto Publicio eran idénticos a 14, 1
Pompeyo Magno.

El padre de Gneo Pompeyo se parecía mucho a su coci- 2
nero Menógenes.

Cornelio Escipión se parecía de forma asombrosa a un 3
mercader de víctimas.

Léntulo era igual que el histrión Espínter, y Metelo Ne- 4
pote que un actor de tercera clase llamado Pánfilo.

Ejemplos extranjeros

El rey Antíoco guardaba un gran parecido con una per- 14, 1
sona de su misma edad, llamado Artemón. Cuando la espo-

sa del rey, Laódice, acabó con su marido, para disimular su crimen metió en su lecho a Artemón como si fuese el propio rey.

CAPÍTULO 15

15, 2 Herófilo, médico oculista, se parecía tanto a Mario que reivindicó que éste era su abuelo[8].

3 Hubo también uno que se preciaba de ser hijo de Sertorio.

4 Otro decía que era hijo de Octavia, la esposa de Augusto[9].

5 Uno, durante la dictadura de Cornelio Sila, irrumpió en casa de Gneo Asiano[10] Bión y echó de allí a un hijo de éste, proclamando que el hijo era él.

Ejemplos extranjeros

15, 1 César Augusto, cuando cierto bárbaro tenía intención de hacerse con el reino de Capadocia, apoyándose en el asombroso parecido que guardaba con su rey, lo castigó como si se tratase de Ariarates, aunque éste había muerto a manos de Marco Antonio[11].

---

[8] Para Valerio este ejemplo es el 15, 1.

[9] Para Valerio es el 15, 2.

[10] Aparece como Gneo Asinio Dión en Valerio Máximo.

[11] Es el ejemplo 15, ext. 2 de Valerio Máximo.

EPÍTOME DE LOS LIBROS DE VALERIO MÁXIMO A CARGO DE JANUARIO NEPOCIANO

Januario Nepociano saluda a su querido Víctor: te consagras al estudio de las letras, mi querido Víctor, con mayor ahínco que el resto de jóvenes, y te aprovecha tanto como para sugerir un compendio de textos de autores antiguos. Dicha petición resulta rara incluso para personas de avanzada edad, por cuanto son pocos los que conocen la forma de hablar correctamente. De este modo, estás de acuerdo conmigo en que la obra de Valerio Máximo, aunque breve, resulta útil: incluye hechos que merecen ser conocidos, pero alarga aquéllos que deberían ser resumidos, mostrándose ostentoso en las sentencias, alardeando del uso de figuras y extendiéndose en las digresiones. Y si es poco conocido, tal vez sea porque su misma lentitud aburre al ávido lector. Así pues, como me pides, eliminaré aquellos ejemplos en que se repite, pasaré por alto otros muchos y añadiré algunos que él no mencionó. Esta obra mía, sin embargo, no tendrá ni el nervio de los antiguos ni el adorno desmedido de los modernos. Y dado que el texto íntegro es casi desconocido y, excepción hecha de nosotros dos, nadie sabe de los epítomes, tanto más confiado consumo mi tiempo libre y cumplo

tus deseos. En cuanto a ti, censor[1], cuida de no buscar otra cosa que la brevedad, que es lo único que me demandabas. Cuídate mucho, querido Víctor.

CAPÍTULO 1

Sobre la religión

1, 1 Los romanos, tan entregados a las armas como a los cultos sagrados, por medio de un decreto del senado enviaron a Etruria a diez hijos de optimates para que aprendieran la disciplina de los arúspices. Y para rendir culto a Ceres siguiendo el ritual griego, mandaron llamar a la sacerdotisa griega Califana (I 1, 1)[2].

2 El pontífice máximo Metelo retuvo al cónsul Postumio imponiéndole una multa cuando se disponía a partir para África. Y es que, además de cónsul, era flamen de Marte, por lo que debía ocuparse del culto sagrado antes que pretender la victoria como cónsul (I 1, 2).

3 A causa de este mismo presagio, Gayo Flaminio no quiso ser jefe supremo de la caballería (I 1, 5).

4 Una vez conquistadas Siracusa y Clastidio, Marco Marcelo, cónsul por quinta vez, pretendió erigir un templo al Honor y la Virtud, para así cumplir sus votos. Pero el colegio de los sacerdotes le prohibió que consagrara un solo templo a dos divinidades, con el fin de evitar que se realizasen sacrificios a una en detrimento de la otra, o, si tuviese lugar algún prodigio, no se

[1] El original presenta la incomprensible lectura *piveteres*, que ha sido corregido de forma diferente por GERTZ *(pius eris)*, MAI *(de cetero)*, HALM *(pie ceterum)* o EBERHARD *(praeterea)*.

[2] Entre paréntesis se incluye el capítulo correspondiente de Valerio Máximo que Nepociano resume.

supiese a qué diosa aplacar. Así las cosas, Marcelo construyó dos templos por el doble del importe (I 1, 8).

El pretor Lucio Furio Bibáculo llevó los escudos sobre 5 sus espaldas, por orden de su padre, a la sazón presidente del colegio de los salios, aunque como pretor no estaba obligado a ello. Sin embargo, Bibáculo cedió ante su padre y ante el culto sagrado (I 1, 9).

Por orden del rey Tarquinio, el duúnviro Marco Atilio 6 fue encerrado vivo dentro de un saco, porque había sustraído de las estancias íntimas de palacio un libro que describía las normas secretas del ritual, y se lo había entregado a Petronio (I 1, 13).

En los tiempos en que los Gracos arruinaban la repúbli- 7 ca, se observó en los libros sibilinos que había que aplacar a la antiquísima Ceres. Fue entonces cuando una comisión de quince personas marchó hasta Henna (pues era éste el lugar del que, al parecer, provenía su culto), con el fin de desagraviar a la divinidad (I 1, 1).

Tiberio Graco escribió desde la provincia que gobernaba 8 al colegio de los augures diciéndoles que se había encontrado con que los cónsules habían sido nombrados sin que se hubiesen tomado los auspicios. Tras leerse su carta en el senado, se hizo llamar a los cónsules, Fígulo desde la Galia, y Escipión Nasica desde Córcega, y tuvieron que abdicar de su magistratura. Era tal la importancia que poseía la religión, que a propósito de ella se daba crédito incluso a un ausente (I 1, 3).

Mientras ofrecía un sacrificio, a Quinto Sulpicio se le 9 cayó el píleo. Este hecho venía a significar que aquel sacerdote traía consigo la desgracia (I 1, 5).

Cuando Fabio Máximo era nombrado dictador, se oyó el 10 chillido de un topo. A causa de este presagio, él renunció a la dictadura (I 1, 5).

11 El pontífice máximo Publio Licinio mandó azotar a una virgen vestal porque una noche no había vigilado el fuego perpetuo con la suficiente atención. No obstante, la severidad con que se castigó aquella negligencia sirvió de tan poco, que al momento el fuego se extinguió. Entonces la sacerdotisa, temiendo un castigo muy superior a su culpa, arrojó sobre las cenizas el adorno más preciado que poseía y acto seguido la llama se reavivó (I 1, 6).

12 Albano[3] fue un hombre célebre por su fervor religioso. Una vez los galos tomaron la ciudad, huía él en un carro llevando a toda su familia, cuando pudo ver tras de sí a las vírgenes vestales con todos los objetos del culto. Hizo bajar a su mujer y a sus hijos, subió en su lugar a las sacerdotisas con su fardo sagrado y, tras ordenar que se cambiase el rumbo, llegó hasta Cere. A partir de la veneración que aquella ciudad siente por las celebraciones religiosas, éstas recibieron el nombre de «ceremonias» (I 1, 10).

13 También durante el asedio de los galos al Capitolio, el flamen quirinal Gayo Fabio Dorsuón, ataviado el día en que debía celebrarse el ritual a la manera de los gabinos, atravesó las tiendas enemigas cargado con los objetos sagrados y, una vez realizado el sacrificio, regresó al Capitolio (I 1, 11).

14 Durante el consulado de Publio Cornelio y Marco Bebio Tánfilo, se encontró junto al Janículo un cofre lleno de libros escritos en latín y en griego. En él aparecían los preceptos de los pontífices en lengua latina y algunas nociones filosóficas en lengua griega. Se conservó todo lo escrito en nuestra lengua y se echó al fuego lo que había en griego, puesto que no se aprobaba ningún tipo de conocimiento que

[3] Albanio, según Valerio Máximo.

fuese contra la religión. El pretor urbano Publio Petilio[4] quemó dichos libros por orden del senado (I 1, 12).

Marco Atilio Régulo fue enviado por los cartagineses a 15
Roma junto con los legados púnicos, bajo el juramento de que, si no se producía un intercambio de prisioneros, volviese para ser ejecutado. El propio Régulo disuadió al pueblo romano de efectuar tal intercambio y regresó junto a los cartagineses, evitando de este modo el perjurio (I 1, 14).

Tras el desastre de Cannas, cuando la ciudadanía se ha- 16
llaba, con toda la razón, sumida en la más absoluta tristeza, el senado decretó que solamente se concedieran treinta días de luto: y es que se acercaban las fiestas en honor a Ceres, que debían celebrarse en medio de la mayor alegría (I 1, 15).

Hubo quienes creyeron que Varrón luchó sin éxito en 17
Cannas contra los cartagineses porque colocó al frente del carro de Júpiter a un hermosísimo joven. Ofendida por este hecho, Juno se ensañó con él. Finalmente, a duras penas se pudo, al cabo de unos cuantos años, expiar la culpa por medio de sacrificios (I 1, 16).

Se cuenta que Hércules, cuando fue hospedado en Italia, 18
transmitió a los Poticios un culto sagrado que se perpetuó de generación en generación. Sin embargo, con el paso del tiempo, el censor Apio confió dicho ritual a los esclavos públicos. Para expiar dicha culpa, todos los jóvenes Poticios, cerca de treinta, murieron ese mismo año. Poco después, Apio[5] quedó ciego (I 1, 17).

Después que Cartago fuese conquistada por Roma, a la 19
estatua de Apolo le hurtaron su vestido de oro. Encontraron unos jirones de la túnica junto con las manos de quienes la habían robado (I 1, 18).

[4] Quinto Petilio, en Valerio Máximo.

[5] El texto presenta una lectura bastante complicada.

20 Turulio, prefecto de Antonio, taló un bosque consagrado a Esculapio para construir unas naves. Derrotado después por César, Turulio fue aniquilado en el mismo bosque (I 1, 19).

21 Siendo censor Fulvio Flaco, cuando estaba construyendo en Roma el templo de la Fortuna Ecuestre, se llevó unas losas de mármol del templo de Juno Lacinia. Poco después, se volvió loco y perdió a su hijo, que se hallaba haciendo el servicio militar en el Ilírico. Acto seguido, el senado ordenó que se restituyera lo robado (I 1, 20).

22 Pleminio, legado de Escipión, saqueó el tesoro de Prosérpina. El senado mandó que lo trajeran encadenado a Roma, donde murió en la cárcel, víctima de una horrible enfermedad. El senado decretó que se reintegrara el doble de la cantidad robada (I 1, 21).

23 El rey Pirro rapiñó los tesoros de esta misma diosa en Locros. Y cuando navegaba, una súbita tempestad lo hizo naufragar junto con su flota. Todo lo que había robado fue hallado en la costa y restituido inmediatamente (I 1, ext. 1).

24 El prefecto de la flota obsequió al rey Masinisa con unos colmillos de elefante de un tamaño descomunal. Cuando el rey supo que habían sido sustraídos del templo de Juno en Malta, los devolvió y escribió una carta en la lengua de su gente, donde decía que el rey los había recibido sin saber de dónde provenían y que los devolvía humildemente (I 1, ext. 2).

CAPÍTULO 2a[6]

Sobre aquellos que descuidaron la religión, o sobre el desprecio a la observancia religiosa

2a, 1 Dionisio, tirano de Siracusa, expolió el templo de Prosérpina en Locros, y mientras navegaba con viento

[6] En el epítome de Nepociano el capítulo 2 aparece duplicado, por lo que se usan aquí las denominaciones 2a y 2b para diferenciarlos.

favorable, declaró: «Así es como navegan los sacrílegos».

El mismo Dionisio robó a Júpiter Olímpico el manto de oro que Gelón le había regalado, procedente del botín arrebatado a los cartagineses, y puso en su lugar otro de lana, señalando que este último le venía mejor, porque le abrigaría en invierno y no le daría calor en verano.

También Dionisio arrancó la barba de oro de Esculapio y advirtió que no estaba bien que llevase barba el hijo de alguien tan barbilampiño. Este tirano quedó sin castigo, pero su hijo, heredero de la tiranía, pagó[7] aquella culpa con el exilio (I 1, ext. 3).

Alejandro Magno tomó Mileto. Cuando sus soldados 5
entraron en el templo de Ceres, quedaron ciegos, para que no pudiesen examinar unos misterios conocidos solamente por mujeres.

Los persas arribaron a Delos con mil naves, y aunque 6
las riquezas podían incitar a los vencedores al saqueo, se abstuvieron de rapiñarlo todo por respeto al dios.

Después que el filósofo Protágoras fue desterrado de 7
Atenas, sus libros fueron públicamente quemados. Y todo porque había escrito que no se sabía si los dioses existían, y si existían, no podía saberse cómo eran.

Sócrates fue condenado en esta misma ciudad, porque en cierta ocasión había discutido en contra de la religión.

También en Atenas el escultor Fidias declaró que las estatuas de los dioses deberían estar hechas de mármol y no de marfil, para que así costaran menos. Los atenienses desestimaron su consejo y le ordenaron que las hiciese de marfil.

[7] El lugar es muy corrupto y de difícil comprensión.

8 Todavía entre los atenienses, Diomedonte, uno de sus diez generales, cuando tras la victoria se dirigía al lugar de ejecución, pidió que se cumplieran los votos hechos a favor del ejército.

9 Breno, el rey de los galos, llegó victoria tras victoria hasta Delfos, y cuando ya no había fuerza humana que pudiese resistirlo y los habitantes del lugar habían buscado refugio junto a Apolo, respondió el dios que él mismo, ayudado por cándidas muchachas, se enfrentaría a los galos. Poco después, Breno pereció, víctima de la nieve, junto con todo su ejército.

CAPÍTULO 2b

Sobre aquellos que aparentaron respeto a la religión

2b, 1 Como Numa Pompilio advirtiera que los romanos se estaba volviendo salvajes por culpa de las continuas guerras, les enseñó el culto a los dioses. Y para poder apaciguarlos más fácilmente, fingió que había adoptado como estrecha colaboradora a la ninfa Egeria, con tal de gozar de mayor autoridad entre aquellos salvajes.

2 Escipión Africano no abordó jamás un asunto público o privado sin antes permanecer largo tiempo en la celda de Júpiter Capitolino, oculto a los ojos de la gente.

3 Siempre que Sila se disponía a entablar combate, delante de sus soldados rogaba humildemente a la imagen de Apolo, traída desde Delfos, que se mantuviera en sus promesas, y daba la impresión de que iniciaba la lucha confiado en ella.

4 Mario disponía en su campamento de una sacerdotisa siria, cuyos consejos —afirmaba él— seguía a la hora de emprender cualquier acción.

Sertorio tenía en su ejército de hispanos una cierva blanca, y llegó a convencer a aquellos bárbaros de que era su consejera. 5

CAPÍTULO 3

Sobre las supersticiones

En Roma tenía lugar el ritual de las Bacanales. Pero como hombres y mujeres copulaban durante la noche a su antojo y entraban en éxtasis, este culto extranjero acabó por ser abolido, en medio de un río de sangre[8] de sus adeptos. 3, 1

Cornelio Híspalo expulsó a los caldeos de Roma, y ordenó que en el plazo de diez días abandonaran Italia, para que no siguieran traficando con aquella ciencia forastera. Y a los judíos, que pretendían transmitir a los romanos su culto sagrado, el propio Híspalo los desterró de Roma, y arrancó sus altares privados de los lugares públicos. 2

Se dice que Lutacio Cercón, aquel que puso fin a la Primera Guerra Púnica, quería que se fuera hasta el templo de la Fortuna en Preneste a consultar o a deducir el destino. Una vez revelado, el senado prohibió que en adelante se consultasen las respuestas de santuarios que fuesen extranjeros. A los legados y ediles que fueron enviados para este menester, se les ordenó que si alguien consultaba los oráculos, fuese devuelto a Roma para ser ajusticiado. Aquella acción tuvo tanto éxito, que desde entonces los auspicios romanos fueron considerados infalibles por el senado: en efecto, después de partir de los altares patrios, Lutacio arrasó las riquísimas islas Egates, situadas frente a Cartago. 3

[8] La lectura del texto es bastante complicada.

CAPÍTULO 4

Sobre los auspicios

Se sabe que la ciudad de Roma fue fundada bajo auspicios favorables. Así, Remo contempló en primer lugar el vuelo de seis buitres. Posteriormente, Rómulo vio doce, con lo que pudo más que Remo, pues éste proclamaba que su auspicio era anterior, Rómulo en cambio que había sido más numeroso.

4, 1 Como el rey Lucio Tarquinio pretendiera añadir otras centurias a las constituidas por Rómulo, el augur Ato Navio declaró que primeramente había que consultarlo a los dioses. El rey ordenó que se averiguara si sus intenciones podían llevarse a cabo. Después de realizada la consulta, la respuesta fue positiva. «Quiero —dijo Tarquinio— que partas una roca con la navaja». Y sin dudar un momento, el augur la partió. Desde entonces, fue inmensa la confianza y la autoridad de la que gozaron los augures en Roma. Se erigió una estatua a Navio, con la roca y la navaja.

2 Cuando pretendía acceder al tribunado, Tiberio Graco consultó en su casa al augur que guardaba los pollos sagrados. Como éste le prohibiera ir hasta el Campo de Marte, Graco insistió obstinadamente en acudir. Y al poner un pie fuera de la puerta, tropezó de tal manera que se arrancó un dedo. Más adelante, tres cuervos que porfiaban entre sí con sus graznidos volaron en la dirección en que iba caminando, y en su forcejeo dejaron caer una teja delante mismo de sus pies. Y cuando consultaba los augurios en el Capitolio, tuvo unos auspicios igualmente funestos. Tal es así que, después de ejercer pésimamente el tribunado, acabó muriendo a manos de Escipión Nasica. Primero fue golpeado con un fragmento de un escaño, y luego fue rematado con una clava. Su cuerpo, junto con el de quienes fueron con él ajusticiados, fue arrojado insepulto al Tíber por orden del edil de la plebe Lucrecio.

Durante la Primera Guerra Púnica, Publio Claudio con- 3
sultó precipitadamente al augur de los pollos sagrados. Cuando éste le anunció que los pollos no habían comido, lo que era de mal agüero, él contestó: «Pues que beban», y ordenó que los arrojaran al mar. Poco después, perdió su flota junto a las islas Egates, con grave perjuicio de la república y para su perdición.

Cuando el pontífice máximo Metelo se dirigía a la re- 5
gión de Túsculo, dos cuervos se cruzaron de forma manifiesta en su camino. Se despreocupó del augurio y siguió caminando. Las aves comenzaron a despedazarse entre sí con sus garras y a golpearse con sus picos. Metelo quedó asombrado y regresó a Roma. La noche siguiente libró al Paladión de las llamas.

Cuando Marco Tulio Cicerón se hallaba proscrito, ante 6
el acoso de Antonio se ocultó en la región de Gaeta. Un cuervo golpeó con su pico en la varilla de hierro con que se señalan las horas, con tal fuerza que la arrancó, quedó enganchada en la toga de Tulio y se la quitó. En ese mismo instante se precipitaron sobre él sus asesinos.

Marco Bruto, el colega de Casio, fue advertido del des- 7
enlace de la guerra civil. En efecto, dos águilas que procedían de uno y otro campamento volaron hacia el campo de batalla y se enzarzaron en una pelea. La vencedora partió en dirección al campamento de César Augusto; la otra, que había volado desde el de Bruto, se dio a la fuga.

Cuando el rey tetrarca Deyótaro hacía un viaje obligado, un águila le reveló un mal augurio. El rey, aterrorizado, dio

media vuelta. Esa misma noche, el hospicio en que debía alojarse se derrumbó[9] (I 4, ext. 2).

CAPÍTULO 6[10]

Sobre los presagios

6, 1 Después que los galos se alzaron con la victoria sobre Roma, los senadores meditaban emigrar hasta Veyos. Fue entonces cuando un centurión se dirigió a las cohortes, que ya se retiraban, y dijo lo siguiente: «Portaestandarte, clava aquí tu enseña; aquí estaremos mejor que en ninguna otra parte». Todos obedecieron aquel presagio (I 5, 1).

2 Cuando la república se hallaba en su máximo esplendor, Camilo rogó a los dioses que, si alguno de ellos veía con malos ojos la felicidad de la república, lo pagara con el propio Camilo, y mientras hablaba se echó al suelo. Su posterior exilio dio fe de la certeza del presagio (I 5, 2).

3 Al cónsul Lucio Paulo le cayó en suerte la provincia de Macedonia durante la contienda contra el rey Perseo. Cuando regresó a casa se encontró a su pequeña hija llorando. Al preguntarle el motivo, ella le respondió: «Padre mío, nuestro Macedón[11] ha muerto». Éste era el nombre de su cachorrillo, y Paulo tomó aquel presagio como certeza del inminente triunfo (I 5, 3).

4 Tras ser juzgado enemigo público por el senado, Gayo Mario se encontraba bajo vigilancia en Minturnas, en casa

[9] Según Valerio Máximo, era su propia casa la que Deyótaro abandonaba, aconsejado por el auspicio.

[10] En el epítome de Nepociano no existe el capítulo 5.

[11] En Valerio Máximo, el perrito en cuestión se llama Persa.

de Fannia. En cierta ocasión se le dio el forraje a un burro en su presencia. El animal, despreciándolo, salió disparado hacia el abrevadero. Ayudado de una muchedumbre, Mario logró ser llevado hasta el mar. A continuación, se embarcó en una pequeña nave rumbo a África, eludiendo de este modo las armas de Sila (I 5, 5).

Derrotado por César, Pompeyo puso rumbo a Chipre. Al 5
llegar a Pafos, quedó maravillado por un edificio que había en la costa. Al preguntar qué era aquello, el timonel le respondió que se llamaba *Katobasíleia*. Por su semblante triste dio a entender aquel funesto presagio, y acto seguido abandonó aquel lugar (I 5, 6).

Cuando Gayo Casio saqueaba Rodas, sus habitantes le 6
imploraron que se abstuviese de las estatuas de los dioses. Él contestó que les dejaba el Sol. Y no pasó mucho tiempo hasta que, derrotado, murió en Macedonia (I 5, 8).

El cónsul Petilio asediaba en Liguria una ciudad llamada 7
Leto. Para animar a sus hombres, les dijo: «Hoy tomaré Leto», y poco después murió (I 5, 9).

CAPÍTULO 7

Sobre los prodigios

Mientras Servio Tulio dormía en el palacio de Tarquinio 7, 1
Prisco, pareció como si una llama ardiera en su cabeza. En cuanto Tanaquil, la esposa del rey, tuvo noticia de aquel prodigio, crió al joven junto con sus propios hijos. Con el paso del tiempo, Servio acabó convirtiéndose en el sexto rey de Roma (I 6, 1).

Tras la muerte de Publio y Gneo Escipión, Lucio Mar- 2
cio pronunció, como comandante en jefe, una arenga a los

consternados ejércitos. Entonces, una lengua de fuego le brotó en lo alto de su cabeza. Más adelante, acabó con más de treinta y siete mil enemigos y cogió prisioneros a otros muchos. Y poco después, se apoderó del campamento cartaginés (I 6, 2).

3 En cuanto Escipión puso pie en tierra africana, se tiró al suelo. Mientras el ejército se retraía ante tal hecho, él exclamó: «Te tengo, tierra de África», y venció [12].

4 Sila, que llevaba a cabo la guerra contra los samnitas, vio mientras realizaba un sacrificio una serpiente a su izquierda. Exhortado por el arúspice Postumio, ordenó que su ejército avanzara y obtuvo la victoria (I 6, 4).

5 Siendo cónsules Gayo Volumnio y Servio Sulpicio, una vaca habló en Roma. Además, desde el cielo cayeron trozos de carne, algunos fueron interceptados por las aves, otros estuvieron largo tiempo tirados en el suelo sin corromperse. Aquel mismo año hubo unas guerras atroces (I 6, 5).

6 Durante el caos subsiguiente, un niño de seis meses gritó en el foro Boario: «¡Triunfo!» y luego se quedó callado. Otro niño nació con cabeza de elefante. Una lluvia de piedras azotó la región del Piceno. Por aquel tiempo, en la Galia un lobo quitó la espada de la vaina a un centinela. En Cerdeña, dos escudos exudaron sangre. En Ancio, unos segadores vieron sus cestos llenos de espigas ensangrentadas, y también llovió sangre. Durante la Segunda Guerra Púnica, un buey de Gneo Domicio exclamó: «Ten cuidado, Roma» (I 6, 5).

7 Gayo Flaminio, nombrado cónsul sin haber consultado los auspicios, cuando estaba a punto de enfrentarse a Aníbal junto al lago Trasimeno, cayó junto con su caballo. Y como hubiera ordenado, después de este presagio, que las enseñas

[12] Este ejemplo no aparece en Valerio Máximo.

fuesen arrancadas, no pudieron hacerlo. Finalmente, dio orden de que fuesen desenterradas. En aquel combate murieron quince mil romanos, seis mil fueron hechos prisioneros y los restantes diez mil huyeron. El propio cónsul murió, y aunque Aníbal ordenó que se le diera sepultura, no pudieron encontrarlo (I 6, 6).

El cónsul Mancino fue enviado a Hispania a dirigir la 8
guerra contra los numantinos. Mientras se preparaba para realizar un sacrificio en Lavinio, el encargado de los pollos sagrados los sacó de la jaula. Las aves salieron volando hacia el bosque, y no pudieron encontrarlas, por mucho que las buscaron. Cuando se disponía a partir desde el Puerto de Hércules, escuchó una voz anónima que le dijo: «Mancino, detente». Más adelante, cuando subía a una barca, quedó aterrorizado ante la vista de una enorme serpiente. Aquellos tres prodigios le anunciaron otras tantas calamidades: la batalla, el pacto y la rendición (I 6, 7).

Durante la Guerra Púnica, cuando Tiberio Graco, ciuda- 9
dano intachable, ofrecía como cónsul un sacrificio en Lucania, de pronto, dos serpientes se deslizaron y se comieron el hígado de la víctima. La muchedumbre huyó despavorida de aquel sacrificio. Cuando la ofrenda volvió a reanudarse, ocurrió lo mismo. Lo intentaron una tercera vez, y aunque la víctima fue vigilada muy atentamente y se procuró impedir el acceso de las serpientes, no se pudo evitar que hiciesen lo mismo. Posteriormente, y aunque el cónsul era sumamente cauto, acabó preso de las insidias de su huésped Flavio. Fue tal el engaño del que fue víctima, que acudió desarmado al lugar en que se escondía el cartaginés Magón, quien finalmente lo mató (I 6, 8).

Marcelo, que conquistó Siracusa y expulsó a Aníbal de 10
las murallas de Nola, como celebrase un solemne sacrificio, se encontró con que el hígado de la primera víctima no tenía

lóbulo superior, y el de la segunda tenía dos. Al arúspice no le agradó que, después que la primera víctima fuese adversa, la segunda fuese demasiado favorable. De ahí que Marcelo, cuando se adelantó para examinar el terreno durante la noche, muriese en el Brucio a manos de los cartagineses (I 6, 9).

11 Octavio, colega de Cinna, vio cómo la cabeza de Apolo se desgajaba de la estatua y, una vez en tierra, era imposible arrancarla. No mucho después, se enemistó con su colega Cinna y acabó muriendo. Una vez Octavio pagó su condena, la cabeza de la estatua pudo despegarse (I 6, 10).

12 El triúnviro Craso, que estaba a punto de enfrentarse en Carras a las tropas persas, recibió un manto negro, cuando lo normal era recibir un manto blanco o de color púrpura. Además, una de las águilas apenas pudo arrancarse del suelo. Y cuando marchaban al combate, al avanzar con otra de las águilas, ésta se volvió para atrás. Poco después, sucumbió un número considerable de legiones romanas, un hijo murió ante los mismos ojos de su padre, y el propio Craso yació insepulto en el campo, expuesto a las chanzas del enemigo (I 6, 11).

13 A Gneo Pompeyo, que movía sus enseñas desde Durazzo, le cayeron rayos de frente, y en sus estandartes se posaron abejas. Ante esta visión el ejército fue presa de una repentina tristeza: las víctimas salieron huyendo, en los templos las estatuas se dieron la vuelta, unas lloraron, otras comenzaron a sudar. Fue tal el estrépito de las armas en el aire, que en Antioquía todos corrieron a las murallas como si llegase el enemigo. Por aquel tiempo, en Trales, en el templo de la Victoria, bajo la estatua de César, brotó una palmera altísima. Poco después se anunció la victoria en Farsalia (I 6, 12).

14 Unos cuantos días antes de que César fuese asesinado en la Curia, entre las vísceras de una vaca inmolada según la costumbre no se encontró el corazón. Y cuando Espurina vaticinó que aquello significaba peligro de muerte, César, consciente de su determinación, contestó: «¿Es que te sorprende que una vaca no tenga corazón?». Pero poco después él acabó sus días (I 6,13).

En el campamento de Jerjes, rey de Persia, una yegua 15
parió una liebre. Este prodigio venía a significar que sus soldados habrían de huir, aterrorizados. Y el prodigio se cumplió, pues aquel rey, durante tanto tiempo victorioso, acabó retirándose de forma desdichada (I 6, ext. 1).

Cuando el propio Jerjes pretendía invadir Lacedemonia, 16
se hallaba en un banquete y el vino que habían servido en su copa se volvió sangre. Y lo mismo le pasó una segunda y una tercera vez. A continuación, los magos le aconsejaron que desistiera de su empresa (I 6, ext. 1).

Al rey Midas, cuando era niño, las hormigas le llenaron 17
la boca de granos de trigo. Él fue el más rico de los hombres (I 6, ext. 2).

CAPÍTULO 8

Sobre los sueños

Octaviano Augusto cayó enfermo en su campamento de 8, 1
Farsalia. Y cuando las fuerzas romanas se disponían a enfrentarse entre sí, a la mañana siguiente, junto a Filipos, Minerva se apareció en sueños a su médico, Artorio, y le ordenó que Augusto no faltase a aquella batalla. Y mientras era llevado hasta el combate en litera, con toda su atención puesta en lograr la victoria, Bruto se apoderó de su campamento (I 7, 1).

2 Calpurnia, la esposa de Julio César, vio en sueños a su marido, yaciendo en su regazo, acribillado de heridas. Le suplicó que no fuese aquella mañana al senado. Pero César, que no solía tener en cuenta los auspicios, despreció aquel sueño que su propia muerte vino a confirmar (I 7, 2).

3 Durante la guerra con los latinos, los cónsules Publio Decio Mus y Tito Malio[13] Torcuato soñaron que el comandante en jefe de una parte del ejército y el ejército completo de la otra se debía a los dioses manes y a la madre Tierra. Como los sueños de ambos cónsules coincidían, se pidió consejo a los dioses. El auspicio dio la misma respuesta. Entre ambos generales acordaron que entregase su vida aquél cuyas ala y tropas comenzasen antes a ceder en la batalla. Decio tuvo un final glorioso, aunque Torcuato hubiese preferido morir en defensa de su patria (I 7, 3).

4 Cuando Cicerón, durante su destierro, descansaba en una casa de campo cerca de Atina, se le apareció en sueños la imagen de Gayo Mario con las insignias de cónsul; y vio que Mario lo confiaba a un lictor para que lo llevase hasta el monumento erigido en su honor, y le decía que allí mismo habría de albergar mejores esperanzas. Poco después, en el templo que Mario había erigido a Júpiter, el senado decretó el retorno de Cicerón (I 7, 5).

5 Tras la muerte de Antonio, Casio de Parma vio en sueños a un hombre descomunal, de cabellera y barba espesas. Al preguntarle quién era, respondió que era Orco[14]. Llamó entonces a voces a sus esclavos y les preguntó si habían visto una cosa igual. Cuando éstos le respondieron que no, volvió a quedarse dormido. Pero la imagen se le apareció de nuevo, por lo que encendieron la luz y pasaron la noche en

[13] Manlio en Valerio Máximo.

[14] Valerio Máximo lo denomina *kakón daímona* («espíritu maligno»).

vela. Pocos días después, fue ajusticiado por orden de César (I 7, 7).

Aníbal vio en sueños a un joven de majestuosidad más 6
que humana que lo incitaba a destruir Italia y le aseguraba que lo seguiría, por orden de Júpiter. Volviendo luego la vista atrás, creyó ver una enorme serpiente que iba devastándolo todo; incluso oyó un fragor del cielo y contempló aguaceros de lluvia en medio de una luz tenebrosa. Preguntó entonces al joven que le precedía qué sucedería después, y éste le contestó: «Estás viendo la destrucción de Italia: calla y deja que los hados hagan el resto» (I 7, ext. 1).

Mientras Alejandro Magno dormía, vio que caía muerto 7
a manos de Casandro. Poco después bebió el veneno que el propio Casandro había preparado de manera insidiosa[15] (I 7, ext. 2).

El poeta griego Simónides arribó a una costa y, al en- 8
contrar el cadáver de un náufrago sin enterrar, allí mismo le dio sepultura. Más adelante, mientras dormía, la sombra del muerto le aconsejó que el día siguiente no se hiciese a la mar. Todos cuantos zarparon murieron ahogados ante sus mismos ojos. Simónides ensalzó aquel sueño en unos versos llenos de agradecimiento (I 7, ext. 3).

Cuando al rey de los persas se le apareció en sueños que 9
Atis, el hijo más apuesto y valeroso de los que tenía, moría por la espada, apartó al joven de las guerras, le prohibió que se acercara al arsenal, alejó de él a los escuderos. Sin embargo, un inmenso jabalí empezó a devastar todos los alrededores del Olimpo y a causar la ruina de los campesinos. El hijo pidió que lo enviara a matar a aquella bestia, y obtuvo su consentimiento. Pero aquél al que el joven había sido

[15] Tal y como ocurre en VALERIO MÁXIMO, I 7, 2, esta anécdota pertenece al hijo de Alejandro Magno, Alejandro IV *Aegus*.

confiado lo mató con la lanza que iba dirigida al jabalí (I 7, ext. 4).

10 El general cartaginés Amílcar creyó escuchar en sueños que al día siguiente habría de cenar en Siracusa, ciudad que tenía cercada. Luchó con la esperanza de vencer y acabó entrando en la ciudad como prisionero (I 7, ext. 8).

11 Alcibíades soñó que se cubría con el manto de su amante. Una vez muerto, fue cubierto con él (I 7, ext. 9).

CAPÍTULO 9

Sobre los milagros

9, 1 El dictador Aulo Postumio, después de enfrentarse durante mucho tiempo a Mamilio, cabecilla de los tusculanos, junto al lago Regilo, creyó ver a Cástor y Pólux luchando en el bando romano (I 8, 1).

2 Publio Vatieno[16] se dirigía una noche a Roma cuando divisó a dos jóvenes montados en caballos blancos, los cuales le ordenaron que al día siguiente anunciara al senado que Perseo, rey de Macedonia, había sido apresado por Paulo. Vatieno transmitió con sumo gusto aquella agradable noticia, pero el senado mandó que lo encarcelaran por propagar rumores inciertos. Poco después, por una carta de Paulo, se supo el día exacto en que tuvo lugar la victoria. Vatieno fue liberado y recibió como regalo una propiedad. Más adelante, estos mismos jóvenes se le aparecieron a Vatieno junto al lago de Juturna, lavándose su sudor y el de sus caballos (I 8, 1).

[16] Valerio Máximo escribe *Vatinio.*

Estando Roma infestada por una peste que duraba ya tres años, se consultaron los libros sibilinos, los cuales establecían que se mandara traer a Esculapio desde Epidauro. Se enviaron unos embajadores a la ciudad griega, cuyos habitantes los recibieron cordial y amablemente. Y fue allí donde se apareció ante los embajadores una serpiente que los lugareños sólo habían visto rara vez pero con gran bien para ellos. Y estuvo apareciéndose apaciblemente durante tres días, hasta que, ante los ojos de todos, se encaramó a la trirreme romana y, tras enroscarse, ocupó la tienda del legado Quinto Ogulnio. Luego, partieron rumbo a Roma; la serpiente se dejaba ver siempre en la nave. Al llegar a Ancio, la serpiente bajó hasta el umbral del templo de Esculapio, y durante tres días estuvo escondida entre los mirtos, sin salir ni siquiera para comer. Acto seguido, volvió a la nave, y cuando llegaron al Tíber, se fue nadando hasta una isla, en la que le fue erigido un templo. Al instante, los romanos recobraron la salud (I 8, 2). 3

Furio Camilo conquistó Veyos y ordenó que fuese trasladada desde allí la estatua de Juno Moneta. Entre bromas, uno de los soldados preguntó a la imagen si deseaba ir hasta Roma. La estatua contestó: «Sí, quiero» (I 8, 3). 4

Cuando la madre de Coriolano lo disuadió de destruir la ciudad de Roma, la imagen de la Fortuna situada en la cuarta piedra miliar sobre la Vía Latina habló por dos veces con estas palabras: «Según el rito sagrado, matronas, me consagrasteis, según el rito me dedicasteis» (I 8, 4). 5

Valerio Publícola, primer cónsul de Roma, se enfrentaba a los etruscos y a los de Veyos, después de la expulsión de Tarquinio, cuando desde un bosque contiguo se escuchó una voz que decía: «Por parte de los etruscos habrá sólo un muerto más: los romanos resultarán vencedores». Y ambas cosas fueron ciertas (I 8, 5). 6

7 Gayo Fabricio Luscino, cónsul y general excepcional, acudió en auxilio de los habitantes de Turio, en contra de los brucios y lucanos. Como los soldados romanos veían complicado enfrentarse a dos pueblos tan poderosos, apareció de pronto un joven desconocido que exhortó a los ejércitos romanos a demostrar su valor. Y cuando éste se dio cuenta de que seguían indecisos, se lanzó él contra las líneas enemigas con las escalas en la mano, e inflamó a los romanos con el estímulo de alcanzar la gloria a través del valor. Finalmente, en aquel combate los romanos causaron veinte mil bajas, cinco mil fueron hechos prisioneros, capturaron veintitrés enseñas y también a su general, Estacio Estatilio. A la mañana siguiente, el cónsul Fabricio declaró que ofrecería una corona valar al primero que irrumpiera en la trinchera enemiga. Como nadie se atrevió a codiciar aquel premio, la gloria y el botín fueron entregados a Marte, con una sentida acción de gracias por parte de todos los soldados (I 8, 6).

8 Ascanio, el hijo de Eneas, trasladó los dioses penates desde Lavinio hasta Alba. Sin embargo, las imágenes volvieron espontáneamente a Lavinio. Y llevados nuevamente hasta Alba, regresaron otra vez a su primitivo santuario (I 8, 7).

9 Octaviano Augusto persiguió en una guerra a Gayo Casio, asesino de su tío materno Gayo Julio César. Tal es así, que cuando luchaban en Filipos, Casio creyó ver a Julio César, todo de púrpura, picando espuelas a su caballo y arremetiendo contra él, hasta el punto de que, entre gemidos, exclamó: «Retirémonos, ya que no basta con haberlo asesinado» (I 8, 8).

10 Lucio Léntulo observó casualmente en la costa de Egipto que un cuerpo humano era incinerado sobre los fragmentos de madera de una nave, y dijo a sus soldados: «¿Cómo

podemos saber si sobre esta pira arde el cadáver de Pompeyo?». Y dijo esto sin saber que realmente era él (I 8, 9).

Cuando se incendió el santuario sagrado de los salios, lo 11
único que se encontró íntegro fue el báculo de Rómulo. Cuando el templo de la Fortuna ardió de una manera similar, entre el resto de objetos calcinados sólo se halló intacta la estatua de Servio Tulio (I 8, 11).

También la estatua de la vestal Quinta Claudia, situada 12
en la entrada del templo de la Madre de los Dioses, escapó a dos incendios. Y también es cierto que ella, cuando una nave encalló en las aguas poco profundas del Tíber, la sacó[17] de esta manera: había sido acusada de incesto, y atándose la proa a su cintura dijo: «Si soy virgen, sígueme». La nave comenzó a moverse y entró en Roma con la imagen de la Madre de los Dioses que se había mandado traer en barco desde Pesinunte (I 8, 11).

Después que el antiguo pretor Lucio Lamia murió y fue 13
colocado sobre la pira funeraria, comenzó a gritar, pero la llama, ya prendida, no pudo apagarse (I 8, 12).

Platón escribe que el panfilio Feres[18] murió en combate. 14
Lo recogieron a los diez días y luego yació durante dos días más. Y cuando lo habían colocado sobre la pira funeraria, volvió a la vida y explicó todas las cosas que había visto estando muerto (I 8, ext. 1).

En Atenas, un hombre sumamente culto que había reci- 15
bido una pedrada siguió conservando sus sentidos, pero olvidó por completo sus estudios. Daño grave, sobre todo para un ateniense (I 8, ext. 2).

[17] El lugar es corrupto y muy complicado.
[18] Según Valerio Máximo, Eris.

16 La esposa del ateniense Nausímenes sorprendió a su hija y su hijo en flagrante incesto. Desde entonces quedó muda para siempre (I 8, ext. 3).

17 Por el contrario, el atleta Equecles de Samos, mudo de nacimiento, ganó una prueba y, al no darle el premio, lleno de indignación recobró el habla (I 8, ext. 4).

18 Gorgias, con mucho el más insigne de los epirotas, nació en el féretro de su madre. En efecto, cuando llevaban el cadáver de aquella mujer, se escuchó de pronto un vagido (I 8, ext. 5).

19 La vida de Jasón de Feras peligraba a menudo por culpa de un tumor. Uno lo hirió con la espada a traición y con el golpe el tumor se le abrió. En vez de matarlo, como pretendía, lo curó (I 8, ext. 6).

20 Simónides cenaba en la ciudad tesalia de Cranón, en casa de Escopas. Dos jóvenes de hermoso aspecto llegaron hasta la casa y pidieron a Simónides que saliera. En cuanto se ausentó, el triclinio se desplomó y aplastó a los comensales. Como a la hora de enterrarlos era imposible distinguir los cuerpos de los difuntos, Simónides tuvo que describir el orden en que cada uno estaba sentado a comer, y en unos versos dio gracias a Cástor y Pólux por salvarle la vida (I 8, ext. 7).

21 Ante la consulta de Filipo, Apolo le respondió que tuviese cuidado con las cuadrigas. El rey ordenó que nunca más se enganchasen caballos. Incluso evitó ir hasta un lugar de Beocia que, en griego, se llama «Harma»[19]. Sin embargo, Pausanias, el príncipe o tal vez rey de Bitinia que finalmente lo mató, en la vaina de su espada llevaba cincelada una cuadriga (I 8, ext. 9).

[19] Esto es, «cuadriga».

El indio Calano fue derrotado por Alejandro Magno, y cuando era colocado sobre la pira funeraria, su victorioso enemigo le preguntó, en broma, si deseaba algo o tenía algo que disponer. El indio le respondió: «Muy pronto te veré». Alejandro no le sobrevivió mucho tiempo (I 8, ext. 10). 22

Pausanias[20], hijo de Prusias, rey de Bitinia, en lugar de dientes superiores tenía un único hueso continuo, y ni aquella malformación le estorbaba a la hora de hablar (I 8, ext. 12). 23

El dedo pulgar del pie derecho de Pirro, rey del Epiro, tenía virtudes curativas si lo tocaba alguien que tuviera los riñones hinchados. El propio Pirro, cuando fue derrotado por Antígono, recibió de éste la orden de quemarse vivo. Y ardió de tal modo, que el pulgar fue encontrado intacto. El dedo fue encerrado en un estuche de oro y conservado en antiquísimo templo consagrado a Júpiter en Dodona. El anteriormente citado Pirro y también Pausanias tenían un solo hueso en lugar de dientes, pero dividido a la manera de unos dientes[21]. 24

Dripetine, hija de Mitridates y Laudicia[22], estaba deformada por una doble hilera de dientes. Cuando Pompeyo derrotó a su padre, ella lo siguió (I 8, ext. 13). 25

Un tal Estrabón era capaz de divisar y contar desde Lilibeo las naves que zarpaban desde la ciudad africana de Clúpea[23] (I 8, ext. 14). 26

El mesenio Aristómenes se mostró sumamente astuto con los atenienses. Después de ser capturado, diseccionaron su corazón y lo encontraron lleno de pelos (I 8, ext. 15). 27

[20] Valerio Máximo nos dice que el hijo también se llamaba Prusias, y no Pausanias.

[21] Este ejemplo no aparece en Valerio Máximo.

[22] Laódice, en Valerio Máximo.

[23] Cartago, en Valerio Máximo.

28 Polístrato e Hipóclides nacieron el mismo día y ambos fueron epicúreos. Tuvieron en común discípulos y patrimonio y murieron al mismo tiempo (I 8, ext. 17).

29 Las cabras cretenses, cuando son alcanzadas por flechas, comen la hierba del díctamo y acto seguido expulsan los proyectiles de sus vísceras (I 8, ext. 18).

30 Las cabras de Cefalonia no siempre beben agua, sino que la mayor parte del año la pasan con la boca abierta, recibiendo el agua que cae (I 8, ext. 18).

31 En el templo de Juno Lacinia el viento jamás se lleva las cenizas del altar (I 8, ext. 18).

32 En Asiria y entre los medos el viento tiene a veces tanta fuerza, que es capaz de arrastrar a los soldados de caballería e infantería y llevarlos por el aire a lo largo de doscientos estadios[24].

33 Es sabido que junto al río Bagrada, en África, había una serpiente de descomunales dimensiones que fue tan perniciosa para el ejército de Atilio Régulo, que hubo que emprender una batalla contra ella. Y como no podían atravesarla con flechas debido al grosor de su piel, la mataron con proyectiles de ballesta y enormes piedras. Su dorso, que medía ciento veinte pies, fue enviado hasta Roma para que todos pudieran apreciar aquel portento (I 8, ext. 19).

34 Las ciudades de Bura y Hélice, situadas en la costa aquea, quedaron sumergidas bajo las aguas y desaparecieron a causa de un terremoto. Lo mismo le sucedió a Esmirna, una poderosa ciudad de Asia[25].

[24] Omitido en Valerio Máximo.
[25] Omitido en Valerio Máximo.

CAPÍTULO 10

Sobre instituciones antiguas

Los antiguos, cuando iban a contraer matrimonio, como 10, 1
para todas las demás cosas, consultaban los auspicios. Por esta costumbre, a las teas empleadas en los casamientos se las llama *auspices*[26] (II 1, 1).

Antiguamente los hombres solían comer recostados mien- 2
tras que sus mujeres lo hacían sentadas a la mesa. De ahí la pintura en que Júpiter aparece recostado, en tanto que Juno y Minerva están sentadas (II, 1, 2).

En Roma se protege hasta tal punto la decencia, que la 3
mujer que queda viuda tras la muerte de su primer marido recibe públicamente una corona. Sin embargo, durante la guerra civil que enfrentó a César y Pompeyo, el pueblo romano alcanzó tal estado de ruina, que se fijó una sanción para quienes no tuvieran hijos o permanecieran solteros. La promesa del matrimonio fue tan sagrada, que durante los ciento cincuenta años posteriores a la fundación de la ciudad no hubo ningún divorcio en Roma. El primero que repudió a su mujer por ser estéril fue Espurio Carvilio, y recibió duras críticas (II 1, 3 y 4).

Si una matrona era citada a juicio, no podía ser tocada 4
por un alguacil público, por respeto a su decencia (II 1, 5).

Las matronas de Roma tuvieron por un tiempo vedado 5
beber vino, en defensa de su pudor (II 1, 5).

[26] Según el texto de Valerio Máximo, los *auspices* son los adivinos que siguen asistiendo a las bodas en calidad de testigos, aunque ya no tengan que tomar los auspicios. Valerio Máximo en ningún momento hace alusión a las teas nupciales.

6 Convencidos de su decencia, los romanos permitieron que las matronas pudieran llevar oro, piedras preciosas y púrpura. Y es que no se paraban a pensar que una mujer bien arreglada fuera objeto de deseo, ni nadie ponía obscenamente sus ojos en matrimonio ajeno (II 1, 5).

7 Las disputas entre casados eran inexistentes o, como mucho, muy raras. Y si había alguna, ambos marchaban hasta el templo de la diosa Viriplaca, en el monte Palatino. Allí se decían entre ellos lo que se tenían que decir y luego regresaban a casa reconciliados (II 1, 6).

8 Entre los antiguos, no podían tomar los baños ni un yerno junto con su suegro, ni un joven junto con su padre, ni podían mostrar las partes pudendas ante las estatuas de los dioses (II 1, 7).

9 En el solemne banquete denominado *Caristia* sólo podían tomar parte los parientes. Y era entonces, con los dioses como árbitros y los consanguíneos como mediadores, cuando planteaban las posibles disputas entre ellos. Una vez referidas y estimadas, eran olvidadas (II 1, 8).

10 En otro tiempo, los ancianos adoptaban como suyos a los hijos de otros. A su vez, los jóvenes trataban a los mayores como si fuesen sus propios padres. Los acompañaban a la curia y allí esperaban respetuosamente hasta que los volvían a acompañar a casa (II 1, 9).

11 Cuando los jóvenes eran invitados a un banquete, se informaban antes de los convidados, para no ocupar un lugar que, por respeto, tuvieran que ceder a los mayores. Una vez admitidos a la mesa, hablaban lo mínimo, y eran los mayores los primeros en levantarse (II 1, 9).

12 Los antiguos solían ensalzar en los banquetes las glorias de sus antepasados por medio de poemas, que cantaban acompañados de la flauta, para enardecer con aquellos ejemplos a los jóvenes (II 1, 10).

Durante muchos siglos perduró la costumbre de que aquello que se decía en la curia no llegase a oídos de todo el mundo. El senado había acordado en secreto la declaración de la Tercera Guerra Púnica. Quinto Fabio Máximo reveló esta noticia al antiguo cuestor Publio Craso, una acción que valió a Máximo la recriminación por parte de los cónsules, como delator de un secreto (II 2, 1). 13

Éumenes, rey de Asia, reveló al senado que Perseo planeaba una guerra. Lo que el rey declaró entonces, o lo que el senado acordó, nadie lo supo hasta que Perseo fue hecho prisionero (II 2, 1). 14

Entre el cónsul y el lictor más cercano a él, no podía interponerse nadie. En consecuencia, cuando a Quinto Fabio Máximo, hombre de edad muy avanzada que había sido cinco veces cónsul, su hijo le pidió que le acompañara[27] para parlamentar con los samnitas, rehusó por respeto a la tradición (II 2, 4). 15

El mismo Fabio fue enviado como embajador a Suesa al lado de su hijo cónsul. Al llegar a presencia de él, no se apeó del caballo ni se descubrió la cabeza, en tanto el hijo no actuara según lo correcto y ordenara por medio del lictor que hiciera ambas cosas. Sólo entonces el padre obedeció. Naturalmente, Fabio consideraba que a un cónsul había que rendirle honores públicamente, a un padre en privado. De ahí que no le rindiera los debidos honores, para poner a prueba la respetabilidad del hijo (II 2, 4). 16

Para no demorar las decisiones públicas, el senado permanecía en un lugar convenido, fuera de la curia, que hoy 17

[27] El lugar presenta una lectura muy complicada.

recibe el nombre de «Senáculo». De allí se le citaba para ir hasta la curia, y no era convocado, como ahora, por medio de un edicto (II 2, 6).

18 Rómulo y Remo, con el beneplácito de su abuelo Numitor, echaron los cimientos de Roma en las estribaciones del monte Palatino, y en aquel preciso lugar ofrecieron sacrificios a los dioses. A continuación y tras beber vino en abundancia, se ataviaron con las pieles de las cabras que habían inmolado y, mezclados con los pastores, comenzaron a embestir entre bromas a todo aquello con que se topaban. Los caballeros romanos mantuvieron mucho tiempo esta sagrada costumbre (II 2, 9).

19 Quinto Fabio instituyó que los caballeros desfilasen en las idus de julio tocados con la trábea (II 2, 9).

20 Como Publio Decio hubiese dejado los comicios en manos de la plebe, el censor Fabio clasificó la masa de ciudadanos en cuatro órdenes, a las que llamó tribus urbanas. Este hecho le valió el nombre de «Máximo», aunque ya había destacado en la guerra (II 2, 9).

21 Antiguamente, los jóvenes se alistaban en el ejército voluntariamente, para impedir que sirvieran en la milicia los indigentes y, al mismo tiempo, que con peligro se entregaran armas a aquéllos que no pagaban impuestos. Gayo Mario fue el primero en solicitar que los que no tenían nada fueran alistados (II 3, 1).

22 Los romanos, confiados en su propio valor, luchaban sin valerse de técnica alguna. De este modo, los cónsules Publio Rutilio y Gneo Malio mandaron traer a los maestros de la escuela de gladiadores, para que enseñaran cómo infligir y esquivar los golpes. Y así fue como a la fuerza se sumó la técnica (II 3, 2).

CAPÍTULO 11

Sobre los espectáculos

El censor Mesala mandó construir el primer teatro de 11, 1
Roma. El senado decretó que nadie presenciase los juegos sentado, tanto si era ciudadano como si viniese de hasta mil pasos fuera de Roma. Se intentaba así que sus fuerzas no se embotaran (II 4, 2).

Durante quinientos cincuenta y ocho años los senadores 2
y el pueblo asistieron mezclados a los espectáculos. Fueron los ediles Atilio Serrano y Lucio Escribonio, cuando organizaron los juegos Megalenses, quienes determinaron un lugar reservado para los senadores. Esto mismo había intentado previamente Escipión, pero molestó al pueblo, por lo insólito del precepto (II 4, 3).

A excepción de los juegos circenses, durante algún tiem- 3
po no hubo en Roma espectáculo alguno. Sin embargo, cuando la peste causó estragos entre el pueblo, se compusieron poemas en honor a los dioses. Tales poemas vinieron acompañados de danzas etruscas, y de Etruria vino también un *ludius,* esto es, un actor de comedia, llamado Histrión[28], que deleitó al pueblo con sus movimientos y el tono vulgar de sus palabras. En su honor los artistas como él reciben el nombre de *histriones*. De la palabra *ludius* deriva *ludus* (II 4, 4).

Las atelanas, o espectáculos cómicos, tienen su origen 4
en los oscos. Eran unas representaciones más comedidas que

[28] Nepociano parece indicar que Histrión era el nombre de pila del actor, a diferencia de lo que aparece en Valerio Máximo y en Paris.

el resto, dignas de la gravedad romana. Y mientras los otros actores gozaban de muy mala reputación, éstos no eran expulsados de su tribu ni eximidos de cumplir el servicio militar (II 4, 4).

5 Cátulo fue el primero que, siguiendo el ejemplo del lujo habitual en Campania, colocó toldos en el teatro para proteger del calor a los espectadores (II 4, 6).

6 Gneo Pompeyo instaló agua a través de unos canales, con el fin de mitigar el calor del verano (II 4, 6).

7 Los Juegos Seculares, que tienen lugar cada cien años, fueron por primera vez instituidos por el general Valerio Publícola, y se celebraron en honor del padre Dite y Prosérpina, junto al altar que el rico campesino Valesio había encontrado con el nombre grabado de ambas divinidades, en el que habría de dar gracias porque[29] sus tres hijos habían recobrado la salud. Junto a dicho altar se sacrificaban víctimas negras, se celebraban lectisternios y las fiestas tenían lugar durante unos juegos nocturnos, en los que se proclamaron votos solemnes por la salvación de Roma (II 4, 5).

8 Quinto Claudio fue el primero que adornó la escena con cuadros pintados, Gayo Antonio con oro, Petreyo con marfil. Publio Léntulo Espínter introdujo un gusto exquisito por el atuendo[30]. Resulta molesto seguir adelante hablando del tropel de flautistas refinados, de las melodías de cantantes afeminados o de la degradación de los mimos. Aquellos espectáculos que al principio se organizaban para descansar de los trabajos, ahora se celebran con el fin de encender las más bajas pasiones (II 4, 6).

[29] El lugar presenta una lectura difícil.

[30] En Valerio Máximo, Gayo Antonio adornó la escena con plata, Petreyo con oro y Publio Léntulo Espínter con decoraciones de plata.

El espectáculo de gladiadores tuvo lugar por primera vez en Roma para honrar a los difuntos, y fue instaurado por Marco y Décimo, hijos de Bruto, durante el consulado de Apio Claudio y Quinto Fulvio. El edil Marco Escauro instauró las competiciones de atletas (II 4, 7). 9

CAPÍTULO 12

Sobre la estatua de oro

Cumpliendo una promesa, Manio Acilio Glabrión consagró un templo con motivo del feliz desenlace de la batalla que había librado contra el rey Antíoco, en Termópilas. En dicho templo colocó una estatua de oro en honor de su padre. Ni en Italia ni en Roma tuvo antes nadie una estatua de oro (II 5, 1). 12

CAPÍTULO 13

Sobre la divulgación del derecho sagrado

Antes, el derecho sagrado y el derecho civil únicamente lo conocían los pontífices. Sin embargo, el escriba Gneo Flavio, de padre liberto, dispuso las fórmulas sagradas en palabras más llanas y las dio a conocer al pueblo. Por esta razón, el pueblo lo nombró edil curul. El mismo Flavio, cuando fue a ver a su colega enfermo, casualmente encontró que la habitación estaba llena de nobles. Como no le ofrecían ningún lugar, mandó que le trajesen una silla curul y se sentó en ella, que era el distintivo de su cargo (II 5, 2). 13

CAPÍTULO 14

Sobre la costumbre de cubrirse la cabeza con máscaras

14 Según una antigua costumbre, los flautistas se prestaban a los espectáculos más licenciosos en el templo de Júpiter. Cuando, por un decreto del senado, se les prohibió hacer tal cosa, enfadados decidieron trasladarse hasta Tíbur. Pero como eran necesarios para llevar a cabo el culto sagrado, se envió a unos legados que los trajeran de nuevo a Roma. No quisieron regresar. En cierta ocasión, los tiburtinos organizaron disimuladamente una fiesta y los devolvieron borrachos a Roma en carros. Lo que sucedió después fue que, por vergüenza, porque habían llegado borrachos, se colocaron unas máscaras y ocultaron su rostro. A partir de entonces, mantuvieron la costumbre de llevar máscaras (II 5, 4).

CAPÍTULO 15

Sobre las costumbres de diversos pueblos

15, 1 En Roma, que cualquier noble se dedicara a lucrarse era considerado un escándalo. Entre los cartagineses, en cambio, resulta escandaloso que la especulación se considerase algo honesto[31].

2 Los antiguos romanos, para demostrar su frugalidad, comían ante las puertas de su casa, y las más de las veces gachas en lugar de pan (II 5, 5).

[31] Este capítulo no aparece en Valerio Máximo.

Los espartanos prohibieron durante algún tiempo a sus 3
conciudadanos que fueran hasta Asia, por miedo a que imitasen su lujo y se acostumbrasen. Y es que habían oído que allí se estilaban hasta la saciedad los banquetes, los ropajes ostentosos, el olor a perfume, en suma, todo lo que contribuye a atenuar las sobrias costumbres (II 6, 1).

Los jonios fueron los primeros que llevaron perfumes y 4
coronas en sus banquetes, y que introdujeron como postre los alimentos más refinados y el vino más añejo (II 6, 1).

Pausanias, rey de Esparta, nada más visitar Asia, se dejó 5
llevar por su lujo y su desenfreno y, relajando su disciplina, corrompió a su aguerrido ejército (II 6, 1).

Cuando los espartanos se aprestaban a luchar, eran in- 6
citados a la guerra al son de la flauta y de versos anapestos. También ellos solían llevar en combate túnicas de color escarlata, para que el enemigo no pudiera ver su sangre y cobrase nuevos bríos al percatarse de que había infligido una herida (II 6, 2).

Entre los mismos espartanos, los niños, vestidos de es- 7
carlata, eran azotados con látigos muy finos, ante la mirada de sus padres, que les animaban a resistir los azotes. Si alguno de estos niños retiraba su cuerpo o con algún gesto daba muestras de dolor, se lo llevaban como si hubiese sido vencido. Sin embargo, las más de las veces soportaban aquella paliza hasta poner en peligro su vida y derramar abundante sangre, y ya desde muy jóvenes evidenciaban cómo iban a ser de mayores[32].

Del mismo modo que los espartanos en la milicia, así los 8
atenienses ponían gran interés en los asuntos políticos. Si en Esparta lo más preciado era que un joven diese muestras de

[32] Omitido en Valerio Máximo.

su fortaleza, en Atenas lo era expresarse bien en el foro o destacar en el gimnasio (II 6, 3).

9 Los atenienses principales investigaban la vida de todos sus conciudadanos y daban cuenta de ella en la asamblea, para decretar la alabanza o el castigo a cada uno según sus méritos. Los buenos ciudadanos eran coronados públicamente con dos ramas de olivo entrelazadas. El primero que recibió este honor fue Pericles. Entre los mismos ciudadanos del Ática, aquel liberto que se mostrase ingrato, era de nuevo rebajado a la condición de esclavo (II 6, 4, 5 y 6).

10 Los marselleses prohibían que la manumisión se repitiese tres veces. A los libertos ingratos les perdonaban hasta tres veces sus faltas. A partir de la cuarta, eran nuevamente rebajados a la esclavitud (II 6, 7).

11 También los marselleses rechazaban los espectáculos teatrales, para evitar que la reiteración de dichos espectáculos acabase por relajar las costumbres (II 6, 7).

12 Ellos mismos no daban alimento a los mendigos, por considerarlos unos holgazanes (II 6, 7).

13 Entre los marselleses también había una espada pública con la que se degollaba a los culpables (II 6, 7).

14 Celebraban los funerales sin derramar una sola lágrima. El día convenido, cada cual daba sepultura a los suyos después de haber celebrado un banquete. Y es que consideraban que la muerte era un bien (II 6, 7).

15 Los mismos marselleses tenían guardado en un lugar público un preparado de cicuta, y todo aquél que rendía cuentas ante su senado de las razones por las que deseaba voluntariamente suicidarse tenía permiso para beberlo. Dicha costumbre fue traída hasta la Galia desde Grecia, lugar de origen de los marselleses. En efecto, en Grecia, cuando padecían dolor o algún tipo de amargura, buscaban una salida en el suicidio. Muchos ancianos y ancianas, incluso, no esperaban su momento de morir, ansiosos como estaban por alcanzar, con su muerte, una mejor condición (II 6, 7).

Los forasteros no podían franquear armados las puertas 16
de Marsella, para así evitar cualquier sobresalto (II 6, 9).

Los espartanos teñían sus cabellos de rojo con agua her- 17
vida. También enseñaban a sus hijos a robar[33].

Los eleos y los tebanos permitían indiscriminadamente 18
que los jóvenes de familia noble se convirtieran en sus amantes, y no consideraban deshonesto corromperlos[34].

Los lacedemonios dieron autorización para besar y ayun- 19
tarse libremente, a condición de que entre los amantes se interpusiera el palio[35].

Entre los romanos, los jóvenes eran alojados durante 20
tres años en los campamentos, antes de formar parte de la milicia[36].

Los cimbrios y los celtíberos se alegraban de perecer en 21
combate; en cambio, lamentaban morir de una enfermedad (II 6, 11).

Después de haber perdido a su general, los celtíberos no 22
consideraban lícito seguir viviendo (II 6, 11).

Los tracios lloran su nacimiento, y en cambio celebran 23
su muerte con cánticos. Por otra parte, entre el pueblo licio, si alguien contraviene la costumbre y llora, es obligado a llevar ropas de mujer, pues se le considera afeminado (II 6, 12 y 13).

Entre los indios, cada uno puede tomar varias esposas. 24
Y si muere el marido, las mujeres se someten a juicio para dilucidar a quién de ellas quiso más. La vencedora se arroja

---

[33] Omitido en Valerio Máximo.
[34] Omitido en Valerio Máximo.
[35] Omitido en Valerio Máximo.
[36] Omitido en Valerio Máximo.

ufana a la pira funeraria, en medio de la envidia de las otras (II 6, 14).

25 Entre los habitantes de Cirta[37], las mujeres obtenían su dote vendiendo su propio cuerpo. Así, con el dinero que conseguían de una manera tan indecente, contraían un matrimonio ignominioso (II 6, 15).

26 Los persas no ven a sus hijos hasta los siete años, ante el temor de perderlos prematuramente (II 6, 16).

27 Los reyes númidas consideraban que besar a un ciudadano particular era algo vulgar (II 6, 17).

CAPÍTULO 16

Sobre la disciplina militar

16, 1 Cuando Escipión Africano fue enviado a Numancia, por medio de un severo edicto ordenó que al instante se llevaran del campamento todo lo que habían adquirido para su propio placer. En resumen, se echó de allí a dos mil prostitutas, junto con los vivanderos de aquellos contornos. Y al mando de aquel estricto general, fue tal la mejora que experimentó el ejército, que asoló en muy poco tiempo una ciudad tan nefasta para nosotros como había sido Numancia (II 7, 1).

2 Cuando el cónsul Publio Rupilio combatía en Sicilia a unos esclavos fugitivos, expulsó de la provincia a su yerno Quinto Fabio, denigrado y criticado públicamente porque, en el curso de la contienda contra los fugitivos, había entregado la ciudad de Taormina (II 7, 3).

[37] Valerio Máximo atribuye esta costumbre a los cartagineses.

El censor Fulvio Flaco expulsó del senado a su hermano 3 Fulvio, por haber licenciado a varios soldados sin permiso del cónsul (II 7, 5).

El dictador Aulo Postumio mandó decapitar a su hijo 4 Aulo Postumio, porque se había lanzado contra el enemigo sin su permiso, y ello pese a que había resultado vencedor (II 7, 6).

Igualmente Torcuato, cónsul durante la guerra contra los 5 galos, al tener que marchar a Roma a asistir a los comicios, confió el campamento a su hijo, con la consigna de que, en su ausencia, no entrase en combate. Sin embargo, el joven fue desafiado, lanzó un ataque y venció. Cuando Malio[38] regresó, alabó la victoria de su hijo delante de la asamblea, pero mantuvo a rajatabla la disciplina militar, ordenando que lo mataran: el joven fue decapitado (II 7, 6).

El cónsul Lucio Minucio fue enviado contra los ecuos y 6 los faliscos[39], y cuando el enemigo comenzó a cercar sus campamentos, Lucio Quincio Cincinato, enviado en su auxilio, redujo a los rebeldes y retiró al cónsul de su cargo, ya que se había defendido con el campamento, no con las armas (II 7, 7).

Una vez sometida Cartago, Escipión Africano mandó 7 crucificar a los desertores romanos y decapitar a los latinos (II 7, 12).

El segundo Africano, durante un espectáculo, arrojó a 8 las fieras a los desertores de las tropas de auxilio aliadas (II 7, 13).

[38] Manlio, en Valerio Máximo.

[39] Valerio Máximo sólo menciona a los ecuos.

9 Lucio Paulo echó a los elefantes a aquellos que habían desertado en la batalla que había librado contra Perseo, para que los aplastaran con sus patas (II 7, 14).

10 El rey Pirro, después de apresar a un gran número de romanos junto a Tarento, voluntariamente los dejó marchar. El senado decretó que quienes habían militado en la caballería fuesen degradados a la infantería, y los de infantería pasasen al contingente de honderos. Dispuso además que ninguno entrase en el campamento, ni se protegiese fuera con un foso o una empalizada, ni montase tiendas con pieles: sólo sería restituido en las tiendas aquel soldado que volviese con los despojos de dos enemigos. Este castigo los volvió sumamente aguerridos (II 7, 15).

11 A aquellos aliados que desertaron en el desastre de Cannas, el senado ordenó castigarlos con todo tipo de ignominias (II 7, 15).

12 Durante su enfrentamiento con los lígures, el cónsul Quinto Petilio murió mientras el ejército se batía en retirada. El senado decretó que aquella legión, que no se había arrojado a morir en defensa de su general, se viese privada de las provisiones y no recibiese la soldada convenida, por ver si, sufriendo tal humillación, les daba vergüenza haber conservado tan infamemente su vida (II 7, 15).

13 Entre los cartagineses, si un general había tomado una decisión descabellada en tiempos de guerra, era crucificado aunque resultase vencedor (II 7, ext. 1).

14 Clearco, general de los lacedemonios, decía que un soldado debe temer más a su general que al enemigo (II 7, ext. 2).

15 Las madres de los lacedemonios, cuando sus hijos marchaban a la guerra, les decían que volvieran como vencedores o lo hicieran muertos sobre sus escudos (II 7, ext. 2).

CAPÍTULO 17

Sobre el derecho a celebrar el triunfo

Por ley quedó establecido que nadie celebrara el triunfo 17, 1
si no había dado muerte a cinco mil enemigos en una sola batalla (II 8, 1).

Gayo Fulvio[40], después de llevar a cabo una victoriosa 2
campaña, rechazó el triunfo que le ofrecía el senado (II 8, 3).

Quinto Fulvio y Lucio Opimio (aquél tras reconquistar 3
Capua, éste tras vencer a los fregelanos), no alcanzaron el honor del triunfo que pretendían celebrar en contra de las normas establecidas para tal menester. Y no porque no hubiesen mostrado valor, sino porque se determinó que debían obtener el triunfo aquéllos que hubiesen ampliado los límites del imperio, y no quienes hubiesen recuperado un territorio que ya había formado parte del pueblo romano (II 8, 4).

El vencedor en una guerra civil no podía asumir el título 4
de *imperator,* ni obtener el triunfo, ni dar gracias a los dioses, pues aunque éstos favorecían a los generales, también habían favorecido, contra su voluntad, a los vencedores de los ciudadanos (II 8, 7).

CAPÍTULO 18

Sobre la nota censoria

Tras el desastre de Cannas, los censores Marco Atilio 18
Régulo y Lucio Furio Filo privaron de su dignidad al cues-

[40] Gneo Fulvio Flaco, según Valerio Máximo.

tor Marco Marcelo[41] y a muchos caballeros romanos y los relegaron a la condición de erarios, porque habían jurado que abandonarían Italia (II 9, 8).

CAPÍTULO 19

Sobre la veneración

19, 1 Habiendo el rey Antíoco apresado al hijo de Escipión el Mayor, no sólo lo trató cordialmente, sino que lo devolvió enseguida a su padre, quien precisamente entonces expulsaba a Antíoco de sus dominios (II 10, 2).

2 Mientras el propio Africano vivía alejado de la vida pública en su casa de campo en Literno, observó que de pronto se acercaba a su hacienda una banda de piratas. Ordenó a todos los sirvientes que se armaran para defender la casa. Cuando los cabecillas de los piratas repararon en ello, dejaron atrás a los aliados que venían con ellos, tiraron las armas y comenzaron a pedir que no llevaran a cabo ninguna acción contra ellos ni tuvieran temor alguno, que simplemente habían venido para poder disfrutar viendo de cerca a un personaje tan ilustre. En cuanto Escipión oyó aquello, mandó que se abrieran las puertas y que les hicieran pasar. Entonces los piratas entraron reverenciando las jambas como si fuesen las de un templo, estrecharon la mano de Escipión y la colmaron de besos. Tras dejar regalos como si de ofrendas a un dios se tratase, volvieron felices y contentos a sus naves (II 10, 2).

[41] Metelo, en Valerio Máximo.

CAPÍTULO 20

Sobre el carácter de los niños

El mismo Catón, cuando contempló las cabezas de los ciudadanos proscritos en el atrio de la casa de Sila, preguntó a Sarpedón, su preceptor, por qué nadie acababa con aquel tirano tan sanguinario. Respondió que no se les había presentado la ocasión ni tan siquiera a quienes deseaban hacerlo. Entonces Catón pidió al mismo esclavo que le diera la espada, ya que nadie sospecharía que él se atreviese a hacer tal cosa. A partir de entonces, el preceptor no dejó nunca más que Catón entrara en casa de Sila sin haberlo registrado antes (III 1, 2). 20, 1

Fausto, el hijo de Sila, solía ensalzar abiertamente en la escuela las proscripciones de su padre, y decía que él haría lo mismo cuando usurpase el poder. Gayo Casio escuchó a su compañero y le dio una bofetada. ¡Oh mano ya entonces tiranicida! (III 1, 3). 2

Emilio Lépido no había apenas llegado a la pubertad cuando abatió en combate a un enemigo, en unos tiempos en que lo único que acarreaba gloria era la milicia, y también salvó la vida de un ciudadano. A causa de estos méritos, por decisión del senado, erigieron una estatua en el Capitolio, en la que se le representaba con la bula y la pretexta (III 1, 1). 3

CAPÍTULO 21

Sobre la fortaleza

Cuando los etruscos trataban insistentemente de irrumpir en Roma atravesando el Tíber por el puente Sublicio, Horacio 21, 1

Cocles hizo frente él solo al enemigo, en uno de los extremos del puente, hasta que éste se viniera abajo a sus espaldas. Finalmente, cuando los ciudadanos soltaron el entramado que sujetaba el puente, Horacio escuchó el fragor y se arrojó al Tíber con sus armas. Y así, al mismo tiempo venció al enemigo y al río, y esquivó los proyectiles que los etruscos le lanzaban desde arriba (III 2, 1).

2 No muy diferentes fueron la acción y el valor de que hizo gala la joven Clelia. Poco tiempo después de Horacio, se liberó de las cadenas y atravesó a nado el mismo río. En efecto, tras ser entregada como rehén a Porsenna, engañó a sus guardianes y, montada a caballo, volvió a Roma tras cruzar el Tíber. Por decisión del senado, se le dedicó una estatua ecuestre (III 2, 2).

3 Sertorio, armado con una coraza, atravesó a nado el Ródano con una lanza clavada en su ojo[42].

4 Cuando los galos, comandados por Breno, se alzaron con la victoria, en un momento en que la única protección de que gozaba el pueblo romano eran la ciudadela y el Capitolio, y ni siquiera estos emplazamientos tenían capacidad para albergar a todos los ciudadanos nobles, dejaron adrede a los ancianos en la parte llana de la ciudad y enviaron a los jóvenes para que defendieran las posiciones más seguras. Entonces los senadores, llevando los distintivos del cargo que desempeñaban y de los sacerdocios *** (III 2, 7).

[42] Omitido en Valerio Máximo.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL